863Q3
OPr1882

The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

To renew call Telephone Center, 333-8400

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

DEC 0 8 1982

DEC 1 2 1982

DEC 0 9 1993

DEC 0 1 1993

L161—O-1096

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/providenciadedio00quev

50.—

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA

NON PLUS ULTRA

BIBLIOTECA ECONÓMICA

BAJO EL PATROCINIO DEL BEATO JOSÉ ORIOL

Vol. XVIII. LA PROVIDENCIA DE DIOS.

1882

A. de Ferrer

F. Fusté

PROVIDENCIA DE DIOS

Con censura de la Autoridad Eclesiástica

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA

PROVIDENCIA DE DIOS

OBRA PÓSTUMA DE

DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SANTIAGO
SECRETARIO DE SU MAJESTAD Y SEÑOR DE LA VILLA
DE LA TORRE DE JUAN ABAD

DIVIDIDA EN TRES PARTES

HERMOSOS Y UTILÍSIMOS TRATADOS, QUE COMO MEDIOS PRUEBAN
LA PROVIDENCIA DIVINA

BARCELONA
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. SUBIRANA
CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16
1882

Es propiedad de los Editores, que se reservan todos los derechos que por la ley les competen.

863Q3
Q pr 1852

ADVERTENCIA PREVIA Y RECOMENDACION

DE ESTAS OBRAS PÓSTUMAS DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Entre los papeles originales de estas obras póstumas de don Francisco de Quevedo y Villegas, todas escritas por su mano, se han encontrado cuatro cartas de aquel incomparable varon, el ilustrísimo y reverendísimo señor don Bartolomé Santos de Risoba, obispo que era de Leon cuando don Francisco de Quevedo las escribía, de cuyo prelado en el tomo I de su *Teatro Eclesiástico Hispano,* el maestro Gil González Davila hace un elogio y recomendacion tan honorífica, como podrá ver el curioso. Este insigne varon hallábase gobernando aquella diócesis, como pastor vigilantísimo, al tiempo que don Francisco de Quevedo estaba preso en el convento de San Márcos de Leon, lleno de trabajos, enfermedades y horrores; y como los hombres grandes tienen cierta simpatía y parentesco en las almas, halló don Francisco no sólo consuelo en sus grandes trabajos con la comunicacion de este grande y piadosísimo príncipe, sinó que es tradicion constante que le exhortó á escribir estos tratados, para que el desengaño que logró en sus últimos años, llenos de calamidad y miseria, don Francisco los comunicase al bien público y lograse este fruto dichoso la república cristiana para bien de las almas. Remitíale libros de su gran librería, y remitíale don Francisco los cartapacios que iba escribiendo, para corregirlos; y en lugar de correccion, se los volvía exhortándole á proseguir, venerando su erudicion y estudio, como un humilde discípulo á un maestro sapientísimo; y porque las

cartas todas, de mano de este gran prelado, indican algo de lo que pasaba, se ponen á la letra para que se conozca el aprecio y estimacion de la obra; y son como se sigue:

CARTA PRIMERA

El portador de ésta lleva á Foreyro, que en donde va señalado en breves palabras comprende lo que en muchas dijeron Orígenes y San Juan Crisóstomo. No lleva á Orígenes, porque casi todo lo que él dijo lo tocó San Juan Crisóstomo desde la Homilia 3 sobre la Epist. 1 ad Corinth. hasta la 7 inclusive, en las digresiones morales, que hace al fin de cada una de ellas, que van rayadas, para que usted no se canse en buscar lo sustancial; que como Crisóstomo fué despues de Orígenes, vió sin duda todo lo que acerca de este punto había dicho, y lo dilató con su acostumbrada elocuencia. Con todo eso, si usted gustare de ver á Orígenes, tambien le enviaré. — Guarde Nuestro Señor á usted en su gracia. — De casa hoy sábado 23 de Agosto de 1642.

El Obispo de Leon.

CARTA SEGUNDA

Vuelvo á usted el primer cuaderno del *Tratado de la Divina Providencia*, que me hizo merced de comunicarme, despues de haberle leido una, una y otra vez con sumo gusto, en que no sólo no hallo que advertir á usted, sinó ántes mucho que alabar y ponderar, porque el asunto que usted ha tomado le prueban no sólo con erudicion, sinó con la energía y fuerza de razones que el argumento pide. Y si usted se resuelve á darlo á la estampa, espero que ha de ser de mucho fruto para convencer á muchos que, aunque en la profe-

sion son cristianos, en el corazon y en las obras son ateistas; pues ellos manifiestan clarísimamente, que ni creen que hay Dios, ni otra vida más que esta, y para reducirlos al desengaño de que tanto necesitan no hay otro medio que sea eficaz, si no es la persuasion de que lo gobierna todo Dios con su alta y divina Providencia, como lo pondera bien San Agustin en el lugar y palabras que envió aparte con éste, junto con otros lugares de Escritura y de santos, que yo tenía observados para el mismo propósito; que aunque confieso que el remitirlos á usted es enviar agua al mar de su mucha erudicion é infatigable leccion en todo género de autores, con todo eso, por si acaso, aunque usted los haya visto, se le han pasado de la memoria, he querido hacerlo, atendiendo que tambien al mar, aunque le sobra todo, le tributan los pequeños arroyuelos, y no por su abundancia deja de estimar la poquedad del agua que recibe. El testimonio de San Agustin podrá servir para que usted no se contente con probar su asunto con razones, sinó con ejemplos, que dice San Agustin son los más eficaces para probar la divina Providencia, y en la Escritura los topará usted á cada paso. El primer lugar del Eclesiastes podrá servir para lo que dijo Claudino del orígen del ateismo; y para aquello del mismo Claudino: *Rursus labefacta cadebat religio*, lo del Salmo 72, donde confiesa David que aunque estaba firme en la verdad de la divina Providencia, con todo eso, considerando la prosperidad de que en esta vida con tanta seguridad gozan los malos, estuvo muy cerca de deslizarse y dar en el ateismo. Y para probar lo que usted tan galantemente pondera de que las dignidades y puestos grandes no son ciertos favores de Dios, sinó castigos, ó por mejor decir, que no son dichas, sinó desdichas, podrá ayudar el otro lugar del Eclesiastes, vers. 9, que lo dice claramente; y si usted en lo que tiene escrito adelante no tiene ponderado lo que dijo el mismo Eclesiastes en el lugar citado, vers. 12, juzgo que no será la razon ménos fuerte ni de ménos consuelo que usted pueda traer en la materia, ponderando el lugar con lo que sobre él dijeron Nicolao de Lira y Hugo Cardenal, que á mi juicio son

razones concluyentes, y no podrán desayudar las que apunta la Paráfrasis Caldaica, que trae sobre el mismo lugar el Padre Pineda. Bien veo que todas estas advertencias (si es que para usted puede haberlas, pues está tan en todo) podrán ayudar poco; pero consuélame que para fábrica de Tabernáculo pelos de cabra, que ofreció la pobreza de algunos, los estimó Moises, y áun Dios, con tener junta tanta riqueza para él.—Nuestro Señor guarde á usted y le dé mucha salud para que la emplee en tanto beneficio de su Iglesia.—De casa hoy lúnes 25 de Agosto de 1642.

El Obispo de Leon.

Si acaso no acertare usted á leer los lugares que van con ésta, por ir de mi letra, si hacen al caso, yo los enviaré de otra mejor.

CARTA TERCERA

Ocupaciones forzosas no me han dado lugar para acabar de leer ántes este segundo cuaderno, que es en todo igual y muy hermano del primero. El lugar de San Agustin sobre el Salmo 48 es maravilloso para el propósito, y aunque yo le tenía observado para otro, me he holgado verle ponderado para éste, que vino para él nacido. El pensamiento de la higuera, que tanto ha dado que pensar y discurrir á todos los intérpretes, es no sólo agudo y digna ponderacion el ingenio de usted, sinó el más literal que yo he oido ni leido, aunque he visto algunos, y ninguno deja tan quieto el entendimiento como el que usted me trae. En la segunda hoja me parece fué yerro de pluma el poner *impios* en lugar de *pios*. Usted lo volverá á ver, que á mi juicio diciendo *impios* no hace el sentido que usted pretende. — Guarde Nuestro Señor á usted como deseo.—De casa hoy sábado 30 de Agosto de 1642.

El Obispo de Leon.

CARTA CUARTA

Remito á usted el último cuaderno, que he leido con el mismo gusto que los demas, que como partos de un mismo ingenio son muy hermanos en todo. El lugar de Foreyro está muy bien ponderado, que aunque él era grande, usted le ha realzado. El de San Crisóstomo, en que usted cifró en ménos palabras lo que él dijo en tantas Homilias, es grande, y en que está recogido todo lo que se pudo decir en más dilatados discursos. Sólo me ha parecido advertir á usted, que siendo tan grande el testimonio, quiero decir, tantas las palabras que usted toma de él, estuvieran mejor traducidas en nuestro vulgar, como usted hizo en testimonio de Iaquinocio, para que así lo gocen todos los que no saben latin, que quizá serán más los que lo leyeren sin saberlo que no los que lo supieren, y sería lástima que palabras tan de oro y de tan fuerte prueba para lo que usted pretende las vengan á entender los ménos; y lo mismo siento de las demas autoridades que usted trae en este cuaderno y las demas á lo largo en latin, y costándole á usted tan poco el traducirlas y sabiéndolo hacer con tanta gracia (cosa que aciertan pocos), debe usted hacer este beneficio á los que leyeren este discurso, que áun los que entienden latin gustarán más de verle en romance. Tambien quiero advertir á usted que me ha hecho novedad el modo de citar á San Jerónimo cerca del fin de este cuaderno en el 7.° libro de sus epístolas; que en las obras de este Santo, que reconoció Erasmo, ni Marco Victorio no he hallado que las Epístolas de San Jerónimo se dividan por libros, sinó sólo las de San Gregorio, Papa; ni en la Epístola 27, que usted cita, he hallado las palabras que usted refiere. La resolucion que usted ha tomado de probar con ejemplos la divina Providencia ha sido

muy importante para convencer por todos caminos el fin del discurso, que cuando no fuera documento de tan gran Santo como San Agustin, la experiencia enseña que mueven más fuertemente los ejemplos que las razones.—Guarde Nuestro Señor á usted con la salud que yo deseo.—De casa hoy miércoles 25 de Octubre de 1642.

El Obispo de Leon.

INMORTALIDAD DEL ALMA

TRATADO PRIMERO

CON QUE SE PRUEBA LA PROVIDENCIA DE DIOS

PARA CONSUELO Y ALIENTO DE LOS CATÓLICOS Y VERGONZOSA CONFUSION DE LOS HEREJES

AL PADRE MAURICIO DE ATTODO

de la sagrada religion de la Compañía de Jesus, y lector de teología en el colegio de la ciudad de Leon

SUELEN decir por oprobio de lo que se juzga vil que parece hallado en un muladar, y quien de este tratado mío lo dijere, acierta y no desprecia, pues le hallé en el de Job. Muladares hay y estercoleros agradecidos á quien los escudriña, y más si es la soberbia humana, á quien es usura el desengaño de lo que somos con el recuerdo de lo que seremos. Si Virgilio sacaba joyas del estiércol de las obras de Enio, mejor puede esperarse que sacaré yo tesoros del que fué

cátedra y teatro á las palabras y obras de Job. A V. P. debo el aliento y el caudal para emprender este tratado. Lo que resta es lo que dice Plinio Segundo en su primera epístola. Que ni V. P. se arrepienta de habérmelo mandado, ni yo de haberle obedecido.—Dé Dios á V. P. su gracia, larga vida, con buena salud, y le aparte de todo mal.—En este convento de San Márcos de Leon, 11 de Diciembre de 1641.

FR. TOMÁS DE VILLA-NUEVA.

Por don Francisco de Quevedo.

En ninguna cosa se echa de ver con tanta infamia del entendimiento humano la torpeza bestial y la noche que derrama é introduce en el hombre el pecado y el vicio, como en haber necesitado de que se escriba y defienda que hay Dios, que su Providencia gobierna al mundo y que las almas son inmortales. Sólo el perdimiento más rematado pudo persuadir que las cosas todas sin Criador se criaron, y sin Hacedor se hicieron, y que no habiendo choza sin dueño en el mundo, el mundo no tiene dueño, y negarán que le tiene el universo, viendo en el cielo la cuidadosa obediencia de tan dilatada república de luces y la armonía de sus movimientos, que resbalando de día y de noche, traen con sus pasos, en la noche y el día, los partos de la tierra y la fecundidad de los demas elementos, repartiendo médicos por las cuatro estaciones del año, el gobierno de las cuatro calidades, para correspondencia pacífica de los humores y para la produccion de tan diferentes obras. ¿Quién vió la soberbia del mar, amotinada con las cóleras rabiosas del viento, llegar á la orilla formidable de los montes y besar humilde la ley, que se le escribió en la arena, que niegue que hay divina Providencia que aprisionó en la resistencia del polvo aquel furor, que congojó la estatura de los montes y dió cuidado á las nubes? ¿Cómo puede ser que un hombre que sólo en el alma racional inmortal se diferencia de las bestias, quiera, negándose esta razon é inmortalidad, no sólo ser igual á los brutos, sinó inferior en el conocimiento á las moscas y arañas, como en su lugar probaré?

¿Cuál de éstos, si otro hombre como él, en peor hábito ó más bajo puesto, le dice que es su igual y tan bueno como él se contenta con desmentirle, sin arrojarse á matarle? y olvida-

dos de este duelo, pocas veces justificado, sin aguardar á que el sapo y la víbora digan que son sus iguales y tan buenos como ellos, ellos lo dicen y lo afirman y lo porfían, y su sentimiento es que no los crean. Adviértase: ¿qué honra tiene el rico que se afrenta de que el pobre le diga que es su igual y tan bueno como él, cuando blasona que él es igual á los perros y que no es mejor que los lobos?

Estos hombres se llaman en griego sin Dios, con esta palabra: ateistas, que se han usurpado las lenguas vulgares. Los que no creen la inmortalidad del alma dicen que ni hay Dios ni Providencia; y son muy pocos los que la niegan que confiesen hay Dios; mas éstos negaron su Providencia, como fueron Epicuro, Lucrecio, Demócrito y Heráclito, que afirmaron había Dios, mas no que cuidase de algo, atribuyéndolo todo á la fuerza de la naturaleza. Cuanto á Epicuro, me remito á mí en lo que escribí en su defensa en el Epitecto que traduje.

Pocos fueron los que absolutamente negaron que había Dios. Sacaré á la vergüenza los que tuvieron ménos, y son Diágoras Milesio, Protágoras Abderites, discípulos de Demócrito, y Teodoro, llamado Ateo vulgarmente, y Bion Boristenites, discípulo del inmundo y desatinado Teodoro. Crece este número Luciano, cuya eminencia fué reirse y escarnecer de un Dios y de alguno y de todos, enemigo jurado de los cristianos. Sigue la infamia de éste Plinio, lib. 2, cap. 7.

La Providencia, fuera de los referidos, negó Ciceron, lib. 2, *de Divinatone*, negando la *Præscientia futurorum*, que dependen del libre albedrío. Refútale San Agustin, lib 3, de *Civitate Dei*, cap. 9. Los que quieren acreditar su error con el grande nombre de Aristóteles dicen que negó la Providencia en el lib. 12 de la Metafísica. Empero, á la contraria opinion parece que se llega en el lib. 10, *Ethicorum*, cap. 8, de donde el doctísimo Padre Lessio en su opúsculo de Providencia dice que se inclina á rescatarle de tan envilecido oprobio.

Empezaré por la inmortalidad del alma, para que, entera-

do el hombre de sí mismo en la mejor parte, sea capaz de esotras dos verdades. No gastaré tinta en responder á los argumentos con que Lucrecio porfiadamente osó probar que era mortal el alma del hombre; porque ni el responderlos será ingenio, ni el confundirlos difícil. Y lo que en esto se pudo hacer lo hizo el muy erudito y elegante Aonio Paleario, en la obra que contra esta opinion de Lucrecio escribió, cuyo título es: *De Immortalitate animarum*, en latin y en versos exámetros, no sólo con el mismo estilo de Lucrecio, sinó con las mismas frases y palabras obsoletas. Escribieron de esto muchos muy cuidadosamente, y mayor ¡volúmen el doctísimo filósofo y médico Marsilio Ficico, el sutil y admirable Tomás de Vio Cayetano, siendo generalísimo de la sagrada religion de predicadores, que fué despues Cardenal de San Sixto. Predicó un sermon al Sumo Pontífice Julio II, en la primera dominica de Adviento, año 1503, de la inmortalidad de las almas, tan felizmente metafísico que á media hora debe el conocimiento aquella eternidad casi demostrada. Escribió el doctísimo y nunca bastantemente alabado, el reverendo Padre Lessio, de la Compañía de Jesus, lector y honra de la insigne universidad de Lobaina, en sus opúsculos, un tratado *de Providencia* y otro *de Immortalitate animarum*. Escribió Tertuliano un libro *de Anima*, donde su elocuencia centelló más vivas luces, empero mancilladas con algunos errores y principalmente con afirmar que el alma tiene un género de cuerpo, mal persuadido de un verso de Lucrecio. En nuestros tiempos siguió esta opinion errada el doctísimo poeta y filósofo Torcuato Tasso, en el diálogo que intitula: *El Mensajero*, en boca de su genio, habiéndose cautelado en la dedicatoria con estas palabras: *Permítaseme discurrir como filósofo, creyendo como cristiano*. Pudiera discurrir mejor como cristiano filósofo y ennobleciera más su tratado la verdad que Platon, si tomara el consejo de Aristóteles, tan repetido: *Amigo Platon, empero la verdad es más amiga*.

Aun argüir no saben en su defensa los que creen que su alma es mortal y que son como los brutos en la muerte. Pues su argumento más eficaz era este: Si siendo hombre afirmo que soy como el jumento, ¿quién podrá negar que no soy bestia y afirmar que soy racional? Mas la respuesta es concluyente y se le concede y se le niega: que se hizo bestia por el pecado y por vicios y por la ignorancia, se lo concedemos; mas que habiéndole Dios hecho hombre, no tiene alma eterna ni es racional, en que se diferencia de los demas animales, se lo negamos. No traigo autoridades de la sagrada Escritura y de los santos, porque los ateistas, negando que hay Dios, Providencia y alma inmortal, consiguientemente desprecian á todo lo que con Dios se autoriza; es arte bajarnos de esta cumbre para hallar gente tan baja: la cigüeña, si no se abate, no traga ni aprisiona á la culebra que arrastra. Quiero derribarme á la tierra para hacer presa en estos escuerzos, que la tienen por alimento y no se levantan de ella. Sea discípula de esta ave mi pluma, que introduce las suyas y su pico el antídoto de las pestes animadas del suelo, que con vuelo cosario de venenos, limpiándole de sabandijas ponzoñosas, hace tratables los campos y desarma de peligros contra el pié y la mano del labrador los surcos.

Salga en público la intencion de estos que pretenden hacer infame á la naturaleza, de estos arrepentidos de ser hombres y convertidos en fieras, de estos que mereciendo ser como dicen que son, tienen el castigo en no ser como quisieran haber sido.

Es el cuerpo con los apetitos, inclinaciones y vicios el que tienen igual con las bestias, y ellos dicen que el alma. Nunca dicen que viven como bestias, y siempre que mueren cómo ellas. Tienen en la mentira que creen la conveniencia que se fingen. Para no temer el vivir como animales quisieran morir como ellos. Díme, hombre á tu pesar, animal racional á más no poder, ¿qué responderás á quien, viéndote de miedo

de la muerte huir en una pendencia, temblar en una enfermedad, gritar en un espanto, pasmarte en un susto, llorar en una afliccion, te preguntare que por qué temes la muerte, aborreciendo la inmortalidad? Responderás que temes la del cuerpo, que ves, y que niegas la del alma, que no es visible. Por dos causas no la puedes ver, porque no tiene cuerpo y porque la aborreces. No puedes negar que tienes pensamientos, imaginacion y deseo, y no viéndolos, crees que los tienes. Replicarás que tambien crees que tienes alma, mas no inmortal ; y añades que no has visto resucitar á ninguno, y niegas las resurrecciones sagradas y tantas apariciones como refieren áun los autores profanos, griegos y latinos, y particularmente Plinio Junior, varon eminente y de juicio severo y bien reportado.

El probarte la inmortalidad de tu alma está á cargo de los castigos, pues huyes de que te la enseñen los premios. Quiero confundirte con afrentas, ya que no te reduzco con razones. Morir todo, y para siempre, última miseria es, y desconsuelo ultimado decirte que no muere todo ni para siempre, y que tu alma es eterna, y que tu cuerpo mortal ha de resucitar con ella á vivir sin fin, nueva es que merece albricias, cuando no fuera verdad, como lo es, por lisonja y por dignidad que se te atribuye sobre las otras criaturas, con quien te igualas, sabes que eres vilmente cobarde y te precias de valiente, y agradeces que te publiquen por tal. Siendo ignorantísimo, si te llaman docto lo admites ; siendo necio, que te tengan por discreto ; pobre, por rico; villano, por noble; y avariento por liberal. Te ves feo y de mal talle, y si te llaman hermoso y galan lo crees y lo agradeces, siendo cosas que tú mismo sabes y ves que no tienes ; y teniendo alma y diciéndote que es inmortal lo niegas y te enfureces. Alegas que hay muchos animales en quien te admira el entendimiento, la razon, prudencia, astucia y sabiduría ; estos nombres profanas en ellos y te arrojas á con-

tar sus virtudes; la piedad en la cigüeña, en los perros y en las hormigas; afirmas que se entienden los pájaros, como lo dijo el rematado Artesio; y que Uvequero en sus secretos trae las tablas que hizo para entenderlos, y concluyes que pues tienen entendimiento, prudencia y virtudes, y hablan y se entienden como el hombre, y mueren en ellos cuerpo y alma, que de la misma manera muere el hombre con alma y cuerpo. Caido has en el lazo; no esperes desatarte de él. Pregunto yo: ¿Viste el perro que habiendo degollado á su amo y llevándole á echar con una pesa en el Tíber se fué tras él, y viéndole arrojar se echó tras él al agua y por tenerle le asió de un brazo, y no pudiendo sustentarle el peso, por no dejar á su señor se fué con él al fondo y se ahogó con él? Dirás que no, mas que lo leiste en Cornelio Tácito. ¿Viste salir enlutadas á las hormigas á ganar la obra de misericordia que les atribuyes, enterrando los muertos, cuando trayéndoles difunta una hormiga de su pueblo, otras de diferente familia la salen á recibir y la llevan al seno en que viven y la entierran, y luégo agradecidas traen granos de trigo, que dan por paga de su trabajo á las que la trajeron? Dirás que no; empero que lo has oido contar y que te lo han dicho ó lo has leido en las obras de un Santo y Padre de la Iglesia. ¿Te hallaste presente cuando yendo Artesio de camino oyó chillar unos pájaros y dijo: Estos dicen que una legua más adelante de aquí se le desató junto á una encina un costal que llevaba un labrador al molino y que dejó derramado mucho trigo, y llegando á la legua y señal, vieron el trigo que dijeron los gorriones? Responderás que no; mas que es cuento que desde que naciste has oido y que está impreso. ¿Fuiste testigo de alguno de los prodigios y habilidades que de todos los animales refiere Plutarco, y más encarecidamente del elefante, en su diálogo cuyo título es el de su error: *Que los animales usan de razon?* Dirás que no; empero que lo has oido referir ó leídolo en libros que lo dicen, citando á Plutarco, ó sea que lo viste en él.

Pues díme, afrenta de los hombres y vituperio de tí mismo, que llamarte perro, hormiga y pájaro es dar vaya á los pájaros, hormigas y perros, para dar muerte á tu alma, ¿das crédito en lo que no viste, ni él vió, á Tácito, á Artesio y á Plutarco, y á cuentos y á consejos y á las fábulas de Esopo, y para que sea eterna, como lo es, se le niegas en los dos testamentos á los patriarcas y á los profetas, y á la misma Sabiduría y á los evangelistas y apóstoles, y al mismo Hijo de Dios, y á los muertos que han resucitado, y á las almas que se han aparecido, y á los santos que refieren que los hablaron con circunstancias legalizadas y auténticas? Si desprecias los santos, oye á todos los filósofos, historiadores, poetas y oradores; si tienes hastío de lo divino y de la Iglesia, oye á los idólatras en esta parte, á los platónicos, peripatéticos, estoicos, pitagóricos; lee en Ovidio la leccion que Pitágoras leyó, y verás como áun aquel ingenio tan lascivamente distraido te desmiente con estas palabras, que empiezan el verso sexto: *Morte carem animæ.* Hasta la mentira obstinada y el error contumaz de tan diferentes sectas de herejes, que todos creen la inmortalidad de las almas y castigan tu desatino con el fuego que por otros errores merecen, y puedes en este punto aprender vergüenza de ellos. Calvino, cuyo nombre es anágrama de Luciano, siendo abominable hereje, quemó vivo porque tenía tu opinion á Juan Servet. Mira cuál eres que hasta de los heresiarcas eres condenado. Es tan bestial tu error, que es forzoso convencerte con las mismas bestias, cuyo entendimiento dices que te convence. Ninguna te parece tan visiblemente entendida como el perro perdiguero. De éste dices que tú propio, sin relacion ni referirte á autores, ves cada día muchas veces habilidades y advertencias, y te arrojas á llamarlas maravillas. No te contradigo sus astucias y atencion, ni las diligencias de su olfato, ni la cuidadosa velocidad de su movimiento, ni las parlerías de su hocico, ni las suspensiones de sus piés, con que, detenido el paso, advierte al cazador y asegura la caza, y otras

muchas cosas que con facilidad aprende su pronta naturaleza, como los gozques de los ciegos. Díme si estando contigo á solas y á tus piés este animal, á quien has visto hacer aquel día todas las cosas con que te persuades á que tienen entendimiento, le vieses tomar un libro de las manos, leer en él, y declararle, hablar contigo y responderte á propósito, ¿no te asustarías presumiendo que era más que perro y que algun demonio hablaba en él? Y era fuerza te causase espanto. Pues respóndeme. Si al perro por verle leer y hablar le tienes por cosa mayor y no ménos que por espíritu, y con asombro, ¿cómo puede ser que á tí, en quien oyes y ves estas cosas y otras mayores, te juzgues en el alma y entendimiento igual al perro, y no te atribuyas el espíritu que le atribuyes á él? ¿Ponderas que hable un tordo, una picaza, un papagayo y un cuervo, y no ponderas la industria del hombre, que enseñó á hablar á las aves? Pierio y Eliano cuentan de un impío embustero, llamado Safon, que para que la gente le adorase por Dios doctrinó muchas de estas aves, enseñándolas á decir: *Adorad á Safon, que es Dios.* Soltólas, y por varias partes iban volando y diciéndolo, de que admirados los pueblos, le reverenciaron por Dios. De esta casta es tu admiracion en las habilidades de las bestias, que se las enseñó el hombre por ganancia mecánica, ó por entretenimiento casero, ó por embeleco, como Safon, y Mahoma á la paloma con trigo á venirse á su oreja para decir que le hablaba al oido.

Hombre, mal persuadido de la elocuencia de tus vicios, no eches la culpa de tu error á tu muerte, sinó á tu vida. No quieres inmortalidad porque la dudas, sinó porque la temes. Vives como bestia, porque no rehusas de merecer los castigos eternos, y por no padecerlos no admites eternidad, como si eso excluyera la inmortalidad de tu alma. Engáñaste como los necios que dicen que todo es vida hasta la muerte, y lo que llamas muerte su último y menor instante. No porque lo dices dejas de morir cada hora que vives, ni porque digas que tu

alma muere dejará de vivir como inmortal. Tu enfermedad atribuyes á tus ojos, crees lo que ves y lo que no ves niegas. Yo te probaré que sabe mejor lo que se cree á persuasion de la razon que lo que se mira con los ojos en las cosas mismas que se ven con ellos. Tratarlos de mentirosos no es desacreditarlos, porque no mienten por su culpa ni por mentir ni engañar, ni dicen la mentira, sinó la ocasionan. Todo el círculo del sol le ves en su cabal circunferencia mucho menor que una rueda de molino; y Cleomedes dice que Epicuro, como quien con cautivo discurso creía á los sentidos, afirmó que no era mayor de lo que se veía; y por este desatino le llama el Tersites de los filósofos, como si dijera el Moharrache; y con razon le trata así, pues con evidencia matemática se prueba, con la disminucion y aumento de su distancia, y con su difusion, que es muchas veces mayor que toda la tierra, y sus eclipses lo demuestran. Advierte que los ojos te persuaden á creer una mentira más de sesenta veces mayor que el globo de la tierra y del mar. Ves desde muy léjos una torre ó edificio, que perfectamente es cuadrado, redondo, y no puedes decir ni afirmar otra cosa creyendo á los ojos, á quien se le torneó la distancia donde llegó su fuerza limitada. Las montañas y cerros de peñascos tienen el color pardo ó blanco de la tierra y el verde de su yerba y árboles; y siendo así desde léjos tus ojos te lo muestran de azul ultramarino, porque juntándose la oscuridad de tu vista, que tiene esfera de actividad limitada y desfallece fuera de ella, con la claridad y luz del medio y del objeto, resulta aquel color, que consta de oscuro y claro. Miras muchos hombres de un mismo tamaño en diferentes distancias; jurarás por lo que ves que unos son mucho menores que otros y desigualísimos, siendo iguales; y la perspectiva con la razon y con la demostracion te enseña que la desigualdad es de las distancias y no de los cuerpos. Pudiera convenceer á los ojos de otras muchas burlas que hacen; mas estas bastan por todas. Pues si la razon te enseña la verdad de la mentira de tus ojos y te

desengaña del engaño que ves, no puedes negar que se ve mejor lo que se cree á persuasion de la razon que lo que se mira con los ojos. Pues si la razon del hombre asegura más lo que por ella se cree que lo que se mira, ¿con cuánto mayores ventajas y prendas se asegura lo que se cree de Dios por la fe con Él que todo lo que se ve sin ella?

Despues que me desembaracé de darte á conocer los animales que te persuadían á que eras bestia, me voy acercando á tí, para hacerte argumento contra tí propio.

No puedo enseñarte tu alma, que ni es visible, ni tiene cuerpo; mas procuraré que su cuerpo mismo te enseñe la dignidad de su alma, y que con las potencias de ella vuelva por la honra que la quitas con sus sentidos, haciéndole habitacion de un bruto. No puedo ponerte en paz más cortesmente que con esta discordia. Tú quieres ser todo cuerpo y tu cuerpo anhela ser alma. Aprende de él á tener buenos pensamientos. Yo te probaré que desde su primera formacion y en todos sus estados, y con su fin y en él se contradice y reprende y enseña todo lo contrario de lo que dices.

Ni te viste engendrar, concebir, ni hacer. De aquí procede que á la naturaleza atribuyes todo tu sér; á la fortuna y al acaso todos tus sucesos, y á Dios nada.

Quiero volverte al vientre de tu madre y á la sementera de tu cuerpo. La naturaleza es venerable. Escribiré los secretos de tu formacion con términos no sólo honestos, sinó reverentes á tus oidos, reconociendo que peligro más en la vergüenza que en la prueba.

Fuiste engendrado del deleite, del sueño y del sudor espumoso de la sustancia humana en el vientre de tu madre, y amasado con el humor superfluo, veneno vestido de sangre, que médicos y auxiliares derraman los meses por la conservacion de la salud del cuerpo de la mujer. Fuiste masa de horror, asco y ponzoña, forzosos ingredientes de muerte y arrojado el uno por contrario á la vida y buena disposicion, tósigo

á las yerbas y animales, que respira con vaho nubloso bajidos á lo diáfano del cristal. De esta manera en la oficina de venas y arterias hierves, informe embrion, áun para imaginado desapacible. De esta verdad cada día pueden informarte tus ojos en abortos, ó casuales ó con malicia, prevenidos á la madurez de la animacion, donde se comete por la intencion homicidio, sin hombre anticipado el que había de serlo. Verás un cáos confuso, feamente y con desaliño al parecer revuelto, en que sólo conocerás materiales para provocar el vómito, cosa tan suya que la señal del preñado más frecuente son vómitos y ascos. Luégo que los días disponen este aparato con órganos capaces del alma, Dios se la infunde y empieza á vivir y proporcionarse y ennoblecerse con la asistencia del alma, que explayándose por aquel envoltorio de humores corporales rebujados, le va fabricando en persona con todas sus dimensiones, hasta que con moverse y sentirse conoce la mejora que adquiere con la compañía del espíritu. Hasta ahora ni en el parto no está diferente de los otros animales vegetativos y sensitivos en las operaciones. No usa de la razon, no porque no tiene alma racional, sinó porque áun no tiene órganos capaces de su uso; esto parece que llora en naciendo, viendo suspendido el entendimiento con que se diferencia con majestad de todos los animales, y por esto desde luégo revienta por hablar, que parece que el alma hace caso de honra que áun pocos meses con su asistencia use de las operaciones solas de que usan las bestias. En esta tardanza se reconoce la dignidad en que se aventaja lo racional á lo vegetativo y sensitivo, pues quiere su ejercicio más estudiosa disposicion de la naturaleza. Despues que ha enjugado los pechos de su madre, ó si tuvo por ocupacion mecánica su crianza, los de su ama, empieza á ser juguete entretenido, dos veces hermoso por la vida nueva que estrena y por la recomendacion de la inocencia, que agracia sus juguetes. Pasa en los siete años de su primer climatérico y empieza á resplandecer como en centellas la lumbre del en-

tendimiento, y poco á poco se va dilatando como llama espléndida, ó atizada de la imitacion útilmente envidiosa, ó fomentada á soplos con las palabras de la boca del maestro, ó asistida de la atencion propia. Mírale hombre y considera la armonía de aquel vivo edificio, admirando en cuán poco bulto se ven epilogados el superior é inferior orbe, abreviados sin ofensa de su dignidad, ménos espaciosos, no ménos cultos. Óyele y verás que su discurso, á pesar de la altura y profundidad, ha escudriñado los claustros del cielo y acechado los más callados pasos de sus luces y la recatada inclinacion de sus aspectos, y desenvuelto no sólo los senos de la tierra, sinó sus entrañas, hallando aquellos metales y piedras á quien por veneno precioso para esconderle echó la naturaleza los montes. Él juntó con un leño las infinitamente distantes orillas, á que fué divorcio con rabiosos golfos el Océano, abrazo líquido de la tierra. Burló las amenazas de las borrascas y sirvióse de las iras del viento, deteniéndole en las velas para caminar tanto como le estorba su paso. Halló en la piedra iman los amores con el Norte, y en los éxtasis de la aguja dividió las guías de camino tan borrado de noticias y señales. Si vuelan las aves en los campos vacíos del aire y en las vecindades del cóncavo de la tierra, encuentran con el señorío del hombre. Deslizándose los peces por los sinuosos volúmenes del mar, no pueden huir el vasallaje del entendimiento humano. Las fieras horribles en las uñas, armadas de iras, formidables en las fuerzas y ligereza, que fían su seguridad del ceño de los montes y de la ceguedad anochecida de las grietas y simas de la tierra; y las serpiertes, que escupen muerte y miran con ella en quienes militan las pestes armadas de veneno: todas á su pesar, no sólo reconocen el dominio de la razon del hombre, sinó que le sirven esclavas. La majestad de los elementos no ha podido exentarse de su imperio. Al entendimiento humano sirve la tierra, ó ya pechera, tributándole el fruto de tan innumerables labores, ó ya sosteniendo el peso de tantas ciu-

dades, para cuya fábrica ve navegar sus cerros en pedazos, y en cuyo ornamento ve en estatuas mentir vidas sus mármoles. Las aguas en su obediencia atienden á la tarea de oficios mecánicos, ó moliendo las semillas, ó aserrando árboles, ó llevando maderas á cuestas, aprendiendo á servir por su albedrío en los ríos las crecientes, en el mar las borrascas. Él mandó trabajar al aire en las bombas, y le enseñó á que su fuga, por evitar el vacuo, sacase tras sí las aguas, volando sin sentir su peso. Él le aprisionó en los fuelles, para multiplicar el fuego y animar en incendio una chispa. Le recogió en las velas, para que cuanto más le detuviesen llevase más velozmente sus bajeles. Y halló que en el estorbo de su jornada consistía la expedicion de la suya. Al fuego, que no se deja tratar, que como monarca de todos tiene su trono confin con las estrellas, le halló escondido en las entrañas del pedernal, hizo que concibiese de él llamas la yesca, con que contradice las tinieblas de la noche y suple las ausencias del sol. Disimuló en menudo polvo sus impaciencias y aprisionó su ímpetu en los cañones de metal, que con truenos y relámpagos imitan los enojos de las nubes; con él burló las defensas de las armas y de las murallas, hizo que por la puntería diesen más muertes los ojos que las manos y pasó la gloria del valiente al certero. Y á tan severo y desapiadado elemento hizo juglar y ocasion de risa en las fiestas, atándole en un papel.

Vuelve, pues, á desandar tu sér y tu vida, desde este estado en que dominas, con sólo tu entendimiento y el alma, aves, peces, animales, tierra, agua, fuego y aire, á lo que fuiste ántes que el alma racional te ennobleciese; hallaráste una masa vergonzosa de asco y horror sazonada con veneno. Pues díme: alma que habilitó á tanta grandeza materiales tan disformes, confeccionados con ingredientes de muerte, ¿cómo puede ser de su condicion y naturaleza mortal? ¿Quién dirá que el muerto y el que da vida son de un linaje? ¿Ni la vida y la muerte? Ménos podrá afirmar que tu alma y la de las bestias

son una misma cosa, ni tu entendimiento el suyo, pues nunca pueden ni saben salir ni rescatarse del vasallaje en que las pone tu entendimiento; pues por las dotes corporales todos los brutos te exceden en fuerzas, en ligereza, en osadía; muchos con grandes ventajas en el volúmen del cuerpo y la estatura. Armados por naturaleza de armas ofensivas y defensivas, y refundidos de las artificiales, con piedras obstinadamente duras y corazas de conchas; lo que se ve él en escudo del jabalí y en la habada, que se muestra muralla viva de cuatro piés. Tú, para que conocieses la dignidad de tu alma, naciste con un cuerpo más desabrigado que las ovejas y los corderillos, y tan débil y sin defensa, que un mosquito ejecuta en él heridas, y una picadura de una araña le enferma y le derriba; y siendo el valenton del mundo el entendimiento humano y á quien sólo debes la victoria universal de todo, te ocupas en disfamarle. No puedes negarme que tu alma y entendimiento no son diferentes de las de los animales, pues te lo he probado con ellos mismos, viendo que solos los brutos tienen autoridad contigo.

Obligarte he ahora á que conozcas que cuando tú pretendes que el alma racional sea cuerpo, el cuerpo se engríe en presunciones de ser alma.

Mira una mujer, en quien naturaleza ocupó los pinceles de más cuidadosa hermosura, cuánto estudio pone en desconocerse del sér humano en todo. Añádese la estatura con el chapin, disimula con zonas de plata y bordaduras de ámbar y oro el corcho. Viste en pirámide pomposa la dimension de su persona, miente el bulto que la falta, añade á su blancura el ampo artificial, baña de resplandor sus mejillas, enciende en rubíes sus labios, apriétase el cabello con un zodiaco de diamantes, en que no arde ménos encendido el sol. Con joyas, manillas, arracadas y sortijas remeda el firmamento, sembrada de constelaciones centelleantes, persuadiendo á los ojos que es esfera racional; con que hipócrita de divinidad, es maravilla tirana de

los sentidos y potencias más bien reportados, aprisionando en una vista descuidada, en un movimiento casual, las letras en los doctos y las armas en los valientes, aherrojando en un cabello libertades presuntuosas y magníficas, encendiendo en volcanes la nieve que la muerte con el último invierno de la vida ventisca en las canas. Y por la última y más insolente de sus hazañas granjea la idolatría, falsifica la religion, multiplica herejes, es deslizadero de los virtuosos, despeñadero de los malos, moneda falsa que muchas veces nos compra lo temporal y no pocas lo eterno. Esta, pues, ilusion vanagloriosa, que á fuerza de martirios en su persona embustera de divinidad, siendo tierra amasada en carne y huesos, apuesta con el cielo más bien enjoyado á luces y se hace más apetecible á los apetitos más desenfrenados. No sólo se afrenta de ser cuerpo; no sólo presume de ser cielo, sinó de ser preferida á él. No se contenta con atribuirse presunciones de alma, sinó con obligar á que los persuadidos de su elocuente embeleco la llamen alma de su alma; y que el vencido la diga: mi alma. ¿Y este impío delirio, este sacrílego frenesí, llaman requiebro? Que creen que lo es, confiésanlo con no reparar en perder su alma tan frecuentemente como por ella la pierden. Y lo mismo has de considerar en los hombres que, arrepentidos de serlo, desmienten el sexo varonil, afeminando la robustez decente con la belleza forastera y comprada. Cuán grande número verás de viejos que lo quieren ser en secreto, y que los ojos den crédito al tintero y no á la pila, procurando hacer cejar las edades atras y acercarse al nacer por donde vinieron. Las bocas, que les desempedraron los años, las arman de canillas de animales y de huesos faranduleros, que limados en dientes representan lo que no son; cualquiera tos los arroja, cualquiera estornudo los escupe y deja sus quijadas pacíficas, sin las amenazas de morder. Mira á los más desnudar con el vestido toda su persona; con las calcetas se descalza las pantorrillas, con el jubon lo ancho y airoso del talle, y los colchon-

cillos, que desaparecieron, lo fragoso de las corcovas: y lo mal inclinado del espinazo, á las sábanas se confiesa esqueleto y á los colchones montuoso. Desenlázase el cabello postizo y confiesa calvo á las almohadas los primeros trozos de calavera. Díle á éste (que pasados los sesenta y tres años, estando en la jurisdiccion del más ejecutivo climatérico, áun no lleva cabal á la sepultura en su cuerpo lo que la debe) que está acabado, y verás con cuánto sentimiento responde que nunca estuvo mejor, y que las canas son complexion y las arrugas pesares, y la falta de dientes corrimientos, no confesando que alguna cosa es edad. Si de enfermedad está desauciado y para prevenirle dicen que se muere, replica que no puede ser, que cómo puede ser, que se siente con fuerzas, que no se siente tan malo. ¿Quién bastará á entender á este ateista de lo humano y de lo divino? No cree que su cuerpo se puede morir, lo que muchas veces ve cada día, y cree que su alma muere, lo que nunca ha visto, oyendo siempre y casi á todos lo contrario, y sin excepcion á todos los santos, padres y filósofos de mejor nota. ¿Qué principio tendrá este engreimiento del cuerpo, cuando con joyas se hace resplandeciente, cuando con artificio se aumenta, se enmienda y se disimula? de sí no puede ser, ya te lo he descifrado; de su alma, si es la misma que la de las bestias, ménos; pruébolo con evidencia, porque en todos los animales, aves, peces, ni has visto, leido ni oido que alguno se haya descontentado de la fealdad, fiereza y disforme figura con que nació. El leon medio desnudo, á quien la greña es limitada muceta, nunca intentó añadirla para disimular la flaqueza desabrigada de sus espaldas y ancas; ni el camello, todo disforme, esconder el pescuezo en adornos, ni la giba con trastos añadidos. Bastan estos ejemplos, pues en contrario no hay alguno. Luego si este engreimiento le participa el hombre, aunque reprensiblemente, de la compañía de su alma, sígue-se que su alma es diferente que la de las bestias. Confesarásme precisamente que es diferente, de mayor dignidad y perfeccion, mas negando que sea eterna.

Ya que á tu pesar te he sacado de bruto y diferenciado tu alma de la suya, quiero persuadirte que es inmortal. Tu maldad podrá contradecirme; tu entendimiento no sabrá responderme.

¿Ves la locura de tu cuerpo, y aquel entendimiento soberbio, que te he referido, con que osa ser remedo del cielo, desmentirse humano, mentirse divino, desconocerse tierra y encaramarse en todo vida y todo alma, hasta en los movimientos? pues si lo adviertes, no es otra cosa sinó una envidia desaprovechadamente competidora de la hermosura, perfecciones, inmortalidad y grandeza de su alma. Todas estas cosas afecta, y si no las tuviera su alma, le faltara noticia de ellas para presumirlas y ocasion para imitarlas. El cuerpo y el alma no están cerca, sinó juntos componen un hombre toda la vida; su compañía es la más intrínsecamente apretada. Un ejemplo cortesano te facilitará mi discurso. Muchas veces te ha sido enfadoso enojo, hasta vencerte en la murmuracion la modestia y la paciencia, el ver en las córtes un hombre bajo, rodeado de pajes y escondido en familia muy lucida, vivir en la casa en que conociste algun señor de gran porte, hacer plato, gastar un patrimonio en una fiesta, llevar otro en sortijas en los dedos, dar por un caballo lo que podía ser hacienda de un caballero, y más de lo que pidió el dueño, que porque no se lo comprasen puso precio desaforado; y al fin quedó vencido su encarecimiento de su locura. Y con estas y otras acciones, advirtiendo tú que se desemeja de lo que es, y se transfigura en lo que no puede ser, te admiras y preguntas: ¿de dónde le viene á este hombre ordinario esta grandeza y gravedad? Responderánte que es nieto de un tendero muy poderoso, desde niño dió en andar y tratar con grandes señores y hánsele pegado las costumbres de príncipe, y añádese con el gasto y ornato lo que le falta en la calidad. Lo propio te respondo de los entonamientos del cuerpo, y todos sabemos que es polvo y ceniza, enfermedad y muerte; mas como desde

que nació anda y trata con su alma, llena de grandeza hermosísima é inmortal, hase querido introducir en las mismas dignidades de su compañía y con la limitada imitacion disimular su bajeza; y cuando no puede con la calidad, lo intenta con el gasto y el ornato. Lo que en las bestias nunca se ve, porque no tienen alma que los despierte de esta semejanza; y por esto el cuerpo del hombre es capaz de este delirio magnífico, y no ellas.

¿No perdonas las injurias, porque no quieres que sus venganzas tengan fin? ¿No te apartas de la usura, porque no tenga fin tu codicia? ¿No te contentas con lo demasiado, porque no se acabe tu ambicion? ¿Para tí solo lo quieres todo, porque tu soberbia y envidia sean eternas? ¿Y sólo quieres que sea mortal y tenga fin tu alma? ¿Tus pecados y abominaciones te deben deseos de inmortalidad, y tu espíritu de corrupcion y de muerte? Descubierto he quiénes son los que te persuaden tan grave error. Para que todos los neciamente impíos, como tú, crean la inmortalidad del alma, no era menester más de que hubiera otro tal que os dijera que despues de la muerte no había castigos para los malos. Con esto lo abrazárades por dignidad, lo creyérades por prerogativa y por consuelo de no dejar de ser totalmente; mas queréis ser tales, que ántes queréis dejar de ser para siempre que temer los tormentos que merecisteis por haber sido como no debíadeis ser. Mejor cortesano se mostró que tú, siendo de la misma opinion, Lucano, que en algunos versos de su *Farsalia* pronuncia este error, y en muchas le bosteza, abriendo sin palabras la boca, tartamudeando todo el ateismo, y con más voz, en negar la providencia, en que tuvo por discípulo á Tácito, como lo mostraré en su tratado. Este, pues, docto poeta, en la noche de la gentilidad, en el primer libro, reconoce que creer la inmortalidad del alma, aunque fuese error, es error feliz.

Y si bien Lucano habla de los que creían que el alma no padecía muerte con su cuerpo, sinó que en peregrinacion

continua pasaba de unos á otros, trata de la inmortalidad de ella, y la afirma engañada con la opinion en la tarea en que la pone; son dignas de reparo tres palabras del citado autor. La primera, llamar (el que no creía la inmortalidad del alma) felices con su error á los que la creían. De que se colige forzosamente que tenía por desdichados con su verdad á los que la negaban. Ni tu misma bestialidad es posible, y cuanto es mayor ménos que tenga por acierto el que hace infelices y por error al que hace bienaventurados. La segunda es llamar á la muerte medio para otra vida y no fin, y llama felices con su error á los que creen que el alma no muere, porque de esta opinion procede el ánimo que, exento de temor, se arroja á los peligros, despreciando las amenazas del yerro. Y las almas capaces de muerte (esta es la palabra tercera) coméntase y llámalas así, añadiendo: Que por esto juzgan es flojedad y vileza perdonar la vida que ha de volver. No puedes negar que el tener las almas capaces de muerte en los gentiles hizo inmortales y gloriosos, y aclamacion de todos los siglos y naciones, á Scevola, á Lucrecia, á Caton, á Sócrates y á Marco Bruto y á otros muchos.

Díme, pues, si persuadirse á que no moría el alma á aquellos capitanes y filósofos, no por confianza de la verdad que sabían, sinó por la industria de la igualdad del ánimo, por comodidad aceptada, los hizo ocupacion de la fama, de las lenguas y plumas, rescatando sus nombres del olvido, sin que la ancianidad de tantos años los haya podido enmudecer ni acallar, y siendo verdad disfamada con fábulas. No puedes negar que no tiene precio, honra y estimacion, que se desciende á la noche, que derrama la fuga de los años, que llevándose envueltos en el polvo de sus pasos las ciudades, reinos y las monarquías oscuras y mudas, los respeta y privilegia tan preferidamente. ¿Qué, pues, dirás de los infinitos gloriosos mártires, cuyas santísimas almas fueron capaces de muerte, no como aquéllas por industria de igualdad de ánimo premedi-

tada, sinó porque por el sacramento de la fe les fué dado el Espíritu Santo, y con el Espíritu Santo conocieron á Cristo, y por Cristo á Dios, y por Él y en Él la verdad, que sin Él no pudo ni puede alcanzarse? Aprende, pues, de otros, ateista, la dignidad que alcanza en el mundo la opinion áun mal enseñada y tan defectuosamente creida de la inmortalidad del alma; y de las palabras de Tertuliano, el camino de hallar la verdad, para conseguir gloria eterna, exenta de la lima del tiempo, que tiene postrero día para aquella fama, y hora que será sepulcro á todas las grandezas y blasones del mundo. Sea la conclusion que si en esta materia el creer defectuosamente y sin verdad tiene alabanza y precio, y es ocasion de hazañas y proezas admirables, de cuánto más esclarecidas obras y más inestimables maravillas y milagrosas acciones lo será saberlo creer con verdad infalible y obrarlo con gracia soberana, para corona eterna.

En estas tres verdades: que hay Dios; que hay Providencia; que hay alma inmortal, el texto de Job ha de ser mi texto. ¿Por qué piensas que Job, en trabajos tan nunca vistos y en persecucion tan cruelmente dilatada, tuvo paciencia, siempre victoriosa y triunfante? ¿Y alma, no sólo capaz de muerte, sinó de calamidades que se le hacían desear? Porque creyó y supo creer la inmortalidad del alma, cap. 19, vers. 25. *Scio enim, quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum, et rursum circundabo pelle mea, et in carne mea videbo Deum.* Afirmando misterios tan grandes, como que hay Dios, resurreccion de la carne, alma eterna; que aguardaba Redentor y su resurreccion con la suya, no dice creo, sinó sé, para enseñar que sólo con infalible certeza se sabe lo que Dios y por Dios se cree.

Es la paciencia el valenton que arma para vencedor de batallas el espíritu del hombre con su inmortalidad. Es señal de endiosamiento en el hombre, y fué la señal en que principalmente debieron los judíos conocer que Cristo, siendo hom-

bre, era Dios. Cristo solo no participó nada de la impaciencia del hombre; Job participó algo, aunque levemente, no en las obras ni en las palabras, sinó en el modo de decir algunas. El doctísimo Pedro Blesense en sus advertencias á Job, sobre aquellas palabras *In omnibus his, non peccavit Job labiis suis*, dice que de dos maneras se peca con los labios, ó no diciendo lo que se ha de decir, ó diciendo lo que se ha de callar; y afirma que de ninguna de estas dos maneras había pecado; mas olvidósele la tercera, que es no decir lo que se ha de decir como debe decirse. Y en ésta fué reprensible despues, como se colige de las palabras del mismo Dios, con que empezó á argüirle: *Quis est is te imbolvens sententias sermonibus imperitis?* Y esto, porque en unas partes decía que Dios era justo, y en otras que le quitaba su justicia, que no le juzgaba con igualdad. En lo uno hablaba de la voluntad de Satanas, que siempre es mala y suya; en lo otro, del poder, que por tenerle de la permision de Dios, siempre es justo en sus fines, que pocas veces alcanzan los hombres, maliciando otros á propósito de su odio ó venganza. Envolvió Job, con la pasion celosa y el dolor vehemente, estas dos cosas, tan encontradas, en palabras coléricas. Empero, San Gregorio, lib. 2 de los Morales, cap. 10, las desenvuelve con razones arrulladas por aquella soberana paloma que como nido frecuentaba la oreja del gran Padre San Agustin; nos dió con el texto de Job esta misma doctrina, en que se deposita todo el consuelo de los afligidos sobre el Salmo 29. Y más abajo, tratando de la respuesta que dió á las palabras de su mujer, son incomparables á nuestro propósito y en alabanza de Job. Yo, por comento al discurso del gran Padre, digo que en este sentido dijo Satanas, cap. 2, vers. 5: *Alioqui mitte manum tuam, et tange os ejus, et carnem, et tunc videbis, quod in faciem benedicat tibi.* Respóndele Dios cuando Satanas le pide que le toque con su mano: *Ecce in manu tua est, verumtamen animam illius serva.* En la mano de Dios, que pedía, pedía el poder que le faltaba; y

diciéndole Dios que estaba en su mano, concedió el poder á su mala voluntad, que es la mano del demonio. Desdichadamente padece quien trueca estas manos. El demonio sólo tiene una mano, que sabe que es mano de la del poder; no le teme quien sabe que es de Dios, ni se aflige. Encarecido elogio de Job nos dejó San Agustin: llámale aquél Adan en el estiércol. Dice que intrínsecamente manaba inmortalidad y extrínsecamente gusanos. Hasta en ser llamado segundo Adan fué Job figura de Cristo, y fué disposicion suya que lo fuese, pues con él tomó satisfaccion la divina Majestad, con mortificacion de la inobediencia de Adan y de la soberbia con Job. Pues si en el paraíso, siendo señor de todo, lo perdió todo por la golosa persuasion de su mujer, éste, que era el mayor de los reyes del Oriente, habiéndoselo Dios quitado todo, y arrojándole en un muladar, de tal manera que ántes parecía otro que huésped en él, en vez de dar crédito á su mujer, la reprendió ásperamente, en que se desquitó de la elocuencia de Eva; la divina justicia afrentó con Job al demonio, que blasonaba de haber vencido al Monarca de todo el mundo, la incomparable hermosura del paraíso, ultimada con gusanos y llagas, con ceniza y estiércol. Tan calificada vengaza sólo pudo tomarla por medio de la paciencia de un Adan y Eva con otro la divina Providencia; y de la misma serpiente con ella misma. Job Adan satisfizo de ellos á Dios; y Cristo, segundo Adan (así le señala San Pablo), satisfizo á Dios por ellos. Débanme este lugar los comentarios de Job y sus devotos, que yo se lo debo á San Agustin.

Todas las batallas sangrientas y formidables que venció la paciencia de Job tuvieron por caudillos la siempre mala voluntad de Satanas y su poder, justificado en la permision de Dios, que se le dió. He referido en lo divino y lo humano algunos de los infinitos blasones que prueban que cuanto hay grande, magnífico y glorioso lo han obrado y obran los hombres por creer que su alma es inmortal. Ahora te pregunto que me di-

gas si has leido ú oiste decir de alguno de los que la dudan ó no la creen cosa en obras ó palabras que no sea vil, infame, injuriosa, nefanda y detestable. Los nombres de los que lo fueron no sirven de otra cosa sinó de que los maldigan y abominen todas las lenguas y las plumas: la memoria que de ellos se hace es su afrenta. Quiero disponerte á más interna consideracion con un inconveniente que no se puede conceder. Desde las primeras niñeces del mundo hasta el día de hoy todas las gentes y naciones han tenido religion y culto, Dios y dioses, creido alma eterna, otra vida y en ella premio ó pena, guardado ley, observado ritos y ceremonias, hecho ofrendas y acompañado con ellas los cuerpos de los difuntos en las hogueras y sepulturas, absteniéndose de muchas cosas apetecibles por no violar los preceptos, vertiendo su sangre, sacrificando sus hijos y otros sus vidas. Esto han hecho siempre los hombres en todas las partes del mundo, en todas las repúblicas, reinos, gobiernos y ciudades, sin que se lea ni se sepa que jamas ha habido de ateistas, no digo monarquía, reino ni república, gobierno ni ciudad ó pueblo corto, sinó corta familia, que áun nada profese tal error. Pues si no hay alma eterna, premio ni castigo, ni otra vida, y toda religion es mentira, seguiráse que no sólo los animales y brutos más viles, que no creen esto, aciertan, sinó que sólo ellos son capaces de la verdad y de razon, y que sólo el hombre ni tiene la una ni conoce la otra.

Y por consiguiente, que los cristianos, que sólo creemos un verdadero Dios y ley, somos ménos racionales, no sólo que todas las malas sabandijas, sinó que todos los idólatras que adoraron piedras, palos, animales, sierpes y moscas. Esto no puede ser: luego lo contrario ¿es forzosa verdad? Por honra, por vergüenza, por respeto de ley, por religion, por premio de otra vida, ningun animal se modera en el apetito, ni en la comida, ni en el robo, ni en la ira, ni se quita nada de comodidad, ni ama la muerte, ni desprecia la vida, y el hombre por todas

aquellas razones se priva de todas estas cosas con gozo y esperanza. Si aquéllos aciertan todos, éste en todo yerra; si ellos conocen la verdad, éste solo entre todas las cosas criadas no tiene de ella conocimiento. Pues conceder absurdo tan grande áun en las mismas bestias no puede caber.

Éste, arrinconado á razones, sin salida para tenerte, sinó más reducido, más atento. Las cosas de fe no pueden con argumentos probarse; empero hay argumentos que prueban por qué deben creerse siendo de fe, prefiriendo á todos el mérito de su falta de vista, pues se ve mejor creyendo con su ceguedad que viendo con los ojos.

Veamos si esta alma tuya, que ya confiesas diferente de la de los brutos y más perfecta, si es diferente y más perfecta que tu cuerpo. Esto te han de enseñar en tí propio á tí las operaciones que, por ser espirituales, forzosamente han de ser del espíritu y no de la carne. Son estos pensamientos, imaginaciones y deseos, á cuyos actos concurren magistralmente memoria, entendimiento y voluntad, potencias príncipes del alma, que por ser acto del cuerpo físico y orgánico, ó se detiene y embaraza en su turbada disposicion, ó se difunde y explaya por la bien concorde y capaz de su armonía. Esto se ve claro en los hombres sabios y necios; y pues no pudiendo ningunas almas ser tontas, hay personas que lo son, se sigue que la causa es el cuerpo, que en los unos sirve al alma de estorbo y en los otros de instrumento hábil. A lo humilde, si da conocimiento de lo grande, se le ha de perdonar la vileza y agradecer el beneficio. Alcance de tí esta estimacion la comparacion de tres linternas: su oficio es alumbrar en lo oscuro; quiero que contigo hagan su oficio, y finge que una tiene la tapa de hierro, otra de hueso, otra de cristal: en todas tres hay tres iguales luces cerradas; si te preguntan en cuál hay más luz, dirás que en la de hierro no hay alguna, que en la de hueso hay poca y turbia y en la de cristal mucha y clara; y no te permitirá la vista, que se termina en el objeto y se gobierna por el medio y

la distancia, decir otra cosa. Mas, abiertas las tapas, conoces y ves que las luces son y fueron iguales, y que tan gran diferencia ocasionó la materia densa ó diáfana que cegaba la una y descubría ménos ó más las otras. Tan claramente se reconoce que el defecto es de los cuerpos en su composicion y no de las almas, y que ilustrándolos, como las luces á las linternas, son diferentes de ellos, como la lumbre de ellas. Pensamientos, imaginaciones, deseos y las demas operaciones del alma racional no constan de materia y forma, que son disposicion caduca, mortal y corruptible, como sin excepcion las cosas que de ellas se componen. ¿ Luego son espirituales ? Ni puede negarse que cualquiera potencia ó hábito, aunque más libre sea de concrecion (llamémosla embarazo y ocupacion material), tiene naturaleza de accidente, que necesita y busca alguna sustancia en que se funde, como sobrecimiento en que estribe como base, como suelo sobre cuya estabilidad se afirme, como vientre de donde proceda. Eso mismo es nuestra mente, y por eso es necesario que tenga su arrimo y apoyo, y éste no puede tenerle en naturaleza diferente de la suya, que no sea libre y exenta de toda materia ; y siéndolo sólo el ánimo humano, es forzoso que él sea la sustancia de tales accidentes; el cual en vez de ojos aplica su inteligencia, no para detenerse en percibir solamente los singulares, sinó para que, como entregado en una selva inmensa de cosas que pueden ser conocidas, pasando de lo limitado de los particulares, de que no se da ciencia, colija los universales, divida, defina, discurra y de los antecedentes legítime las consecuencias, en que descansa de los rodeos espirituales por donde vino á la demostracion. De manera que, no sólo el discurso es espiritual, sinó tambien sus operaciones, porque éstas, como dice Aristóteles en el lib. 7, Ethicor, cap. 11, siempre siguen la naturaleza, y lo que para tí importa más que su autoridad, aunque se la dió la ventaja de su razon, es que no solamente la inteligencia y discurso ni son cuerpo ni le tienen, sinó que á serlo no pudieran hacer al-

guna de sus operaciones. ¿ Cómo pudieran escudriñar el mar sin mojarse ? ¿ tratar el fuego sin encenderse ? ¿ espiar los pasos del sol y del cielo sin llegarse á ellos ni poderlos seguir ? ¿ entrarse en lo profundo de la tierra sin romperla ? Ser capaces de tanto mundo y sin tardanzas de tiempo y distancias; caminar extremos tan apartados é incompatibles sin cansancio, esto no lo negarás, porque lo haces infinitas veces, cuando desde tu aposento, en España, te paseas por las Indias, de donde con la misma velocidad te mudas á las opuestas, y te entras, si estuviste allá, en la casa en que vivías, aunque la puerta esté cerrada, y te paseas por los aposentos, sin que te vean los que los habitan.

Considérote afligido con las veras de la filosofía. Quiero darte lugar para que respires, y con provecho, advirtiéndote algo importante de este nombre, alma ó ánima. No quiero que presumas cuando dices: «Muera mi alma»; que tu voz, siendo el más flaco, cobarde y vil de los hombres, es la misma que la del más fuerte, que fué Sanson, cuando dijo en el cap. 16 de los Jueces: *Moriatur anima mea.—Muera mi alma.* Has de saber que los hebreos llamaron *Nephes* al alma que en el cuerpo es ministra de la vida mortal, y *Ruahh* al alma y espíritu inmortal; y por esto no dice en el lugar referido el Texto *Ruahh*, sinó *Nephes.* Los latinos imitaron este cuidado, que al espíritu inmortal del hombre llamaron *animus,—ánimo*, y á los de las demas criaturas *ánimas:* Juvenal, satira XV, te es maestro con magníficas palabras.

Ninguna cosa te quiero persuadir que no la diga Juvenal con elegancia casi devota. Que nos aparta del concurso de las bestias el entendimiento, y que los hombres solos tenemos ingenios dignos de veneracion y capaces de las cosas divinas, hábiles para aprender y ejercitar las artes, y que le tenemos enviado del cielo, del cual carecen los animales, á quienes dió almas solamente y á nosotros ánimos. Con ménos hastío oyes á los poetas y á los gentiles que á los Padres. Acaba de aver-

gonzarte de que el idólatra tenga semblante en las palabras más de cristiano que tú, y no olvides estas diferencias, con cuya verdad no profanarás algunos lugares de la Sagrada Escritura que dices que estudias cuando la persigues, pues en ella sólo buscas sentencias que puedas entender mal y aplicar peor.

Apadriné en el argumento pasado mi pluma con la autoridad del reverendo Padre Bartolomé Jaquinocio, de la Compañía de Jesus, que le hace en su libro, cuyo título es: *Hermes christianus*, exquisitamente docto de tan fervorosa piedad, de tan sabrosa devocion, que en las traducciones ha sido golosina de todas las lenguas. ¡ Oh ! ¡ no consienta la caridad estudiosa que solamente la española esté en ayunas de él ! Ande en las manos de todos y de ellas sólo pase al corazon de cada uno.

Entrar en la Compañía de Jesus y dejarla ó salir de ella no promete buenos pasos ni suceso. Por esto del Padre Jaquinocio me paso al Padre Lessio, en el opúsculo citado. No trasladaré sus argumentos; aprovecharéme de los asuntos para acompañarlos y seráme norte fijo para seguir diferentes rumbos.

En esta vida hay buenos y malos, vicios y virtudes, delitos y méritos. Si no hay otra vida, ni las virtudes tienen premio, ni los vicios castigo, ni los malos pena, ni los buenos gloria; este absurdo no se puede conceder, porque en los mismos virtuosos y en los mismos delincuentes lo contradicen; en aquéllos la confianza del premio porque obran bien, despreciando las comodidades y aumentos del mundo, y en éstos, aunque pequen sin testigo y sin respeto á superior, el temor y censura de la conciencia que ejecutiva sigue á la maldad; y ni la confianza ni la conciencia son corporales, sinó operaciones del alma. El justo espera lo que merece; el impío lo que merece teme. Pues si esperasen y temiesen lo que no ha de haber fuera por demas; y esto no puede oirse, porque si es cier-

to aquel axioma é innegable que la naturaleza *nihil fecit frustra*,—*nada hizo por demas*, ni en la más vil sabandija, ni en la yerbezuela más abatida, ¿ cómo en cosa tan importante se dirá que son por demas dos ministros espirituales en quien está el aliento y la exhortacion al bien y el reconocimiento del mal? Y lo mismo se siguiera del deseo y discurso humano, que no tienen orilla, ni límite, ni hartura, ni quietud en las felicidades humanas.

¿ Cuál avaro juntó tanta riqueza que no se desvelase por aumentarla aún con lo poco que tiene el mendigo ; que no esté más amarillo que su oro con la envidia del que tiene más? ¿ Quién tiene tan grande puesto que no le aflija otro si le tiene tan grande; que no le enferme si le tiene mayor ? ¿Quién inventó los ladrones, sinó la codicia de lo ajeno ? ¿ quién los traidores, sinó querer el vasallo ser rey ? ¿ quién los tiranos, sinó el querer ser Dios y que Él no lo sea ? ¿ Cuál gusto hay tan pretendido que quien lo alcanza no le desprecie ? No hay cosa tan grosera para los deleites humanos como la posesion de ellos: ¡ qué descortés se les muestra y qué desabrida ! Pues siendo esto así, á no ser inmortal el alma y á no haber en otra vida otros bienes, obraran sin algun fin estas generosas operaciones del espíritu, que con no sosegar en alguna cosa humana confiesan que su ocupacion en estas cosas es inducida de los apetitos y sentidos y divertimiento fastidioso de su descanso. Responde si sabes. Si en el mundo no hay bienes que lo sean verdaderos, áun para los apetitos de los malos, ¿ cómo los habrá para premio de los buenos ? Pues no tener los malos castigo en esta vida y tener los virtuosos tan gran castigo en ella, como no tener premio, aunque no hubiera otra vida, no se podía pensar, y sólo habiéndola se permite con logro. A tí mismo quiero alegarte. Si tienes un criado ladron, aunque lo sea de lo que tú hurtaste, y otro fiel y cuidadoso, ¿ á cuál premias ? ¿ á cuál castigas y despides ? Forzosamente al ladron.

¿ Pues en qué fundas que en tu casa haya dueño justo y

justicia y no en la tierra ni en el cielo? Replicarás que sean como tú, ambiciosos, avaros, envidiosos, sensuales y soberbios y gozarán de los bienes que gozas. Respondo que los hombres buenos consideran que los tesoros, cargos y gustos que se permiten á los malhechores son como el vino y el regalo que dan al que llevan á la horca para animarle y que llegue con más brío al suplicio.

Cuando ven que al feamente poderoso le llevan con ruido y aplauso por las calles en peso, se acuerdan de los que llevan en brazos al homicida que arrastran, que tuviera por mejor caricia que quitándole de la horca le llevaran arrastrando á su casa que llevarle en hombros al cordel y á la muerte. Aquí clamas victoria y dices que pues en el mundo hay azotes, cárceles, prisiones, cuchillos, horcas y fuego, que yà hay castigos para los malos y que no es menester otra vida. Para esto óyeme con más atencion y con más bien purgado oido que hasta aquí. En el mundo no hay verdugos, ni tormentos para los pecados, sinó para los pecadores. Quien peca es la voluntad, y ésta es potencia espiritual del alma; está fuera de la jurisdiccion del cuchillo, de la soga y del fuego; si no hay otra vida, alma inmortal y Dios, el pecado se queda sin pena y sin juez. Los tribunales de la tierra ajustician al homicida, al ladron y al adúltero para conseguir los efectos del escarmiento. Mi Séneca dice: no cuelgan al robador porque hurtó, sinó para que no hurte más ni otro se atreva á hurtar: mucho dijo en estas palabras, que centellean lumbres de esta verdad. Cada día ves en los animales y aves todos los delitos que unos hombres castigan en otros, robos, heridas, muertes y otros muchos, y no se puede decir ni ha habido quien llame pecado el hurtar el lobo ni el herir y despedazar el leon; y esto no por otra cosa sinó porque no obran con voluntad, que es la autora de la culpa, y sólo obedecen su naturaleza.

Que no tienen voluntad las bestias, pruébase con que no tienen entendimiento. Que no le tienen ya lo probé, y es im-

posible que sin entendimiento pueda haber voluntad, porque son potencias del alma racional, que sola habita el cuerpo del hombre, que por el libre albedrío, ó merece premios ó penas, ó padece ó goza. Díme: ¿parécete justo y posible que haya castigos para el cuerpo del pecador, verdugo y juez, y que no haya uno ni otro para el pecado, que le hizo pecador y reo? Forzosamente dirás que no. Pues eso que niegas quieres que sea negando alma inmortal. En el Salmo 50 dijo el santo rey David, lavando con lágrimas sus culpas y bautizando con ellas delante de Dios su arrepentimiento: *Tibi soli peccavi.* — *A tí solo pequé;* claro está que tambien pecó contra el marido con el adulterio y contra la mujer con el homicidio. ¿Esto no lo callaron sus gemidos? Empero, considerando que por ser rey, áun para escarmiento de la tierra no podía padecer en el cuerpo el castigo que se da al pecador; y por ser el pecado del alma, por ser de la voluntad, sólo Dios podía castigarle, dijo que á Él solo había pecado, y por esta misma razon en el Salmo 93 llamó á Dios: *Dios de las venganzas, Señor Dios de las venganzas.* Pues siendo las ofensas y agravios de la voluntad, sólo Dios, que puede castigar el espíritu, puede dar venganza de las sinrazones y demasías; y por esto dice Dios: *Mihi vindictam, et ego retribuam.* — *Déjeseme la venganza, que yo la daré.* Los hombres vengativos con sus desagravios prueban esta verdad cada día: dice uno á otro que miente; el desmentido, sin tratar de que dijo verdad, le da un bofeton; éste al que se lo dió apalea; y el apaleado mata al otro; y yendo de mal en peor, dicen que van quedando bien tan fuera de propósito, que sin tratar de si mintió ó no, que fué el orígen, dice que cobra en el rostro lo que dijo la boca, y el contrario con el palo en la cabeza la demasía de la mano; y la daga en el corazon, la superchería del brazo; y no habiendo sido interlocutores ni cómplices en la ofensa estos miembros, sinó sola la intencion y la lengua del arrojado, el desatino los absuelve y busca la satisfaccion en quien no tuvo parte en nada.

Y porque los ateistas oís con ceño palabras de los Santos, y autoridad de la Sagrada Escritura, quiero darte en los idólatras sospechas bien habladas de que las venganzas han de dejarse á Dios y los castigos, y que El cuide de ellos. Oye estos versos de Lucano, lib. 4 de su *Farsalia.*

Dice: *Que fuera Roma feliz y bienaventurados sus ciudadanos, si el cuidado de la libertad agradara tanto á los dioses como el de la venganza.*

Agradó de suerte el precio de estas palabras á Cornelio Tácito, que sin temer el nombre de ladron cometió el robo de ellas, Historiar., lib. 1.

Ninguno de los dos, por falta de verdadera luz, supo decir cómo era Dios de las venganzas, aunque dijeron que las venganzas eran de Dios; y se conoce que las cosas están mejor tratados en el dueño que en el ladron. Lucano, hablando condicionalmente, dijo: *Que Roma fuera feliz, si á los dioses agradase tanto el cuidado de la libertad como la venganza.* Y si bien el discurso se muestra estropeado, el de Tácito tiene más feo achaque cuando afirma: *Nunca con más atroces calamidades del pueblo romano ó con más justos juicios fué aprobado no tener los dioses cuidado de nuestra seguridad y tenerle de nuestras venganzas.*

El doctísimo Lipsio más se muestra en estos renglones fiscal que comentador suyo. La Providencia divina de todo cuida; error fué de pocos que de nada; mas como no merecía por sus maldades Roma la libertad que dice Lucano, ni la seguridad que se lee en Tácito, y por los agravios que á tantos inocentes y libres habían hecho, quitando su ambicion á todos la seguridad que tenían, y Dios los castigaba con ruinas tan atroces, parecía que sólo le agradaban las venganzas y que sólo tenía cuidado de ellas, y como es cosa que un hombre puede tomar de otro legítimamente, ni en este mundo sin Dios, un pobre de un rico, un vasallo de un rey, una ciudad de una monarquía, ni una casa de una ciudad, Dios, que es

suma justicia, atendiendo á los agravios, dispone esta venganza y se conoce que son permisiones suyas en que todos los grandes reinos, imperios y emperadores se han perdido por donde pensaron levantarse, y su aumento ha sido su diminucion, y sus fuerzas su flaqueza; y esto no es del discurso humano, sinó sobre él y obra de Dios, de quien se dice que es *quien coge al astuto en su astucia.* Al opuesto de los hombres, que no pueden coger á otros, sinó en su ignorancia desapercibida.

Sea conclusion que castigar al pecado, premiar las virtudes, sólo Dios puede, en cuya jurisdiccion está el alma, cuyo es, por los actos libres de la voluntad, uno y otro; y que las venganzas son de Dios, y que Dios lo es de las venganzas, porque Él solo puede darlas y tomarlas.

Este disparate sangriento, esta rabia facinerosa, esta furia delincuente en lo divino y humano, que se intitula: *Libro del duelo*, tiene la infamia de su descendencia, tan antigua como el mundo. El ángel comunero, para ser demonio, fué soberbio, envidioso é ingrato, y en siéndolo fué astuto y vengativo. Luégo que perdió la honra, inventó el duelo; luégo que perdió el estado de la gracia inventó la materia de estado; con ésta destruyó el mundo, pues por materia de estado y ser como Dios pecaron los primeros padres; conócese en que Dios le dió despues en cara á Adan con esta frenética presuncion. El duelo, Caín le rubricó con la sangre de Abel, y desde entónces discurre zizaña homicida, no falto de leyes y textos, ántes cómplices que doctos; y no puede negar el linaje y ser su fundador Satanas, pues como él, viéndose afrentado y sin honra, tomó la venganza en el hombre, que no le ofendió, los que le profesan se desagravian en lo que no les ofende. Si dijeres, sacrílego y blasfemo, que no hay demonios, responderéte que ¿cómo si no los hay estás endemoniado? Cuando su iniquidad niega la historia divina, no puedes desquiciar el discurso que en ella se apoya. Reconoce en esto la majestad de

las santas Escrituras, que áun en la noche de mi ignorancia, sin estudio, amanece la verdad, que fuera de ellas se busca en vano: cosa cierta es que las causas remotas y secretas se conocen por sus efectos. Estuviéranse cerradas en la clausura de su retiramiento todas las cosas del cielo, que se ven y no se tratan, y las que sepultan las entrañas de la tierra, si la parlería de sus efectos no descerrajara su noticia. Los hervores del crisol califican la composicion del oro por la más bien compuesta de partes entre los metales, cuya sólida amistad la apura y no la desata la porfía del fuego. Y el mismo crisol enseña la colérica impaciencia del azogue, cuyo cobarde semblante de plata huye en humo á las primeras diligencias de la llama. ¿Quién dijera que la víbora con cuerpo habitado de peste era antídoto al veneno, si no lo aprendiera de la triaca?

Este es principio innegable á los sentidos, potencias y doctrina autorizada por el experimento de cada día, maestro de lo que mejor supieron los filósofos. A esto sigue lo que dijo la razon con la pluma de Aristóteles, cap. I del libro I, *de Anima*: *Si de las operaciones del alma ó los afectos es alguno propio suyo, ¿puede ser que el alma misma se separe? Empero, si ninguno es propio suyo no es separable.* Esto se debe conceder y no debe negarse. Y al fin, tratando del alma, dice: *Etenim ipsa corpus non est, es autem, corporis aliquid.* Repite este sentir suyo Aristóteles, por cumplir con la dignidad de la materia que trata, la cual reconoció por tan retirada á la razon humana, en soberana majestad, que en el cap. I del lib. I previene la dificultad de la averiguacion de la naturaleza del alma, con estas palabras: *Mas de verdad de toda parte y totalmente es dificultosísimo que alguno finalmente reciba fe de ella.* Sólo Aristóteles supiera decir estas palabras sin saber lo que decía en ellas ni para cuándo. Reconoció que era sumamente dificultoso que alguno recibiese fe del alma, empero no alcanzó que la podían recibir todos solamente del

que la inspiró en el cuerpo y la redimió, y que áun á El, siendo Dios y hombre, le costó infinito. Permitió la Majestad eterna, que por las plumas de los filósofos se deslizasen algunos resplandores de la verdad, anticipados con providencia para vencer con su disposicion la ignorancia contumaz; lo que se reconoce en Aristóteles, cuya doctrina es prólogo admitido de la teología escolástica, con cuya lógica, filosofía y metafísica se confeccionan todos los argumentos de las escuelas católicas, sirviendo de antídoto á la doctrina de Platon, con la cual, al opuesto, todos los herejes informaron sus errores. Censura es esta del severo juicio de Tertuliano, lib. *de Anima*, cap. 23. *Doleo bona fide, Platonem omnium Hæreticorum condimentarum factum.*

Paréceme que tuvo razon el doctísimo africano de tenerle lástima y no respeto, pues no sólo lo dice, sinó que lo verifica. No es poco importante esta diferencia entre Platon y Aristóteles para justificar el bien preferido séquito que éste tiene.

Si yo te pruebo que el alma tiene operaciones y afectos propios suyos no podrás negar que es separable. Apercíbote que has de ser probanza contra tí. Para otros ya queda esto probado; mas tu terquedad necesita de que te prueben la misma probanza. No solamente el entendimiento es efecto y operacion propia del alma, por lo que con él obra estando unida con el cuerpo fuera de él, sinó porque el entendimiento, para obrar como quien es, tiene por estorbo los sentidos.

El entendimiento obra tan independientemente del cuerpo, que no sienten los afectos, que dependen parciales de su compañía con el alma; ántes si la mente toda se engolfa en la imaginacion, ni los ojos ven lo que miran, ni los oidos oyen la voz que los solicita, ni el cuerpo, si la contemplacion arrebata en éxtasis sobre los cielos el espíritu, siente áun los recuerdos molestos del dolor, porque de tal manera separa la meditacion fervorosa el entendimiento de la parte corporal y sensitiva, que como unida del alma, si no muere, cesa. Es ver-

dad tan recibida, que fué adagio griego : *El entendimiento ve, el entendimiento oye.* Cuántas veces lo has experimentado en otros, cuando hablándolos y viendo que no te responden, les dices que, ó estaban en otra parte ó divertidos (que es la frase vulgar), y no ménos veces te lo han dicho á tí. Pues ¿quién negará que puede el alma existir apartada del cuerpo, si el entendimiento, que es su operacion, no sólo se aparta de él, áun animándole el alma, sinó que en parte parece que le desanima con remedos de muerte y mostrando que á su vuelo le esperó la carne y estorbó los sentidos? Estos, como corruptibles y mortales, cuanto más se van llegando á la vejez, caducan más y se anochecen ; el entendimiento se esfuerza con más animosas luces cuanto más de cerca trata los confines de la muerte.

Cuando quieres dar lugar á que tu entendimiento, desembarazado, contemple las cosas sin cuerpo y abstraidas de él, eso llama el filósofo fantasmas. Tú propio te retiras á donde los oidos, que no pueden negarse á la voz, vaquen su atencion por el silencio en que los escondes. Cierras los ojos, porque los objetos no los distingan ; y si eres en tu especulacion vehemente, desconfiando de la clausura de los párpados, juntando las ventanas, excluyes el sol y el día ; y si es de noche, apagando la luz te aseguras de la claridad sustituida en la vela, compones el cuerpo todo en quietud, olvidado de tus acciones, de tal manera, que parece te ensayas para difunto en la prision y tinieblas de la sepultura. Más es esto que confesar y conocer que el entendimiento puede separarse del cuerpo y existir despues de la desunion del compuesto sin él. Pues tú mismo, para que obre, te prestas muerte por aquel espacio y ves interiormente que, separado del cuerpo, señorea las causas y los efectos, los géneros, especies y diferencias de las cosas, exprimiendo de esta manera las ciencias. No por otra cosa hicieron tanto caso los antiguos de las palabras que decían agonizando los que ya tenían dudosa vida. Pasó de crédito á religion el

creerlas en lo porvenir, pareciéndoles que el alma racional, estando casi desatada de las prisiones del cuerpo, podía por sí, desembarazada de la tarea mortal, dar luces de la divinidad participada en su orígen. Esto se verifica en Homero, océano que rebosó por arroyos todos los filósofos de Grecia; y de él lo imitaron otros muchos gentiles de los que pueden llamarse escritores de mejor nota y saber.

Califiquemos esto con más anciana antigüedad, con piélago más abundante, con palabras de mayor peso, con sabiduría de mejor linaje, asistida de santidad canonizada que corrija la demasía (sin distincion en pronunciar lo futuro) de la opinion precedente.

Esto toca á Job, que es sustentante de esta conclusion, como de las demas. Perdió los ganados, la familia, la casa, los hijos y todo cuanto le hacía entre los reyes orientales grande. Todo esto dispuso el entendimiento de Job á que sólo se mostrase con pocas palabras pacientísimo, humilde y reconocido, ántes fiel que docto y sabio. Esto dispone en el varon justo la pérdida de los bienes de fortuna. Mas luégo que Satanas amotinó con pestilencial plaga todos los humores discordes contra la paz de su salud, extendiendo las llagas por toda su estatura y desapareciéndole el semblante de hombre, derramó en podre sus entrañas, hecho alimento y manantial de gusanos, no sólo desfigurado de vivo, no sólo con señas de muerto y cuerpo enterrado, sinó reducido á las obras que del cadáver deja con hastío la hambre de la tierra. Entónces, pues, su alma y entendimiento, como que sacude la tierra á donde cayó, se alegra de levantarse, y sacudiendo el polvo se limpia. Como quien deja en la prision el peso trabado de los grillos, se restituye libre á la propia agilidad, así se explayó por los tesoros de las ciencias divinas y humanas, remontándose en misterios inaccesibles, confundiendo con sumamente elegante verdad los doctos y los sabios. En herir á los enemigos y cortar lazos de argumentos se mostró espada desnuda de la vaina

que aprisionaba sus filos. En el vuelo, ave generosa que dejó las tardanzas de las piguelas. Si la muerte no fuera docta, no fueran los mejores y más útiles maestros de los vivos los muertos. Sin duda está depositada en ella y en sus vecindades alta sabiduría; la vejez, que confina con ella, lo certifica, á quien aguardan en el hombre el juicio, la prudencia y el desengaño.

Que Job vivo parecía ántes esqueleto que cadáver, no consienten sus palabras que sea exageracion, cap. 19, vers. 20: *Pelli meæ, comsumptis carnibus, adhesit os meum, et derelicta sunt tantummodo labia, circa dentes meos.* Y como quien experimentaba en sí cuánto resplandecía el entendimiento desembarazado del cuerpo, no porque el alma depende de él, sinó porque le acompaña, tratando de la sabiduría en el cap. 28, vers. 11, pregunta : *Sapientia vero, ubi invenitur? Et quis est locus intelligentie? Nescit homo pretium ejus, nec invenitur in terra sua inter viventium.* Clara y literalmente dice que no se halla la sabiduría en la tierra de los que viven en delicias suaves y en dichosa abundancia. A su pregunta : *Abysus dixit: Non est in me, et Mare loquitur: Non est mecum.* Y en los versos siguientes, nombrando todas las riquezas, joyas y metales y la soberbia de la púrpura, dice : Que ella es más preciosa que todo y que nada es comparable con ella. A mi parecer, consolándose de haber perdido todas estas cosas, y totalmente la salud, por haber participado, por medio de los asomos á la muerte, fama y alguna voz de la sabiduría; y por esto consecutivamente dice en los vers. 20, 21 y 22: *Unde, Ergo, Sapientia venit? Et quis est locus intelligentie ? Abscondita est ab oculis omnium viventium, volucres quoque Cœli latent, perditio, et mors, dixerunt: Auribus nostris audivimus famam ejus.* Otra vez repetidamente afirma que la sabiduría está escondida á los ojos de los que viven, y que solamente á los oidos de la perdicion y de la muerte llega su fama. La per-

dicion, ninguna fué más universal y ultimada que la suya ; la muerte, sobrábale disposicion para ella, mas estaba detenida en su corrupcion con aquellas palabras de Dios, cap. 2, vers. 6: *Ecce in manu tua est veruntatem animum illius serva.* De suerte que Job habló de sí y de todo su trabajo y calamidad, desquitando la pérdida de la hacienda, de la salud y del cuerpo con el logro que se le siguió en el desembarazo de su alma y entendimiento. Corona este discurso el Espíritu Santo en el Eclesiástico, cap. 41, vers. 3: *O mors! Bonum est judicium tuum homini indigenti, et qui minoratur viribus defecto ætate.* Este lugar cuenta los requisitos que dije : pobreza, enfermedad y vejez, y exalta el juicio de la muerte.

Algunos pasos dió en este camino la consideracion de mi Séneca en la Epist. 30 á Lucillo, donde refiere que se iba á visitar á Basso Ausidio, hombre de mucha edad y agravado de enfermedades y que ya conversaba con la muerte, no por cumplir con la obligacion de amigo, sinó por aprender la sabiduría del que se moría, ya que no podía del muerto. Refiere con admiracion las palabras que entre los parasismos pronunciaba aquel cadáver, dictadas del conocimiento cercano y del alma que, viendo ya inhabitable al cuerpo, estaba de partida. Quiero darte la mano para que vayas ascendiendo por esta escala racional. Llanamente confesarás que de las cosas juzgas con el entendimiento, porque la memoria es depósito y la voluntad eleccion. Y de la misma suerte darás por constante que el juez no se ha de inclinar á ninguna de las partes ni tener afecto que las toque. Pruébalo la experiencia de la naturaleza, pues para discernir bien qué cosa es dulce ó amarga conviene que el gusto no esté asistido del uno ni otro sabor. Al enfermo, sea agrio ó dulce, todo le amarga, porque el cólera posee con su amargura el gusto, y sucede lo propio en los demas sentidos, porque en todos es una misma y comun la razon del juicio: luego si nuestro entendimiento discierne todas y cualesquiera cosas que están con la materia concretas, y esto

nadie puede negarlo, porque no hay alguno en quien el entendimiento no haga este juicio, necesario es que nuestro entendimiento, que es árbitro de toda la naturaleza corpórea, carezca totalmente del impedimento de ser cuerpo. Si el juez que á una de las partes se inclina es mal juez, porque inclinándose por afecto á una de ellas, deja de ser juez, y es la parte á que se aficionó; y si la razon prudente, que es autora de las leyes, da por recusado al juez pariente ó deudo del que litiga ó con quien tenga familiar amistad ó haya tenido enemistad alguna, ¿cuánto más incapaz sería de la judicatura el entendimiento que no sólo tuviese afecto á una de las partes, sinó todos los mismos afectos de todas? ¿Y cuánto más justa sería la recusacion en el entendimiento ser cuerpo para juzgarle que tener afinidad con él ó conversacion, y ser de una propia naturaleza que ser amigos? El alma, animando el cuerpo, entiende no sólo las cosas corporales en particular, sinó en las universales, con las causas de ellas; y esta inteligencia es suya y en sí, y es espiritual y por simple y no compuesta de materia y forma incorruptible de ella, y por sí existente y no deducida de la potencia de la materia. No quiero negar á tus réplicas, áun lo que no sabes, por poco tiempo. Te presto contra mí el nudo ciego que se lee en Aristóteles, en estas palabras: *Si el entender es fantasma, ó no sin fantasma.* Nudo ciego es, mas yo le daré vista; y para esto me prestará los ojos el venerable y doctísimo Padre Francisco Suárez en el tratado *de Anima*; y porque oigas sin miedo y no te asuste la palabra fantasma, empezaré por su significacion, que la haré apacible.

Lo que se llama fantasma ó fantasía es la imaginacion. Su oficio es juntar las cosas sensatas, quiere decir, sensibles entre sí, y es como un tesoro de las imágenes ó semejanzas del sentido comun. Que hay, demas de los cinco, este, que llamamos sentido comun, afirma contra algunos que le negaron toda la escuela peripatética y de comun consentimiento los filósofos. Dícelo Aristóteles en el libro 3 *de Anima*, cap. 7, text. 31, y

UNIVERSITY OF ILLINOIS
LIBRARY

en el libro *de Morte et Vita*, cap. I. Pruébase que le hay de la necesidad de su ministerio, el cual es diferente del que tiene cada uno de los cinco, lo que es tan evidente que cada uno se es demostracion de esta verdad. Lo primero, porque como acostumbre la naturaleza cuanto la es posible reducir la multitud á unidad, por conseguir la perfeccion aritmética con el órden de los números, disponiendo la multitud en método comprensible y fácil, así convenía que hubiese un sentido que, juntando en sí todos los sentidos externos, se llamase propiamente comun, porque como todas las tierras de la circunferencia se juntan en el centro, así se juntasen en él todas las imágenes de las sensaciones de los otros, como de los ojos los colores, lo sonoro de las orejas, los olores del olfato, los sabores de la lengua y de todo el cuerpo la cualidad del tacto. Usó Aristóteles de esta comparacion del centro en el libro 3 *de Anima*, cuando llama al sentido comun uno en sí y medio entre los sentidos externos. La más evidente prueba de que le hay es lo que obra, y los mismos cinco sentidos son proposiciones que la confiesan, porque nosotros mismos conocemos que oimos, vemos, gustamos, olemos y palpamos; y este conocimiento no pertenece á alguno de los cinco sentidos que referí, porque á las operaciones de los sentidos externos no puede pertenecer el conocimiento á la fuerza inteligente, ni á la potencia que llaman atencion ó advertencia, porque percibir todas las diferencias de los externos sensibles y juzgar de las percepciones de los sentidos singulares no es cosa que excede la facultad del alma sensitiva, como quiera que administren otras obras más aventajadas los animales brutos, por lo cual no se debe atribuir á mayor grado del alma. Que los sentidos no perciben sus operaciones es opinion asentada. Epicuro en el Cánon los llama irracionales. Los ojos nos persuaden que el círculo de la llama del sol no tiene mayor diámetro que la línea de dos palmos. Que ningun sentido conoce por la reflexion sus operaciones se prueba, porque esta

reflexion ó vuelta sobre sí mismo es obra de la facultad inteligente, la cual primero procede por rectitud casi geométrica; y despues, como si perficionara un círculo, vuelve á sí misma, de lo cual no es capaz la potencia material, que, segun el temperamento del órgano, está determinada á sólo obrar con recta operacion, y con ésta no puede el sentido percibirla; lo que se concluye de que ninguna potencia se extiende más allá de los límites de su objeto, por ser así que la operacion del sentido no es su objeto, como no lo es de la vista el ver ni el color, y así en los demas. En estas noticias te he dado municion contra mí, para que combatas con el argumento de más fuerza y que al parecer batió en ruina las fortificaciones de la mente de Aristóteles. Las palabras suyas, en que parece que vencido se rinde á que el entendimiento no es separable, son estas: *Si la operacion es fantasía, ó no es sin fantasía, no es separable.* Las fantasmas no son otra cosa sinó formas sin materia; no son las mismas cosas sensibles, sinó sus simulacros. Hay otra máxima del filósofo: *Es forzoso que el inteligente especule las fantasmas.* Quiere decir sus formas, sus simulacros, ó imágenes que se guardan en la imaginacion como depósito del sentido comun. Paréceme que sientes por carga molesta los términos y palabras de la filosofía. Sucédete lo que al que se previene para pelear, que cuando se viste el peto ó la cota y se ajusta el casco ó morrion se embaraza; mas de lo que le pesa entónces se alegra despues en la ocasion cuando hiere con ellas, seguro de ser herido. Yo te armo contra mí; no te aflijas ahora con la molestia de las armas; guarda el sentimiento para cuando, habiendo fíadote de su defensa, veas que no te aprovechan, y consuélate luégo de conocer que son inútiles contra la verdad, para descansarte de tan molesta prevencion contra ella. No le falta victoria al que, pretendiendo vencer á la verdad con engaño, vencido de ella, los vence en sí propio. La verdad vence á la fiereza con su hermosura; por eso vence más desnuda que adornada y con armas. Quien combate sus aciertos siempre viene cargado de hierros.

Supuesto lo dicho, para probar que el alma no tiene operacion propia suya y que el entendimiento no lo es, y que así no es separable del cuerpo, dirás: Si el entendimiento es necesario que especule las fantasmas, que son las formas de las cosas sin materia, ó él es fantasma, ó no puede ser sin fantasma; si lo es, ó no puede ser sin ella. Síguese que no es propia operacion del alma; ¿luego el alma no es separable?

Que el alma estando unida al cuerpo no entienda sin especular las formas ó simulacros de las cosas sin materia, confiésala en todos el entendimiento, pues nada entiende sin estos simulacros y formas.

Este es el lazo más difícil de romper y el argumento que parece que triunfa con la conclusion. Congojó á Averroes y á Filcpono, y no lograron su respuesta, pues poco á propósito dijeron que aquellas palabras: *O no es sin fantasma* se debían entender como instrumento de la inteligencia. Santo Tomás dice que de dos maneras se debe afirmar que el entender no es sin fantasía, ó como instrumento, ó como objeto. Como instrumento, es falso; como objeto, es verdad, porque aunque la fantasma se compare al entendimiento por modo de objeto, con todo, el propio entender conforme á sí mismo es propia operacion del alma, que obra por sí misma y no por órgano corpóreo. La respuesta es como del Santo; mas ó la profundidad te servirá de niebla, ó la agudeza te será difícil. Amanece aquella oscuridad, que su falta de vista y agudeza ocasiona el reverendo y doctísimo Padre Francisco Suárez en el libro citado. ¿Quién no conoce que la doctrina del Padre Suárez razona efectos de luz en la claridad apacible con que ilustra, pacifica las tinieblas? Su pluma, que áun militando contra herejes conservó en lo belicoso lo auxiliar, fué colirio de quien era cauterio para la vista y la conciencia del serenísimo rey de Inglaterra, con aquel libro, en que la verdad no padeció el achaque de amarga, y fué estéril del odio, que el proverbio dice que pare.

No con menor claridad amanece la noche de la proposicion disyuntiva de Aristóteles que te presté contra mí, diciendo: Que el entender del alma junta con el cuerpo, con las fantasmas y no sin ellas, por ser necesario que el inteligente especule las fantasmas, no es porque el mismo acto de entender por sí dependa de la actual imaginacion, sinó sólo por cierta natural simpatía ó concomitancia, la cual se sigue de la natural union del alma con el cuerpo. Esta dependencia accidental y concomitante te la asimilo al hombre que en un aposento de espejos (como yo le ví en casa de Juan Bautista Porta, en Nápoles, hombre curiosamente docto) no ve sinó lo que los espejos le representan; y no obstante que el ojo que ve no puede verse á sí, ni el uno al otro, ni los dos al aspecto donde están, sin el reflejo, no por eso la potencia visiva es el reflejo, ni depende de él por sí, sinó condicional y accidentalmente. Lo mismo sucede al alma, en el cuerpo cerrada, donde la imaginacion la cerca de espejos que la muestran imágenes, simulacros y formas sin materia.

El decir el filósofo que conviene que el inteligente contemple las formas sin materia no es decir que sin ellas absolutamente no puede entender. Avicena, en su *Compendio de Anima*, afirma que para el uso de la ciencia no se requiere tal contemplacion; y los intérpretes griegos dicen es superflua y vana para cuando el alma atiende á lo comun y material. Irrefragablemente se ha de entender que el alma, por lo ménos junta con el cuerpo no glorioso, necesariamente contempla las fantasmas en las comunes ú ordinarias intelecciones; empero en las extraordinarias por la misma razon no es necesario. Pregunto yo á Aristóteles: cuando trató de las inteligencias, ¿cómo pudo contemplar formas sin materia de lo que carece de materia y forma por ser espirituales? Y lo mismo cuando trató de los cielos, de la materia prima, de la forma y de la privacion. Y ¿qué fantasmas contempló cuando trató de estas propias fantasmas, de la inteleccion y de la eternidad

del mundo, que porfiadamente disputó, siendo así que de eternidad ningun fantasma pudo ocurrirle? Forzosamente respondiera que él dijo que convenía contemplar las formas sin materia al inteligente en las ordinarias inteligencias. ¡Cuántas veces el entendimiento discurre en lo que nunca fué, en lo que nunca será, en lo imposible! ¡con cuánta ansia pretende que le sea presente lo futuro, y con los pasos de su discurso desaparecer las distancias y aguijar la pereza del tiempo á lo porvenir! ¿Qué fantasmas le pudieron disponer las parlerías de las estrellas, que blasonan los astrólogos por divinacion? Quien contempla á Dios infinito, eterno y omnipotente, inmutable y trino en personas y uno en esencia, y que siendo Dios se hizo hombre, y que siendo Dios y hombre murió, y el misterio de la Eucaristía, claro está que no puede contemplar fantasmas de ningun modo, por ser cosas altísimamente remontadas, no sólo sobre la naturaleza, sinó sobre el mismo entendimiento racional que las contempla; luego el alma en el entendimiento tiene operacion suya propia y en sí misma, por la cual se prueba que es separable, incorruptible y eterna, y evidentemente se conoce que áun asistiendo en el cuerpo puede existir sin él. Y porque no extrañes el decir que se demuestra con razones la inmortalidad del alma, siendo fe. Lo primero te advierto que es de fe, por ser verdad que se lee en muchos lugares del Testamento Viejo. Está definida en el Concilio lateranense, confirmada por Leon X, sesion VIII, con estas palabras: *Damnamus, Sancto approbante Concilio, omnes asserentes animam intelectivam esse mortalem.* Y añade el Cánon que consta el no ser mortal del Evangelio: *Que el enemigo puede dar muerte al cuerpo, no al alma.* Compruébalo tambien el Concilio vienense, bajo Clemente V, y refiérese en la segunda clementina *de Trinit. et fide catholica*, § *Porro.* Lo que opones á mis demostraciones opongo á tus dudas para mostrarte que sin ser condenado en cosa de fe no puedes tenerlas; y para absolverme de haber dicho que con razo-

nes demuestro verdad que es de fe, me atengo á los Padres de la Compañía de Jesus del colegio de Coimbra y al curso que imprimieron de filosofía, que es sólo en el que Aristóteles habla en su lengua, texto y no chisme de lo que uno dice de otro, que dice que lo dijo; da la filosofía elocuente y escolástica, y erudita en latin, sin el sayago de barbarie, enseña y deleita; los maestros que leyeren por él fácilmente harán á sus discípulos maestros.

Ya que no puedes negarme la dignidad de tu alma, la naturaleza ni la independencia para poder existir separada del cuerpo, quiero asearte el entendimiento y barrer de él el polvo y la basura con que le tienen desaseado las falsas aprensiones que en él te han sido huéspedes desagradecidos, pues pagan la posada en ruina y desprecio. Fuiste á graduar tu locura de docta, y su impiedad de sacrosanta, y tu ignorancia de sabiduría, con las palabras del Sabio (Eclesiast., 3). ¿Puede igualarse á tu desatino algun rematado frenesí? ¿Pues para solamente negar todo el Testamento Viejo y Nuevo das crédito al sonido y superficie de estas palabras? Pretendiendo que la Sagrada Escritura sólo sea verdadera en lo que te parece que se desmiente á sí misma en todo, pues quien niega la inmortalidad del alma niega la figura y lo figurado. Uno de los textos más literales de contra su opinion es esto que alegas por ella. No alegaras la cláusula de este libro sagrado si leyeras todo el libro. Con todos sus capítulos te respondo, sin que por mía puedas recusar alguna palabra. El Padre Francisco Suárez, en el libro citado, cap. 10, respondiendo á los argumentos contrarios á éste, que es el primero, dice: *In hoc loco Ecclesiast., 3. Solum fit comparatio inter hominem, et bruta animalia quoad conditiones, quæ corporis mortalitatem consequuntur.* Cita por esta interpretacion la autoridad de San Jerónimo. Hace al cabo mencion de la respuesta de Hugo, imitando al gran Padre de Salonio Vienense, de Olimpiodoro: *Qui aliam interpretationem adhibet, nomine jumentorum ho-*

mines secundum sensum viventis intelligi. Rubrica este sentir el Padre Suárez, con la siguiente nota: *Sed illa mystica est.* Para el entendimiento bien acostumbrado esto sobra por solucion; empero el título tan distraido juzgo que necesita de ser porfiado para ser persuadido. No eres capaz de aquella luz por la falta de la vista. Mejor guía el palo al ciego que una hacha; por bordon te ofrezco mi sentir en este lugar. Salomon, á mi entender, escribió este libro del Eclesiastes contra los ateistas, que sólo tienen por Dios al vientre, por gloria los deleites, por felicidad y bienaventuranza la golosina, probando que los persuade el vicio á que pues su vida muere como la de los animales, que la vivan como ellos la viven. ¿Y éste es el lugar que enseñando quieres que escandalice? Pretendió Salomon curar de este error á los hombres y desengañarlos de todos los halagos y pretensiones del mundo y terrestres. Por eso tantas veces repite: *Omnia quæ sub sole fiunt.—Todo lo caduco que está debajo de la luz del sol.* Para poder persuadir á esto exagera en el primero y segundo capítulo su grandeza, diciendo que fué rey poderosísimo; sus tesoros, refiriendo sus incomprensibles riquezas; su opulencia, contando los jardines, los palacios; su sabiduría en el sumo grado que la tuvo, sus deseos, sus pensamientos, sus gustos; y esto para que los que desengañaba diesen crédito sin podérsele negar en cosa tan halagüeña á experiencia tan llena de majestad y ciencia tan eminente; y porque no se ofendiesen con el desengaño, empieza en sí propio á llamar vanidad cuanto fué é hizo, tuvo y supo, con lo cual la reprension se admitía por la calidad derivada de tan esclarecida corona y no se aborrecía por nota. Dice mi Séneca que si los pobres que desean ser ricos se aconsejasen con los que lo son, que oyendo los cuidados que tienen, las envidias que padecen, los temores que sufren, las solicitudes que los arrastran, los ladrones que los acechan, que ningun mendigo desearía ser poderoso. Por esto soberanamente Salomon, para que su consejo sea recibido de los que

codician dignidades, riquezas, entretenimientos, gloria en edificios, deleites y estudio de cosas humanas, afirma que tuvo y fué lo uno y lo otro. Desde el tercer capítulo, donde está el lugar de esta controversia, empieza á referir lo que vió en el mundo y en los suyos. Advierte que no dice que no hay otro bien para el hombre sinó el comer y el beber, sinó que conocía que no le había y en otras partes que lo vió. Que los hablaba con ironía, en el mismo capítulo se conoce, y en todo el libro lo probaré, vers. 16, que dice que hay Dios y juicio en que su providencia desagraviará el mundo. Este antecedente al que tú alegas quiso que como triaca previniese el veneno que se le seguía. El hablar irónicamente es sagradamente misterioso, es lenguaje de la Sagrada Escritura, es de Dios. De esta manera habló á Adan, Genes., cap. 3, vers. 22. Y Micheas á Acab, cuando á su primera pregunta sobre si iría á la guerra le dijo: «Vé á Ramoth Galaat, y vencerás»; siendo así que á otra instancia del rey le dijo que si iba moriría, y dónde y de qué, con las señas horribles de su muerte en su sangre. Este estilo sigue frecuentemente Salomon en este libro, lo que se prueba con evidencia de las proposiciones que, repartidas por él, asisten como antídotos, y de la conclusion del cap. 12 y último. Las proposiciones son estas: Que es mejor ver lo que se desea que desear lo que no se sabe; es decir, que se dé más crédito á los ojos que á la fe. Y esta es la raíz literal de todo el ateismo. Pues de estas palabras, condenándolas, no sólo dice Salomon que son vanas, sinó presuncion del espíritu.

Esto solo era bastante á probar con evidencia que en todas las que dice que son de igual condicion y que mueren de una manera los hombres y las bestias, que su bien y felicidad es comer y beber y pasar con alegría su vida, no sólo habla irónicamente, sinó que da vaya (digámoslo así) para afrentar á los impíos. ¿Qué ironía más clara que decir: *Alégrate, mancebo, en tu mocedad, y espáciese tu corazon en bienes en los días de tu edad floreciente, y entretente en los caminos de tu*

deseo y satisfácete de cuanto vieren tus ojos? Que es todo cuanto parece que ha aconsejado. Añadiendo consecutivamente: *Y sabe que por todo esto te juzgará Dios.* Desempeñé mi sentir en descifrar el intento de este libro cuanto á la primera parte de dos que trata.

La segunda es probar que habló de la misma manera en el lugar que ocasionó este discurso en el cap. 3: *Uno mismo es el fin de los jumentos y el del hombre, é igual la condicion de entrambos: Como muere el hombre, mueren ellos. De una misma manera espira todo, y nada tiene más el hombre que el jumento. Todo está sujeto á la vanidad y todo camina á un mismo lugar; de tierra fueron hechos é igualmente vuelven á ser tierra. ¿Quién supo si el espíritu de los hijos de Adan sube á lo alto, ó si el espíritu de los jumentos desciende á lo bajo?* Ya está respondido que los igualó en el ser mortales y en el morir los hombres y las bestias. Añado yo que para que se corriesen se lo dijo por ironía tan repetidamente y sin distincion alguna. Pruébalo el cap. 12 y postrero, que empieza poniendo la ceniza. Todo el capítulo le pone delante de los ojos la ruina de su cuerpo y la diminucion de su hermosura, y fortaleza en metáforas doctísimas, porque los fragmentos de su presuncion le den doctrina y no asco. Mas por declarar que había asimilado al hombre con los jumentos en el fin del cuerpo, dice al fin: *Et revertatur pulvis in terram suam unde erat.* Cosa que en aquella parte sucede de la misma manera á las bestias, y por haber dicho: *¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de Adan sube, ó si el de los jumentos baja?* Para que no se entienda que lo pregunta porque lo duda. Como si respondiera: Yo lo sé, añade consecutivamente: *Y el espíritu vuelve á Dios, que le dió.* Deberásme, por lo ménos, el saber que Salomon no sólo hizo este libro, sinó que le hizo comento de sí propio en unos capítulos con otros. No solamente Salomon respondió al que pregunta: ¿Quién sabe si el ánimo del hombre sube? Sinó mi Séneca al principio de la Epist. 86.

Todo lo dijo : Que subía, con decir que *volvió al cielo;* y con decir : *De donde era*, declaró la naturaleza é inmortalidad del alma. Advierto que es error de los que dijeron que las almas estaban criadas decir que vinieron del cielo. Hasta en esto no resbaló Séneca, *del cual era*, dijo, legitimándole por digno del cielo en sus virtudes, que pondera.

Y porque los sin Dios, cuando no pueden defender que son como las bestias con este lugar que he declarado, para mostrar blasfemos que tienen las bestias igual mérito con Dios que los hombres, alegan, en el Salm. 35 de David, el vers. 8: *Salvarás, Señor, los hombres y los jumentos.*

No entiendo la palabra : *Salvarás, Señor;* desconfíais de respuesta en cosa que no tiene dificultad. El Salmo empieza: *Dijo el injusto para pecar en sí mismo.*

Parece que habla este primer verso con el que, injustamente alegando el octavo verso, peca en sí comparándose en la salvacion á los jumentos. El gran Padre San Agustin (esto es nombrarle dos veces), escribiendo sobre este Salmo y verso, dice : *Magna est misericordia tua, et multiplex misericordia tua Deus, et hanc das, et hominibus, et jumentis. Salus, enim, hominum a queo? A Deo. Numquid salus jumentorum a Deo non est?* Palabras que en el mismo verso octavo se dieron priesa á mostrar la diferencia entre los jumentos y el hombre. Satisfecho quedarás del entendimiento propio del verso de David. Mas yo te las legitimaré las palabras. Decía que Dios salva los hombres y los jumentos; no sólo es frase de David, sinó de Dios, cap. 6 del Génesis, vers. 19. Ves que cuando salvó en el arca al hombre en ella juntamente salvó los animales, porque salvar es en esta parte amparar, defender y y conservar. Como su misericordia dispuso que entrasen en el arca los animales con el hombre, para salvarlos con él de la universal inundacion, se acordó de ellos y del hombre, cerrados en el arca, para engujar con su espíritu las aguas y volver el mar á la prision de sus orillas, desahogó las cabezas de los

montes, porque aquel bajel que navegaba, flota póstuma de un mundo para empezar otro, descansase en sus frentes de tan largo naufragio. No sólo salva Dios el género de los animales en sus especies, sinó un animal solo; en la jumenta de Baalan verás esta misericordia providente. Num., cap. 22, vers. 32.

No se contentó Dios con dar á la jumenta para su defensa habla con milagro tan raro, sinó que añadió para salvarla de la ira del Profeta un ángel que la amenazase y la defendiese con tan severas palabras para él y tan favorables para ella. Hasta la bestia que no quiere ir á donde la manda su dueño por ser contra la voluntad de Dios tiene palabras dadas del cielo y ángel que la ampare.

Claramente conoces que ni el lugar del Eclesiastes citado se mancomunó en el alma con las bestias, ni el del Salm. 35 las mancomunó contigo. Sólo hay en la Sagrada Escritura un lugar á cuya imitacion habías de igualarte con ellas; es en la historia del profeta Jonas, cap. 3, vers. 7; trata de los vicios y pecados bestiales de la ciudad de Nínive y de su rey, y como de miedo de las amenazas del Profeta arrepentido, y acogiéndose al sagrado de la penitencia, mandó pregonar: *los hombres, los jumentos, los bueyes y las demas bestias, no coman cosa alguna ni las consientan pacer ni beban agua, y cúbranse con cilicios los hombres y las bestias.*

He reparado en que no pudiendo el ayuno de las bestias ser mérito, sinó ahorro, parece delirio el decreto del rey de Nínive, y mayor mandar que hombres y jumentos vistiesen un mismo traje de dolor y arrepentimiento, y que juntamente mandase el ayuno y cilicios á los hombres y animales. Por otra parte consideré que no podía ser despropósito, habiéndole dictado tan verdadera y fervorosa contricion, que mereció se revocase sentencia pronunciada con tan misterioso acuerdo y notificada con tan eficaz pregon. Y me persuado que esta fué la diligencia más mortificada y la confesion de sus culpas más meritoria por cuenta de su vergüenza. Pues habiendo apren-

dido de los brutos la bestialidad irracional en los vicios y abominaciones, quisieron, confesándose discípulos suyos, castigarse afrentosamente en sus maestros, y entónces mostraron que les pesaba de haber vivido como bestias, y que su penitencia era por haberlo sido, cuando las igualaban consigo en la penitencia y en el traje de ella. Que fué decir: Pues no nos diferenciamos de los jumentos en la vida, no nos diferenciemos en el tratamiento de reos. Véase como padron infame la penitencia de los hombres bestias por malicia en las bestias por naturaleza. Sólo de esta manera quisiera yo que te igualaras con los brutos, por haberte dejado persuadir de ellos que lo eres ó que tienen la misma alma que tú y el propio entendimiento.

No me contento con haberte quitado las cataratas con que veías; quiero quitarte las nubes de los ojos porque no veas mal. Tú te contentabas de estar ciego; yo no me contento de que veas poco y mal, sinó bien y mucho. Oido habrás á algun desalmado y mortal enemigo de la inmortalidad que en el Concilio constantinopolitano VI, Act. 2, se afirma que el alma no es inmortal por naturaleza, sinó por gracia; y que aunque la sentencia de Sofronio en su epístola fué recibida de todo el Concilio y que pudo fundarse en las palabras de San Pablo, I Timoth., 6, en que dice, hablando de Dios: *Qui solus habet immortalitatem.*

Sin perjuicio de la inmortalidad del alma, es verdad que Dios solo tiene inmortalidad sin principio, como sin fin. Pues el alma, aunque no tendrá fin, tuvo principio cuando fué inspirada. Ya no puedes apelar á otra cosa sinó al temor que dices que todos tienen á la muerte; y que éste, tan universal, tan grande y tan propio de la naturaleza, no le tuviera el hombre si el alma fuera inmortal y hubiera otra vida. Mira cuán diferentes pensamientos tenemos los dos, que cuando tú me preguntas y opones esto, quería yo oponerte y preguntarte que por qué razon algunos (y no pocos) no temieron la muerte que les daban. Otros la tomaron por descanso,

medicina y libertad; muchos la desprecian por cualquiera cosa cada día, y muchos más la han codiciado, enamorados de ella en los innumerables mártires. Asentemos que el compuesto que resulta de cuerpo y alma, que se llama hombre y es el que se disuelve, naturalmente teme la muerte, pues el cuerpo solo no es hombre, sinó cadáver, y el alma separada no es hombre, sinó espíritu; y haber sido engendrado el cuerpo para el alma y ella criada para animar el cuerpo, y aunándose en una vida por toda ella en compañía tan intrínseca, no sólo por naturaleza, sinó por razon de amistad, deben sentir el divorcio, áun creyendo que la resurreccion los ha de restituir. En los amantes (con flaqueza), en los amigos (con amor) nos facilita este punto la ausencia forzosa, pues sabiendo que han de volver y restituirse los unos á los otros, se apartan aquéllos con lágrimas, éstos con tristeza.

Esto supuesto, digo que son muy pocos los que temen la muerte y muchos los que temen el acabar de morir. Cierto es que el hombre desde que nace empieza á morir y que el pié recien nacido que no puede dar paso en la vida le da en la muerte, y que la muerte tiene en su poder todo lo que pasó; y asimismo que en la juventud está difunta y sepultada la niñez, y la juventud en la mocedad; y ésta en la edad varonil, y la edad varonil en la consistencia; ésta en la vejez, y la vejez en la decrepitud; de manera que quien más vive es seis veces difunto y seis veces sepulcro de sí mismo.

Tambien es verdad por esta razon que son raros los hombres que saben contar su vida. ¿Quién no dice veinte ó cuarenta años tengo? Debiendo decir: no tengo veinte ó treinta, ó cuarenta años, pues no se puede negar que los ya vividos los tiene la muerte; por lo cual es sin duda que la mayor parte de la muerte pasamos en risa y fiesta y que solamente humedecemos con lágrimas el último día suyo. Estas más son señas de amarla que de temerla, pues el sentimiento es de que se acabe y cuando se acaba.

Cuenta, si puedes, los hombres que con vidas vendibles á miserable sueldo, no sólo de su voluntad, sinó alegres, han rogado consigo á los ejércitos, sabiendo que en sus oidos no ha de asistir otra voz sinó mata ó muere; suma, si alcanza á su infinidad el guarismo, los que han degollado las victorias, los que han acabado las flechas, los que han despedazado la artillería, los que el fuego ha hecho ceniza, los que el mar ha sumergido.

Junta á éstos los que la gula ahoga, los que la soberbia despeña, los que la envidia consume, los que la lujuria apesta, los que la avaricia envenena, los que la ira atosiga y los que la pereza aniquila. Añade los gladiadores de la venganza, cuyas vidas son facineroso espectáculo del mundo; y con éstos los ambiciosos inventores de tragedias, que tienen manchadas con sangre las historias, y la noticia con ceño de escándalos y escarmientos. No olvides los que las conjeturas de la medicina ó los yerros del médico entierran; compáralos con los que viven sus días, y verás con cuánto exceso son más los que buscan la muerte que los que la aguardan, los que se van y venden á ella que los que la esperan, los que se matan que los que se mueren. Confesarás que tiene muy poco séquito la muerte natural en los difuntos. Pues díme: ¿qué miedo es este de la muerte, que me opones en los hombres, si cosas tan viles como amparar Troya un robo de una mujer liviana, y vengar la Grecia una liviandad suya, persuadió á buscar la muerte por mar y tierra tantas naciones y á hacer solitaria el Asia? ¿Si las ambiciones competidoras de César y Pompeyo, armando los padres contra los hijos, y contra sí misma la república, y contra ella todos los contornos del mundo, calentaron las espadas en las venas parientas, y con ansia se fueron á empalagar con la abundancia de sus cuerpos el hambre de los lobos, despreciando con fastidio sus cadáveres los buitres? ¿Si por el frenesí de Alejandro y por la inconsideracion de Jerjes y el odio de Aníbal, y la rabia precipitada de Sila y Ma-

rio, hicieron al orbe de la tierra y al mar sepulcros de su habitacion? ¿Qué temor puede ser este? que le vence pequeño interes, que le consuela un apetito infame, que le desprecia una fama de corto vuelo, que le disuade á infinitos la locura, la venganza, la ambicion ó la crueldad de uno, sin admitir preceptos del escarmiento, ni consejos de los desengaños desde el principio de la vida del mundo hasta hoy. Pues si el temor de Dios, que es todo espiritual y divino, con fe, esperanza y caridad, virtudes del alma teologales, encaminan la voluntad y dan eficacia al entendimiento para persuadir al hombre con este temor, no sólo el desprecio del temor de la muerte corporal, sinó ansia codiciosa de padecerla, claramente se conoce que hay en nosotros mismos caudal eterno y sabidor de otra vida sin fin. Que esto sea así: recorre tu memoria por toda la jerarquía de innumerables mártires y los verás dar música con himnos á los garfios que los arrancan las entrañas; abrazar cariñosos las cruces que los suspenden; salir á recibir con las gargantas el golpe de los cuchillos; bendecir las fieras que los despedazan y ser apacible alimento á su hambre; guisarse en el fuego con alegría, que los sazona para Dios en la inmortalidad.

No escriben esto los escritores eclesiásticos solos; léese en los idólatras. Cornelio Tácito dice que á los cristianos vivos los revestían de pieles de fieras para que fueran montería apetecible al coraje de los lebreles; y que Neron los encendía en luminarias vivas que venciesen con su resplandor la noche, y á su pesar vencieron ardiendo la de la idolatría, pues donde fueron ceniza son venerados, y las cenizas que fueron escarnio son reliquias, y donde los ajusticiaron los adoran, y donde tuvieron horcas tienen altares.

Y porque no te acojas á que todo esto se lee, ayer te dió la Compañía de Jesus con un ejemplo á tí y al mundo singular, en el año 1642 de nuestra redencion, un mártir pretendido y solicitado del martirio, que cuidadoso fué á buscar el cielo á

Nápoles para el Japon, despachando con esta legacía un santo español por un italiano. Á San Francisco Javier, que á las mismas regiones fué á buscar el cuchillo que se escondió á su cuello, para que le llevase al del nobilísimo y venerable mártir Marcelo Mastrilli. Dejo la relacion del milagro, remitiéndome al libro que de su vida y muerte escribió el muy docto y erudito Padre Juan Eusebio Nieremberg, de la misma Compañía. Toda la ciudad de Nápoles, toda Italia vió partir al Padre Marcelo Mastrilli, en busca del martirio, con gozo y alegría incomparable; vímosle en la córte todos, viéronle Sus Majestades, de quienes se despidió; fué testigo la ciudad de Lisboa del alborozo y afecto con que iba á buscar la muerte, que le estaba aguardando en el Japon; viéronle en Nagasaqui morir, como lo dijo y lo deseó; vímosle hacer con su muerte finezas prometidas á la esposa, pues por ella dejó padre y madre. Este hazañoso enamorado de la muerte, nuestros ojos le han visto; tres virtudes desaparecieron el miedo de su cuerpo, fe, esperanza y caridad; éstas del alma son, y con ellas el alma, dando conocimiento de su inmortalidad al cuerpo, debajo de las fianzas de su resurreccion, le amartela de la muerte que por sí temía.

Y porque, ya que no puedes negar con razon alguna la inmortalidad del alma, no resbales á la opinion ridícula y fabulosa de Pitágoras, que decía que las almas se pasaban de unos cuerpos en otros, repitiendo en diferentes personas nueva vida. Ó en la de Empedocles, que hacía volver las almas de los hombres, ó en premio, ó en castigo, á vivir en cuerpos de bestias, y las de las bestias en cuerpos de hombres. Estas locuras áun el buen seso no las tolera en los poetas, si no los socorre la alegoría; ¿cómo lo consentirá en los filósofos? De Pitágoras refiere Ovidio que dijo se acordaba que él mismo había sido ántes, en la guerra de Troya, Euforbo y daba particularmente razon de las señales que en él había. Tertuliano, tratando de esto en el libro *de Anima*, dice: *Quomodo credam non mentiri Pyta-*

goram, qui mentitur, ut credam. Ninguno puso tanto precio al engaño, á nadie debió tanto el embuste; siete años estuvo debajo de tierra con paciencia de cadáver, ensayándose de difunto en sepultura estudiada, componiéndose de muerto en la color, y fiereza inculta con la humedad y lobreguez, sólo porque viéndole creyesen que había resucitado los que por no haberle visto creyeron había muerto. ¡ Extraño y costoso frenesí ! ¡ Querer ser vivo y muerto todo junto, y con hacer creer que resucitaba un vivo, persuadir que siendo Pitágoras había sido Euforbo, y que él se conocía otro que fué ! Quien tal fábula inventó con injuria de la salud propia, con engaño de la misma vida, por siete años sepultada, padeciendo hambre, ocio y tinieblas, que tuvo en tanto precio el fastidio del cielo y perseveró en esquivar la luz del sol, ¿ á qué temeridad no se arrojaría ? ¿ cuál curiosidad le quedaría por tentar para informarse de la señal de aquel escudo que embrazaba para defender su embeleco ? Respondamos á la opinion. Si los que mueren ó murieron son los que volvieron á vivir y viven, siempre fuera uno el número de los hombres, y los hombres los mismos, y cada hombre muchos; pudieran conversar uno que es con muchos que ha sido. Los primeros hombres vivos fueran de los muertos y los muertos otra vez de los vivos y volvieran á ser vivos los mismos muertos. Y supuesto que de los mismos se hacía esta reposicion, siempre hubiera el mismo número, ni más ni ménos. Esto contradice toda la verdad, áun en los profanos comentarios de la antigüedad, afirmando que de pequeño número fué creciendo el humano linaje poco á poco, y era forzoso que todos aquellos que poblaron el primer mundo no hubiesen sido otros y que siempre sean y hayan sido los mismos, y vemos que despues acá crecieron en tan inmensa multitud las gentes, que congojaba el concurso las ciudades y fatigaba los claustros de los reinos, obligando las molestias de los sobrados á descansarse con solemnes transmigraciones, y deseando desembarazarse de la inundacion popular

vertían enjambres de vulgo en otros fines, inundándolos. Y como vemos, el orbe cada día crece en cultura, adornado con mejor aliño que el primero.

Todo tiene disposicion, todo está conocido, cualquiera parte es tratable. Las famosas soledades por ancianas ya las buscaron amenísimas caserías; las heredades domaron lo cerril de los bosques; las arenas aprendieron sembradas á dar cosechas; á las peñas enseñaron á consentir los árboles que en ellas se plantan, enjúganse las lagunas y hay tantas ciudades como en otro tiempo chozas. Ya, ni las islas, que hurtaron á la mar la tierra y se hurtaron á la tierra con la mar, ni son peligro, ni amenaza, ni los escollos amedrentan. En todas partes hay casas, pueblo, república y vida, sumo testimonio de la continuada frecuencia humana. Pesados somos al mundo, apénas nos bastan los elementos, angosta nos viene la tierra. El aire, tasado á la respiracion, ya no puede la naturaleza sufrirnos. Por esto la peste, el hambre, las guerras, las riñas y naufragios se han de aceptar por remedio, como tonsura (digámoslo así) de la superfluidad insolente del género humano, y como semejantes hoces y guadañas, derribando de una vez tanta infinidad de vidas, nunca despues de los mil años temió el mundo esta restitucion de muertos á vivos. Y esto lo hubiera hecho sensible la igualdad de la pérdida y de la restitucion. ¿Y por qué no ántes de mil años (que es el plazo que Pitágoras puso) y no consecutivamente á la mortandad, han de volver á ser vivos los muertos? Pues si luégo no se hace lo acabado, peligra de acabarse en tanto tiempo lo poco que restaba. Si las almas que vivieron en otros cuerpos son diferentes en los que vuelven á animar, ya no son los mismos los vivos de los que se murieron. Si son las mismas, han de volver á correr las mismas condiciones é inclinaciones, porque fueron conocidas para que las conozcan. En tanto número de vivos y muertos sólo ha habido un Pitágoras que fué cuatro veces alma de cuatro diferentes hombres, lo que él solo dijo de sí. Afirma

que había sido Euforbo, que fué soldado famoso y valiente por las armas y en las batallas; y él fué tan cobarde y afeminado, que huyendo de las guerras en que ardía su patria, Grecia, se fué á Italia, donde se entregó á la geometría, astrología y música, natural tan contrario al de Euforbo, que dice fué. El Pirro, que afirma haber sido, sólo se deleitaba en pescar peces: Pitágoras ni comerlos quería, por ser animales. Fué, segun blasona, Ætalides y Hermosimo; éstos comían con golosina habas. Pytágoras las aborreció de manera que mandaba á sus discípulos que áun no pasasen por donde había habares. ¿Cómo, pues, son las mismas almas las que se recuperan, si son de tan diferentes ingenios, de tan opuestos institutos y tan contrarios á sí propias? Hasta aquí Tertuliano, cuyas palabras, sin la ensancha de alguna paráfrasis, no cupieran en mi pluma. No he temido parecer largo, porque ahorrar razones suyas no fuera brevedad, sinó hurto ó miseria. Muchas joyas no son carga, sinó tesoro, como pocas piedras siempre son peso. Todo lo que dejo de tan admirable discurso es deuda que me pedirá con razon quien no lee á Tertuliano en su texto.

Pasemos á la metempsomatosis (así llaman al volver las almas de los hombres á cuerpos de animales, en premios de virtudes ó en castigo de vicios); la infamia de este desatino menguado es de Empedocles. Mereció el inventor de esta bobería bestial por respuesta el escarnio, y sólo pudo Tertuliano en su afrenta sazonarle con donaire sabroso. No se ha de poner estudio en satisfacer con argumentos á las necedades torpes y á las locuras brutas, sinó en castigarlas con desprecio afrentoso. Ocasionólas en esta parte vanidad Tertuliano, en ocuparse respondiéndolas con veras de filosofía, y solamente proseguiré el donaire referido con que empezó, sin apartarme de él en los asuntos. Digo lo primero, que en los secuaces é inventores de esta secta reconozco el intento, ingenio y pretension de los demonios, pues como se lee en el evangelio de San Lúcas, cap. 8,

sabiendo que habían de ir á las penas del abismo saliendo del cuerpo del hombre, por no ir al infierno, escogió una legion de ellos entrar en una manada de lechones, lo que les concedió Cristo. Sabe su alma de estos que en saliendo de su cuerpo ha de ser precipitada al infierno, y por excusarle (como si les valiese) se persuaden entrarán en cuerpos de osos, bueyes, peces, pájaros y culebras; que calladamente les dictó esta opinion el demonio, asegúralo su ancianidad, y él lo confirmó con el suceso referido. Es autor muy antiguo para discípulo de Empedocles, y la doctrina en los resabios le confiesa autor. Forzosamente concederán que la justicia que en premio ó pena reparte las almas á los animales y á las aves es la de Dios. Examinemos si merece por su satisfaccion ser de tal Juez. Con ser blasfemia tan desvergonzada no ha de provocar mi averiguacion á enojo, sinó á risa; ha de entretener, no indignar. Tertuliano refiere de Hesiodo que Homero fué vuelto en pavo; debíalo de leer en obras de aquel poeta que no llegaron á nuestros tiempos: bien proporcionada remuneracion en pago de haber cantado mejor que todos, arrebatando en suspension el mundo, embutir aquella alma en un avechucho que sólo para graznar tiene voz; en vez de laurearle le empluman; y á aquel antepasado de toda la sabiduría de Grecia, de quien desciende la Academia y el Pórtico, peripatéticos y pirronios, á quien refiere Eliano en su varia historia que pintaban rebosando ciencias, y á todos los filósofos satisfaciendo la sed de doctrina, con lo que de su vómito debían. Fué premio andarse por los terrones repelando yerbas ó mendigando cucarachas, y cuando más dándose un hartazgo de salvados. Tuvieron pleito muy reñido siete ciudades sobre cuál era la patria de Homero, y en satisfaccion de su eminente ingenio le hacen pájaro, por quien, á persuasion de la gula, no delicada, sinó fanfarrona, sólo litigan el regaton y el dispensero, sobre si irá al asador ó al horno, por diez ó doce reales. Demos que Pindaro el inimitable fué cisne, que así parece que lo quiere

Horacio; ántes parece castigo que galardon, á quien cantó siempre con tan suave grandeza, reducirle á músico agonizante y cantor de solos parasismos, que fué trocarle los himnos en responsos y achicar un poeta sublime en una ave vagamunda de estanques, de cuya carne no tienen noticia, ni los cocineros, ni el hambre plebeya, muy contenta de competir la blancura á la nieve, sólo ocupada en contonearse, resbalando por el agua, arredajo de barco de espuma. Si hay esta justicia distributiva, no se puede dudar que por la piedad con su padre, el pío Eneas, fué enviado á enfundar una cigüeña y á ser título del verano, en competencia de las golondrinas. Pues ver aquel héroe hecho plumaje de los tejados, con una zurriaga por cuello y un chuzo por pico, andar espulgando las hazas y prados de escuerzos, culebras, alacranes y lagartijas, ántes era dar venganza de él á Dido que remunerar sus virtudes y victorias. Descubrióse por juez y legislador de esta tropelía Empedocles, hombre tan desatinado que afirmando que había sido pez, se mudó en tan contraria y opuesta naturaleza, que murió mariposa del Etna, y á vista del mar, de quien había sido pueblo, se precipitó en el fuego. Ha sido necesario escarnecer la metempsícosis y la metempsomatosis, porque Simon Mago con aquélla quiso cimentar sus embustes, diciendo que una Elena, ramera descarada que traía consigo, había sido la misma Elena causa de la disolucion de Troya. Afirmó la recorporacion Carpócrates, perdidísimo hereje. La opinion de remudar sus cuerpos porque no resbalen en ella los ateistas, pues quien se juzga no diferente de las fieras en el alma no tendrá asco ni horror de trocarse con ellas, siendo cierto que no sólo el alma del hombre es diferente de la del animal, ave ó pez, sinó la carne; y esto es de la autoridad de San Pablo á los corintios, I, cap. 15, vers. 39 : *Non omnis caro, eadem caro; sed alia quidem hominum, alia pecorum, alia autem piscium.* Texto sagrado que confunde la metempsícosis y la metempsomatosis.

No he pretendido, con defender de tí para tí la inmortalidad, ser más bien quisto de tu alma que de tu cuerpo, pues de ella se origina por la muerte y resurreccion de Cristo su resurreccion con dotes gloriosos, pues por el amor que le tenías dudabas la eternidad de tu alma. Alboroza ese amor con las nuevas de su resurreccion, á que te persuade el cielo con los días y con las noches. Las semillas que ves enterrar y por medio de la corrupcion volver á vivir. No te aflija tu incredulidad, que sabe conseguir misericordia y ser preciosa. Oye al apóstol, Ad romanos, cap. 11, vers. 30: *Sicut enim aliquando, et vos non credidistis Deo, nunc autem misericordiam consecuti estis propter incredulitatem illorum, ita et isti nunc non crediderunt in vestra misericordiam, ut et ipsa misericordiam consequantur. Conclusit, enim, Deus omnia in credulitate: ut omnium misereatur.* Son tan remontadamente grandes estas palabras que el mismo apóstol, en acabándolas de decir, exclama arrebatado en Dios: *O altitudo divitiarum sapientiæ, et scientiæ Dei; quam incomprehensibilia sunt judicia ejus, et investigabiles vie ejus, etc.* Encamínate á ganar y no á perder. Cree al seguro: Si no hay otra vida, hallaráste nada, así lo soñabas; si hay otra vida, como es cierto, hallaráste reo y serás castigado. Esto aconsejó San Pablo á Timoteo en la primera carta, cap. 6: *Si no te aquietas en las palabras de Cristo, á tí dice aquellos oprobios; si tienes piedad con suficiencia, el logro es tuyo.*

TRATADO SEGUNDO

LA INCOMPRENSIBLE DISPOSICION DE DIOS

EN LAS FELICIDADES Y SUCESOS PRÓSPEROS Y ADVERSOS, QUE LOS DEL MUNDO LLAMAN BIENES DE FORTUNA.

QUE HAY DIOS Y PROVIDENCIA DIVINA.

DECIR que hay Dios es repetir lo que siempre han dicho todas las criaturas. Las racionales con las palabras, las irracionales con todas sus acciones, los elementos con religiosa obediencia. Toda la monarquía del universo con la providente consonancia de tan fecunda armonía. Es proposicion que en el firmamento se lee escrita con misterios encendidos. En él las estrellas hacen oficio de caracteres de oro. No con ménos preciosa ortografía debió escribirse en las hojas de zafir tan sacrosanta verdad. El ministerio de los cielos es ser sus relatores y de la gloria de Dios; así lo dice el Salmo: *Cœli enarram gloriam Dei.* El primero que confesó esto, si bien con intento traidor, fué el serafin comunero, cuando dijo: *Similes ero altissimo;* y con las mismas palabras fué castigado, respondiéndole el arcángel: *¡Quién como Dios!* Con lo mismo provocó la inobediencia de los primeros

padres, diciéndoles que comiesen del árbol prohibido y serían como Dios. De que se colige que haber Dios es verdad tan asentada que los demonios cuando se rebelaron y cuando quisieron vengarse quieren ser como Dios, ó que sea como Dios el hombre, mas siempre dicen que hay Dios. ¿Qué será el que negare lo que Lucifer confiesa soberbio, lo que ya Luzbel repite envidioso? En probar que hay Dios, sola una dificultad hallo, y es persuadirme hay contra quien, y hombre con quien hable. David me da al necio, Salmo 13: *Dijo el necio en su corazon: no hay Dios.* El texto hebreo אתי נכל, que vuelve la interlineal de Pagnino. Entrambos significados competen, al que dijo en su corazon que no hay Dios, de necio, de tenebroso, que con mentiras astutas envuelve en noche nublosa vanamente la verdad. Peligrosos y delincuentes son los hombres que tienen el corazon charlatan y muda la lengua. Quien no se atreve á pronunciar su corazon condena su plática por facinerosa con su silencio. Oigamos á San Agustin en este verso y no habrá más que oir.

Dice el gran Padre que son raros los hombres que dicen, áun en su corazon, que no hay Dios; empero, que considerándolo de otra manera, esta blasfemia, que se hallaba en pocos y en raros, y casi en ningunos, se ve en muchos. Estos dice que son los impíos y perversos, que se persuaden que sus robos, homicidios y adulterios y tiranías agradan á Dios. Esto cada día lo vemos y cada hora lo oye Dios. ¿Cuántos prometen al Señor soberano de todo dádivas, porque les dé ganancia en las usuras y felicidad en las mohatras? ¿Cuántos ladrones rezan con cuidado el rosario, no porque los ayude á salir del vicio de robar, sinó porque robando los defienda de la justicia y del castigo? No tienen número los que con el fin de perseverar en sus torpes gustos hacen votos á Dios por la salud de la mujer con quien le ofenden. Ni aquellos rabiosos y sedientos de sangre, que con sacrificios le importunan porque los permita hartarse de venganzas en el que aborrecen ó envidian.

Todos estos prueba el santísimo doctor que dicen en su corazon no hay Dios, pues creen le agradan las maldades suyas, no pudiendo ser Dios quien no las aborrece. Y aunque le pidan que en esta conclusion los libre de la lógica de Augustino, no se lo concederá. Sirva al sagrado maestro el sutil y profano epigramatario: él nos da otro, que dijo con la boca que no había Dios y que el cielo estaba sin habitacion y vacío. Mart., lib. 4, Epig. 21.

Dice que probó que no había Dios; con que miéntras blasfemo negaba que le había era dichoso y bienaventurado, como si dijera: si hubiera Dios, aborrecería los sacrílegos; y pues siéndolo soy tan feliz, no le hay. Este ateista más quiso decir que no había Dios con la boca, pues sus maldades, en vez de castigo, tenían premio, que decir en su corazon que no había Dios, pues le agradaban sus maldades. En el silogismo de Augustino la boca de Celio es antecedente para la conclusion, que convence el corazon del ignorante. Aquél sin voz dijo que pues le agradaban sus delitos, no había Dios; éste que no le había, pues no le desagradaban. Los pecados permítelos y toléralos; mas no le agradan en el necio, que ignora cuánto castigo es ser carga á la paciencia de Dios y desperdiciar sus misericordias. Consiente las riquezas, la comodidad, las honras, los puestos, la sucesion al impío, por gravámen, no por premio, á veces por halago que le reduzca, y otras por aparato en que pueda crecer su dolor. Si entendiesen los hombres verían que Dios, á quien nadie queda á deber algo, porque no quiere deber algo á nadie, en la moneda baja de bienes de fortuna y de tierra les paga el buen pensamiento y la buena palabra, y el acto de virtud, áun breve, y la limosna, áun arrojada. Está Dios rematando con esta alquimia nuestra cuenta para cobrar en nuestras almas, y presumimos que nos paga ménos de lo que nos debe. Sucédele á Dios con los ateistas lo que á los bienhechores con los ruines, que por negar la deuda le niegan; huyen de él como de acreedor. Quieren que les dé, no

que haya quien les haya dado. Para negar á Dios es menester ser necio é ingrato. Al serafin rebelde la ingratitud le hizo demonio. Vióse amanecido en preferidos resplandores, y en lugar de ilustrarse con la propia lumbre, se deslumbró con ella. No se contentó con ser luciente, quiso ser la luz de la luz. Era lucero y por ser el sol descendió en tizones.

Derivemos el ateismo desde su principio, pues estamos en él. Los espíritus animados lo primero intentaron ser como Dios, que era deponerle. Despues de la caida intentaron que el hombre fuese como Dios por desautorizarle con el polvo y el lodo. Vieron castigados á los primeros padres, viéronse castigados en la serpiente á la tierra maldita, á la naturaleza enferma con el pecado. No eran capaces de escarmiento; por esto no desistieron, ántes trataron de deshacer á Dios confundiéndole, diciendo que no era uno, sinó muchos, y persuadió á las gentes que podían hacer cuantos dioses quisiesen. No quedó becerro, ni mosca, ni pescado, ni serpiente, ni ave, ni fiera, ni monstruo, ni piedra, ni tronco que no alcanzase título y adoracion de dios; y los mismos hombres, viendo que podían endiosar las sabandijas y los venenos, se llamaron dioses y mandaron que se lo llamasen. Despues, temiendo en el misterio de la Trinidad, que, ó les había sido revelado, ó le colegían de los patriarcas y profetas, la pluralidad de las personas de Padre, Hijo y Espíritu Santo, persuadieron que no había Dios á los filósofos, que se infamaron con esta blasfemia. En callar sus nombres limpio de asco este tratado. Vino Cristo; declaróle el Padre eterno por su Hijo. Él nos dió noticia de su Padre, prometió el Espíritu Santo, y envióle. El ansia de pluralidad en Dios descansó en las tres personas, y la certeza de la unidad en una esencia: en Cristo se veía ya el hombre, no sólo como Dios, sinó Dios y hombre. No quedó á Lucifer camino de competirle, de negarle ni de añadirle. Ya parecía haber espirado el ateismo, cuando valiéndose de siniestras interpretaciones en los herejes, le creció en séquito innumera-

ble. Encargóse de la propagacion de los noveleros y sectarios, la licencia desenfrenada, el vicio torpe y halagüeño, y con fecundidad sediciosa inundaron la paz del mundo la discordia delincuente, los estudios facinerosos. Los herejes no niegan á Dios el sér, mas no quieren que sea como es, ni quieren ser como Él quiere que sean. Oyenle, mas no quieren que se obedezcan sus mandamientos como Él los dió, sinó como ellos lo entienden. Disponen que la obediencia que se debe á su divina voluntad se pague á su descaminado entendimiento. Reducir á Dios á solo vocablo y frase desnuda es deponerle y negarle. Dicen que hay Dios, supersticiosos, para negarle impíos. Nombrarle contra sí, astucia es, no religion. Hay Dios en sus palabras y no en sus obras. Cada hereje es juntamente ateista y anti-Cristo. Quien ve la discordia concorde del universo y la batalla amiga de los elementos, que se abrazan y se conquistan con un brazo de guerra y otro de paz, y que en ellos la disension parienta es matrimonio prepetuo, de cuya fecundidad proceden todos los partos de la tierra, por la variedad hermosos, por la multitud admirables; y quien niega que hay Dios confiesa que le pesa de que le haya, no que ignora que le hay. Si mira aquellas dos lumbres entre las otras, príncipes que traen y llevan resbalando veloces la noche y el día, y en la vida y la muerte parece que tienen absoluto y mero mixto imperio, que siempre hierven en llamas de majestad augusta con presunciones espléndidas de Dios, hallará que su tarea es servil, su ejercicio y ministerio esclavo, y que son una obediencia resplandeciente de aquella voluntad infinita, de aquella sabiduría inmensa, de aquel poder omnipotente que pudo y supo y quiso darles tan preferida hermosura, quitándoles en tan indispensables peregrinaciones y jornadas tan largas un instante de quietud y reposo, ocupándolas en el fastidio de repetir siempre unas mismas veredas. Estas todas son señales tan claras como el sol y la luna de que la luna y el sol sirven y no reinan. Dió por antídoto á su belleza contra la

idolatría la enfermedad que padecen con los eclipses, que los desaliñan y manchan. Mandóles trabajar de día y de noche en las minas, oficio para los jornaleros mecánico, para los delincuentes de rigurosa condenacion. Quien los dió belleza tan superior, lugar tan alto, grandeza tan sublime y pudo ocuparlos en tan servil obediencia, bien muestra con las infinitas ventajas de su sér que solo es dueño y señor de todo y que todo tiene dueño en Él, que lo crió y lo hizo sin ser hecho ni criado. Pues estas criaturas, en cuya grandeza parece que se desalienta la admiracion y queda absorto el espanto, se confiesan atareadas á superior voluntad y que sirven sin albedrío, obedeciendo ley, cual despreciada y torpe sabandija viviente, cual aborto de la corrupcion de la tierra negará que hay Hacedor que lo sacase todo con su poder de la nada? Dando á las unas tan espléndido sér y lugares tan altos, duracion tan incontrastable en tan inmensos volúmenes, que sobran á la capacidad de los sentidos del hombre, en que no caben. Ya á las otras, que, excediendo apénas á los átomos, contentas con ser algo y dejar de ser nada, hizo capaces de vida, instinto movimiento en cuerpos que con la pequeñez burlan las atenciones de la vista. Los mosquitos, que sin poderles hallar la boca y sin saberlos descubrir el pulmon, tocan instrumento sonoro y ejecutan heridas. La polilla, que roe sin dientes y muerde sin quijadas y digiere sin estómago. Las pulgas, de quien se sabe más porque se sienten que porque se ven, que tienen la defensa en lo imperceptible, que ven en lo oscuro y apénas son visibles en lo claro. ¿ Quién hizo labradores á las hormigas y tan próvido aquel pueblo negro y menudo? ¿ Quién en tan pequeño jornalero como la abeja cerró ingenio geométrico? ¿Quién hizo á la vid tierna inteligente de sus obras, pues solícita con sus abrazos se sostiene y arrima porque no arrastre su fruto, é impaciente de la disciplina rústica ama lo que toca, porque se da más prisa á asegurarse del ingenio propio que de la pereza de la disciplina ajena? ¿ Quién enseñó á trepar á la

yedra, y tan generosa presuncion, que si mano envidiosa la oprime, á pesar del ultraje se encarama y asciende á lo alto sin guía, queriendo más introducirse en la pared ó tronco selva tejida, que consentir que la pisen con injuria voluntaria? La tierra es vientre de todas las cosas, que concibe de la virtud varonil del cielo. Ejercitan su paciencia todas las artes. Es sola elemento sin paso, sólido, firme y sosegado, ni corre como el agua, ni vuela como el aire, ni trepa como el fuego. Segun esto, no puede dar habilidad á las plantas, ni instinto á los animales, ni razon á los hombres, porque nadie puede dar lo que no tiene. Dirás que todo eso da la naturaleza, y si ésta lo recibió de otro daremos proceso infinito, y éste ninguno le concedió. Si á la naturaleza llamas principio de todo sin principio, necesariamente confiesas que hay un Dios. Pónesle nombres, mas no le niegas: llámasle como quieres, no como debes. Ni el necio que dijo en su corazon que no había Dios, ni el descarado Selio, que dijo con la boca que no había dioses, dejaron de conocer por todas las criaturas y por el órden y concierto del universo que había Dios. Negáronle, juzgando que si le hubiera, hubiera Providencia, y que no la había, pues los delincuentes disfamaban las honras, y los facinerosos afrentaban las riquezas, y los impíos desacreditaban los puestos más sublimes. Cuando los beneméritos poblaban las cárceles y los inocentes ensangrentaban los cuchillos y el desprecio arrinconaba á los doctos y la locura daba las armas de los valientes á los cobardes. Estas dos cosas confesó Claudiano in Rufinum, empezando el libro primero.

Dice que muchas veces dudó si había Dios que gobernase las cosas de la tierra ó si todo sucedía acaso sin certidumbre.

Empero, cuando veía las confederaciones con que estaba dispuesta la concorde enemistad de los elementos en el mundo, y aprisionada la soberbia del mar en cárcel de arena, donde

padecían sus borrascas prisiones de polvo, y las recíprocas resurrecciones del año, donde la muerte era padre del sér que había fallecido, y la sucesion continua de los días y las noches, no usurpando jamas un minuto de jurisdiccion la luz á las tinieblas, entónces me persuadía que todo estaba fundado en el consejo de Dios. Consecutivamente añade las causas de su escándalo, en que resbalaba en el ateismo.

Empero, como viese los sucesos de los hombres envueltos en tan ciega tiniebla y florecer alegres en duracion los malhechores, y padecer afrentas los píos, otra vez caía mi religion desmayada.

Síguese que todas las cosas enseñan al hombre que hay Dios, y que sólo el hombre contradiciéndolas á todas se persuade que no le hay, creyendo que no hay Providencia ni gobierno digno de Dios, pues los buenos padecen y los malos triunfan. Y este discurso contra la Providencia le hacen los malos sin advertir que es eficacísima prueba de la Providencia que los mismos impíos se condenen á sí propios tan rigurosamente que afirmen que no es posible que haya Dios, pues ellos no arden en las hogueras ni penden en las horcas.

Por esto trataré, para probar que hay Dios y alma inmortal, de la Providencia divina, que es el tropezon que se ponen éstos para caer en semejantes errores, rematando el discurso antecedente con estas palabras de mi Séneca, Epist. 118.

Para nosotros argumento es de verdad lo que todos dicen, como que hay dioses, y colegimos esto, entre otras cosas, porque la opinion de que los hay en todos está arraigada, ni hay alguna gente tan fuera de las leyes, y de las costumbres arrojada, que no crea hay algunas deidades. Ninguno hay tan miserable, tan despreciado, ni que naciese á tan duro hado y pena, que no reconozca algo de la munificencia de los dioses. En el proemio de las *Cuestiones naturales* pregunta: ¿Qué es Dios? Mente del universo. ¿Qué es Dios? Todo lo que ves y todo lo que no ves. Así se le vuelve toda su grandeza, por-

que no puede imaginarse cosa mayor, siéndolo todo Él solo. Su obra la tiene afuera y adentro. ¿Qué diferencia hay entre la naturaleza de Dios y la nuestra? Nuestra mejor parte es el ánimo; en él no hay alguna parte fuera del ánimo: todo es mente. Y en el 4, de los beneficios, para enseñar que no hay muchos dioses, sinó uno, y que los muchos son los nombres de sus beneficios, dice: tantos son los nombres de Dios como las mercedes que hace. Y en el tercero de las naturales cuestiones, cap. 45: Y de verdad, no creyeron que Jove era como le vemos en el Capitolio y en los demas templos, tirando rayos con la mano, ántes juzgan es Júpiter, como nosotros le entendemos; guarda y gobernador del universo, ánimo y espíritu, Señor de la obra de este mundo, y Artífice á quien todo nombre conviene. ¿Quieres llamarle hado? No errarás. Él es de quien todo pende, de quien son todas las causas de las causas. ¿Quiéresle llamar Providencia? Bien dirás. Pues es con cuyo consejo se dirige este mundo para que discurra sin estorbo y explique sus acciones. ¿Quieres llamarle naturaleza? No pecarás, pues es de quien tiene naturaleza todo, con cuyo espíritu vivimos. ¿Quieres llamarle mundo? No te engañas; Él es todo lo que ves y se sostiene con su fuerza. En la epístola 74: No son fastidiosos los dioses, no tienen envidia. Á los que se encaminan á ellos los reciben y dan la mano. ¿Admíraste que los hombres vayan á los dioses? Dios viene á los hombres; ántes lo que es más cercano en los hombres viene; no hay alma buena sin Dios. Grandes palabras confines á los mayores misterios de nuestra fe. Pondero con admiracion que dijo dioses en plural, cuando dijo que los hombres van á los dioses; y dijo Dios en singular consecutivamente tratando de que Dios venía al hombre y en el hombre. Por estas y otras cláusulas me persuado que Séneca comunicó á San Pablo, no por las cartas que del uno al otro se leen con sus nombres, sinó por su estilo. En el libro segundo de las *Cuestiones naturales*, 37: Como en el lugar precedente mostró semblantes

de teólogo místico, los muestra de escolástico, y se arroja á tratar de la predestinacion de Dios, y cómo siendo infalible no quita el libre albedrío al hombre. Reconozco que estropeó con los términos profanos algo que, ó leyó ú oyó de San Pablo, llamando hado la predestinacion, y que no fué capaz de tan alta doctrina; empero, sin el bautismo defendió el libre albedrío, que niega Martin Lutero con él y despues de tantos Padres y doctores de la Iglesia y Concilios. Despues de haber explicado en qué y cómo habiendo cierta presencia divina hay libre albedrío, para responder á lo que en contra pueden oponerle, dice: *Estas cosas suelen oponerlas para probar que nada se deja á nuestra voluntad, y que todo el mando es del hado. Diré de qué manera habiendo hado hay algo en el arbitrio del hombre.* Colígese que en tiempo de Séneca se porfiaba esta cuestion. No he podido dar á los ateistas y herejes tapaboca más afrentoso que este con la mano de Séneca, filósofo gentil, sin bautismo y maestro de Neron, primer perseguidor en Roma de los cristianos entre los emperadores, y el más feliz ingenio y la pluma de mejor sabor que se reconoce por todos en aquellas tinieblas; tan útilmente modesto en su doctrina, que San Jerónimo le colocó en el catálogo de los escritores eclesiásticos, y San Agustin frecuentemente le citó, y otros gravísimos escritores católicos.

Pasemos á hacer la causa de Dios, que como es justo y debido, es fácil. La verdad no está añudada, ni se rodea de lazos, ni se confunde en laberintos. Es luz que juntamente hace visibles las cosas y que los ojos las pueden ver. El error es noche, todo lo esconde, y hace que se tropiece en lo mismo que se busca y que se caiga en lo que se huye. Sea lo primero declarar qué es Providencia.

Los griegos la llaman....., los hebreos *Aschnachah*, de un verbo que significa considerar y mirar con atencion vehemente. Ciceron en la retórica: *Est autem Providentia per quam futurum aliquid videtur antequam factum sit.* Oigamos

en San Agustin, *de Spiritu y Anima*, esta sombra, que habló el grande orador, espléndida y crecida: *Providentia est notio futurorum, pertractans eventum. Cujus officium est ex presentibus futura perpendere, adversus advenientem calamitaten se consilio præmunire.*

Habló el filósofo y orador, y habla el Santo de la Providencia de los hombres en sus acontecimientos y disposiciones. Esta Providencia humana no tiene herejes, ninguno la niega, ántes la afectan todos ; y no hay persona tan dejada y poco atenta que no presuma de providente, y llega á tanto la locura furiosa, que niegan á Dios lo que no niegan á ninguno ni consienten que ninguno les niegue. Veamos cómo se define la divina Providencia. Boecio, lib. IV, *de Consolatione*, dice que es: *Divina razon constituida en el sumo Príncipe de todo, la cual todo lo dispone.* Santo Tomás, I part., quæst. 22, art. 2, dice: *Providencia es razon de órden en todas las cosas, que las encamina y dispone al fin, la cual existe en Dios.*

Santo Tomás pone la Providencia en el entendimiento, como las ideas. Algunos autores quieren que pertenezca á la voluntad en cuanto al decreto de su ejecucion; lo que parece sintió Damasceno, lib. 2, *de Fide Orthodox.*, cap. 29, con estas palabras: *Providencia es la voluntad de Dios, por la cual todas las cosas que son reciben conveniente gobierno.*

No hay contradiccion en sus palabras, y concuerdan diciendo que *initiative* consiste la Providencia en el entendimiento, y *completive*, cuanto á la ejecucion en la voluntad. Aquella palabra *in finem* de la definicion de Santo Tomás se entiende del fin cierto : *Del fin cierto que Dios se tiene propuesto á sí mismo.*

Las funciones ú operaciones generales de la divina Providencia son la creacion y gobierno. En esta funcion de gobierno se contienen los actos siguientes : Conservacion, cooperacion, predefinicion, impedimento de muchos males, el movimiento de los cielos, la iluminacion de la naturaleza ra-

cional, la redencion de los hombres, la justificacion, la remuneracion, el castigo. Por esto tiene todo sér órden y gobierno, y sin esto nada fué ni será. No es de este tratado discurrir por todas estas partes. Mi pretension no es enseñar cómo obra la divina Providencia, sinó que hay Providencia divina: aquella disquisicion se queda para los que la creen, ésta habla con los que la niegan.

La raíz de este error no es que los malos tienen premio y descanso en este mundo y los buenos castigo y trabajos, sinó que los impíos ignorantes no saben diferenciar al bien del mal, ni conocen el castigo que los unos padecen en sus prosperidades, ni los premios y méritos que los otros gozan en los desprecios y aflicciones ; y porque no entienden la Providencia, la oyen nombrar con ceño y la niegan. Curémoslos primero de la ignorancia, que á propósito dijo Séneca: *Muchos hombres son propicios á otros, á Dios ninguno.* Mejor dijera si escribiera pocos. Sálvase esta universal por encarecimiento en cosa tan execrable, donde los pocos respecto de tantos se nombran con la diminucion de ninguno. Frase es del Salmo 52, vers. 4: *Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.*

Empero nuestro Cordobes, en la epístola 31, me da estas animosas palabras contra el pensar de estos: *Nemo novit Deum; multi de illo male existimant, et impune.* Dijo en medio renglon la causa de negar la Providencia, que es ignorar á Dios, con que se siente mal de Él, y la Providencia en añadir que sentían de Él mal sin castigo, no porque les falta, sinó porque no le conocen. Tal es su ignorancia que no conocen lo que padecen. Por esto es culpa y castigo en ellos la ignorancia. Que la palabra *nemo,—ninguno,* no sea exclusiva de todos, sinó encarecimiento de pocos.

¿ Quién se podrá averiguar con los desconciertos de la cabeza del hombre ? Vémosle con vanidad preciarse de que no sabe muchas cosas. Blasonan algunos, y no de los plebeyos, de

no saber escribir. Muestran gran sentimiento de que alguno imagine que saben contar, y no se hartan de dar satisfacciones de que no lo entienden, siendo la aritmética la razon del universo, y la justicia de la comunicacion los números, sin la cual ni pueden gobernarse ni gobernar: cosa tan fácil, que en pocos días la aprenden los niños en la escuela. Y por otra parte se indignan de no entender los secretos de la Providencia de Dios y sus pasos inexcrutables, y por lo que debían reverenciar los humildes, los desprecian sacrílegos. Otros hombres tienen por fiesta el ver á otro hacer cosas que ni las entienden, ni saben cómo las hace, en las cuales todo el entretenimiento consiste en la ignorancia del que las ve. Y si yo acertase á declararme con esta similitud, sería grande hazaña hacer que las burlas fuesen maestros para entender las veras.

¡ Con cuánto gusto ven todos las sutilezas de un jugador de manos ! Venle con las pelotillas arrojar la que tiene y tener la que arroja; mostrarla donde no está y desaparecerla de donde la puso; descubrir tres donde no había una y no dejar alguna donde estaban cerradas tres ; dar á uno en la mano una joya y hacer que la tenga apretada en el puño, y abriéndole él mismo hallarse con un escarabajo, y sacar la joya que le dió de la bolsa cerrada de otro que no la tenía. Meter á otro en la boca un confite y sacarle una lagartija. Quemar un pañuelo con llama viva y mostrarle sano. Cortar una cinta y dejarla entera. Enseñar un mismo libro una vez todo blanco, otra todo negro, otra de todos colores, ya de aves, ya de animales, ya de peces. Meter á uno por la garganta el cuchillo y degollarle sin sangre ni herida, ántes con risa que con lástima de los que los ven. Ajustar con nudo ciego la soga á la garganta, y sin desatarla ni romperla, sacarla entera y añudada por la desigualdad de la cabeza, sin sentirlo el muchacho que se temió ahorcado. Repartir en dos naipes á uno una sierpe y á otro una dama, y hallarse el que recibió la dama con la sierpe y el que recibió ésta con la dama. Poner dos me-

didas, una llena de trigo y otra vacía sin un grano, y sin trocarse estar la vacía llena y la llená vacía. Ninguno de los que lo ven sabe cómo se hacen cosas tan contrarias, y ni se indignan, ni se corren de ignorar lo que obra un charlatan vagamundo, ántes se alegran y entretienen y le pagan, sin hartarse de verlo; y el que más se admira atribuye las que juzga maravillas á que se obran por arte del diablo. Siendo engaños mecánicos que los dedos de un pícaro hacen á las atenciones de los ojos, á la presuncion de los entendimientos, que las compran y no las condenan. Y porque ven á la Providencia de Dios volver los tesoros en áspides al que los recibió y los áspides en tesoros á los que los padecían. Abrasar en llamas al mártir, no sólo sin ofenderle, sinó ilustrándole; y ser nueva vida y eterna los cuchillos y las sogas á la garganta, y llenar de frutos al que ha de carecer de ellos, para colmar de ellos al que está vacío. Dar á unos lo que cierran para no tenerlo y cerrar lo mismo en el que no lo tiene. Hacer que los hombres subiendo bajen y bajando suban; que padeciendo gocen, que gozando padezcan, que muriendo vivan y viviendo mueran; porque no lo entienden, no sólo no se entretienen, sinó se escandalizan; y habiendo consolado su ignorancia en las tropelías con persuadirse que puede ser por arte del diablo, en los misterios se desalientan y niegan que pueden obrarse por arte y poder y providencia de Dios estas cosas tan dignas de su gobierno, tan niveladas con su justicia. Veamos como es esto verdad, y veráse que las nubes están en los ojos y no en las cosas. Sea el primer colirio que no todos los malos que ocupan honras y puestos los consiguieron por impíos y delincuentes, ni quien se los dió tuvo esta culpa. Los más, en excesivo número, con la humildad reconocida, con el silencio prudente, con asistencia agradable y con paciencia servil, alcanzaron las dignidades y con ellas luégo se hicieron indignos de ellas. Muchos fueron buenos hasta hallar quien los tuviese por tales. Infinitos se hicieron malos luégo que los premiaron

por buenos. Son sin número los que esperan entre buenas costumbres para ser ruines, sólo á verse en honra. Otros, y no son pocos, no se cansan de ser virtuosos, hasta que adquieren con qué poder ser impíos. Tienen paciencia para ser humildes miéntras no tienen poder para ser soberbios. El príncipe y las repúblicas dieron á los que juzgaron beneméritos lo que lamentamos que pase en indignos. La culpa es de los que se hicieron malos con el bien, la desdicha de los que dieron el bien á los que usaron del mal juzgándolos por buenos. Colígense dos cosas por la divina Providencia. La una, que la achaquen los malos, que ella no premió, los cuales se hicieron malos con los premios que los dieron por buenos. Dirán que por lo ménos permite que esto suceda: respondo que este es privilegio del libre albedrío, que si Dios no se le concediera al hombre le quitara los méritos y en ellos los premios. La otra, que tienen tanto de peligros estos que llaman bienes, de que gozan los malos, pues hacen de los beneméritos indignos, que es merced de la divina Providencia apartarlos de los justos y castigo consentirlos á los impíos; con que se prueba que todo lo entienden al reves estos sacrílegos, que se usurpan judicatura sobre las disposiciones de Dios. ¿ Cómo, pues, los bienes, honras y dignidades del mundo harán al malo bueno, si al bueno le hacen malo y al perverso peor ? ¿ Quién, pues, los tendrá sin riesgo? Quien los rehusó, quien los teme, quien los desprecia, quien los padece, quien los tiene sin que ellos le tengan. Donde son carga y penitencia no son peligro, sinó logro. Donde son blason y pompa son riesgo que fácilmente se desliza á culpa. No sin misterio en la lengua santa, que los brota áun en los puntos esta palabra חסד, que significa misericordia, piedad, beneficio y bondad, significa tambien oprobio, cosa tan contraria. Empero, verificáronse todas estas significaciones en Cristo, en quien el oprobio fué piedad, misericordia, beneficio y bondad de חסד; se llama la cigüeña חסידה, por ser símbolo de la piedad, no sin oprobio, pues ejercitando la pie-

dad en la decrepitud de sus padres, tiene por alimento las pestes de la tierra, y comiéndolas hace beneficio á los hombres, á quien son asechanza. Aquel lienzo que bajó del cielo y puso la mesa á San Pedro, haciendo oficio de manteles, donde las viandas eran animales inmundos, de que le dijeron que comiese, ¿qué otra cosa fué que convidarle á misericordia, á piedad, á beneficios y á oprobio, para significar que en este mundo sin padecerle no tienen lugares otras virtudes, como sin el veneno de la víbora la salud de tantos ingredientes en la triaca no son remedio? Ninguna cosa que no se confecciona con el padecer tiene estimacion. Aprendámoslo de las joyas, con cuyo esplendor sin culpa suya nos engañamos. Repasemos los martirios que de nuestra codicia padece el oro, que parece que el color pálido le tiene del susto y no de la naturaleza. Persíguele el hierro, rompiendo por las entrañas de su madre; sácanle de sus venas hecho polvos, y despedazado le amasan con azogue; condénanle al fuego en horno ó crisol; derrítenle en humor con el rigor plebeyo del soliman; viértenle en rieles, donde empieza el ejercicio de su paciencia; alárganle en pasta, donde á fuerza de golpes se extiende en láminas debajo de la porfía de los martillos, de donde pasa delgado á padecer, ántes de ser joya, los dientes de la lima, que le muerden, y las heridas del cincel, que le cortan, siendo la orina afeite asqueroso á quien debe el color su hermosura. Para ser morada en que consiste toda su soberbia, se aumentan sus mortificaciones, hácenle pedazos por el albedrío del peso, pónele el cuño marca como á esclavo, hácele áspero con armas y letras en que se lee el señorío que padece. Su paseo es correr más aprisa por donde le manda la usura, por donde le arrastra el logro, por donde le despeña el juego, por donde le hacen delincuente y facineroso los vicios. El diamante, sudor de la congoja de los cerros de Oriente, exprimido por el rigor de los soles, que los afligen continuos, es guija desgarrada de los pedernales, y nace tan mal vestido que rudo

le tirara el que le ve, si no asegurara su linaje quien le vende. Tan anegadas en guijarro sus luces, que rescatarlas del rebozo de tierra cuesta tanto como despues le da de precio la locura. Joya que si no se padece á sí misma se queda en el desprecio de canto. Nacida para encarcelada y siempre con grillos de oro presa. Y con presumir de constelacion, de noche, para que sepan dónde está, aguarda á que la hiera la lumbre de una torcida ó la chispa de un tizon. Y cuanto con mayor pompa enciende sus reflejos con la fanfarria del oro, le pone vergonzosa ceniza un gusanillo que se miente estrella de noche, á quien enciende la oscuridad, cuando él apagado no se diferencia del sombrero donde es cintillo ó del dedo que abraza sortija, abreviando un patrimonio en resplandor que se equivoca con el cristal, con el vidrio y con una gota de agua. ¿Quién negará que estos tesoros, en el nombre que se levantan, con el corazon de los que en ellos ponen su felicidad, no son el oprobio y desprecio de la tierra, á quienes, como sabedora de su contagio, escondió con tanto cuidado la naturaleza que los cargó los montes encima, borrando sus caminos con los golfos y apartándolos de nuestra codicia con el divorcio de todo el Océano? ¿Quién no ve la vileza de su principio, y las indignidades de su disposicion, y que deben su belleza y precio á los oprobios que padecen, y que les viene de casta el ser martirio y peligro de quien los posee? Pregunto á los contadores de la bienaventuranza caduca, si saben de alguno que adquiriese estos bienes sin desvelo, sudor ó afrenta, que los posea sin miedo y envidiosos, que los deje sin arrepentimiento, que los pierda sin dolor. ¿Cómo, pues, llaman dichosos á los impíos, que padecen tantos tiranos como tiene joyas y dinero, y malaventurados á los virtuosos, que libres de la insolencia de estos verdugos magníficos, gozan de paz desembarazada y segura? Es tan sólida esta verdad, que ninguno de los malos que están ricos y tienen honras, dignidades y puestos, con no haber tenido vergüenza de conseguirlos con

medios facinerosos é infames, tendrá desvergüenza para confesar la abominacion de las maldades y la vileza de los delitos y miedos con que los conserva y posee. Luego todos aquellos de quien Dios los aparta le deben caricia y regalo, y los que los consiguen juntan castigo y tormento. Opondránme que hay muchos buenos ricos y en dignidades, y muchos malos pobres y en desprecio. Si no hubiera esto no hubiera Providencia y faltara la demostracion que la prueba evidentemente. No de otra suerte se conociera que puestos, dignidades, honras y riquezas, desprecio, abatimiento, persecuciones y pobreza son de sí cosas indiferentes, buenas ó malas por la virtud ó la iniquidad de los que usan de unas y otras. Si no hubiera, como los hay, hombres temerosos de Dios y ricos, no tuviera la caridad con qué dar alimento á los necesitados, no tuvieran los pobres hacienda y carecieran de patrimonio las miserias públicas. Ni hubiera quien enjugara las lágrimas á las viudas y fuera de peor vida la desnudez de los huérfanos. Ignoraran el oro y la plata el camino por donde su peso asciende desde lo profundo de la tierra á lo más alto del cielo: no supiera la moneda introducir su valor en el comercio eterno, ni correr en la bienaventuranza la que arrastra en el mundo. No se supiera que hay hombres buenos, á quien la riqueza no hace malos, y por ellos se sabe que la virtud la hace buena; que debe á la piedad y misericordia el precio y no á las minas. Que el rico es el que tiene para dar, y el pobre el que guarda para tener. Que éste es bolsa y no rico; que en vez de ser poderoso es desapoderado. Que es laguna de los bienes del mundo, donde están presos y detenidos en ocio inútil, dejando sedientas las plantas y confesando lo estantío con el olor, el cieno y la cría de sabandijas inmundas. Todos estos desengaños y la salud de tan esclarecida doctrina se debe á los varones que saben ser ricos y misericordiosos. No es menor enseñanza la que recibe la atencion religiosa de los impíos abatidos y pobres. Si no los hubiera, se juzgara que universalmente esta-

ban los bienes temporales hipotecados por legítima forzosa de los ruines y de los impíos. No tuviera excepcion el error en esta materia capital de los que oponen á Dios que solamente los delincuentes y malos tienen bienes, honras y puestos. Siendo así que la mayor parte de ellos miserablemente mendiga y padece abatida; y muchos dignos y virtuosos están con esplendor exaltados. Hay buenos que gozan y tienen felicidad temporal, y buenos que padecen desamparo y desprecio, y sucede lo mismo en los impíos. Con que se prueba que no son las riquezas ni la mendiguez por sí malas, ni premio ó castigo destinado á unos ó á otros. Todo lo que Dios hizo vió que no sólo era bueno, sinó muy bueno: *Et vidit cuncta quæ fecerant, et erant valde bona.*

Hacen demostracion de esto todas las cosas á la incredulidad ciegamente infiel de los ateistas. No hay veneno en yerba, ave, pez, animal, piedra ó metal en quien el buen uso no halle salud y remedio, si el malo halla peste y contagio. El napelo es tósigo y ponzoña de los campos, y alimento de las codornices. Venenosa es la cicuta; con ella murió Aníbal, el más valiente capitan general que padeció Roma: con ella engordan las gallinas. Venenos son el azogue, el antimonio, el tártaro y el diagridis, y preparados son purgas, que eficaces contradicen la enfermedad, desembarazándola en las oficinas del cuerpo de los humores discordes y demasiados. Los alacranes son médicos de sí mismos; así los escorpiones. La araña, horror y asco de la vista, que, contenta con la noche de un agujero, atesora en las enemistades con la luz ponzoña rabiosa aprisionada en la cáscara de una nuez, sabe atajar la porfiada tarea de la cuartana. La víbora, que en los círculos de su cuerpo se flecha arco y saeta homicida, en la triaca se opone á las heridas de su diente. No de otra manera los tesoros, las felicidades, las honras, los grandes puestos, la pobreza, la calamidad, el abatimiento son venenos en unos y remedios y antídotos en otros. En el efecto que hacen, no en el nombre que

tienen, está la verdad de lo que son. ¿Quién vió al rico gloton vestido de púrpura, en que la lana estaba, no sólo teñida, sinó embriagada del veneno de Tiro, en cuyo aparador las minas edificadas en vasos, con la capacidad demasiadamente corpulenta, advertían las avenidas de su sed? ¿Quién le vió beberse las vendimias y engullirse las monterías y cerrar en un vientre todas las habitaciones y pueblo de los elementos, y tan medrosos de su hambre á sus lebreles, que comían con susto los huesos y migajas que se caían de las manos porque no acabase en ellas y con ellos? ¿Quién, pues, le vió que no le llamase rico y poderoso? Murió y fué sepultado con pompa y grandeza, porque en él juzgaron la opulencia y los tesoros por bienes; que él mismo en el infierno, que le festejaron por túmulo, conoció que eran males que pudieron ser bienes. ¿Quién vió en su presencia á Lázaro, el santamente pobre y sumamente desconsolado mendigo, ántes llagas con alma que hombre con llagas, sin otro vestido que el que por toda su persona continuaban las hilas y las vendas, convidar liberal con sus úlceras á los perros que, piadosos, se las lamían, cuando el Epulon negaba una migaja de pan á quien despues pidió una gota de agua, porque se viese cuánto peor es el hambre avarienta que la canina? Murió Lázaro, y salió el alma de aquel cuerpo, que por las roturas tan de par en en par estuvo para su libertad, y fué llevada por los ángeles al seno de Abrahan. A donde se conoció que los gusanos eran mérito, la miseria tesoros y riqueza, el oprobio honra; y que el veneno hizo medicina, como el avariento de la medicina veneno. El pedir toca al pobre y no al rico; pide el rico y no el pobre, para que se vean en su boca las mentiras de su soberbia. Primero pide para refrigerarse una gota de agua, y luégo que vaya Lázaro á desengañar á sus hermanos; prefiere su alivio en la extremidad de la lengua á la salvacion de los suyos, estilo de condenado. En los infiernos está, y áun presume de mandar á Abrahan y de que le baje á servir el pobre. Aun en hablar con el gran

patriarca Abrahan y no con Lázaro tuvo vanidad de rico. Dejan al avariento cuando muere las comodidades, los regalos, las riquezas, y pasan con él á la otra vida las costumbres y achaques de su pecado, y tanto como le acompañan le atormentan. Son verdugos y no cortejo. ¿Quién envidiará felicidades que nos dejan con desden y costumbres que ni dejan en la sepultura ni dejan descansar despues del entierro el espíritu? El santo Job, como catedrático que me preside en estas conclusiones, nos enseña qué son las riquezas y felicidades, qué la pobreza y miseria perseguida, de quién son dádiva, cuáles han de ser el rico y el pobre, que son igualmente merced y beneficio de Dios, en que su divina Providencia, no sólo se deja conjeturar, sinó que la tratemos y mostremos visible con nuestras acciones y sucesos.

El fué grande entre los príncipes de Oriente, poderosísimo en ganados y posesiones, floreció en hijos, tuvo muy abundante familia, cosecha de la bendicion de Dios, que liberalísima asistió á fertilizar y fortalecer su casa en circuito, sin que algun ángulo de ella careciese de este amparo. Oigamos de su boca qué uso tuvo su prosperidad de esta grandeza (cap. 29). No le beatificaban los ojos y los oidos por el poder y los tesoros alabanzas, que siendo de cosas ajenas en Job, fueran lisonjas cortesanas. Colígese que el poder y la riqueza de Job como rico y rey era ojos á los ciegos, piés á los tullidos, socorro á los huérfanos, alegría á las viudas, defensa á los opresos, remedio á los que perecían, patrimonio á los pobres, justicia á los litigantes, y por esto beatificacion del rey y del rico, en quien el poder daba defensa y no miedo, y las riquezas no se contaban por blason y se repartían por alimentos. ¿Quién negará que la hacienda era de los pobres y el cuidado del que la tenía? La riqueza y el poder que saben serlo son mérito en el que la posee y socorro y caudal en los menesterosos. En los tiranos y avarientos tienen esclavos y no dueños, tienen á los que los tienen; tanto les falta lo que poseen como lo que co-

dician; adquieren para tener lo que todos tienen, no para gozarlo, sinó porque ninguno lo goce. Más quieren tener ladrones que se lo roben que necesitados que se lo agradezcan. Estos, cuanto más guardan lo que tienen, pierden más lo que guardan. ¡ Exquisito ingenio de la codicia! ¿Qué mayor locura que acusar á la divina Providencia de que da bienes á los malos, siendo tan penosos males estos que llaman bienes, y que reparte á los justos calamidades, cuando son descansos, desembarazo y seguridad? Util y á propósito será la meditacion de las palabras referidas de Job. Dice que libró al pobre que daba gritos. Siendo éstos los que habían de oir los sordos, son los que por el enfado que reciben los ricos ensordecen á los que oyen. Antes se cansan del trabajo que gritan que los descansan del trabajo. Si callan, dicen que no los oyen; si dan voces, no los quieren oir. En éstos las orejas no son órgano del sentido, sinó achaque contra el justo sentimiento del que clama. Al que tuvo estas mañas, Cristo le llamó *judex iniquitatis: juez de la maldad.* Y él mismo dijo de sí: *Aunque ni temo á Dios ni hago caso de los hombres, daré despacho á esta viuda porque no me sea más molesta.* Esto arrojó la justicia, no la hizo, tiróla el amparo, no se le dió, no por descansarla con él, sinó por descansarse de ella. Haciendo justicia se hizo reo. La real clemencia con ninguna joya se adorna tanto como cuando la bendicion del que perecía en último desamparo la comprende. Bendicion que dicta la muerte deben codiciarla los jueces y los príncipes. Solamente la merece piedad imitadora de Dios. Dice que con sólo el corazon de la viuda. Lee Pagnino: *Et cor viduæ canere faciebam: Hacía cantar el corazon de la viuda.* ¡ Con cuánta gala enseña cómo se ha de consolar el corazon de la viuda lo misterioso de la lengua santa! No es consuelo enjugarla las lágrimas; hácelo el tiempo y la costumbre de la pena. Hacer que cante los lloros, volverla en himnos los gemidos, hacer lira el corazon que fué clamor, es el consuelo de la caridad magnánima. Las promesas, caudal de

la avaricia, las palabras regaladas, muchas veces ministras del engaño, la compasion aparente de que usa la hipocresía por ahorro detienen los lloros en las mejillas de la viuda, no los enjugan, suspéndenlos en su corazon, no los alegran. *Vestíme de justicia y adorméne con mi juicio como con diadema.* La interlineal: *Vestíame la justicia, y vestíame á mí mi juicio como palio y diadema.* El rico y el príncipe que no se vistiere de justicia no será coronado con su juicio. La justicia es la púrpura con que están hermosamente colorados. La púrpura sin justicia es vestidura con que están colorados vergonzosamente, ántes con la librea de la afrenta que de la grandeza. Vestíase él la justicia; no dejaba que otros se la vistiesen, porque no le trocasen el vestido en que sólo tuviese el nombre, y porque no le vistiesen de la justicia que cada uno quiere para sí y no para los otros. Conócese que tenía esto, pues dice: *Examinaba diligentemente la causa que no sabía.* Quien tiene el entendimiento en otra cabeza, tiene por entendimiento la voluntad de otro. Sabe lo que el otro quiere que sepa, no lo que debe y puede saber. Su entendimiento es relacion, no potencia del alma, ántes impotencia y flaqueza suya. Por esto para el premio y para el castigo con sumo desvelo investigaba la causa que no sabía. ¿Qué, pues, era lo que obraba con esta diligencia? Él lo dice: *Quebraba las muelas al ladron y de sus dientes sacaba la presa que había hecho.* Quitar la presa de la boca que la hurtó, y pasarla á la propia, es mudarla de unos dientes á otros, no librarla, es tener por perros de caza los lobos. La liebre, quien la mata es quien tiene galgos que la cojan, para pasarla de su boca á la suya. No la mata el que la busca, el que la descubre, el que la alcanza, sinó el que se la come. El que quiebra las muelas al que muerde la presa es quien la libra de sus dientes y la rescata. Hay meses vedados para la caza y pesca por su conservacion, y no los hay ni un día ni una hora para la montería, redes, y lazos, y anzuelos, y tiros de la avaricia y usura porque no se acaben y perezcan los pobres,

los huérfanos y las viudas. Junta á esto el santo Job, rey poderosísimo, *que fué ojos á los ciegos y piés á los tullidos*. Los ricos que no pueden ver á los ciegos peores ciegos son. Quien ve al ciego que no puede verle, ése es sus ojos. Quien ve al tullido que no puede venir á él, es sus piés y sus pasos. Segun esto, el pobre se sirve del rico y el rico es piés del pobre. Aquél tiene el cuidado de mayordomo y las ansias de padre, éste el descanso y socorro y regalo de hijo. Al uno sobra lo que al otro le falta, para que al otro lo que le falta le sobre. ¿Quién negará que este repartimiento de la divina Providencia no es tan justificado como maravilloso é igual? Practícanlo al reves los impíos y avarientos, y de lo que ellos estragan y confunden se escandalizan y acusan á Dios de las propias culpas, con que le ofenden cuando les permite los puestos, las dignidades y las riquezas. ¿Qué culpa tiene el que dió á otro la cadena de oro, para que la trajese al cuello por gala, de que él (añudándosela por soga) se ahorque con ella y la haga lazo? Por el error é ignorancia de los hombres vemos desesperacion dichosa y dicha desesperada con una misma ocasion. En el avariento, que en el seno más escondido del monte ocultó su tesoro. Otro, que perdió cuanto tenía, mal persuadido de la necesidad, tomó una soga para suspenderse y añudarse con ella su vida; buscando lugar secreto para su desesperacion, eligió el mismo donde el miserable había escondido su caudal; y teniendo ya la soga apretada á la garganta, para alcanzar á atarla de rama de donde pudiese ahogarse, quitó una piedra, que cubría el tesoro del otro, vióle, y socorriéndose con él y consolándose, quitóse el lazo y dejóle en el mismo lugar y llevóse el rico depósito. Vino el que le dejó allí, y no hallándole y hallando la soga de pena, se ahorcó con ella. ¡Mirad los desatinos del dinero! Quien le pierde se va á desesperar; quien no le halla se desespera. El que busca la horca halla el tesoro, y el que busca su tesoro halla la horca. ¿Con qué discurso se llaman bienes los que al desesperado ofrecen tesoro y al dueño

de ellos la desesperacion ajena? y si en esta maldad no habrá quien culpe á la riqueza, ¿cómo puede haber quien culpe á Dios? Siendo los delincuentes aquellos espíritus avarientos, que sólo se juzgaron por dignos de vida miéntras poseyeron el metal, que los juzgó por dignos, no sólo de muerte, sinó de muerte infame. Muchas veces nos castiga Dios concediéndonos lo que importunos le pedimos. ¡Oh! ¡cuántos deben á sus ruegos las calamidades que lloran! Pedimos á Dios con oraciones los castigos que su piedad nos detiene. Muchos hombres he visto dichosos por no haberles sucedido lo que han deseado, y pocos por haber conseguido sus deseos.

Rico desengaño y espléndida doctrina nos dió la gentilidad con la fábula de Midas. Su avaricia áun se pudiera disculpar en un pobre, empero no en un rey. Pidió á Jove que á su tacto concediese instantáneamente producir el oro que en la tarea de tantos años engendra el sol; quiso que se abreviase en sus dedos y labios el ingenio del monarca de las luces, concediéndoselo Júpiter; quejábasele en metal la bebida en tocándola con los labios, endurecíasele la comida, y murió de sed preciosa y de hambre opulenta. Este, muerte pidió, llamándola oro. Requebramos nuestros males, poniéndoles nombres de bienes. Pedimos poder, para ser desapoderados; y honras, para juntar afrentas, y puestos, para ser capaces de deposicion; queremos subir para tener de donde caer. Veis al pobre virtuoso hundido, y tenéisle por bajo; al rico soberbio en la cumbre, y tenéisle por grande. No es grande la hormiga por estar sobre un monte, ni pequeño un gigante por estar en lo profundo de un valle. Mal arquitecto es la soberbia, fabrica contra el arte. Miremos la estatua de Nabuco: lo fuerte y sólido puso en el tejado, haciendo de oro la cabeza, y el barro en los cimientos, haciendo de él los piés. La Iglesia á los piés pone el oro, y el polvo en la frente y sobre la cabeza, y esto lo hace: *Ne ofendas ad lapidem pedem tuum*, cuando una guija es sobrada municion contra los piés de aquel coloso, que

gastó el metal, el bronce y el hierro en lo que no había de ser combatido, y dejó sin armas la flaqueza de toda su fortificacion. Todos nuestros desvelos son este sueño de Nabucadnezar. Pues ni ponemos cosa alguna en su lugar, y lo erramos todo de piés á cabeza. Si hay tanto peligro en perder la hacienda y en no hallarla, y en no saber dónde se ha de colocar, ¿cuál riesgo será el poseerla y ser de ella poseido? El Evangelio nos lo enseña, diciendo con las palabras de Cristo: «Más facil es enhebrar un camello por el ojo de una aguja su cuerpo monstruoso, que entrar un rico en el reino de los cielos.» Luego el que deja la riqueza se abre la entrada, se allana para ser capaz de ella, y se quita el estorbo. Y á éste, hábil para el paso de toda felicidad, juzgan por infeliz; y á aquel que lleva á cuestas su impedimento á todo bien bien, aclaman bienaventurado.

Es tan difícil y es tan gloriosa hazaña ser poderoso y bienaventurado en todo, y juntamente varon simple y recto y temeroso de Dios, y apartarse de mal, que Dios blasonó que en Job, que lo era, tenía un amigo de estas calidades; y añadió que no había otro en la tierra semejante á él. Y no hizo esta ponderacion cuando permaneció en su simplicidad, temor y justicia, despojado de todo, habitado de gusanos, dejado y escarnecido de su mujer y perseguido de todos sus amigos, porque las calamidades dan mejor cuenta del seso humano que la prosperidad. Son de este sentir las palabras de San Agustin: *Nulla infelicitas frangit, quem nulla felicitas corrumpit.* Hombre bueno á prueba de la felicidad, de los trabajos hace defensa, y con la batería que le dan se pertrecha y fortalece. Que la prosperidad humana que á estos escandaliza, que la permita Dios á los malos, sea trágica, y que siempre obligue á deletrear sangre en las historias, los idólatras lo conocieron. Exclamólo en su *Farsalia* Lucano.

Espantóse de que hubiese alguno que se atreviese á ser dichoso sin tener primero tragada la muerte. ¡Oh, espanto lleno

de animosa doctrina! Bien á propósito dice Séneca que si los pobres que desean ser ricos y los despreciados que desean puestos lo consultasen con los que son lo uno y gozan las dignidades, que atemorizados se apartarían de tales intentos. De los prosperados dice San Agustin, serm. II, sobre el Salmo 49.

Este Salmo canta la divina Providencia, y le enseña, dando luz á todas las tinieblas, de que se valen los que, ó la niegan, ó la acusan; y como doctrina de universal remedio, empieza pidiendo atencion á todos.

Con el vers. 15 dictó á San Agustin, cosa al parecer tan nueva, como llamar pastor á la muerte, oficio tan contrario al suyo: *Sicut oves in inferno positis mors pastor est eis.* Nuestra Vulgata exprime rigurosamente el Texto hebreo: *Sicut oves in inferno positi sunt, mors depascet eos.* No se extrañará ménos que las ovejas se pongan en el infierno, pues el Evangelio nos dice que las ovejas serán apartadas al lado derecho para ser conducidas con bendicion al cielo. Por estas dificultades nos previene David en este Salmo, vers. 5, diciendo: *Inclinabo in parabolam aurem meam, aperiam in psalterio propositionem meam.* ¡Gran maestro! Oye las parábolas y enigmas para declararlas con la suavidad de la música.

Propiamente se llaman ovejas en el infierno aquellos que la muerte, que es el pecado, mintiéndose el nombre de pastor por el tiempo limitado de esta vida, apacienta en toda hartura de perdicion. Ellos propios se confiesan ovejas infernales literalmente en el libro de la Sabiduría, cap. 2, vers. 8: *Coronamus nos rosis ante quam marcescant: nullus pratum sit quod non pertranseat luxuria nostra.* Estaciones son estas de recorrer todos los prados de oveja de los rebaños de la muerte. Y porque se dan prisa á coronarse de rosas ántes que se marchiten, dice el gran Padre: *Isti ergo quibus mors pastor est, videntur florere vel tempus.* Su pasto y gala es tal, y tan momentánea, que como saben que ella se da prisa á caducar en

pocos días y que viven horas por edades, se adelantan á cogerle. No comen bocado sin susto de muerte, ni visten rosa que no hagan mal acondicionada las espinas. No se les da el nombre de ovejas por la mansedumbre y el fruto del esquilmo, sinó porque el seguir unos á otros con la imitacion de los malos pasos los precipita. Llámase el pecado muerte y pastor malo, en oposicion del buen Pastor; éste conoce sus ovejas y sus ovejas le conocen. Aquél es desconocido, pues si sus ovejas le conocieran tuviéranle por lobo, no le siguieran por pastor. Debe los hatos que tiene al no ser conocido de ellos, y el engaño le junta el caudal. ¿De qué, pues, se alimentan estas ovejas? De flores y de yerbas que nacen á corta vida; las unas ven nacer y morir un mismo sol, las otras una limitada porcion del año; por esto dice el Santo: *Estos, pues, á quien la muerte es pasto, parece que algun tiempo florecen y que son afligidos los justos; empero ¿por qué? Porque es de noche. ¿Qué es ser noche? No se ven aún en los méritos de los justos y casi parece que se nombra la felicidad de los impíos. La yerba por el invierno está verde; el árbol en el invierno casi está seco; mas cuando el sol por el estío con mayor fuerza cuece en hervores de luz las mieses y los campos, el árbol que por los hielos y fríos parecía seco, se viste de hojas y se carga de fruto; la yerba que en el invierno estaba lozana y fresca, enferma, y seca se cae.* ¿Quién no conoce aquí la diferencia de las ovejas y los pastores, y del pasto del malo que goza, y el bueno que padece? El árbol nunca se seca; sólo en el rigor del invierno parece que está seco; mas en llegando el verano desmiente aquel semblante tres veces, con hojas, flores y fruto. La yerba verdaderamente se seca con el sol, que fecunda los troncos y ramas. El justo siempre fué asimilado al árbol que da el fruto en su tiempo, no en todos tiempos, no en los de la fortuna, cuyo calendario desvaría. El primer Salmo dice que el justo y el santo *erit tamquam lignum quod plantatum est secus decursus aquarum, quod fructum suum*

dabis in tempore suo. Empero, los malos no son así, no: *Sed tamquam pulvis quem projicit ventus a facie terræ.* El Texto hebreo dice que es como yerba seca, pues tal es lo que en latin llamamos gluma, y en español tamo del grano de trigo. No polvo, sinó gluma, y exprime lo mismo la Vulgata, pues el tamo de seco se desata en polvo. Veamos cuál es el tiempo en que el árbol que asimila al justo ha de dar su fruto, puesto que no es siempre, ni cuando juzga la advertencia curiosamente descaminada. Su tiempo es cuando Dios se lo pidiere. Llega Cristo á la higuera y pídele higos, cuando no era tiempo de producirlos. Maldícela, sécase, y cáensela las hojas. Pues ¿cómo, Señor, en este Salmo no tiene el buen árbol sentencia en su favor tan contraria á este castigo? *Será como el árbol, que plantado en la vecindad de las aguas, dará su fruto en su tiempo y no se le caerán sus hojas.* Tan expresa, que parece previene la ignorancia de esta higuera, á quien se le cayeron las hojas porque no dió su fruto cuando no era su tiempo para darle. No lo entendemos. Enigma es propuesta, que no la acertará quien la juzgare por el árbol plantado y por la higuera sin higos. Uno y otro son el varon perfecto, *que tiene su voluntad en la ley del Señor, y en su ley medita de dia y de noche.* El tiempo de dar el fruto es cuando Dios se lo pide: esto es mandarle que le tenga prevenido en todo tiempo, *porque ni sabe el dia ni la hora.* Empléase el castigo que lastimó á los apóstoles en la higuera, porque se logre en el hombre la advertencia á costa de un tronco. Si el malo está con hojas de felicidad humana, pomposo es, porque áun no ha llegado el tiempo de Dios en que le pida su fruto, y queriendo pagar con ellas solas, con la maldicion se le caigan. Si el virtuoso yace en el desprecio y persecuciones, sin el fruto de sus méritos y paciencia, es porque áun no ha llegado su tiempo en la voluntad de Dios en que se le pida. Este tiempo se debe aguardar en unos y otros para reconocer la justicia de la divina Providencia, y ni tener envidia á las hojas de la higuera

loca, ni lástima del árbol que en el invierno carece de ellas y á la vista no se diferencia del que totalmente está seco, hasta que el verano muestra planta, con vida el uno y leño difunto el otro: aquél duerme, éste yace. El justo duerme sueño, el impío muerte. Eso se entiende en los amantes de este mundo, cuando de ellos se dice que durmieron su sueño. Salmo 75: *Dormierunt somnum suum, et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis.* Porque lo que tenían en sus manos era el mismo sueño, de que nunca despiertan. Ha hecho dar gritos á grandes espíritus el ver los malos bien afortunados y sin el castigo que merecen y oprimidos los buenos.

Con esta respuesta satisfizo Dios en Abacuch á todos: *Lo que se ha de ver está léjos, mas veráse al fin y no mentirá. Si se tardare, espéralo, porque vendrá á toda prisa y no se detendrá.* En estas cosas no es lo que se ve lo que se admira en las felicidades, sinó lo que se manifiesta al fin. Esto, léjos está á nuestra impaciencia, tárdase á nuestro deseo y no se detiene, y camina á toda prisa las jornadas que le destina la tolerancia de la divina Providencia. Que no es lo que se ha de ver lo que se mira en estos infelizmente dichosos, decláranlo estas palabras del mismo Profeta, refiriendo su castigo, que resultará de todo lo que gozan: *¿Por ventura todos estos sobre su vanidad no formarán parábola y hablilla de sus enigmas?* Enigmas llama sus dichas y riquezas. Y los enigmas, con lo que de ellos se oye y se ve, encubren lo que son, y sólo puede acertarlos quien no dice que son los que muestran su pintura, sinó cosa muy diferente. Como si para hacer un enigma de la aguja de coser se pintase un ciclope con un ojo en la frente todo armado de acero. Quien dijese que era polifemo ú hombre de armas tuerto, sería ridículo. No, pues, es ménos enigma el avariento cargado de oro, ni el impío puesto en dignidad, ni el humilde despreciado, ni el inocente perseguido. Lo que se ve es la pintura del enigma. Yérrale quien á aquéllos llama ricos y felices, y quien á éstos llama miserables y

desdichados. Enigma son el pobre, que cargado de leña, desnudo y descalzo, pasa por un monte, y el rico, que hace el propio viaje á caballo con criados y maletas y vestido precioso. ¿Quién no dirá que aquél es miserable y abatido, y que va muriendo, y éste espléndido y dichoso, y que va acomodado? Salen ladrones á entrambos; al mendigo le es la carga y la infelicidad pasaporte y salvoconducto. Al caballero las joyas, las valijas y la recámara infortunio y muerte. Quien aguardare á que llegue la hora de cada cosa, que dice el Espíritu Santo que sobrevendrá de repente como ladron, acertará lo que son estos enigmas, que nos descaminan el juicio, persuadiendo los ojos con las disimulaciones de colores lisonjeros ó de borrones desaliñados. No puede ser rico con el oro ni honrado con los puestos quien no posee los puestos ni el oro. Nada posee quien no posee su alma. Todos tienen alma, y sólo la poseen los que tienen paciencia. Por eso dijo Cristo á sus apóstoles, cuando les notificó sus persecuciones y peligros, martirios, Luc., 21 y 19: *En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.* La paciencia es la que da el derecho de la posesion. Por eso Job poseyó sus riquezas, porque poseyó en su paciencia su alma. Quien no le posee en ella, nada posee, tiénelo como la bolsa y el arca. Nadie dijo que estas cosas sin alma poseen lo que tienen, sinó que lo tienen y lo encarcelan. Solos aquellos que saben padecer lo que tienen poseen sus almas en su paciencia, y con ella lo poseen todo. Á los que no saben padecer las cargas y obligaciones de los tesoros, honras y dignidades, los padecen las dignidades y honras; y sus almas, ántes son poseidas de su impaciencia, que poseedoras. ¿Por qué no haremos con Dios, cuando se nos representan estas fantasmas y enigmas, lo que hacemos con los jueces y magistrados de la tierra? Consideracion es de San Juan Crisóstomo, Sermon IV, *de Providentia et fato: ¿Están acaso las cosas humanas concluidas en los términos de esta presente vida del todo? Espera el fin; de él sabrás lo que me-*

reció la vida de cada uno. No te alborotes ántes del premio y la corona. Cuando veas delante del tribunal sentenciar al bueno y al malo, entónces harás juicio de entrambos. ¿Cuántos salteadores rodean hoy los caminos? ¿Cuántos escaladores de casas rompen las puertas y las tapias? ¿Cuántos testamentos de los que mueren se falsifican? ¿Cuántos ajenos casamientos se insidian? ¿Cuántos con venenos quitan las vidas á otros? ¿Por esto, dime, murmuras del juez? De ninguna manera. Mas cuando diese la sentencia, si castigase al que padeció agravio de otro y premiase al delincuente y malhechor, entónces era digno de nota y de extremo rigor. Empero, cuando no son presentados al juicio del magistrado, ni está concluido el proceso, hecho el cargo y concluso para sentencia, sin razon te adelantas á disfamar la integridad de su oficio. Replicarás que áun en este estado y aquí convenía castigar los pecadores. ¡Oh, hombre! éntrate por tu conciencia, y considera cómo has vivido hasta ahora, y creo mudarás de parecer, y cancelando tu voto alabarás á Dios por su longanimidad misericordiosa, porque si en esta vida hubiera de castigar á todos segun sus culpas no hubiera durado hasta nuestro siglo el género humano. Si al hombre que, ofendido de otro, ansioso le busca para satisfacerse áun le llamamos rabioso y fieramente vengativo, siendo así que si no se adelanta y se tarda el contrario puede escondérsele ó ausentarse, ó armado y con gente de su séquito, no sólo defenderse de él, sinó darle muerte, Dios, de quien ninguno puede huir ni hallar en el cielo ni en el infierno seno ni distancia que le oculte, ni en la tierra armas ni compañía que le defienda, ¿qué os espanta que detenga su ira en sus misericordias, si nadie puede huir de su justicia y poder? Aguardad, pues él aguarda á que se cumpla el término legal que él le tiene prefijo á las causas y procesos de los hombres. ¿Cuál es éste? Su sola y mayor y más larga misericordia. Uno y otro se lee en San Pedro Crisólogo. Alguno de vosotros, que con lenguas blasfemas fiscali-

záis á Dios, ¿renunciara para sí este plazo? Ninguno. Pues ¿por qué persuadís á que le renuncien otros, y queréis que Dios le anule? ¿No le renunció el buen ladron y espiró santo? *Qui totus vixit in crimine.* Renuncióle el malo, y murió en los delitos con que había vivido. ¿Cuál enigma más oscuro que ver á Júdas discípulo y al ladron delincuente escogido para deshonra de la muerte de Cristo? ¿Quién le declaró? El fin de entrambos, que mostró al apóstol traidor desesperado en la horca, y al ladron apóstol con esperanza en la cruz. Si queréis acertar, aguardad á que el juicio de Dios amanezca las tinieblas del vuestro.

Y porque la peor casta de ciegos son los que no ven lo que miran, quiero haceros ver lo que miráis. Mirad lo que digo, y veréis con mis palabras. Llenaréos los ojos de la Providencia divina, visible en las riquezas, honras y dignidades, cuyo desvarío, á vuestro sentir, os tiene mal persuadidos. Atended al cuidado que tuvo Dios para que el poderío y tesoros de los príncipes, reyes y emperadores se lograsen para su bien y el de las monarquías en la fundacion de las sagradas religiones monacales, mendicantes y eremèticas. Los unos, con la liberalidad de los monarcas, en soledad cultivada, con asistencia á la oracion, obediencia y estudios, fecundan las rentas y opulentos edificios y heredamientos de plumas para los escritos, de voces para los púlpitos, de maestros para las cátedras, de pastores para las mitras, de pontífices para la tiara, de mártires para el riego de la Iglesia. Testigos, eso significa el nombre, que rubrican la fe que tienen, y la que hacen con su sangre. Los otros, que en todo esto tienen numerosísimo caudal, porque el de los particulares y la hacienda de la plebe áun fuese solicitada para este logro, y se escondiese á los acontecimientos y no pudiese perderse con mortificacion caritativa, la recuerdan con su necesidad de puerta en puerta. No ménos asisten en este punto á la divina Providencia los que en los desiertos, sin la comunicacion de la gente, vestidos de yerbas

y cortezas de árboles, y alimentados de legumbres, raíces y yerbas, enseñan que se puede vivir en el mundo sin él y que Dios hace el gasto á los suyos sin el medio del dinero, tráfago y comercio humano, para que tambien las cosas inanimadas participen en su género de la dignidad de servir al sustento de los suyos. Y con estudio (digámoslo así) tan de su eterna sabiduría atiende Dios á esta prueba de su divina Providencia, que despues de tantas angélicas repúblicas en diferentes religiones monacales y mendicantes en nuestros tiempos, sacó en España, de la milicia, en que fué blason, al nobilísimo Cántabro, el grande Patriarca San Ignacio de Loyola, para que en su sagrada religion, que ni áun se cuenta monacal, ni la quieren mendicante, aunadas y juntas en una Compañía, engarzado el un estado y el otro, compusiesen una joya en que, juntas luces tan soberanas, fabricasen un sol que rodease de rayos el nombre de Jesus. Atareada á la salud universal de las almas, espíritu de ejemplo y doctrina, dilatado para la salud comun por todo el orbe, de tal manera que parece los describen aquellos versos del grande poeta: *Spiritus intus alit totamque infusa perartus mens agitat molem.* Sus hijos, como fieles albaceas del Testamento Nuevo, infatigablemente trabajan en mostrar como se cumplió el Viejo y en solicitar que las mandas del Nuevo, que son sus mandatos, se cumplan, gastando sus vidas en aclarar las trampas de los herejes y los robos de los idólatras. Desapropiólos el santo fundador de sí mismos y vinculólos para todos. Ni en su órden quiso pudiesen pretender para sí, ni fuera de ella. Con las escuelas desde el leer hasta las cumbres escolásticas y expositivas, y en todas ciencias, criando sujetos que en todas las demas religiones merezcan las mitras y la tiara, coronándose con sólo el mérito de esta disposicion. Antes que viniesen al mundo hubo en todas las religiones santísimos y doctísimos prelados; empero, no hubo estatuto ni religion que profesase la privacion propia de todas las dignidades eclesiásticas ni seglares, y el

criar sujetos para que en todas las universidades, iglesias y religiones las mereciesen. Convino á la divina Providencia que se viese que en sus rebaños había ovejas que no llevaban para sí la lana; aves cuyas plumas no hacían para sus hijos el nido; abejas que no fabricaban para sí los panales; y labradores que no gemían detras del arado para sus cosechas. Su tarea es que en el nombre de Jesus se doble toda rodilla en la tierra, y en el infierno como en el cielo. Esto consiguen con la universal y no limitada enseñanza, con la predicacion y el ejemplo en los hijos de la Iglesia, y en el infierno militando contra los herejes incesablemente, hasta hacerlos arrodillar convencidos al nombre de Jesus, que les da el nombre y denominacion; consiguiendo la misma victoria entre los idólatras, enviando al cielo innumerables mártires, que al nombre de Jesus y con Él doblen las rodillas. Segun esto, con las sagradas religiones provino la divina Providencia y con las obras piadosas al buen uso y logro de las riquezas y las dignidades y honras, y con las universidades y colegios á la disposicion de la suficiencia, todo fundado del tesoro comun de las repúblicas. Estas cosas no pudo disponerlas humana fragilidad, que siempre las contradice. Ordenamiento es de la eterna Sabiduría, para vencer cuando sea juzgada. Conoció David esta intencion, siendo discípulo de su arrepentimiento, cuando dijo: *Para que te justifiques en tus palabras, y venzas cuando te juzgan.* ¿Quiénes son los frenéticos que juzgan á Dios, siendo justísimo juez de todos? Estos impíos, que dicen que no cuida del gobierno de lo que crió con su omnipotencia, del que redimió por su amor con su sangre. Que da los bienes y honras á los malos, y los males y afrentas á los buenos, á éstos vence cuando le juzgan con esta sagrada disposicion referida. Pregúntasme por qué los malos tienen prosperidad en su camino y sucede bien á los que prevarican. Yo te digo que porque no ha llegado el día del cuchillo; júntalos como ganado para la víctima de mi justicia, á quien han de ser sacrificio. David con-

fiesa que esta consideracion, no sólo le congojaba, sinó que le hizo dar traspiés. Psalm. 72: *Casi vacilaron mis piés, y faltó poco que resbalasen mis pasos.* ¿Cuál tropezon pudo turbar piés que pisaban tan firmes? Consecutivamente lo dice: *Porque se escandalizó mi celo en los pecadores, viendo la paz de los pecadores.* Veíase David en perpetua afliccion, era siempre su voz clamor de gemidos, eran sus ojos urnas de lágrimas, no contaba un día pacífico ni una hora sin asechanzas. Su propio hijo le fué batalla. Veía á los impíos gozar de paz y quietud. ¿Qué, pues, le allanó el camino en que se embaraza, y le dió firmeza? Oigámoslo de su boca en el siguiente verso: Están en la paz de este mundo los impíos. Porque su muerte está cierta en su fin para la eternidad, y es firme é inevitable su castigo. Aunque ahora no padecen los trabajos que padecen los hombres ni el azote que cae sobre los hombres, cae sobre ellos. Por esto la soberbia, que crece para mayor y más arduo despeñadero de sí misma, los tiene para despeñarlos. Quien de los ángeles hizo demonios, ¿qué hará de los hombres? ¿Qué no hará? En esto dice David: «Llegué al resbaladero con los pasos asustados y dije: Luégo sin causa, despreciando estas comodidades, justifiqué mi corazon y lavé mis manos entre los inocentes, y atesoré en mi paciencia los trabajos, cuando los azotes de mi castigo madrugaban á prevenir con advertencia mi conocimiento. ¿Qué, pues, haré? ¿Hablaré como ellos; enseñaré esta doctrina? No, que condenaré á los hijos tuyos, que son los justos y santos. Secretos son estos retirados á las riquezas de tu sabiduría; el conocimiento de ellos no le alcanza el hombre; para tenerle ha de disponerse á recibirle: presumíle; empero, mis ojos tropezando en nieblas se anochecieron. Consuélame que esta ceguedad no durará más de hasta que llegue á tu oriente, que amanece en tu Tabernáculo; las sombras y sus postrimerías me restituyan á la inteligencia; entónces conoceré que los pusiste en lazos con nombre de honras, y en despeñaderos que llamaban prosperidades, y que

los derribabas encumbrándolos. Suben, como los ajusticiados, muchos escalones que no han de volver á bajar, porque han de ser precipitados desde el más alto y el postrero.» He nivelado la paráfrasis de este Salmo con la version y mente de San Agustin. La conclusion que de tan fuerte silogismo nos saca David es que las postrimerías de todos en el tribunal de Dios dan la inteligencia de estos enigmas, que disimulan lo que son con lo que parecen.

Despues que los hemos enseñado con el harpa de David, sagrado profeta y rey, afrentémoslos con la lira de Virgilio, poeta idólatra. Sepan de los versos del gentil que en esta vida no se diferencia el rostro de la máscara que le cubre; que sólo en la muerte el juicio eterno da á conocer quién fué benemérito y quién delincuente. En el texto de la Eneis se leen estas palabras: trata de los castigos que padecen los impíos en el infierno:

Tiene el cetro de estos durísimos reinos el Gnosio Radamantho. Y castiga y oye las maldades, y compele á que confiese sus delitos, cometidos en esta vida, á cualquiera que alegre con robo inútil difirió el castigo en muerte tarda.

Reparo con admiracion en tres cosas: La primera, y consecutiva á mi discurso, que los impíos dilatan el castigo de sus culpas en las prolijidades de su muerte. La segunda, que es gran parte de la pena el obligarlos con ella á confesar sus delitos y lo que fueron y disimularon con el rebozo de la vida. Lo que vimos en el Epulon con Abrahan, que con lenguas de fuego pidió una gota de agua á quien con su lengua había negado una migaja de pan. Pidiendo le obligaron á confesar que su riqueza le empobreció, y pidiendo el socorro de Lázaro, que su miseria le hizo rico. Confesó la bondad que en él había despreciado, presumiendo bajaría á dar alivio á quien le había dado tormento. Ved en la boca del avariento tantos

verdugos como confesiones forzadas á poder de castigos. La tercera, y más digna de grave ponderacion, es decir: *Que los obligan en el infierno á confesar los delitos que en la vida cometieron alegres con hurto inútil.*

De manera que la alegría que los ignorantes admiran en los malos es la que tienen de ser ladrones de los bienes que poseen y de los puestos que ocupan, robándolos á los beneméritos y usurpando con las riquezas el patrimonio á los pobres, negando á la caridad la finca para los alimentos de huérfanos y viudas, cuyo ministerio está á cargo de su magnanimidad, disfamando el nombre de jueces y ministros con obras de tiranos, cuyos textos son odio y venganza interpretados por el temor y la envidia, autores de todas las tragedias. No se contenta con llamarlos ladrones; dice que su hurto es inútil y vano. Al codicioso nunca se le cumple su deseo, porque no sólo quiere tener mucha hacienda, sinó que nadie tenga alguna; no poseer más que todos, sinó todo lo que poseen todos. Tenerlo uno todo es imposible, como es fácil que cualquiera lo desprecie todo. ¿Luego inútil y vana es su alegría en el hurto que comete? Quiere quitar lo que los otros tienen con usuras y logros, no por ser rico, sinó porque ninguno lo sea; no para tener los bienes, sinó para que le tengan á él. Hurta á todos con sus maldades lo que le roba su misma avaricia. Témenle todos por lo que les quita, y él teme á todos por lo que les ha quitado. El ambicioso, que subiéndosele la soberbia á la cabeza se embriaga de vanagloria, no se contenta con ir delante de muchos, sinó uno solo va delante de él. No se cansa de trepar si ve otro más cerca de la cumbre. Cuando la pisa pretende acocear las estrellas. No tiene por escarmiento los que ve rodar del lugar á donde aspira por donde sube, sinó por desembarazo. Fabrícase de las ruinas de los que cayeron, sin ver que es edificio de recuerdos y amenazas; desvélase en no tropezar en los pasos de la subida para llegar á la altura, donde es forzoso el resbaladero colmado de precipicios.

Alégrase vanamente de ascender de á donde es forzoso el despeñarse, pues crece en peligros tanto como en puestos. No de otra suerte el cohete sube con aplauso y admiracion del vulgo, estrella festiva, á equivocarse en lo alto con las estrellas para caer humo y ceniza muda. Hasta este remedo de luz, hipócrita de hermosura, desengaño con su fin del embeleco resplandeciente, á que debe la admiracion. Los ojos humanos se ocupan en mirar enigmas. Ven la pólvora negra, en cuyo carbon se disimulan llamas y las cóleras del fuego, sorda y sin movimiento; aplícanla una chispa, truena, vuela, resplandece, alumbra. Pásase de un enigma á otro; júzgala estrella la vista, cae esqueleto de papel y cuerda, aprenden los ojos la verdad de dos engaños con un cadáver á que se reducen ficciones tan contrarias. Prevenidos de estos ejemplos y discursos, encendamos luces á estas tinieblas, por dondè vamos á tiento, en el mismo Sol de justicia, Cristo Jesus, Hijo de Dios y Dios y Hombre verdadero. Vean los ciegos con su doctrina y con su ejemplo, pues vieron los ojos del que nació sin vista con el lodo, que suele cegarlos. Esperemos firmemente que podrán sus palabras con sus obras lo que pudo su saliva con la tierra. Pues tratamos de que vean los que nacieron con vista y se cegaron con la malicia y la ignorancia. El reverendo Padre Bartolomé Jacquinocio, natural de Aviñon del Papa, en Francia doctísimo y religiosísimo hijo de San Ignacio en la Compañía de Jesus, en su libro, cuyo título es: *Hermes Christianus*, ó *Arte de instruir la vida conforme á la ley de Dios*, en la segunda parte: *Paradogma de la ocasion y primera razon de mezclar en las conversaciones pláticas saludables*, para probar la certidumbre de nuestra sagrada religion hace el argumento mismo, que yo dilataré ahora, para probar, no sólo la Providencia divina y su uniformidad, sinó la eficacia y suavidad de los medios que elige para sus fines.

Toda la victoria de esta controversia es que aunque los

impíos tengan prosperidad, riquezas, dignidades y reinos, y los virtuosos desprecio, calamidad, pobreza y castigos, hay Providencia divina que permite lo uno y lo otro para los premios de su clemencia y para los castigos de su justicia, pues por esta razon el perverso le da gloria cuando padece y el justo cuando goza. Ahora probaré que las armas triunfantes y los instrumentos poderosos y la municion eficaz de la Providencia divina contra los poderíos, tesoros y dignidades son pobreza, calamidad, persecucion y desprecio. Para los que creen que Jesucristo fué hijo de Dios la fe sacrosanta es demostracion y evidencia de esta verdad, ejemplificada en toda su vida, cuya imitacion prosiguió y proseguirá siempre la Iglesia católica romana para los detestables y nefarios herejes que negaron ser Dios. Por la misma causa mi argumento cobrará en el discurso humano más fuerzas contra su horror sacrílegamente blasfemo, y probará juntamente que Cristo fué Dios, y que Dios tiene Providencia, con las mismas cosas y causas de que coligen no la tiene. En mis palabras se leerán las del Padre Jacquinocio, acompañadas de la pluma elocuentísima de San Juan Crisóstomo, Orígenes y otros modernos, cuyo orígen probaré que desciende del Evangelio y de los libros canónicos.

Fué Cristo hijo de muy humildes padres. Nació el año en que Augusto César mandó registrar el mundo por edicto. Su madre peregrinó en esta obediencia los postreros días del último mes de su preñado, tan destituida de todo socorro humano, que en la noche más rigurosa del invierno, no pudiendo parirle entre gentes, le parió entre bestias, siéndole cuna un pesebre y abrigo el heno y las pajas: desamparo que no se lee del más ultimado rigor de la pobreza. Creció y vivió falto de todo lo necesario, alimentado del sudor humilde de un carpintero.

Hago recuerdo á los que leyeren, de que para ser Cristo obediente hasta la muerte, empezó á serlo ántes de nacer, pues

en las entrañas de su madre caminó al cumplimiento del bando imperial. Todas las cosas antecedentes fueron como prólogo á la venida de Cristo ; razon era lo fuesen las del mismo tiempo. Diré cómo lo fueron : Augusto fué hijo de Julio César, que vivo nunca fué emperador, y muerto violentamente por el Senado, con su muerte instituyó el imperio de Roma, y para esto fué el medio eficaz el leer y divulgar su testamento.

¿Quién no reconoce que esta fué una sombra cercana de Cristo, que vivo fué perseguido y condenado á muerte por el Senado de los judíos, y muerto, por su Testamento Nuevo, que legalizó, instituyó el imperio universal de la Iglesia, mudando las águilas en llaves, los Nerones en Clementes y Píos, y en la nave la ciudad ? Aquella paz comun que entónces hubo en el mundo le disponía para el gobierno del Rey de la paz, que la trajo al nacer y la dejó al irse. Aquel edicto, que mandó registrar todo el orbe, para Cristo lo convoca, que es y siempre fué Señor de él, no para Augusto, que en él tenía limitado señorío. Vinieron los reyes de Oriente á adorar en las ruinas desaliñadas de un portal al Oriente de los reyes, y adoráronle en aquel abatimiento, ofreciéndole tesoros. Aquí se descubrió la malicia de los bienes temporales, pues oro, mirra é incienso, encaminados por una estrella en manos de tres majestades tan santas, al Hijo de Dios trajeron tras sí y consigo la envidia y la persecucion facinerosa y tantos peligros de muerte. Sábese que huyó á Egipto ; por lo que toca á los tesoros, no se lee que usase de ellos. ¿ Qué, pues, pueden esperar los hombres, de los que les encaminare la codicia por mano de la usura, de la adoracion, que los trajere la ambicion solícita?

Volvamos á los oprobios de Cristo, pues con ellos lisonjeamos su amor. No tuvo casa en que abrigarse, ni heredamientos, ni hacienda; pobrísima parentela: careció de oro y plata y alhajas; no tuvo bienes algunos raíces ni muebles. Todos los treinta años de su vida asistió humilde á la sierra y al cepillo

de José, donde el mayor caudal era de astillas, entre golpes desapacibles y ruido molesto. ¿Quién ignora que luégo que desencerró la luz de su doctrina y descendió á la pública arena se le opusieron los poderosos, los doctos, los maestros, los magistrados, los presidentes, los pontífices, los monarcas, disfamando su doctrina con el pueblo, y que aunados en su desprecio y persecucion, le llamaban hijo de un carpintero, endemoniado, revolvedor, gloton, amigo de pecadores y gente ruin? Estudiando en sí mismos oprobios que decirle y delitos que levantarle, tomaron piedras para tirárselas. Compráronle de un discípulo suyo por vilísimo precio, y él le estimó en tan poco que pidió por Él lo que quisiesen darle. Prendiéronle como á malhechor, lleváronle maniatado á la cárcel, y arrastrando por diferentes tribunales, donde le trataron como á loco, escupiéronle, diéronle una bofetada delante del juez. El día del privilegio de la Pascua juzgó todo el pueblo por más digno de soltura á Barrabas que no á Él. Azotáronle tanto, que áun parece imposible haber podido los verdugos darle los azotes que padeció. Condenándole á muerte, crucificáronle entre dos ladrones; si el uno le siguió, el otro no le quiso por compañero. De doce discípulos uno le había vendido, otro le negó, todos huyeron. Espiró tan pobre que áun no tuvo, como decimos, sobre qué caer muerto, pues José, varon de Arimatea, le dió el sepulcro suyo nuevo cavado en una piedra y la mortaja de una sábana limpia y el sudario. Ni vivo tuvo donde reclinar la cabeza, ni muerto el cuerpo. Historia llena de horror, con aparato, ántes de espantar con escándalo que de atraer á la vista humana con ejemplo.

Veamos qué discípulos y qué género de personas escogió por ministros, para que persuadiesen era Hijo de Dios y Dios verdadero, quien padeció en lo que padecía el más abatido y facineroso de los hombres. Eligió en apóstoles, para cosa tan ardua, unos pescadores ignorantes y rudos que apénas juntaban una palabra con otra, familia ronca de las borrascas, que

pronunciaban con los acentos de las olas las razones. Desfigurados con el mal tratamiento de las furias del aire, de la rabia del mar y de los incendios del sol; hombres, al fin, desechados de la tierra por inútiles á su labor. Éstos, despues de su muerte, más propios para disuadir que para persuadir, se arrojaron en medio de los maestros y doctores, de los escribas y fariseos, de los concursos armados del pueblo, de los príncipes, reyes y emperadores, desnudos y solos, por todo el orbe de la tierra. Lo que predicaban era que creyesen que un hombre que era hijo de un carpintero, abofeteado, escupido, azotado y crucificado entre ladrones era Hijo de Dios y Dios verdadero. Afirmaban á los judíos que era el Mesías prometido y que en estas afrentas é ignominias se habían cumplido la ley y los profetas. A los idólatras, que sus dioses eran demonios y sus simulacros infames, y sus templos abominacion, y todos los que los adoraban bestialmente sacrílegos. Unos de ellos murieron desollados, otros clavados en la cruz, otros en aspas, otros con el filo de la espada, otros con piedras, otros á poder de fuego derramados en ceniza. ¿Cuál fin puede parecer y cuál fruto más contrario y diferente del que procuraban?

La doctrina: que Dios eterno, inmenso, incomprensible, tenía un Hijo unigénito: que éste se hizo hombre en María Vírgen: que le concibió sin obra de varon: que fué vírgen ántes del parto y en el parto y despues: que siendo Dios murió: que les dió en pan y vino su carne y su sangre, y que transubstanciados comen su cuerpo mismo debajo de los accidentes que de ellos quedaron: que resucitó el tercero día: que que subió á los cielos: que Dios es uno en esencia y trino en personas; todas cosas tan superiores al entendimiento humano. Esto cuanto á los misterios; cuanto á la enseñanza, que se han de amar los enemigos: que al que da una bofetada se le vuelva la otra mejilla : que venda uno todo lo que tiene y lo dé á los pobres: que haga penitencia: que ayune: que cada uno se cargue su cruz: que quien no aborrece su vida la pier-

de: que los habían de prender y perseguir, entregándolos en las sinagogas con guardas: que son bienaventurados los pobres, y los que lloran, y los que padecieren persecucion por justicia. Todas estas eran proposiciones, al parecer, ántes para destruir un intento que para establecerle. Cada una bastante á encender en rebeliones las ciudades y en motin vengativo todos los reinos contra los que lo proponían, quitando el regalo y delicias de la vida, las riquezas, y prohibiendo al apetito y pasiones naturales los gustos y el entretenimiento, y aconsejando que se nieguen á sí mismos los hombres. ¿Qué resultó de este aparato de miserias, de castigos, de desprecios, de rudeza y de ignorancia en los ministros? Que los mismos gentiles degradaron del nombre de dioses á los troncos y mármoles que adoraban. Depusieron sus templos del vocablo sacrosanto usurpado, fabricando altares á la cruz, hasta entónces disfamada. Esto no en una ciudad, ni en una provincia, ni en sólo un reino, sinó en todo el orbe universal de la tierra, peregrinando, no con ejércitos formidables que llevan por razon el poder; no con armadas navales, sinó con piés descalzos, con cuerpos desnudos, sin un báculo auxiliar al cansancio que pudiese ser amenaza á un gozque, sin prevencion que de agua y pan siquiera pudiese asegurar vil alimento al hambre. El cardenal Justiniano sobre estas palabras del Salmo: *In omnem terram exivit sonus eorum, et infines orbis terræ verba eorum*, en la nota marginal dice: Esto se cumplió en tiempo de los Reyes Católicos, doña Isabel y don Fernando, siendo el instrumento Cristóbal Colon, genoves, cuyo nombre se interpreta el que lleva á Cristo, oficio que hizo aquel santo de que tomó el nombre. Y si bien consta de esta profecía de David que había de llegar el sonido de la ley de gracia á todos los circuitos de la tierra, y los apóstoles y sus palabras hasta los últimos fines del orbe, historialmente se verifica, y los mismos ángulos del universo lo confiesan con inscripciones y anales suyos.

Dió noticia de esta verdad en los reinos de la China el eruditísimo é incomparable varon, en noticia de todas las lenguas orientales, doctísimo Padre Atanasio Kircherio Fuldense Buchonio, de la Compañía de Jesus, en su libro, cuyo título es: *Prodromus Coptus, sive Ægyptiacus*, cap. 3, fol. 58, dice, declarando la tabla de piedra que se halló en la China escrita con sus caractéres: Reinando *Taicum veun huamti*, vino de Judea un varon de suma virtud, llamado Olopuen, y que el año *Chin quon yieù siiè*, que es el año de Cristo seiscientos y treinta y seis, publicó y asentó en la China la ley de Cristo, que llamaron *Kim Kiaò*, que se interpreta ley clara y grande, de que se colige há mil y seis años que la gloria de la cruz tuvo adoracion en la China. No se contentan los Padres de la Compañía de Jesus con haber llevado en su predicacion y enseñanza el tesoro de la pasion de Cristo con tan colmado fruto á tantas y tan remotas partes, sinó que por tener mérito con los que tantos siglos há la llevaron, y acompañar aquellos pasos, peregrinan para darnos la noticia de los que la llevaron, de que resulta gloria al nombre de Dios y á su ley y al celo de aquellos apostólicos embajadores. Si oprobios, abatimiento, persecuciones, cárceles, cadenas, azotes, horcas, cuchillos, hogueras, pobreza y muerte afrentosa y desamparada, con tales ministros ignorantes, para persuadir rústicos, para hablar, vencieron las delicias, las comodidades, las grandezas, los reyes, los reinos, los emperadores, los imperios y todo el globo de la tierra y las inmensas llanuras del mar, sobre quien en cada apóstol se vió pasear el espíritu del Señor otra vez sobre las aguas, ¿cómo los que niegan la divina Providencia podrán decir que estas cosas son castigo de los malos y no corona, victoria y triunfo de los justos? ¿Y cómo dejaron de confesar el poder y majestad que tienen sobre las que llaman felicidades en los malos, pues son atropelladas y pisadas por los que llaman miserables? Aquéllos tienen carga de que los alivien, peligros de que los aparten, enfermedades de que los

curen; éstos desengaños, luz y medicina con que los remedian. La certeza de nuestra fe, ¿en qué piedra no halla ojos, obrando tan soberanos efectos con instrumentos á todo saber y poder humano tan repugnantes á la consecucion de su fin? Ponderó esto admirablemente y con atencion seria y de gran peso el doctísimo y eruditísimo reverendo Padre Francisco Forerio de Lisboa, predicador del rey de Portugal, que asistió en el Concilio de Trento, de la sagrada Religion de predicadores, sobre el cap. 2 de Isaías, declarando el vers. 2. Pondera sutilísimamente que dice que correrán los pueblos, subiendo á la cumbre del monte que lo es respecto de los demas montes, siendo la propia accion del subir trepar y del bajar correr; y nota la fuerza que tiene la palabra נהר, *nahar* en el Texto hebreo, que es correr con ímpetu á manera de los ríos que descienden precipitados de las cumbres, con movimiento natural y no violento. Por este monte, que llama de Dios, se entiende el de Tsion, que la Vulgata lee Sion, como se colige del verso 3, y por él la ley nuestra de gracia. Dice el doctísimo Forerio: «Y á mi parecer ninguna cosa hay que tanto acredite más nuestra religion, ni que así ilustre su verdad, como que tan grande dificultad como la suya, y tan ardua, la hayan vencido en lo pasado tantos millares de hombres, cuando hoy tantos procuran lo mismo. Y de verdad, si en ella para creerla sola hubiera aquella dificultad, que excede al humano sentido y entendimiento, como concediera á los mortales todas aquellas cosas que la carne y la sangre apetecen, de ninguna suerte me admirara que la abrazaran infinitos ni de que la llamase el profeta monte puesto sobre los otros montes. Porque, una vez permitida la libertad de la carne, nada creyesen más allá de la razon, se les propondría á los hombres que ellos no juzgasen, que con entrambas manos y todas las fuerzas no se debía abrazar y defender. Y ¿quién propuso cosas más absurdas y disonantes á la razon humana que Mahoma, y con todo eso las tiene por oráculos divinos sin ninguna

duda tanta infinidad de gentes y con fuerza y armas las defiende? Pregunto: ¿ por qué ? De verdad porque concedió al cuerpo y apetitos lo que querían, y esta permision predicó se derivaba de Dios. Esto es, pues, grande milagro y digno de estupor y admiracion, que siendo la religion cristiana monte excelso, no sólo cuando propone que se crean las cosas invisibles y remontadas al juicio humano, que está hecho á juzgarlo todo por el sentido, sinó cuando manda la austeridad de la vida y entrar por la puerta angosta, y que lleven su cruz por toda la vida los hombres nacidos de la carne y acostumbrados muchos años á su libertad; tantos millares de varones, de mujeres, de niños; tantos viejos, no espantados con tanta aspereza del camino, con tan fragosa subida, alegres hayan acometido con aquella ansia, propension é ímpetu subir á la cumbre de este monte, con el cual los ríos acostumbran á bajar precipitados de los cerros á fertilizar los valles. ¡ Oh, monte llano ! ¡ Oh, caminos hermosos de Dios ! ¡ Oh, yugo suave ! ¡ Oh, carga leve !» Hasta aquí Forerio. ¿ Cuál demostracion más clara de la Providencia que tiene Dios del mundo que desperciar el mundo para conquistarle, que aborrecer los gustos y deleites para no padecerlos, que huir de las riquezas para no ser pobre, amar la pobreza para ser rico ? A los que esto no conocen la ignorancia les apagó todas las luces ; no sólo están ciegos á las divinas, sinó á las humanas. Oigamos el azote de Juvenal, poeta idólatra. En los versos de la sátira 6 expresamente dice que los trabajos, la persecucion , los enemigos, el abatimiento y la pobreza no daban lugar á los vicios para entrar en las chozas en que vivían los romanos; que esto los hizo grandes, gloriosos y opulentos; y la prosperidad , grandeza y opulencia, viles, tiranos, vencidos y esclavos.

¡Oh palabras alentadas con esfuerzo generoso! lástima es que mereciendo oidos católicos no fuésedes pronunciadas por lengua cristiana: *La fortuna humilde hacía castas á las romanas antiguamente, y el trabajo cerraba en las cabañas el*

paso á los vicios el sueño breve y las manos ásperas y duras con los vellones de Toscana, y arrimado á la ciudad Aníbal, y asistiendo á su defensa los maridos en la torre Collina. Ahora padecemos largamente los males de la paz: más cruel que las armas se apoderaron de Roma las delicias, y dan venganza de ella al mundo, que ella venció. Ningun crimen ni maldad de la concupiscencia falta desde que pereció la pobreza romana. Hacen auténtico este grito los sucesos todos de las edades que ha vivido el mundo. Y no hay que temer que en lo porvenir pierda la fuerza de sentencia definitiva, ejecutoriada en juicio contradictorio, con tantas repúblicas, reinos y monarquías. La paz hace soldados contra sí mismos á los que se fían de ella, olvidados de que son hombres, y acuerda á los enemigos de que ya no lo son. La pobreza es advertida, desembarazada y solícita. Carece de peligros, porque nadie la envidia, todos la huyen, nadie la busca, y su mayor valentía es el desprecio en que la tienen y el aprecio que ella no hace de nada, porque la presuncion confiada es grande autora de tragedias. Generosa y seriamente lo dijo Lucano en el primer libro, dando las causas de la ruina de la República.

Pues si en lo humano la calamidad, la pobreza y los enemigos son causa de aciertos, de aumento y conservacion, y la abundancia, paz, prosperidades y riquezas de ruina, y en lo espiritual aquellas miserias triunfan de estas felicidades y grandezas, ¿quién no conoce que éstas tienen con qué ser vencidas y aquéllas con qué vencer, y que es Providencia divina dar á los buenos las armas vencedoras y permitir á los malos bienes inducidores de su desolacion y paz insidiosa que milita contra ellos? Mahoma, el peor de los embusteros, negó que Cristo había padecido y muerto, y afirma que en el prendimiento Dios se le llevó al cielo. No lo niega con ignorancia, sinó con diabólica malicia. Reconoció las hazañas de las afrentas y la valentía de los oprobios de la cruz, y cuán infinitos eran los que se alistaban á la imitacion suya por el martirio; y por

desarmar su ley de las proezas de los trabajos, quiso cancelarlos del soberano ejemplar. Preguntaránme que cómo reina por tantos años en tantos imperios ley que, quitando el freno á los vicios, bárbaramente licenciosa en los deleites de que se avergüenza la naturaleza, adora delirios y cree locuras rematadas. Respondo que aquella es secta desalmada solamente corporal. No la tienen por ley, óyenla por lisonja sus apetitos, por adulacion sus pecados, síguela su codicia por el robo como el ladron al tesoro. No la guardan por útil, sinó por deleitosa. No la persuaden, sinó la violentan; batallan, no la predican. El séquito es el que tiene las culpas; dásele la flaqueza humana, no la razon; arrástralos, y no los persuade. Digamos: ¿por qué ha permanecido tantos siglos? Para esto hemos de ver cómo da Dios los reinos, cómo pide cuenta de ellos, y cuándo y por qué los quita para darlos á otro. Para cosa tan grande como trastornar los imperios no emplea Dios toda la mano, con dos dedos lo obra. Leamos este estilo en la pared de Baltasar, donde tres palabras fueron los postres de su banquete y de su señorío. Trajo los vasos sagrados de los sacrificios á los bríndis del altar al aparador; pudo la mano que apareció en la pared quitarlos de la suya y quitarle con ella la vida, y sólo escribió medio renglon. No condena Dios sin hacer cargo y dar traslado y razon de la sentencia á la parte. En dos causas criminales ha escrito Dios : en esta para condenar á un rey; en la de la adúltera para condenar la intencion de los acusadores y enmendarla con el perdon. En esta escribió en la tierra, y con inclinarse á ella mostró que la perdonaba á intercesion de la flaqueza humana. En la de Baltasar escribió en la pared porque leyese su proceso en su grandeza y para que supiese que el palacio que le cubrió descubría su culpa. Estas palabras, segun el Texto hebreo, fueron las escritas : *Mene*, *Techel*, *Ufarsim*, que nuestra Vulgata lee : *Mane*, *Thecel*, *Phares*, que se interpretan por su órden con estas tres cláusulas: *Contó Dios tu reino, y llenóle. Fuiste pesado en las balanzas y*

se halló que tenias ménos. Tu reino es dividido y dado á los medos y persas. Reparo mío es, porque Dios da por cuenta y recibe por peso, cuando la toma al que recibió. Prevencion es de los que tratan con tramposos y monederos falsos, que por la cuenta de las unidades suelen volver el mismo número de dinero, empero, ó robado de la lima ó lamido de las aguas fuertes, y por esto descabalado; lo que descubre el peso al disimulo de la aritmética. No da buena cuenta á Dios el que recibió doce, ó veinte, ó más provincias, volviéndole numeralmente otras tantas, si el peso con que las recibe las reconoce falsificadas y disminuidas en la condicion del valor.

El período de todos los principados, repúblicas y reinos siempre para acabarse fué el faltar á este peso; y en este punto tuvo fin su cláusula. Verifícalo este suceso, pues en averiguándole á Baltasar su hurto en este peso, y en notificándole la culpa y la sentencia, murió luégo, y sus Estados fueron divididos y en poder de los medos y persas. Isaías, cap. 28, vers. 17: *Et ponam in pondere judicium, et justitiam in mensura, et subvertet grande spem mendacio.* Por esto dice el Salmo que tardará el castigo de los malos: *Quo ad usque justitia convertatur in judicium;* y éste, segun Isaías, está en el peso. Dirán que por qué Dios no ha pesado en tantos siglos tiranía tan soberbia como la de los turcos. Respondo que porque no le ha acabado de hacer el cargo. Hale contado su imperio, mas no se le ha llenado, no porque no es mucho lo que le ha dado, sinó porque hay mucho que quite á otros para castigo de sus culpas. No le añade lo que merece tener, sinó lo que merecen perder otros. No le hizo tan poderoso para exaltarle, sinó para disminuir á otros con su aumento. Dale las fuerzas que quita á otros que usaron mal de ellas, para que pueda ser azote de otros que no escarmientan. Entre los malhechores se escoge el verdugo, y se atiende á que sea feroz y cruel y hombre de muchas fuerzas, que pueda ejecutar los castigos, que haga correr impetuoso el lazo, cortar velozmente al cuchillo, que corte en

los tormentos con los cordeles los huesos. Así el turco entre los paganos y perdidos herejes fué elegido por verdugo de la cristiandad; con él nos azota y da tormento Dios y nos ajusticia por nuestros delitos: dale poder para que pueda quebrantarnos y nos obligue á confesar nuestras culpas. Si queremos que no sean verdugos de Dios él y los herejes, no le merezcamos á Dios verdugos; empero, miéntras nuestra enmienda no les vacare el oficio, gozarán de los emolumentos y gajes de verdugos, pagarémosles los azotes que nos dieren, y como ropa de ajusticiados la nuestra será suya. El cargo en el indigno, el poder en el tirano, la riqueza en el usurero y ladron, tufo de verdugos tienen é infamia de tales. Llenará su número Dios cuando nos hallare cabales en su peso, y acabará con ellos hallándolos faltos en él. Cuando un verdugo no hace bien su oficio ó falta en él se le castiga con otro; así lo hace la justicia de la tierra, á imitacion de la del cielo, cuyo estilo vemos ejecutado en unas naciones con otras. No solamente castiga y ajusticia á los cristianos con los infieles, y á los infieles con los cristianos, sinó á unos y á otros consigo mismos. Obra es de los pecados propios y del exceso de ellos. Cuando los franceses acabaron de echar los ingleses de Francia despues de haberla poseido mucho tiempo, un frances, con el orgullo de la victoria, viendo salir los ingleses, por burla dijo á su general: «Díme: ¿cuándo nos volveremos á ver en Francia?» Respondió: *Cuando vuestros pecados sean mayores que los nuestros.*

Ya que he respondido á lo que podían oponer á Forerio estos ignorantes, que por desembarazar á Dios del gobierno de las cosas, le deponen, siendo así que nada puede ser embarazo á su inmensidad; y ya que probamos con qué medios y con cuáles ministros y con qué doctrina se estableció la ley de Cristo en todo el mundo, y el soberano y eterno imperio de su cruz, veamos si con las opuestas disposiciones de honras, poderío, riquezas, dádivas, delicias, ejércitos y armadas

lo ha conseguido otro alguno, no hallándose hijo de un carpintero, sinó emperador, no sólo pretendiendo el ser adorado por Dios, sinó rogándole con la adoracion el mundo. El Padre Jacquinocio, en el libro citado, dicé: «Antiguamente intentaron esto, no una vez, los poderosísimos emperadores Nabucodonosor, Alejandro Magno, Calígula, Domiciano, Heliogábalo y otros, que pretendieron ser tenidos por dioses. Para conseguirlo usaron de todas las fuerzas del poder suyo y de su industria. En esta empresa gastaron los erarios en coches, emplearon todas las amenazas de las armas, la fortaleza de sus capitanes, la valentía de sus soldados, la elocuencia de sus oradores, los argumentos de los filósofos; sobornaron los pueblos con espectáculos, halagáronle con los teatros, compráronle con socorros y donativos, no dejaron camino ni senda sin negociacion, ni artificio de que no se valiesen. Y con todo esto no hallamos que consiguiesen otra cosa, sinó ser infamados en la boca del vulgo, y divulgada con escarnio su impiedad desvergonzada, su locura temeraria y su soberbia sacrílega, por lo cual toda su divinidad acabó con sus vidas, y los cadáveres de algunos de ellos, arrastrados con garfios, fueron sepultados en las necesarias y precipitados en las escalas Gemonias, lugar infame, depósito de los condenados, como gente á quien la desaforada ignorancia juzgaba áun indignos de pequeño túmulo y pobre sepultura. Pues si estas cosas se hubieran de conseguir con los medios humanos y que los mal engañados juzgan por bienes y por eficaces, ninguna otra cosa era más oportuna y favorable, siendo así que los fines han de corresponder á los medios.» Hasta aquí Jacquinocio. Luego si con estas artes y negociaciones los que eran semidioses en la tierra, queriendo hacerse dioses del cielo, con muertes viles fueron oprobio del mundo, y son asco y horror de la memoria, colígese que pues Cristo, pobre y despreciado, y perseguido y afrentado, con todo lo contrario consiguió para el bien del mundo el ser adorado por Dios, que hay Pro-

videncia divina, y que sus medios é instrumentos son los que á la ignorancia de los que la niegan convencen sin respuesta. Oigamos este punto, ponderado por San Juan Crisóstomo; trocarános en buena moneda el oro de su boca las palabras. Sobre el primer capítulo de la primera *ad Corinth.*, Hom. 2, 4, 5, 6 y 7, escribe diferentes cláusulas.

¿Qué distancias tuvo el discurso que esta pluma del gran Padre no penetrase? ¿Qué cumbres esta doctrina á que no ascendiese su vuelo? Justísimamente tratando de la elocuencia en todas sus partes, llama á este gran Padre idea suya el doctísimo Nicolas Causino en su Retórica; de cuyo juicio puedo decir lo que el santo Magno Félix Ennodio, en el libro I de sus Epístolas, en la 5, á Fausto, dijo de otro: *Quidquid artica, quidquid romana præcipuum habet lingua cognovit. Aurum Demosthenis et ferrum Ciceronis expendit.* Y en comparacion del oro de Crisóstomo tan de hierro como el de Ciceron juzgo el oro de Demóstenes.

Si la flaqueza vence la fortaleza, la humildad la soberbia, los tormentos á los tiranos, la pobreza á los tesoros y los ignorantes á los sabios, ¿quién no confesará la certeza de nuestra fe y la verdad de su doctrina y misterios? ¿Y quién podrá negar la divina Providencia, si áun, como hemos probado, con los mismos idólatras, abundancia, regalo, riquezas, poderío, mando, dignidades y paz derriban, inficionan, enflaquecen y desarman á los que los tienen por bienes?

Cuando te ves en trabajos considera que Dios solo está fuera de ellos, y el virtuoso encima de ellos. Cuando todo te falta y todos te persiguen, acuérdate de que el capitan general en los peligros de la guerra, para que los padezca y se oponga á ellos, echa mano del valiente y del generoso; y por cobarde é infame deja al tímido y vil en el ocio y seguridad de su miedo: éste desprecio es, como aquel riesgo estimacion. Gloriosas son las proezas de la paciencia combatida, pues vence la fuerza que la combate. Si tienes paciencia, todos no te pueden ven-

cer y con ella los puedes vencer á todos. Por impaciente de las maldades del tirano Nicocreonte, fué condenado Anajágoras á que vivo le moliesen el cuerpo con martillos de hierro; ejecutóse, hartando de venganza los ojos del príncipe. Anajágoras, atormentado, le atormentaba diciendo: Maja, maja el costalillo de tierra, que al alma de Anajágoras no alcanzan tus golpes. Quebrábanle los huesos los martillos y él martillaba con sus huesos quebrados al tirano. ¿Quién no juzgó esta por victoria y aquella por maldad y fiereza, burlada y escarnecida del sufrimiento generoso? Anajágoras es admirado con alabanza, Nicocreonte aborrecido con detestacion. El uno vive ejemplo, el otro escándalo. Mejor cuenta dieron de este filósofo los martillos que el imperio y las águilas de Neron y de Claudio y Calígula; mira á sus fines, oye á sus memorias, nadie se acuerda de ellos sin asco, ni los nombra sin vituperio, ni los lee sin horror: luego mejor es padecer lo que has de gozar que gozar lo que has de padecer. No te prueba Dios con las adversidades para saber lo que en tí tiene, que siempre lo supo, sinó para que otros sepan lo que tiene en tí y para lo que te tiene. Esle agradable que venzan los suyos. Tertuliano dice en el libro *de Paciencia* que cuando triunfaba Job, en el palenque del muladar, de las escuadras de gusanos, del ejército de enfermedades, de la municion de llagas, *Ridebat Deus*—*Reía Dios*. ¿Cuál será que no quiera ser parte de que tenga Dios este buen rato, á tan poca costa suya y con tanto logro, en tan corto rato como tiene de duraciones la vida? Si á Dios le consideras padre, considera que te castiga como á hijo por tu correccion y para tus mejoras. Si amigo, que por esforzado y valeroso te escoge para la ocasion importante. Si capitan general de los ejércitos de que se llama Dios, que te pone en la primera hilera, te envía á reconocer las baterías, te expone á los tiros y acometimientos por buen soldado, y que esto es preferirte y no arrojarte; ¿cuándo el reservado de estos trances tiene en la milicia tanta nota como seguridad, pues vive

por su culpa para su desprecio? Quiero enseñarte á envidiar. Ten envidia del que supo padecer más, lástima del que nunca padeció. Esta que llamo envidia, santa emulacion es. Si tienes trabajos, no es pequeño alivio considerar que los mereces tener. Si ves á otro en perpetua prosperidad, lastímate de que no merece las advertencias y recuerdos de los trabajos. ¿Quieres acertar? Témele, no le alabes ni le admires. Quien por las felicidades se olvida de Dios y de sí, con ellas mal se acordará de sí y de Dios. La calamidad es maestro que enseña y advierte. La grandeza es farandulera que con fábulas y mentiras divierte y entretiene.

Segun esto, no podemos antever por dónde al castigo ó al premio encamina sus jornadas la divina Providencia en los vivos; empero, yo mostraré en los muertos las veredas de sus pasos. La medicina, que vió morir á los dolientes contra la doctrina de sus pronósticos y aforismos, y que las enfermedades burlaban tercas hasta la muerte las diligencias de los remedios, viendo que en el cuerpo vivo del hombre áun no podían conjeturar los principios ciertos del motin de los humores, ni de la discordia del temperamento humano, ni las las veredas de la malicia de las dolencias, se valieron de la piadosa crueldad de la anatomía. Cortaron el difunto y fué descubierta con heridas profanas la naturaleza. Registraron los ojos la corte de la vida en el corazon, las oficinas del estómago, los miembros, ministros en las entrañas, los depósitos de las venas, y en la cabeza el alcázar sublime de las potencias y sentidos. Aprendieron lo que no pudieron conjeturar, y fuéles advertencia el arte facinerosa, y el muerto despedazado fué docta y útil leccion para los vivos. Galeno por este camino se confiesa discípulo de una cebolla, pues lo que no pudo entender en el que curaba, cuando vivía, supo abriéndolo despues de muerto. Yo, pues, para mostrar por dónde vino en los hombres la divina Providencia á los fines de su justificacion haré anatomía de algunas vidas de las más ilustres y conside-

rables, la de Adan, primer hombre; la de Saul, primer rey del pueblo de Dios; la de Salomon, el rey más sabio y rico. Por la gentilidad la de Alejandro Magno, la de Aníbal, la de Julio César. Por el Testamento Nuevo, Júdas, el buen Ladron y San Pablo. Por el estado político, la república de Roma, la monarquía de Roma, la tiranía de Roma. Ultimamente, Roma desquitada y enmendada y restituida de esclava á universal señora de las gentes, por los santísimos sucesores de San Pedro. Descubriré en tan esclarecidos cadáveres tantas advertencias como partes y fibras; y dejaré para mayor enseñanza en los huesos el bulto que opaco las escondía.

TRATADO TERCERO

LA CONSTANCIA Y PACIENCIA DEL SANTO JOB

EN SUS PÉRDIDAS, ENFERMEDADES Y PERSECUCIONES

PRECEDE NOTICIA DE JOB; QUE ESCRIBIÓ SU LIBRO, Y CÓMO; QUE LO TRADUJO MOISES; EN CUÁL LENGUA; UNO Y OTRO CON AQUEL ESTILO Y MÉTODO.

Cuatro opiniones hubo de la naturaleza de Job; unos dijeron era cananeo, otros israelita, otros nacorita, otros idumeo

Los hebreos tuvieron fué nacorita; esto autorizó San Jerónimo; empero, la comun opinion es que fué idumeo, con los Setenta, que llamando Ausitide la tierra de Hus, que está en los confines de Idumea, en el 36 del Génesis dicen: «Primero se llamaba Jobab; luégo que se casó con mujer arabisa, engendró un hijo, que se llamó Emmon»; de manera que no contando á Abrahan, fué Isaac el primero, el segundo Esaú, tercero Rabuel, cuarto Zara, quinto Job, que ántes se llamó Jobab; de quien con este nombre hace mencion Moises en el cap. 36 del Génesis. Que se llamó así

ántes de la calamidad, se colige de Aristea, y es opinion de Epifanio.

Nació el año de 130 de Esaú, de quien descendió Job, para que el biznieto de Esaú fuese consuelo de revisabuelo Abrahan ; y siendo tan querido de Dios, y que dijo canonizándole no había en la tierra varon semejante en la virtud, desquítase á la sucesion del santo patriarca aquellas palabras tan rigurosas y en todo opuestas de estas que el mismo Dios dijo del Santo : «Amé á Jacob, y aborrecí á Esaú.»

De hombre tan querido de Dios como Abrahan descendió Esaú, aborrecido ; y de Esaú aborrecido, Job tan amado. Nadie presuma por la culpa ajena del mérito propio. Mortifica Dios al buen ascendiente con el mal nieto, y con el bueno cobra lo que se perdió en el malo. Reparó en San Ambrosio: «Que de Esaú descendiesen buenos y fieles, lo prueba Job, que es de los hijos de Esaú, quinto desde Abrahan, esto es, nieto desde Esaú.»

Doctrina es esta para que cada uno procure merecer á Dios la gracia que ninguno debe, ó para continuar la bondad de sus ascendientes, ó para mejorar la nota de sus culpas ; no fiar del linaje, ni de sí, sinó de Dios. De manera que en Job tuvo Abrahan otro Isaac , cuyo sacrificio escribo, y soberana recompensa de Esaú, que le fué afliccion.

Gran prerogativa fué lo que por su fe y obediencia mereció Abrahan , linaje predestinado á sacrificios. A él le manda Dios que le sacrifique su hijo, y cuando el filo del cuchillo de Abrahan estaba ya precipitando el golpe sobre el cuello de Isaac, la voz del Señor, que le desnudó, le suspende. Allí experimentó que tenía siervo que le daría su hijo. Quiere experimentar, para confusion del infierno, si habrá hombre que por su amor dé los mayores bienes de la tierra ; no un hijo, sinó todos ; no la salud y vida ajena, sinó la propia ; y como esto importa tanto á su Providencia, á la venida de su Hijo y á la Iglesia, buscó el varon en el linaje experimentado en Job,

sexto nieto de Abrahan, en cuyo señorío el avariento vió con gloria á Lázaro, que entre su mesa y aparador vieron perros con tantas llagas y paciencia, como á Job el muladar. Arte de Dios es honrar al varon justo, con hacerle ascendiente de varones sufridores de adversidades, y depósito de perseguidos y despreciados.

La opinion más recibida se contenta con decir que Job ántes de la persecucion se llamaba Jobab, sin dar alguna causa de esta diferencia del nombre. Antes es reconocimiento de los misterios que en estas diversidades usa la Sagrada Escritura en los dos Testamentos, que arrojada curiosidad, buscar la ocasion en la lengua sagrada. La diferencia es que llamándose *Jobab* se quitaron al nombre las dos letras finales, que son *ab*, y quedó *Job*, que significa el afligido, el que llora. אב, *ab*, que es la partícula que se quitó, en la lengua siro-caldea significaba un género de adorno que consta de muchas especies; significa principal, primero en cualquiera obra y arte; en hebreo, padre, primero, señor, doctor y maestro. Ya se declaran los nombres: en la prosperidad se llamaba Jobab, el doliente, el que lloraba con ornamento, en todo género el primero, el principal, el padre, el maestro.

En la persecucion, donde sólo le quedó el dolor y las lágrimas, le llamaron Job, que significa este estado desnudo, y le quitaron el אב, que es el ornamento, principal, primero, padre y maestro, que son las cosas que perdió en la hacienda, en los hijos, en la autoridad, y en la sabiduría y doctrina que le negaban sus amigos.

El autor de este libro fué Job; escribióle en lengua siríaca, que participaba del arábigo, lo que se reconoce repetidamente en el idioma. Es opinion de San Gregorio, que no admite á los que dicen fué Moises autor, y que aprendió la historia de los hijos de Esaú. Es, empero, opinion de Orígenes que Moises la tradujo en hebreo, para alentar en el desierto la paciencia y confianza del pueblo de Dios con tal ejemplo, y que á Moi-

ses reveló Dios el coloquio suyo con Satanas, siendo tan posible se le revelase al mismo Job. Y parece se colige con mejor consideracion la tradujo Moises y se le comunicó á los israelitas, no en el desierto, sinó en Egipto, donde por el cautiverio necesitaban de tan vehemente exhortacion, y lo mismo siente Policronio in Catena.

En Egipto padecían al tirano; en el desierto, la tardanza de la peregrinacion, á que era alivio el huir del cautiverio y en otro pueblo ménos ingrato fuera consuelo. En el desierto, torneado el fuego en columna, los contrahacía de noche el sol. La nube de día les era toldo, dispensándoles la luz sin calor. La piedra desataba su dureza en fuentes, el rocío se guisaba en maná. Llovió el austro sobre sus reales turbiones de codornices. Fuéles despensa el viento. Bebióse el Mar Bermejo unas olas en otras para enjugar su golfo; encaminó por donde pasaron, y auxiliar á los hijos de Israel; se vomitó en borrascas, que tragaron á Faraon y á su ejército en las confianzas del que juzgaron vado.

No consintió oficiosa la salud que necesitasen de medicinas, gozaron de preservacion, no padecieron cura. No supieron sus vestiduras de los menoscabos del uso, del ejercicio y de los años. De manera que en el desierto todos los elementos le servían. Y en Egipto, en el cautiverio, ellos servían á todos los elementos por el albedrío del tirano, que sabe hacerlos martirio de la naturaleza, á quien por la suya misma son tutelares.

Segun esto, en Egipto hubieron menester el ejemplo de la paciencia de Job, en la traduccion de su libro, hecha por Moises; no en el desierto, donde gozando con libertad comprada á milagros y mantenida de ellos con la ausencia del tirano, debían asistir gozosos al agradecimiento. Ensayábanse los judíos en esta ingratitud á su rescate, para la que continúan perversamente obstinados al soberano de la sangre de Cristo.

Procuraré llegar á razon (tan esforzada, que valga por prueba) la conjetura de que Job fué autor de su mismo libro y de sí mismo historiador. Que deseó Job con ansia vehemente que su historia y sus palabras se escribiesen, él lo exclama en el cap. 19, vers. 23: *¿Quién me diera quien se escriban mis palabras? ¿Quién me concediera que se impriman en libro de láminas de plomo con punta de hierro, ó que se esculpan con cincel en pedernal?* En la version de San Jerónimo se lee *certe*, no *celte*. Uno y otro se halla en diferentes Biblias, y por ambas partes hay graves autores. En una que yo tengo de vitela manuscrita, cuando no había impresion, está *celtè*, que significa el buril en la Vulgata de la recognicion de Sixto V: tambien indicio fué que en el Texto hebreo no se leía voz que respondiese á *celtè*, cincel, pues *Laghad* significa eternamente, siempre, para otro tiempo ; y lo que decimos basta. Lo mismo significa *certè*, entendiéndose por no faltará. Y no calla esto la palabra *celtè*, cincel ó buril, pues con lo perpetuo lo incluye en el pedernal, y añade el instrumento con que se esculpe en piedras.

No sólo desea Job que se escriban sus palabras, sinó que se abran con buril en libro de láminas de plomo, y con cincel se escriban en pedernal. De cuánta importancia fué que sus palabras quedasen escritas, impresas y esculpidas, este repetido deseo lo manifiesta, y ser sus palabras y sucesos el texto de toda la filosofía de la paciencia santa y de la teología de la materia de la Providencia, lo que con brevedad probaré.

Cosa que importaba tanto y á todos ¿á quién se debía encomendar que al que dijo las palabras y sustentó el acto contra todos los argumentos del infierno? No se pudo fiar de los amigos, que fueron convencidos de mentirosos y declarados por sentencia de Dios hombres que no habían hablado lo que era justo. Pues remitirlo á la relacion de los hijos de Esaú era noticia mendigada que no merecía para su traduccion tan esclarecido intérprete como Moises. Pues conjeturar que revelacion

que Dios hizo á Moises lo escribió, es introducir sin necesidad la revelacion, que legítimamente se excusa con que Job escribiese de sí lo que él había dicho y padecido. Si Moises lo escribiera (que fué despues de Job) no se le concediera á Job el ver escrito lo que deseaba; eso claman aquellas palabras: *Quis mihi tribuat?* ¿Quién me dará á mí que se escriban mis palabras? Si él no las escribiera, ¿concediérasele el verlas escritas y el escribirlas á otro y á otros? ¿Quién ejecutorió contra sus enemigos pleito gravísimo á quien no se concediese sacar su propia ejecutoria? Esta de Job era de honra y reputacion en el cuerpo y en el alma; no era capaz de dilacion la noticia auténtica de la victoria. Tocábale á Dios su parte en que este libro se escribiese; no se contentó Job en desearlo en este capítulo, que en el 31, vers. 35, empezando con las mismas palabras insta: *Quién me dará á mí oyente, porque oiga el Omnipotente mi deseo y escriba el mismo que juzga.* Palabras de Job tan graves y de tanto peso, que siendo las últimas cláusulas de su postrer capítulo, en que respondió á sus amigos, con ellas los enmudeció.

Pide dos cosas: oyente para que Dios oiga su deseo, y que escriba el libro el mismo que juzga. Pedir oyente para que sea oido su deseo es decir que el deseo que quiere que Dios le oiga es que escribiendo sus palabras tenga oyente, y que el mismo Dios que le juzga escriba el libro. No tiene por oyentes á sus amigos sinó por contradicion. El parafraste declara la primera demanda y toma otro camino en la segunda: *Quis decernit mihi ut exaudiat? Ecce desiderium meum est Omnipotens: respondent mihi, et libellum scribat homo contentionis meæ.*

En el cap. 19 pidió que le fuese concedido que se escribiese un libro de sus palabras, sin decir por quién ni señalar autor; ahora le señala y dice le escriba el mismo que le juzga, que es Dios, segun la version Vulgata, y segun el parafraste, sus enemigos, esto es, *homo contentionis*, hombre de contien-

da. Ni temía la suma rectitud del juez ni la obstinacion de su contrario. Empero no debemos admitir el albedrío con que hebraíza el parafraste.

Socorre mi paráfrasis y parece que pues donde la Vulgata pide oyente, pide aquí juez que le oiga, que allí usurpa el nombre de oyente, como los españoles y curia romana, que llaman oidores y auditores á los jueces; y lo mismo el arte militar á los que lo son en el ejército. Y esencialmente define al juez el nombre de oidor, porque sin oir ninguno puede ni debe juzgar. Puede un juez sin oir á ninguna de las partes hacer justicia, mas no puede ser justo. Acertó acaso en el derecho y erró de malicia en el oficio.

Los Setenta diferencian más las palabras de esta interpretacion: *Quis mihi tribuat auditorem? Et manum Domini si non timui, syngrafam vero, quam habuit contra quempiam.* Tantos versos diferentes parece este solo, como se leen interpretaciones; y es fecundidad del texto sagrado en sentido, no contrariedad. Unos traducen lo que la letra dice, otros lo que quiso decir, otros lo que pudo; los judíos y los herejes lo que quieren que diga á su propósito. San Jerónimo vúelve las palabras.

Ipse qui judicat Pagnino, *vir judicii mei*, riguroso y gramático significado de estas palabras: *Ix ribi*, que el parafraste lee: *Homo contentionis meæ.* Lo propio es *varon de mi contienda, varon de mi juicio, y el mismo que juzga.*

Todo se lo concedió Dios á Job. Pidióle que sus palabras se escribiesen con buril en láminas de plomo: esto fué escribirlas Job en siríaco, para la duracion. Pidió que se esculpiesen en pedernal para que durasen eternas. Tuvo efecto traduciéndolas Moises en hebreo. Tocaban á Moises estos escritos en piedra: no se vieron en otra mano libros impresos en mármol sinó en la suya: así lo testifican las Tablas de la Ley. Él era impresor de pedernales, pues tenía á cargo imprimir los preceptos y la ley en los corazones empedernidos de los judíos.

Fuéle concedida la segunda peticion, de que este libro escribiese el que juzga, revelándole Dios todo el argumento y ocasion del libro, que fué lo que él ignoró que había precedido entre Dios y Satanas.

El sólo deseó con tanto afecto que se escribiese libro de sus palabras, y así él sólo pudo cuidar de guardarlas en la memoria, y atendía igualmente al aparato de este deseo y á su defensa. Hasta en esto le volvió Dios duplicado lo que le tenía. No consintió que el demonio le quitase la vida ; empero, obligóle, no sólo á desear la muerte, sinó á no haber nacido y maldecir la hora en que nació. Por esta vida muerta le volvió dos vidas en su historia y en la traduccion de Moises; él dijo que le pesaba á su alma de su vida: *Tædet animam meam vitæ meæ.* Y si él mismo no escribiera su historia, no se desquitara de este desconsuelo en favor de la inocencia de su vida. Y confiriendo con sus amigos, que fueron ocasion y contradicion de sus palabras, y grande parte del volúmen, pudo sólo escribirle puntual y con testigos sobre toda excepcion, pues eran tres reyes, que le legalizaban como partes interesadas en el mismo proceso. Y con esto se cumplió haber escrito el libro el mismo Job, y el hombre de su contradicion, que lee el caldeo, que son sus amigos, y el mismo que juzga, que es Dios, segun la Vulgata, revelando el coloquio con Satanas delante de los ángeles, que precedió á los sucesos y palabras y lo dispuso todo.

DEL ESTILO

Este libro (llamémosle así) es en cierto género un poema gramático, una gravísima tragedia en que hablan personas dignas de ella, todos reyes y príncipes, el lenguaje y locucion digna de Cothumo, magnífica y decorosamente grande. Per-

suádome fué la idea en que estudió el arte Aristóteles viéndola; y primero de los fenicios los antiguos trágicos, como Sófocles. Y que de esta obra aprendían á guardar el decoro á Dios en no sacarle al teatro: lo que se ve en Sochocles en el Aiax Flagelífero, que introduciendo á Minerva no la descubre, sinó hace que Ulíses oiga su voz solamente.

Esto en este libro de Job precedió, pues cuando Dios le arguye se oye la voz de Dios en la nube, que tempestuosa fué prólogo á su Majestad, y mandó el silencio á Job y á Eliu, con reverencia amedrentada, sin que Dios se manifestase, en lo que concuerdan todos.

¿Inquieren aquella nube de que se oyó la voz dónde estuvo? Y concuerdan que cerca de Job; y en esto, como en todo, doctísimamente discurre el reverendo Padre Pineda. Conjetura es, y en las conjeturas no se niega el discurrir, aunque sea á tan pobre caudal como el mío. Paréceme que la nube estaría sobre la cabeza de Job por zénit: era lugar más debido á la majestad de la voz, soberano sitio de dominio y de amenaza. No es indecencia que las letras humanas sirvan en los ritos y observaciones á las divinas. Virgilio, en el 5 de su *Eneida*, sobre la cabeza de Palinurio dice estaba la nube que le dió tanto cuidado.

Que la nube sobre la cabeza era señal de tristeza, advertílo en Quinto Calabro Esmirneo, *de Relictorum ab Homero*, donde tratando de la junta de todos los dioses, en que se consultaba la muerte de Aquíles, dice: «Estaban alegres todos los que favorecían á Troya; y cada uno de los que favorecían á Aquíles tenían una nube sobre la cabeza en señal de su tristeza.» Con que doy luz á Claudiano en el rapto de Proserpina.

Habla de Pluton, que estaba triste porque le negaban mujer y sucesion como á los demas dioses. Y como la nube sobre la cabeza era señal de tristeza, dice que una tristísima nube le hacía horrible la cabeza. Y si en Dios tener debajo de sus piés

las nubes es señal de eterno y alto dominio, el ponerlas sobre las cabezas de los hombres lo era de sujecion. Y en la antiquísima gentilidad, como he dicho, de tristeza, áun en los dioses mentirosos, y de tristeza y amenaza en los hombres. Hasta los gentiles reconocieron en los judíos reverencia y adoracion á las nubes, y á Dios solamente. Juvenal, sátir. 14.

Este poeta tuvo más noticia de los ritos de los judíos que otro alguno de los latinos; y se puede colegir vió el volúmen de Moises, pues mejor informado habla Juvenal de los judíos que Cornelio Tácito, con ser historiador.

Coronaré esta nota con una advertencia á propósito, si bien nueva, misteriosa, sin salir del tratado de hablar Dios en nube y oirse desde la nube su voz: ceremonia toda real.

Cristo Nuestro Señor, como quien vino á cumplir, no á desatar la ley, se mostró con ella tan cumplido que cuando se transfiguró en el monte delante de Pedro, Diego y Juan (Matth., 17), dice despues de las palabras de Pedro: *Adhuc illo loquente ecce nubes lucida obumbravit eos; et ecce vox de nube dicens: hic est filius meus dilectus.* Vino allí nube, habló Dios en la nube y de ella se oyó la voz, porque habían aparecídose á los lados de Cristo visibles Moises y Elías: *Et ecce apparuerunt eis Moyses et Elias cum eo loquentes.* Y como en los dos se representaba la Ley antigua y la había dado por Moises, no quiso mudar de estilo en que su voz se oyese desde nube y en que nube visible los cubriese. Que asistiese esta nube y Dios hablase en ella, y desde ella se oyese su voz respecto de Moises y Elías, pruébalo el mismo evangelista, cap. 3, al fin, tratando del bautismo de Cristo, donde se hallaron Cristo y el Bautista, á quien Tertuliano llama cláusula de la ley y de los profetas. Dice así: *Et ecce aperti sunt ei cœli; et vidit spiritum Dei, descendentem sicut columbam, et venientem super se, et ecce vox de cœlis dicens: hic est filius meus dilectus.*

Para decir Dios las mismas palabras de Cristo en el bau-

tismo que dijo en la transfiguracion, dice se oyó la voz de los cielos que las decía, sin hacer mencion de nube. Era el Testamento Nuevo cielo claro sin nubes; por eso no hace mencion de ellas; y para disponer á Moises y Elías, que representan el Viejo, en que todo era sombras y nubes de este cielo sereno, se oye la voz de Dios para decir lo mismo desde la nube, por halagarlos con que oigan su voz en la forma que habían oido. Cuando como sol de justicia despedía las nubes y sombras, y jubilaba á Moises y Elías en presencia de los tres apóstoles, á quienes con los demas encargaba el nuevo ministerio, con mayores prerogativas honró á los dos Cristo con sus lados y hablando con ellos de su pasion. No despide tan gran Señor los ministros con menoscabo, sinó con premio. Hasta la nube con voz fué despedida con medra: *Ecce nubes lucida.—Veis nube resplandeciente.* Había asistido siempre á la voz de Dios procelosa y sonora con tempestades y amenazas; y aquí apareció preñada de luz y bañada de hermosura.

San Jerónimo, en el primer prólogo á Job, dice: «Desde el principio del volúmen hasta las palabras de Job en el Texto hebreo está escrito en prosa. Empero, desde las palabras de Job en que dice: *Pereat dies in qua natus sum, et nox*, etc., hasta el lugar donde dice: *Idcirco me reprehendo, et ago pœnitentiam in favilla, et cinere*, son versos exámetros, dactilos y espóndeos, corrientes y que reciben el idioma de la lengua otros piés, no de las mismas sílabas, sinó de los mismos tiempos. Tambien á veces el mismo ritmo corre dulce y sonoro con desatados piés: lo que mejor entienden los lectores poéticos que los simples.

Y por eso el eruditísimo señor doctor Benito Arias Montano, religioso y perpetuo comendador de la Orden de Santiago, hijo del real convento de San Márcos de Leon, y natural en Extremadura de Fregenal de la Sierra, cuidó que en la *Biblia regia* se imprimiese este libro en el Texto hebreo verso á verso, que cualquiera estudioso de la lengua santa podrá

medir como los de Homero y Virgilio, reconociendo que hasta esto aprendieron griegos y latinos de los hebreos.

Colígese del mismo San Jerónimo en el propio prólogo, que en el hebreo está en verso (que es la traduccion de Moises), así lo afirma el lugar referido, y no en siríaco ni en arábigo, porque cuando trata de estas dos lenguas no hace mencion de versos ni ritmos.

Y parece esta curiosidad más propia de Moises que de Job, porque Job le escribió libro para enseñanza de tan alta doctrina y confusion de tan perniciosos dogmas; Moises le tradujo, para que con el ejemplo de tan valerosa y santa paciencia en tan sumos trabajos el pueblo de Dios en el cautiverio se fortaleciese y alentase; y porque les fuese más suave lectura y más fácilmente familiar á la memoria le dispuso en versos corrientes y numerosos.

El que quisiere, gastando poco tiempo y logrando mucho estudio, averiguar con todos sus números los años del nacimiento de Job y de su vida, y gozar en pocas hojas exactísimo comentario y paráfrasis del libro del Santo Job, lea en mucho más que precioso tesoro, que con nombre de *Anales* escribió desde la primera niñez del mundo hasta la venida de Cristo el incomparablemente docto, el inimitablemente erudito reverendo Padre Jacobo Saliano de Aviñon, hijo del glorioso Patriarca San Ignacio de Loyola, el primer tomo. ¡ Oh, cuál ! ¡ oh, cuán sublime escritor ! En no haber proseguido desde el año de la redencion del mundo mucho le debe el nombre del eminentísimo cardenal Baronio y más le debiera el mundo á él si lo hubiera escrito.

España, en la recusacion que ha hecho al eminentísimo cardenal acerca de la venida de su único patron Santiago y del reino de Sicilia, escogiera por acompañado, con segura esperanza de su justicia, al Padre Saliano, siendo frances (aunque había de pasear la memoria por las Vísperas sicilianas), asistiéndole la emulacion antigua de estas dos naciones, porque

el ser religioso de la Compañía de Jesus en todas las naciones es antídoto á las populares dolencias y al contagio vulgar. Aquella alta y soberana doctrina de su instituto, no violentando la naturaleza, la perfecciona. Y aquella regla, nivelada por la Cruz de Cristo, siempre recta, no consiente vuelta á pasiones, ni desigualdad en las líneas, que á la utilidad comun tira derechas é iguales desde su centro á toda la circunferencia del mundo. Ya que no decimos cuán diferentemente escribió Saliano que Baronio, nos contentaremos con decir, viendo cómo ha escrito, cuán diferentemente escribiera. Lo mejor no es reprension de lo bueno, sinó ventaja, como el esplendor del sol á las estrellas.

JOB

¿POR QUÉ BLASONÓ DIOS EN LA JUNTA DE SUS HIJOS, DONDE SE HALLÓ SATANAS, LAS VIRTUDES INCOMPARABLES DE SU SIERVO JOB? — ¿QUÉ FIN TUVO EL ESPÍRITU SANTO EN PERMITIR Á LA ENVIDIA DE SATANAS TAN ULTIMADA Y UNIVERSAL Y LARGA PERSECUCION CONTRA JOB?

Dos fines universales tuvo Dios en esta formidable calamidad de Job. El uno respecto de la enseñanza de los hombres, calificando la condicion del amor que se le debe. El otro mira á la exaltacion de los trabajos y humildad despreciada de su unigénito Hijo. A los martirios desapiadados por los tiranos en las vidas y en los cadáveres de los santos que le habían de alabar en la boca de la espada y con las lenguas del fuego. Atiende á las continuadas persecuciones de su Iglesia en los edictos de los emperadores, en las proposiciones blasfemas de los herejes, discípulos de las pestes del pecado y plumas cuya tarea es trasladar y traducir á los corazones mal atentos el veneno infernal, en que sazonada con la libertad de los vicios, destilan muerte en traje de alimento.

En esta historia litiga su propia y antigua y soberana hidalguía la divina Providencia, á quien pretendió empadronar en nombre de los demas villanos á Dios Satanas, porque pagase pecho como ellos á los bienes de la tierra, de quien no apartan su asistencia y esperanzas, sin hacer más caso del cielo que cuando oportuno los asiste con lluvias y calor, para la abundancia de sus cosechas temporales; pretendiendo que con todas sus estrellas sirva puntual y tasado á su codicia. Al fin, en juicio contradictorio, en todas instancias despacha la ejecutoria de su nobleza en posesion y en propiedad la eterna Providencia.

TEXTO

Hubo en la tierra de Hus un varon cuyo nombre era Job, y era aquel varon simple y recto y temeroso de Dios y que se apartaba de mal. Tuvo siete hijos y tres hijas. Tuvo en sus posesiones siete mil ovejas y tres mil camellos, y quinientas yugadas de bueyes, y quinientas bestias de labor y de carga, y muy numerosa familia; y era aquel varon grande entre todos los príncipes del Oriente.

CONSIDERACION

Las plumas que Dios dedica á escribir las memorias de sus siervos primero hacen mencion de sus virtudes y bienes espirituales que de los de naturaleza y fortuna. Estos son tan peligrosos que si no se afianzan en aquéllos se vuelven males. La atencion bien informada no pudiera leer sin susto relacion que empezara por tanta opulencia y grandeza. La felicidad

humana adolece de contagio de vicios que la son parientes, soberbia, ingratitud, avaricia, envidia, pestes del mundo, y tales, que ántes se buscan remedios para que se peguen y no se despeguen que para que se curen y se aparten. Por esto empezó este libro diciendo era Job varon simple y recto y temeroso de Dios y que se apartaba de mal; y para que cuando se leyese tan fecunda sucesion, hacienda tan gruesa, tan espléndida familia, descansase el discurso de las amenazas de la prosperidad y de las temerosas conjeturas que ocasiona la abundancia y la grandeza mal acondicionada y peor avenida con la paz de la conciencia. Son los bienes de la tierra tan achacosos, que sin aquellas virtudes no se pueden tener sin peligro; y con ellas se pueden perder con ganancia: uno y otro veremos en Job.

TEXTO

Y sus hijos se convidaban unos á otros recíprocamente, un día en la casa del uno y otro en la del otro, hasta que dando la vuelta se cumplía el número, pagando el banquete cada uno á los otros en su día ; y convidaban á sus hermanas para que comiesen y bebiesen con ellos; y luégo que acababa la rueda de los convites, Job los santificaba , y madrugando con el día, ofrecía holocausto por cada uno. Decía: «No acaso hayan pecado mis hijos bendiciendo á Dios en sus corazones»; esto hacía Job todos los días.

CONSIDERACION

Hijos dignos de tal padre : tan hermanos, que tienen por alimento ántes la concordia que la comida. Junta la mesa los

que dividieron los partos. En diez no hubo un Caín, cuando en dos solos hubo uno que quiso ser solo. No se acuerdan las tres hijas de sus dotes, ni los tres hijos de las herencias. Atienden al amor y no al caudal. La aritmética los cuenta muchos, la vista los ve diferentes, la paz uno. Los días, que todo lo apartan, los juntaban á todos cada día. David dice que esta era obra de Dios : *Que hace habitar en una casa á los de una misma costumbre.* ¿ Qué, pues, temía Job, que los enviaba á santificar, cuando parece debiera bendecirlos ? Habían quedado los convites con malos resabios desde aquel que hizo la serpiente á Eva, y contagiosos desde el que hizo Eva á Adan, y duran más los ejemplos que las costumbres ; poco he dicho. Los ejemplos mudan las que hallan, introducen las que quieren. De aquí se derivó el convite de Baltasar, donde el sacrilegio de profanar los vasos sagrados del Templo, bebiendo con ellos á dos manos, castigó Dios con dos dedos. De aquí el banquete de Heródes, á donde fué precio á los piés de una ramera la cabeza de San Juan. En aquél los cogió Dios de manos á boca ; en éste de piés á cabeza. El más sagrado convite que vieron la tierra y el cielo fué el de la Cena de Cristo; y cuando Dios y hombre sacramentado se entraba por las bocas de sus discípulos se entró Satanas en el corazon de Júdas.

Las pendencias, los desórdenes, las porfías, los excesos, las enfermedades feas , los vicios vergonzosos, consecuencias han sido y serán siempre de los convites. Por esto dijo el Espíritu Santo: *Mejor es ir á la casa del llanto que á la casa del banquete.* Por esto se prevenía Job á santificar á sus hijos, no por la culpa, sinó por el peligro y disposicion para ella.

Madrugaba á ofrecer holocausto por cada hijo suyo, en el día que convidaba á los otros.

Adelantábase muy de mañana al medio día, porque es mejor preservar del mal que curarle. El prevenir no es arte de perezosos. Negar los ojos al sueño y darlos á la tentacion no es

tanto dejar de dormir como dejar de ser ciego ; hacer que los ojos sean para lo que son, que es ver, es restituirlos, no violentarlos. Cuando despierta el cielo, el que duerme quiere ser noche de sí mismo á pesar del día. David en el Salmo 100, en que refiere el desvelo con que asistía al oficio de rey, expurgando de su lado ministros sospechosos, y limpiando sus oidos del asco de las lenguas murmuradoras que con la adulacion, el odio y la envidia traginan muerte, en el verso último dice: *In matutino interficiebam omnes peccatores terræ.* Lo que vuelve Pagnino, segun el rigor hebreo : *Singulo mane succidebam impios terræ.* En nuestra habla: *Al amanecer acababa ó arrancaba todos los pecadores de la tierra.* Claro está que no les daba muerte corporal á todos. Madrugaba á prevenir que su maldad no pudiese ser dañosa á otros, ni ocasionarles ruina ó muerte. Impedir el ejercicio de la malicia , los furores de la soberbia, la rabia de la envidia, la voracidad de la avaricia, es quitar la vida á los malos. A esto madrugaba el celo de Job en la direccion de su familia. A esto David en la administracion de su reino. Buen rey y buen padre, apuestan con el sol en desterrar tinieblas, en diferenciar las cosas, en aclarar los caminos, y en descubrir malos pasos y despeñaderos. El que no lo hace, confederado está con la noche, afecta el séquito de las aves nocturnas y desperdicia sus audiencias en voces de mal agüero.

Dice Job que se desvelaba en hacer tan continuos sacrificios por si acaso sus hijos, habiendo pecado, bendecían á Dios en sus corazones.

Ha hecho dificultad á todos el pecar y bendecir á Dios en su corazon, pues la queja de Dios tan repetida por David, siempre fué (Isaías) : *Alábame este pueblo con la boca, y su corazon se ha alejado de mí.* Por esto los comentadores entienden *benedicere* por *maledicere.* Hasta Pagnino, que vuelve rigurosamente la letra, lee *maledicere.* San Jerónimo y los Setenta vuelven *benedixerint.* Y esto es conforme á la letra

hebrea, porque la palabra עכעב ו del Texto quiere decir alabar y bendecir, de :: כר, bendecir, saludar, alabar.

Seguir la letra de San Jerónimo, y con los Setenta, ni es novedad, ni atrevimiento, y ménos faltar al respeto que se debe á tantos grandes expositores que siguen la interpretacion contraria, cuyas palabras reverencio.

Pecar y alabar á Dios en el corazon, entre los pecados es el más frecuente, porque apénas hay pecado sin él ; y oso decir que en este pecan los demas pecados. Háblase de él poco con este nombre, porque es tan interior y entrañado en el hombre, que sólo el corazon y Dios, que le descifra, saben de él. Ninguno le oye de otro, y pocos no le atienden en sí. Por esto es el más peligroso, y no el ménos descarado á la divina justicia.

Saquémosle á la vergüenza de los ojos y los oidos. Sepa el corazon humano el veneno que alberga, para que despida tan alevoso huésped, y no sólo se desembarace, sinó que con David en el Salmo 50 pida á Dios que le críe limpio de nuevo. No quiere menor medicina su contagio.

Pecar y alabar á Dios es no conocer á Dios ni al pecado. ¿Cuál ignorancia se iguala á no conocer uno lo que hace ni á quien le hizo? Diónosle á conocer el Espíritu Santo, cuando dijo: *Quien ofrece sacrificio de la sustancia de los pobres, es como el que sacrifica el hijo á su padre.* Veis aquí al que peca y alaba y bendice á Dios. Peca quitando la sustancia á los pobres. Alaba á Dios y le bendice, ofreciendo sacrificio de ella. ¿Qué hace este? ¿Qué? degollar á Dios en su presencia sus hijos en los pobres; poco he dicho: sacrifica al mismo Cristo. El dijo: *Lo que hiciéredes con uno de estos pobres haceis conmigo.*

El usurero que hace decir misas de salud al enfermo á quien con mohatras compró su hacienda de por vida, ¿qué otra cosa hace sinó pecar y bendecir á Dios? El que oyendo la ruina del que envidia ó aborrece dice: «Bendito sea Dios, que

me quitó este enemigo de delante», pecando alaba á Dios. Y el que viendo doliente á su hermano mayor, á quien sucede si muere y le hereda, ofrece á Dios sacrificios, ¿qué otra cosa hace? Aun los idólatras tuvieron noticia y horror de este modo tan sacrílego de pecar. Aulo Persio en la segunta sátira.

Nada le quedó por decir á Persio; ni pudo encender más la reprension celo gentil. Cuatro diferencias de este género de pecar describió y el cuidado religioso con que se preparaba para agradar á Dios. Severamente le pregunta: ¿qué sientes de Dios cuando esto haces y dices, siendo maldades tan execrables que si las dijeras á Stayo, que fué el peor de los hombres, clamara á Dios; y dudas que Dios, con quien lo obras y á quien lo dices, clame á sí mismo? Cuando le abominó tanto Persio, escritor idólatra, ¿qué haría el santo Job, temiendo pecasen tan feamente sus hijos?

¿Habrá habido algunos que por haber alcanzado su venganza, ó logrado su envidia, ó satisfecho su ira, ó conseguido su pretension deshonesta, hayan en su corazon dado gracias á Dios de que todo lo que intentan les sucede bien? Si deponen las conciencias, llega la maldad á tanto, que no sólo se arroja el pecador á eso, sinó á pedir á Dios que le ayude y favorezca para ofenderle. Que lo han hecho algunos, se puede leer; si lo han hecho muchos se puede sospechar. Temía Job que viéndose sus hijos muchos y aunados, y muy poderosos en hacienda y familia, no diesen gracias á Dios y le bendijesen porque los había multiplicado en todo, y con tal conformidad que nadie podrá oponérseles ni resistirlos, género de amenaza facineroso. Temió que viendo la abundancia de sus mesas bendijesen á Dios en su corazon por habérsela concedido, y que pecasen en la templanza de los banquetes, de donde se resbala en todos los delitos; y por esto madrugaba á ofrecer holocausto por todos y á bendecir al Señor con los sacrificios, porque no permitiese que sus hijos pecasen, y sin conocer su pecado ni á él, le bendijesen en sus corazones. Enseña Job á

los padres lo que han de temer en sus hijos, y que sus mejoras se aseguran en Dios con las oraciones y sacrificios mejor que con sus consejos ; que no sólo se ha de temer en los hermanos la discordia, sinó la union ; que los banquetes, aunque sean tan parientes, pueden ser municion á todos los vicios. Todos bendicen la comida al principio; pocos con ella bendicen á Dios al fin. A más han sido mortaja los manteles que las sábanas. Las malas costumbres de los convites tienen manchadas con sangre las historias, disfamado el seso y desacordada la memoria y mojado el entendimiento. No hay sentido que no desquicien. Tanto debe la muerte á los banquetes como á las batallas. Ellos multiplicaron las medicinas, los remedios y los médicos, inventando enfermedades voluntarias. Muchos acaban de comer con diferentes costumbres que empezaron. Pocos son uno mismo en un banquete ; á más platos y más tazas es otro. Los bríndis son transformaciones líquidas. ¿Qué no deshacen en quien los hace? Y siendo ingratitud, es bien quista. Ved si son muchos los temores que á Job le desvelaban, y si debía temer que tanto aparato de peligros introdujesen tan abominable pecado en sus hijos.

TEXTO

Empero, como un día viniesen los hijos de Dios para asistir en su presencia, tambien estaba Satanas entre ellos, á quien dijo Dios : «De dónde vienes?» Respondió: «Cerqué la tierra, y andúvela toda.» Díjole Dios : «¿ Acaso consideraste á mi siervo Job, que no tiene semejante en la tierra, hombre simple y recto, temeroso de Dios y que se aparta de mal?» A esto respondió Satanas : «¿ Por ventura Job teme á Dios de balde? ¿ Acaso tú no le prosperaste y fortaleciste á él y á su casa y á todas sus cosas en contorno ? ¿ No bendijiste las obras

de su manos, y su posesion creció en la tierra? Mas si quieres, extiende un poco tu mano y toca todo cuanto tiene, y verás si te bendice en tu cara.» Dijo, pues, el Señor á Satanas: «Ves aquí que dejo en tu mano todos sus bienes: sólo no la extenderás en su persona.» Con esto se partió Satanas de la presencia de Dios.

CONSIDERACION

Este día, en que delante de Dios vinieron sus hijos, le llama el parafraste caldeo *día de gran concilio*. Hasta en esto se pareció Job á Cristo, representándole. Júntase concilio grande para su pasion, como se había de juntar para determinar la de Jesus, y como allí fué Satanas vestido del corazon de Júdas, el instrumento lo fué en Job, hallándose en este concilio delante de Dios entre sus hijos, que así llama á sus criaturas. Dícele Dios á Satanas: *¿De dónde vienes?* Poco diferente pregunta de la que hizo Cristo á Júdas: *¿A qué has venido?* Tres preguntas de Dios hallo tan confines que parecen una. La primera fué á Adan: *¿Dónde estás, Adan?* La segunda en este capítulo á Satanas: *¿De dónde vienes?* La tercera á Júdas: *¿A qué viniste?* Todas tres fueron preguntas y respuestas. Preguntar Dios al que pecó primero, y para todos, que dónde estaba, fué responder que fuera de su gracia. Preguntar á Júdas Iscariote: *¿A qué viniste?* fué decir: de discípulo á enemigo, de apóstol á traidor. A Satanas: *¿De dónde vienes?* Que de calumniar al tribunal en que siempre acusa. Vese en que respondió por otras palabras lo mismo: *Rodeé la tierra y peregrinéla.*

Despues que perdió el cielo y en la serpiente que le arrebozó fué condenado á comer tierra, la tiene por alimento, y por tarea el escudriñarla. Dícele Dios: *¿ Consideraste á mi*

siervo Job, que no tiene semejante en la tierra, hombre simple y recto, temeroso de Dios y que se aparta de mal? ¡ Oh, cuánto precia Dios un buen siervo ! Parece que blasona el tener á Job, y que hace grande aprecio de él, jactándose, digámoslo así, de sus virtudes : las palabras son magníficas y llenas de inestimable ponderacion. Decir que no había en la tierra otro mejor, ó que él lo era, fuera mucho ménos que decir que no tenía semejante, porque esotro ya se medía segun más ó ménos; empero, no tener semejante excluye áun remota comparacion. Dios nos enseña en todo lo que hace y dice; aprendamos de él á estimar un buen criado; y juntamente como ha de ser, para que el señor ó el príncipe se precie de tenerlo: *simplex,—simple*, esto es, verdadero, no doblado, no engañoso, no lisonjero, ni envidioso, ni soberbio, porque todos estos venenos son partos de la mentira y nietos de la duplicidad; ha de ser *recto*, para que la caridad sea bien ordenada y la justicia bien distribuida, para que ésta no admita la persona de alguno, y aquélla las admita todas : con esto la caridad será ajustada y la justicia caritativa. Parece que en estas dos palabras se abrevia todo. Empero, como simplicidad y rectitud no se puede adquirir ni conservar sin el temor de Dios; por eso añade: *Y temeroso de Dios*. Si este temor no precede, no se alcanza: si no se sigue, no se mantiene : *El temor de Dios es principio de la sabiduría*, y ella fué el principio de todo. El temor de Dios es el vientre donde el amor de Dios se concibe. Y áun la *Madre pulchræ dilectionis*, la Vírgen María, temió para concebir á Dios: colígese de las palabras del ángel: *No temas, María*. Cierto es que tuvo algun temor. El temor fué de Dios y para Dios y por Dios ; y fué que las palabras todas de la salutacion, por nunca oidas, y la embajada en su retiro sacrosanto, por no aguardada, y el embajador, la asustaron el voto de perpetua virginidad, ofrecida á Dios, y la purísima clausura; y la palabra *bendita entre las mujeres*, hasta su soberana entereza y en los propósitos de su purísima alma pudo congojarla,

por haber renunciado todo lo que es mujer en la naturaleza. Esto juzgo que temió, y colíjolo de que el ángel, que la dijo que no temiese, fué amaneciendo toda la oscuridad de estos puntos hasta en el modo y las circunstancias. ¡Gran prerogativa del temor de Dios haberle tenido la Vírgen ántes de concebirle!

Quiero quitarle al temor de Dios el ceño que tiene en el vocablo, pues todo temor presupone tristeza y congoja. No tuvo noticia de esta casta de temor Aristóteles, ni áun con su divinidad usurpada Platon. Esta es doctrina de rey, no de filósofo. Coronémosla en David: oígase con majestad. No sólo no es triste y congojado el temor de Dios, sinó alegre, y de tal suerte, que sólo el corazon que se alegra es capaz de él. Dícelo el santo Profeta, Salm. 85, vers 11: *Lætetur cor meum, ut timeat nomen tuum.* Alegrarse el corazon para temer es proposicion que juzgará paradoja la Academia y el Pórtico; y los que me vieren entender estos lugares á diferente luz me notarán de temerario. Yo sigo á los Padres por diferente vereda: sendas que se apartan conducen á un propio fin. Cada uno escoge el viaje conforme á su aliento. Yo, que no puedo volar como los doctores sagrados, ni vencer las cumbres con la diligencia de los pasos, hago mi jornada arrastrando, y busco el camino por donde más leve y fácil pueda resbalar mi humildad. El sol, que cría el oro, no tiene por indignidad de su luz el cuajar en el propio cerro la bastardía del cobre. Proseguiré, cuando no absuelto, prevenido. El temor, confieso con Aristóteles, en el lib. 2 de la Retórica, que es: *Ex imaginatione futuri mali corruptivi, ac dolorem in ferentis, perturbatio quædam, ac dolor.* Y que con todas sus propiedades el temor excluye alegría, y áun se conoce mayor oposicion en la division que del temor hace Juan Damasceno, lib. 2, cap. 15: *Timor dividitur in sex: in segnitiem, erubescentiam, verecundiam admirationem stuporem, et agoniam.* Mas esto es verdad en el temor humano, que excluye toda alegría y no puede es-

tar sin tristeza; y por la misma causa el corazon se ha de alegrar para temer á Dios, porque quien teme á Dios no teme á nada; y como para temerle se han de excluir todos los temores del mundo, y quien se desembaraza de temores se limpia de tristezas, alégrase y queda capaz del temor de Dios, que excluye los demas miedos, con que rescata de agonía el corazon que le admite. Decir David alégrese mi corazon para temer el nombre del Señor, fué decir: Arroje de sí mi corazon en los demas temores la tristeza y estupor y agonía, para que esté dispuesto á recibir el temor de Dios. Que en Job el temer á Dios hiciese este efecto, literalmente como David lo escribe, presto lo verificaré con sus obras y palabras. Añade el Texto al temer Job á Dios que se apartaba de mal. Los Setenta leen: *Ab omni male re.* Temor que quita todos los temores, y en cada temor las seis enfermedades que numeró Damasceno, torpeza, afrenta, vergüenza, admiracion, asombro y agonía, ¿de qué cosa mala nos rescata? Pues no hay pecado que no traiga consigo una de estas cosas ó todas, y esto es lo más frecuente. Dichoso el Señor que tuviere siervo, que por ser simple y recto y temeroso de Dios y apartarse de mal pueda blasonar que le tiene. Esta es y será la mejor alhaja de los príncipes; solos estos bienes ha de estimar en su siervo: así lo hizo Dios, para que lo hagamos así.

Empero, Satanas, con igual desvergüenza y malicia, respondió: «Si Job teme á Dios, ¿acaso témele de balde? ¿Tú no le prosperaste á él, y fortaleciste su casa y todas sus cosas? ¿No bendijiste las obras de sus manos y aumentaste sus posesiones propicio? ¿Qué mucho que te sea reconocido? Mas si quieres ver cómo lo es y lo que en él tienes suspende tus favores, tócale con la pérdida de lo que largamente le has dado y veremos cómo te bendice en tu cara.»

No pudo descararse Satanas con Dios con más atrevida disolucion que dar á entender que Dios por sí no es amable, y que á intercesion de los bienes de la tierra que da es reveren-

ciado, y que la hacienda y las posesiones le compran el séquito y el reconocimiento. Provocó á Dios á volver por la honra de su amor y de su siervo. Alábase un hombre particular de que tiene un amigo fiel y que le asiste; y si le dicen que bien lo debe á lo que por él hace, se siente porque le atribuyen la amistad á sus dádivas y no á su persona y partes. Tiene punto el pecado, siendo rematada afrenta; y si un lascivo que se honesta con nombre de galan se jacta de que una ramera le favorece y quiere bien, y le replican que lo agradezca á las dádivas, joyas y galas que la da, se afrenta y niega su liberalidad por mantener su persona en méritos de querida por sí; y atrévese Satanas á tocar á Dios, en que si tiene un buen siervo no es por su inmensa bondad, sinó por lo que le da de hacienda y posesiones, familia é hijos; y osa remitir su blasfemia á la prueba de que, quitándole lo que le ha dado, verá que por el interes propio le estaba reconocido.

Díjole Dios: Yo dejo en tu mano todos sus bienes; sólo no la extenderás á su persona.

Satanas destruye todas las cosas en que pone la mano, y sólo tiene manos para destruir. Nada deja Dios en su mano que no se pierda. El demonio cuenta por bienes solos los de este mundo, que no lo son. Dios las virtudes, que solamente son bienes.

De esta verdad mucha noticia tuvo Séneca, mayor Epitecto. Vivieron en el tiempo que los apóstoles vivían; estudiaron esta doctrina en las acciones de los primitivos cristianos, fueron sus ojos discípulos de sus persecuciones y cadenas, oyeron su sangre, que desde la de Abel hizo oficio de lengua y articuló voz derramada en los mártires. Ya estamos en uno de los dos fines de este libro, que fué que Dios es amado por sí, y que los que son sus siervos tienen en precio sólo su temor y amor, no sólo no teniendo por bienes los de naturaleza y fortuna, sinó despreciándolos por carga y embarazo. Teatro es este capítulo de la contienda entre Dios y Satanas, remi-

tida la victoria á la paciencia de Job. Es la paciencia el valenton del alma, y tan hazañoso, que vence con lo que padece, como otros con lo que hacen padecer. Era Job santo á prueba de prosperidad y riqueza, batería que más ofensiva es á la virtud. Quien es simple y recto siendo poderoso y opulento poco riesgo tiene en la calamidad. Esto alcanzó Séneca, y lo dijo en la consolacion á Helvia: *Nominem adversa fortuna comminuit, nisi quem secunda decepit.*

Despues dijo lo mismo San Agustin: *Nulla infelicitas frangit, quem nulla felicitas corrumpit.*

Pues si ninguna adversidad vence al que ninguna prosperidad engaña, y á Job la felicidad no le engañó, mal suceso tendrá el intento de Satanas. Bien sabía él que el hombre en honra no entiende: *Homo cum in honore esset non intelligit;* y que entónces pierde el entendimiento, y que en la afrenta y el trabajo se conoce y se restituye á su razon. Mas sabía Satanas que Séneca no ignoraba esto. Empero, por la falta de la gracia, su entendimiento no asiste á la verdad, sinó al aborrecimiento. La trampa que más logra su fullería más cierta, es la buena dicha. Siempre anda quejoso de los trabajos, y escarnecido de la miseria, y vencido de la pobreza, y huyendo de los perseguidos con tanta infamia como los que persiguen. Su malicia no se desalienta en lo que sabe; por eso la ejercita en lo que teme. Quitar poder y riquezas, y abundancia, y felicidad en todo al hombre, para que se olvide de Dios, siendo estas cosas las que más le borran de su memoria, delirio parece del diablo. Digamos el suceso, que nombre merece.

TEXTO

Sucedió que como un día sus hijos y sus hijas comiesen y bebiesen vino en la casa de su hermano primogénito, vino á

Job un mensajero que le dijo: «Los bueyes araban, y junto á ellos pacían las yeguas y bestias; acometieron los sabeos, robáronlo todo; pasaron á cuchillo los gañanes y pastores, y sólo yo escapé para que te lo contase.» Y estando aún hablando éste, vino otro y dijo: «El fuego de Dios cayó del cielo y consumió las ovejas y los zagales, y sólo yo escapé para que te lo dijese.» Y tambien estando aún hablando aquél vino otro y dijo: «Los caldeos hicieron tres escuadrones, acometieron á los camellos y se los llevaron, degollando á los que los guardaban, y yo solo huí para referírtelo.» Y áun estando hablando éste, vino otro y dijo: «Tus hijos y tus hijas estaban comiendo y bebiendo vino en casa de su hermano primogénito; de repente se levantó un torbellino furioso de la region del desierto y sacudió tan violento los cuatro ángulos de la casa, que arrancada de sus cimientos, cayó sobre tus hijos y los mató y sepultó en su ruina, y yo solo huí para contártelo.» Entónces se levantó Job y rompió sus vestiduras, y rapada la cabeza, cayendo en tierra, adoró y dijo: «Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré á él; Dios lo dió, Dios lo quita; como Dios quiso, así sucedió: sea el nombre de Dios bendito.» En todo esto no pecó Job con sus labios, ni contra Dios dijo cosa descaminada.

Advierto para la erudicion que el parafraste caldeo, donde la Vulgata y el Texto hebreos y los Setenta leen acometieron los sabeos, dice לילית תלבתארית זכר, acometió Lith, reina de Samargad. Juzgo que fué gala epidíctica de la mente del parafraste, como si dijera acometió la furia que reina en Sabá, que eso es en el dialéctico caldeo Samargad, porque la voz לילה significa bestia uraña de la soledad que habita el desierto, y esto porque aulla de noche, y לל, de quien se deriva לילה, significa noche. San Jerónimo vuelve *lamia*, bruja; otros, ave que se sustenta del viento; otros, bestia que sale con la noche; otros, furia; otros, demonio silvestre; otros, ave que vuela de noche; Pagnino, *strigem*. De que se colige que

significa en todos los intérpretes cualquier espanto ó vision nocturna, y que en ningun autor es nombre propio de reina ni de alguna persona. Hasta Mahoma en el Alcoran, entre todos sus embustes, dice que Adan ántes de Eva tuvo otra mujer, y que se llamó Lilith, que preñada de él, parió á los demonios: en que alude á la significacion de *lilith*, *noche* y *demonio*, y *lamia*, y *espanto*. Fué maldito discípulo de los rabíes.

CONSIDERACION

Es Satanas tan desveladamente estudioso de gravámenes en las persecuciones, que para las de Job escogió el día del más célebre convite, por ser en la casa del hijo primogénito. Él nunca hizo nada; para referir sus acciones, se ha de referir lo que deshizo. No se contentó con las calamidades; quiso que el oirlas fuese más penoso que el padecerlas. Llegó el primer mensajero con la pérdida de los bueyes y bestias ; y estando áun hablando, llegó el segundo con la pérdida de las ovejas; y no habiendo acabado de hablar éste, llegó otro con el robo de los camellos ; y sin dejar que éste acabase, llegó el cuarto con la ruina de la casa y la muerte de sus hijos é hijas y total desolacion de su familia. No le consentía respirar de la una pérdida, con esperanza de seguridad en las demas; inundábale de sustos, porque le anegase el espanto; encarcelábale el corazon en la congoja ; arrinconábale el espíritu en las clausuras de ansia porfiada; reservó á lo último el golpe más cruel en la muerte de todos sus hijos, porque cargando sobre sufrimiento, combatido de los demas, miserablemente y sin remedio cayese precipitado. No se remató aquí el ingenio de la envidia; más sútil veneno entretejió en todas las nuevas que le traían. No llegó mensajero que no le dijese : «Degollaron á todos los pastores, guardas, gañanes y criados, murieron todos, yo solo

escapé para que te lo dijese.» No dice fuí dichoso en escapar yo solo, ó libróme Dios. Todos dicen, cada uno de por sí, que escaparon sólo para darle las malas nuevas y no para otra cosa. Los bueyes y las bestias le robaron, y los camellos ; empero, las ovejas, llovió fuego del cielo que las hizo ceniza; y la casa que dió muerte y enterró todos sus hijos, un huracan de viento, que vino de la region del desierto, de repente la derribó. No quiso que le afligiese la maldad de los robos, que no suponían el delito en él, sinó en los ladrones de Sabá y Caldea. Quiso que viendo caer fuego del cielo sobre sus rebaños y que el viento, á quien sólo Dios manda, le derribaba la casa sobre sus hijos, se persuadiese que Dios militaba contra él, y que desconociese su mano y conociese la de Dios enojado en su castigo. Tal fué el aprieto de esta persecucion , la disposicion de ella, tan habitada de malicia infernal y tan solícita, no de congoja, sinó de aborrecida desesperacion, que la pluma rehusa atemorizada al escribirla, y referida se padece con horror. Lo que Job hizo fué tan hazañoso, que Satanas no pudo sospecharlo de hombre humano, y sólo Dios pudo prometerlo de él. No dudó nada; no fué á ver si se había escapado alguna res, ni á ver si en la ruina de su casa alguna parte de ella guardaba algun hijo suyo vivo, ó si alguno herido podía guarecerse, cosas que en semejantes fracasos suelen suceder. Ni acudió luégo siquiera á enterrarlos, como á hijos difuntos, ni á descubrir y poner en salvo los vasos y preseas y hacienda que estaba sepultada en tierra y leños. No era culpa dudar calamidad tan prodigiosa; ir á ver si había quedado algo, prudencia era. Acudir el padre, si no á socorrer, á enterrar todos sus hijos, religion piadosa. Todo lo creyó Job, porque era *simple*. Acudió ántes á alabar á Dios que á sus perdidas y difuntos, porque era *recto*. No temió perder lo que la solicitud humana si acudiera podía restaurarle , porque sólo era *temeroso de Dios*. Apartóse de todos los medios y diligencias mortales, porque *se apartaba de mal*. Y con esto, áun en lo que no

hizo, verificó el blason suyo en que se empeñó Dios, diciendo: «Era varon simple y recto, temeroso de Dios, y que se apartaba de mal, y que no tenía semejante en la tierra.» ¿ Quién fácilmente cree las desdichas. ní aventura, ni desprecia el crédito? Quien le gasta en persuadirse felicidades, se burla y le malogra. ¿ Quién es el temerario que en esta vida se atreve á ser dichoso, sin tener primero tragada y presupuesta la persecucion y la muerte? ¿ Quién tiene cosa que otro, si es de estima ó de honra, no la codicie para sí? ¿ Quién, acechado de esta envidia, la tiene segura? Poder y heredamientos, puestos y dignidades, son engaños opulentos y mentiras magníficas. Muchos pueden tenerlos, detenerlos pocos. Son como la vida, que desde que se empiezan á gozar se empiezan á perder. Adquiérense con afrenta, poséense con trabajo, piérdense con dolor y déjanse con arrepentimiento. Los que Dios da, ó son prueba del ánimo, ó ejercio de la virtud. Los que quita, alivio, rescate y premio. El tesoro es tentacion rica; sólo quien le desprecia le merece. Las desdichas, las prisiones, pérdida de hacienda, de la casa y de los hijos, llámase desgracia y es antídoto al veneno del cariño con que se tienen. Veámoslo en Job, y oigámoslo de su boca. Luégo que oyó la tragedia universal de todas sus cosas, familia, en que fueron interlocutores ladrones, el fuego del cielo y huracanes, se levantó, cortándose el cabello, se arrojó en la tierra y adoró á Dios, habiendo rasgado sus vestiduras. De cuanto tenía sólo su persona había quedado en pié, y él la derriba. No le quedaba otro ornamento sinó el cabello, y él se lo corta; ni otro abrigo sinó el vestido, y él se lo rasga para adorar á Dios y darle gracias, no por ceremonia de sentimiento. Si tuvo alguno, fué de que Dios le hubiese quitado lo que él quisiera haberle ofrecido. Por eso le da lo que le queda, cuando le quitó lo que tenía. Quisiera que lo hubiera recibido, y no cobrádolo; tanto amaba á Dios, y tan poco sus bienes. Aquella que llama Séneca en el libro *de Providencia* voz animosa de Demetrio, el título del libro la acusa errata y dice que fué de Job.

Las palabras díjolas el filósofo con los labios, Job con las obras. Todo esto pronuncia la accion referida. Paciencia tan generosa, tan liberal resignacion en Dios, sentimiento tan cortesmente santo, queja tan inflamada de amor no es de casta de conocimiento gentil. Habló el idólatra en silencio del Texto, vióle como los estoicos y dijo lo que coligió. Séales premio á Séneca y á él que suplen con sus plumas parte de comento á libro tan sagrado, y con cláusulas, en que se conoce interior médula de su mente, dignas de que cada día las pronuncien afectos católicos. Ya hemos visto las acciones donde están sin voz: veamos las palabras donde están con ella. Y dijo Job: *Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo he de volver.* En esto mostró su simplicidad y su verdad. Confiesa que á la vida nada trajo; que nació desnudo; que solos los ojos sacó cubiertos, mas fué de llanto; reconoce ha de morir como nació; que el patrimonio de la naturaleza es pobreza y lágrimas; que el de la vida es trabajo y dolor; que el de la muerte es ceniza y gusanos. Quien considera cómo nació vive como ha de morir. Desembaraza la hora postrera, sabe que todo es empréstito y nada propiedad. Atiende como deudor á la paga, no como dueño al dominio. Aquél aguarda al acreedor reconocido, éste le teme ingrato. Añadió Job: *Dios lo dió, Dios lo quita.* Muéstrase recto y justo. Él le dió los ganados, la familia, las posesiones, la casa y los hijos. Estos le quitó el viento tempestuoso, el fuego las ovejas, los ladrones los bueyes y los camellos; á todos los reconoce por cobradores de Dios, pues sin hacer mencion de ellos dice que Dios se lo quitó. La comision de su divina Providencia reverenció igualmente en los ladrones que en el fuego del cielo. No repara en quién son los ejecutores, sinó de quién lo son.

Prosigue en la version de los Setenta, que no está en el Texto hebreo, ni la leen San Jerónimo, Pagnino ni el parafraste: *Como Dios quiso, así se ejecutó.* Este parece consuelo que se da, de que Dios, como él dice, se lo hubiese quitado todo, cuando él se lo quisiera haber ofrecido.

Esto es mostrarse temeroso de Dios, pues contra el rendimiento de su deseo, se conforma con su voluntad en haberle quitado los bienes, con que, á saber que los quería, le rogara. Descansa de todo con decir: *Sea el nombre del Señor bendito.* Esto es apartarse de mal. El mal á que el demonio quería llegarle y que se llegase era á que no bendijese á Dios; y lo que aseguraba que haría con la licencia que pidió para perseguirle y con la persecucion, fué que no había de bendecir á Dios, porque si le alababa era por la prosperidad que le había conocido; y que si se la borrase vería cómo le alababa, y al fin en total miseria alaba á Dios y bendice como merece su bondad, no como solicitó su malicia.

Ya verifiqué que Job fué simple y recto y temeroso de Dios, y que se apartaba de mal en todo lo que no hizo. Ahora se verifica que lo fué en todo lo que hizo y dijo.

Corona esta victoria el Texto con tales razones: *En todo esto no pecó Job con sus labios, ni contra Dios dijo cosa descaminada.*

Las palabras que habló Job fueron solamente las referidas, y fueron tan reverentes y santas que parece no necesitaban de esta declaracion de la narracion. Y yo las entiendo por encarecimiento de su paciencia y humildad, como si dijera: En tan gran turbion de persecuciones y en tropel tan injurioso de calamidades, áun con mover ó torcer los labios por el albedrío de la naturaleza, no se desmandó, ni en delgado semblante, ni en suspiro, su constancia, ni permitió voz alguna á su inocencia, enmudeciendo hasta los acentos con que socorre al espanto la fragilidad humana, que no significando nada son lenguas del susto.

TEXTO

Sucedió, pues, que en cierto día en que vinieron los hijos de Dios á estar en su presencia, y Satanas entre ellos, dijo Dios á Satanas: «¿ De dónde vienes ?» El cual respondiendo dijo: «Cerqué la tierra y peregrinéla.» Y dijo Dios á Satanas: «¿ Acaso consideraste á mi siervo Job, que no tiene semejante en la tierra? Hombre simple y recto, y que teme á Dios y se aparta de mal, y que todavía defiende su inocencia. Tú me excitaste contra él para que en balde le afligiese.» A quien respondió Satanas diciendo: «La piel por la piel, y todo cuanto tiene el hombre dará por su vida; y si quieres verlo, alarga tu mano y toca su carne y sus huesos, y entónces verás que te bendice en tu cara.» Dijo, pues, Dios á Satanas: «Ves, que le dejo en tu mano; empero guarda su vida.» Habiendo, pues, Satanas salido de la presencia de Dios, hirió á Job con llaga pestilentísima desde la planta del pié hasta la cumbre de la cabeza, el cual con una teja se raía los gusanos sentado en un muladar. Díjole su mujer: «¿ Áun permaneces en tu simplicidad? bendice á Dios y muérete.» El cual la dijo: «Como una de las mujeres necias hablaste. Si recibimos los bienes de la mano de Dios, los males ¿ por qué no los recibiremos ?» En todo esto no pecó Job con sus labios.

CONSIDERACION

La brevedad del Texto en la letra se explaya en el sentido por la paráfrasis. En él sólo se lee: *Que en cierto día;* y aquí le llama *día de grande juicio*, *día de remision de los delitos.*

Siempre el juicio de Dios es grande. No hay día que sus hijos, ó ya los llamen ángeles, no estén delante de Él; ni Satanas puede esconderse de su presencia y juicio. Job no había cometido pecado en nada; así lo dice el Texto. ¿ De qué delitos, pues, y de qué bienes sería esta remision ? Pocos días amanecen que la inmensa piedad de Dios no los haga de gran juicio y de remision de pecados. Si esto no fuera, no tuviera el sol para quien amanecer. Juntemos á esto que por la grande victoria que la paciencia de Job había tenido de Satanas, para desempeño de lo que Dios por su mayor gloria había dejado en la fineza de su constancia, era día de hacer mercedes. Por esto en el día primero, en que se determinó el contraste, sólo le llama: *Dia de concilio grande.* Y en este, en que ya esclarecidamente triunfaba Dios en su siervo Job, dice el parafraste que fué: *Dia de grande juicio y de remision de los delitos.*

Cuán grave era el negocio que disponía Dios, se reconoce en estos dos consejos grandes, convocados en órden á él. Tratábase de canonizar la justicia y verdad de la razon de estado (llámola así) de la divina Providencia. Sabía Dios cuántos la dudarían, cuántos la habían de negar, y que esta incredulidad había al amanecer el mundo madrugado en Caín, introducido la muerte violenta en Abel y que había sido el primer estipendio que el pecado del padre primero cobró de su primogénito. Por ser el negar ó dudar la divina Providencia pecado que nació con el pecado, y que había de perseverar con la vida del mundo, escándalo universal de las gentes, cuando se trata de mostrar en Job y de demostrar su verdad, se junta la córte de los hijos de Dios en consejo pleno; el infierno en Satanas; los elementos en las persecuciones; la mujer y los reyes en los amigos, para que en tan copioso teatro nadie ni nada pueda ignorar la victoria. Preguntó Dios á Satanas lo mismo que el primer día, y respondió lo mismo. Prosiguió Diós en todo repitiendo las mismas palabras hasta las postreras de su alabanza, en que

dice que se aparta de mal, y de nuevo añade: *Y que todavía defiende su inocencia. Tú me excitaste contra él para que en balde le afligiese.* Esto ya es blasonar de la victoria de su siervo y del vencimiento de Satanas. ¿Qué mayor premio de padecer por Dios que ver lo que Dios blasona y estima el valor de los suyos? Defender Job que amaba á Dios por sí, y no por ninguna de tantas felicidades como tenía, fué ántes del Decálogo defender el primer precepto, *amar á Dios sobre todas las cosas.* Job lo hizo ántes que fuese precepto expreso, para ejemplo de cómo se había de obedecer cuando lo fuese. Él no aguardó á que se lo mandasen, y el mandato aguardó á que él le fuese precursor. Replicó Satanas: *La piel por la piel, y todo cuanto tiene el hombre dará por su vida; y si quieres verlo alarga tu mano y toca su carne y sus huesos, y entónces verás que te bendice en tu cara.* Miéntras el hombre tiene que perder, tiene Satanas que porfiar. La calumnia, aunque quite mucho, en poco que quede, tiene ocupacion y oficio. La persecucion áun en el que acaba está quejosa, porque no pudo aniquilarle. No la tiene contenta el que ya no es á fuerza de su rigor; sólo porque fué, no la harta de venganza lo presente, porque no pudo ser peste en lo pasado y no puede ser veneno en lo porvenir. No le ha quedado á Job sinó su persona, la salud y la vida, sin tener con quien vivir, ni con que, ni para quien, y la envidia Satanas áun esta miseria, á que solamente la muerte podía ser descanso. No se envidian solos en otros muchos bienes, sinó muchos más males. Tanto siente el envidioso poco mal en el que aborrece como mucho bien en el que compite: último ingenio de la malicia del demonio, con largo séquito en los hombres. Dijo, pues, Dios á Satanas: *Ves que le dejo en tu mano; empero guarda su vida.*

Estos concilios grandes, donde la majestad de Dios preside á sus espíritus y córte celestial, solamente los he leido en este libro, donde se trata de cosas tan graves en la persona de Job, rey el más poderoso de los orientales, cuya virtud ó verdad

permite Dios ser examinada con inmensas calamidades; y en el lib. 3 de los Reyes, cap. 22, vers. 19, en que para castigar al rey de Israel, que despreciaba la verdad y solicitaba la mentira, se convocó otro concilio tan copioso como estos y con la misma solemnidad.

No fué para ménos útil enseñanza este concilio que los dos de Job. Advierte á los reyes que entre todos los espíritus sólo el que es espíritu de mentira en la boca de sus consejeros es quien los engaña y lleva á la muerte. Temerosísimas son las palabras de la pregunta de Dios: *Quis decipiat Achab regem Israel, ut ascendat, et cadat?—¿Quién engañará á Achab, rey de Israel, para que suba y caiga?* El engaño está en subir, y el castigo en caer. En este mundo no se sube para estar: pocos bajan, muchos ruedan, ménos descienden que se despeñan. Quien sube muy alto no crece su dicha, sinó su despeñadero. El espíritu que persuade la subida previene el precipicio. ¿Con quién no lo hará, si al Hijo de Dios le subió al Pináculo, para decirle que se arrojase de él? Muchos misterios cierra en cada palabra el tratado de esta junta que no caben en esta consideracion. Séanos propia doctrina, que para ejercitar la paciencia de un rey santo y para castigar la impiedad de un mal rey, como cosa tan importante, convoca Dios estos concilios grandes. Dale Dios licencia á Satanas para que toque y combata la persona de Job, cosa que le había aceptado en la primera persecucion.

No quiere, á costa de su siervo, y para su gloria y mérito, que le quede réplica á la calumnia. Pártese el demonio de la presencia de Dios en el concilio, y caudaloso de enfermedades y corrupcion, le puebla de llagas y úlceras el cuerpo, desde la planta del pié hasta la cumbre de la cabeza. Él se raía con una teja los gusanos, sentado en un muladar. Díganos desde su libro *de Paciencia* Tertuliano, pues le estudió en este: ¿Qué hacía Dios con este espectáculo? El lo enseña cuando lo pregunta: *Quale in illo viro feretrum Deus diabolo extruxe-*

rit. Quale vexillium de inimico gloriæ suæ extulit, cum ille homo ad omnem acervum nunciorum nihil ex ore promeret, nisi Deo gratias? ¿Cuál otro artífice sinó Dios fabricara de llagas y úlceras, y de un esqueleto, un carro triunfal? ¿Quién sinó Él, habilitando la podre y los gusanos para matiz y joyas, bordara con ellos la bandera de su victoria? Abrahan en Lázaro trató las llagas con respeto de joyas, guardándolas en su seno. Llagas merecidas por Dios son dignidades, son gala. Resucitó la humanidad de Cristo enjoyada con ellas; dióselas Cristo en su cuerpo á San Francisco por soberano blason; vivo era retrato de Cristo, y para más gloria resucitado. Dióle sus llagas por armas al rey don Alonso Enríquez I, rey de Portugal.

El primero y más antiguo solar de las llagas es Job, el más ilustre Cristo, en quien pasaron de nobles á endiosadas. Donde San Jerónimo lee que estaba sentado en un muladar, Pagnino y el parafraste leen sentado en medio de la ceniza, porque la palabra del Texto hebreo האת quiere decir ceniza. No puedo negar una advertencia á esta rigurosa significacion.

Persuádome que pues esta segunda persecucion no fué el mismo día que la primera, y que ántes, pues esta empieza: *Sucedió, pues, que cierto día*, etc. Se colige claramente distancia del uno al otro. En esta, pues, no sin propósito, colijo que Job acudió como padre á descubrir sus hijos muertos y á darles sepultura, y á sus criados, pastores, gañanes y mayorales, que fueron degollados. No respiraba en esto Job ni estaba sin ejercicio su paciencia, ántes padecía más doloroso exámen. ¿Cuánto es más congojosa y ultimada pena ver todos sus hijos en diferentes formas despedazados y muertos, digámoslo así, hasta los mismos cadáveres, ya borradas las señas de cuerpos en troncos, que oir decir que murieron? Andaba el santo Job las estaciones de su martirio, hartándose de tormentos. Llegó al lugar de las ovejas, á donde cayó fuego

del cielo é hizo ceniza con los pastores todos sus rebaños. Ejercitaba la paciencia, considerando que Abel fué pastor de ovejas, y que de las mejores ofreció sacrificio á Dios, que mostró que le era grato y que le recibía con enviar fuego del cielo que le consumió, que sin aguardar á que él le ofreciese todas las suyas, envió el fuego que se las consumiese; en este puesto y ansia colijo que le cogió la enfermedad que le llagó é hizo pasto de gusanos su cuerpo, pues luégo se sentó en medio de la ceniza, que sólo en este lugar la había.

Si no va descaminado este pensar mío, no va por mal camino: ir sin compañía no es culpa, sinó soledad. Yo me fundo en el suceso y en el Texto hebreo, que dicen ceniza. No faltará contradicion que la quite de Job y me la ponga á mí; que yo, si de tanta virtud fuere capaz, en Job me prevengo de paciencia. Tertuliano dijo algunas cosas dignas de Job, que se coligen del Texto y no se lee en él, como lo mostraré adelante.

Con mucha propiedad al monton de ceniza llamaron San Jerónimo y los Setenta esterquilinio, estercolero ó muladar, nombre que se da á la inmundicia y basura junta de Job. En este estercolero parece que se acordó David, cuando dijo: *De stercore erigens pauperem.* Pues ninguno más pobre, ni otro estuvo en el estiércol, á quien Dios levantándole de él exaltase tanto. Son infinitos los lugares que del libro de Job coronó David en sus Salmos, haciendo que los lamentos fuesen canciones en su harpa. Raíase con una teja los gusanos, no con las manos suyas, porque de ellas llovieran más que quitara. Vióle en esta calamidad su mujer, pues no le había dejado, viéndole sin ninguna hacienda ni hijos en sucesos tan formidables, buena era y leal. El decirle: «¿Aun permaneces en tu simplicidad? bendice á Dios y muere,» fué dictado de la fragilidad del sexo. Si no ha habido otro hombre que haya tenido tanta paciencia como Job, es de admiracion que no la igualase su mujer, que con él hasta este trance había padecido las mismas pérdidas y persecuciones, y que ántes parece que mos-

tró grande amor en consolarse con su persona, cuando todo la faltaba, pues que flaqueó cuando vió que su persona padecía, no sólo la muerte, sinó vivo la corrupcion y gusanos de los muertos. Job, considerando que siendo criatura más flaca que él había perdido lo mismo y padecido tanto, no la dice que habla como una de las malas mujeres y desleales, sinó como una de las necias; y por eso la enseña diciendo: «Si los bienes los recibimos de la mano de Dios, ¿por qué no recibiremos los males?» No niego que la mujer no le fué tambien persecucion con la ironía, que le dijo: «Bendice á Dios, y muere.» Todo lo que pudo perseguir á Job le persiguió: la mayor malicia en Satanas, la más doméstica ignorancia en su mujer, gravámenes sobre propia necia, la amistad más enemiga y el consuelo más pesado en los tres amigos que le vinieron á ver. En Eliú le arguye la ciencia humana más presumida, y finalmente, en Dios la suma sabiduría eterna. Ni pudo padecer más ni otro padeció tanto.

Si Job dijera á su mujer: De Dios se han de recibir los bienes y los males, no hacía tanto efecto como preguntar: Si los bienes se reciben, ¿por qué los males no se recibirán? Supone no hay quien pueda responder; porque lo primero es de advertir que ninguna cosa que da Dios es mala, y que aquí llama males, no los que lo son, sinó los que los hombres disfaman con ese nombre. Llamamos bienes, riquezas, posesiones, estado, familia, palacios, sucesion y salud; males, el carecer de todo esto. A Job le quitó todos aquellos bienes para darle pobreza, soledad, desprecio y enfermedades asquerosas, que estos son bienes dándolos Dios: los sucesos cada día lo enseñan. Quitóle el demonio aquella riqueza y salud, no porque la tenía, sinó porque usaba bien de ella: dióle Dios pobreza, llagas y gusanos porque usase de ellos mejor: quiere el hombre tomar de Dios, no que él le dé, que sea depósito de donde saque, no manantial de donde reciba; no quiere pedir, sinó hurtar; semblantes tiene esto de ladronicio. ¡Oh blasfe-

ma osadía del hombre, querer tomar de Dios por su antojo y no recibir de Él por su Providencia! ¡ Desdichado de aquel á quien permite Dios esto! ¿Cuántos ha castigado sólo con el concederles lo que desean? ¿A cuántos ha premiado negándoles lo que pretenden? ¿Cuánto mejor les hubiera sido á muchos, si les sucediera lo que temían, que lo que codiciaban? En lo que Dios quita enmienda lo que el hombre erró en alcanzarlo, lo que pecó en poseerlo. ¿A cuántos de muchas fuerzas vieron, fiados en ellas, morir rabiosos miserablemente los débiles y los flacos? ¿A cuántos, preciados de la agilidad propia, vieron precipitados y muertos los impedidos? ¿Cuántos cobardes llevaron hechos pedazos al sepulcro á los valientes? ¿Cuántos hambrientos bostezando vieron boquear de apoplegía á los poderosos? ¿Qué despreciado no fué testigo de las afrentas del opulento? ¿Quién tiene hacienda que no pueda perder dignidad ó puesto? ¿Quién tiene tanto dinero que no tema más ladrones, que no cuente más cuidados? ¿Quién los adquiere que no los quite á otros? ¿Quién los hereda sin la amenaza que han de heredarle? ¿Quién los hurta que los logre? Nadie tiene hijos sin inquietud, algunos temen los que desearon, otros los padecen, muchos los lloran. ¿A cuántos padres han sido enfermedad? ¿A cuántos afrenta? ¿A cuántos condenacion? La salud ¿en qué otra cosa se ostenta sinó en desórdenes de la gula y en excesos de los pecados? No son los adulterios, los incestos, los raptos y los estupros las aprobaciones de la hermosura y de la gala. Todo esto es lo que se desea, y sólo esto lo que quieren los más de los hombres que los de Dios: esto lo piden. ¡Oh! ¡cuán á propósito habla con estos desde la gentilidad con magníficas palabras el severo Juvenal, sat. 10!

Los dioses fáciles en conceder los ruegos destruyeron muchas casas, deseándolo sus dueños. Cabe en aquellos versos esta perífrasis: lo que admira es que en pluma idólatra cupiese aquella sentencia. Segun esto, mejor es ser desdichado con mi

gemido que dichoso con el ajeno. Quiero hablar de mí msmo; deberé á mi pluma lo que quien leyere deberá á mi ejemplo. Supiera yo pedir á Dios, ó supiera alguna elocuencia persuadirme á que le pidiera por merced, estando huésped de un grande señor, no en comparacion de otros chicos, sinó de otros grandes, y grandes en letras y virtudes en las casas del duque de Alba, palacio á que por ver su grandeza se peregrina; de sesenta y un años de edad, crecidos de prisiones de doce años, de nueve de navegacion y caminos, ya huésped molesto al cuerpo con once heridas, y las dos abiertas, que me prendiesen dos alcaldes de córte, con más de veinte ministros, y sin dejarme cosa alguna, y tomándome las llaves de todo, sin una camisa ni capa, ni criado, en ayunas, á las diez y media de la noche, el día siete de Diciembre, y en un coche, con uno de los alcaldes y dos alguaciles de córte y cuatro guardas, me trajesen con apariencia más de ajusticiado que de preso en el rigor del invierno, sin saber á qué ni por qué, ni á dónde, caminando cincuenta y cinco leguas, al convento real de San Márcos, en Leon, de la Orden de Santiago, donde llegué desnudo y sin un cuarto, y donde estuve seis meses solo en un aposento, y cerrado por de fuera con llave, y á donde sin salir del convento he estado dos años, que voy prosiguiendo desde siete de Diciembre de treinta y nueve, hasta hoy veinte de Octubre de cuarenta y uno, con que son catorce los que cuento de cárceles rigurosas, sin hacienda, por los gastos tan grandes, como nunca se hicieron en prision de caballero particular, sin correspondencia humana, muertos en este tiempo los criados que me servían, molestado con nuevas de que me habían cortado la cabeza, disfamado de las causas que daban á mi trabajo los noveleros y del crédito que las daban mis enemigos. Nunca pusiera yo nombre de merced á alguna de estas cosas; siempre huyera pálido de la menor; siempre consideradas juntas me fueran pasmo, y levemente referidas las padeciera asombro. Pues yo testifico en la presencia de Dios

Trino y Uno, á todos los que esta confesion mía leyeren, que en ninguna otra cosa en este mundo en mi favor se ha mostrado tan liberal su mano omnipotente. Acordóse de mí cuando ménos lo merecía, para que me acordase de él cuando lo había menester más. Permitió que me dejasen todos, porque de necesidad, cuando no de virtud, me volviese á Él. No quiso que en abundancia de pecados, atesorando condenacion, llegase el postrero día. Quiso (Él sea bendito) cobrar mi penitencia en la moneda de los bienes de la tierra, que ántes embaraza que enriquece. Mi remedio estuvo en que me quitó lo que yo debiera haber dejado, y me dió la medicina de que huía. Hízome discípulo de los trabajos. ¿Cuál honra mayor que aprender del maestro, que lo fué de Cristo en la ciencia experimental? San Pablo lo dijo: *Christus cum Filius Dei esset, didicit ex iis quæ passus est.* Lo más y primero que me enseñaron fué á desaprender el mal que sabía. Diéronme á conocer los que me engañaban el conocimiento. Hicieron que me dejasen ingratos los que no me dejaban molestos. Hiciéronme fácil el amar á los enemigos que no me quieren dejar, dándome á conocer los amigos que me han dejado. Librar con prisiones, descansar con tormentos, regalar con castigos, enriquecer con pérdidas, sanar con enfermedades, sólo Dios lo hace. En oposicion de las tropelías del mundo, que con la libertad encarcela, con los descansos aflige, castiga con los regalos, empobrece con los tesoros y enferma con la salud, no es del todo forastero de este comentario, ni de este lugar, mi suceso, pues le escribí en la prision, donde estoy armando de paciencia mi corazon con estudiarla. Sobrarán censores que digan leí libro que no entendía. Responderélos que ya fué causa de la salvacion de alguno leer en libro que no entendía. En el cap. 8 de los *Actos de los apóstoles* se refiere de aquel etíope eunuco, gran ministro de la reina de Etiopía Candace, el cual venía á adorar en Jerusalen á Filipo en razon de lo que leía; pidió el bautismo y fué bautizado. Empero, la oca-

sion fué leer en libro que no entendía, y lo confesó él. Que siendo el libro bueno de siervo de Dios ó de sus profetas, al que le lee, aunque no lo entienda, o le negocia maestro del Espíritu Santo ó le es él mismo maestro, porque lo que no se alcanza leyendo una vez se alcanza otra, ó lo descifra la meditacion asistente.

Da fin el Texto referido con las propias palabras que el pasado, diciendo: *Y en todo esto no pecó Job con sus labios.*

TEXTO

Oyendo, pues, tres amigos de Job todo el mal que le había sobrevenido, vino cada uno de su córte, Eliphaz Themanites, y Baldad Suhites, y Sophar Naamathites. Habían concertado que viniendo juntos le visitasen, consolándole. Empero, como levantasen sus ojos desde léjos, no le conocieron, y gimiendo lloraron, y rompiendo sus vestiduras cubrieron de polvo sus cabezas mirando al cielo, y sentáronse con él en la tierra siete días con sus noches y ninguno le habló palabra; veían que su dolor era vehemente.

CONSIDERACION

Usando Satanas de su comision, que era, como dejase á Job con la vida, que de todo lo que tenía hiciese lo que quisiese; y habiendo visto que no le había contrastado la pérdida de todos sus bienes y sus hijos, y ménos la de toda la salud de su cuerpo, y que la propia mujer, con que había contrastado en Adan su inocencia y todo el género humano en Job, no le había sido de algun efecto, alista contra él tres amigos

que tenía. Reyes amigos de otro rey, y caido, ménos instigacion les basta que la de Satanas para dejarlo de ser, ó para no acertar á serlo, ó para ser enemigos. Que Job fué rey, muchos lo dicen, y el doctísimo y eruditísimo Padre Saliano lo prueba de las palabras del mismo Job en su primer tomo. La amistad de los reyes entre sí es como la de los elementos, que siempre que se abrazan con una calidad se destruyen y combaten con otra; y esto les viene de que ellos son los elementos políticos que presiden á la composicion de las repúblicas, que se componen de su paz y se destuyen con su discordia. Ninguno de ellos predomina que no sea enfermedad de los otros. La salud comun es su igualdad: ésta puede ser que la haya, mas es raro que alguno se contente con ella. Mas sospechoso es el rey vecino que el apartado, porque en éste lo está el reino y en aquél el ánimo. Casamientos y parentescos de príncipes disimulan discordias, no las reconcilian ; y las asistencias, en vez de obligar, irritan. Gran demostracion de esta verdad es nuestra España, que de tantos socorros y de tan recíprocos matrimonios ha cobrado y cobra inhumanas hostilidades.

¿ Cómo, pues, nos prometeremos segura y útil amistad de tres reyes vecinos de otro que yace en miseria, y cuando ellos están en su poder florecientes, le ven, con lo que de su cuerpo ha sobrado á las llagas, hacer el gasto á los gusanos y sentado sobre el cadáver de todo su reino en un monton de ceniza?

Dice el Texto que vinieron porque habían oido todo el mal que le sucedió. Sospecho que Satanas llevó y derramó estas nuevas; decir todo lo malo, suyo es y de los suyos. Ninguna otra cosa molesta tanto la noticia y la atencion como lenguas y plumas, que lo bueno lo hacen malo, y lo malo peor ; que dicen todo lo malo y callan todo lo bueno. Esto parece le sucedió á Job, pues supieron todo el mal que le había sucedido, y no se hace mencion de lo bien que logró sus pérdidas, que es señal que se lo calló la gaceta del infierno, y

parece indubitable, pues si supieran la humildad, la resignacion con que á todas sus pérdidas había respondido bendiciendo á Dios y dándole gracias por todo, no podían argüirle de presumido contra Dios y de ingrato, como lo hicieron despues. Las relaciones de Satanas poco se alargan en buenas nuevas; las que no callan dudan. Para todo lo malo no hay hombre mudo, para lo bueno pocos con lengua, y ménos que no sean sordos. De concierto vinieron juntos á consolarle; empero, como levantasen los ojos de léjos, no le conocieron. ¿Quién conoce al desdichado? ¿Quién mira de cerca al afligido? ¿Qué señas no borra la desventura? El miserable, no sólo es otro, sinó ninguno; severa leccion para los reyes, que pueden parar en un muladar. ¡Que el ceño de la Majestad puede desnudarse de púrpura y vestirse de gusanos! ¡Que unos reyes á otros amigos y vecinos se miren en los trabajos de léjos y no se conozcan!

Dieron gritos, lloraron, rompieron sus vestidos, cubrieron de polvo sus cabezas. Ver al pobre y dar gritos y no socorro; ver al desnudo y romper el vestido y no cubrirle con él, si no es alharaca, es ademan que tiene más de mañoso que de caritativo. Estas demostraciones confiesan que le conocieron tan desfigurado, que los movió á hacerles alguna lástima. Reparo en que tres reyes que vinieron á verle en un muladar, como otros tres á Cristo en un pesebre (que hasta con esto en aquellas sombras dibujaba esta luz), no podían dejar de traer gran cantidad de criados y recámara; y no se lee que le mandasen que le sacasen de la ceniza, que le curasen y le vistiesen, mudándole á lugar decente. Estupor fué negociado de las nuevas que los encaminó Satanas. Lo que hicieron fué sentarse con él en la tierra siete días con sus noches, sin hablarle á él palabra. En esto tan desapiadado fué lo que hicieron como lo que dejaron de hacer. Hizo efecto la mala y defectuosa informacion que traían, persuadiéndose era justo castigo de Dios, y temie-

ron ofenderle con amparar al que Él desamparaba y consolar al que Él afligía. Mucho tuvo de ignorancia el error de estos tres amigos. No padeció Job persecucion tan sensible como esta. Silencio de siete días con sus noches ¿qué no otorgó? ¿qué no dijo? ¿qué no contradijo? Esta fué la primera vez que los ignorantes fueron pesados callando. Vinieron por consoladores de sus trabajos y pónense de muy de asiento á ser testigos. Sirven de aplauso á los gusanos y á la calamidad de Job, que tres reyes sus amigos en tan última pobreza áun palabras no quieren gastar con él. ¿Qué le quedó que esperar? Más sintió verlos escandalizados de sus llagas que tenerlas. Y cuando con esta prueba aguardaba Satanas que maldijese á Dios, como él lo había asegurado que lo haría, Job maldijo el día y la hora en que nació, porque luégo no fué trasladado del vientre á la sepultura, execrando por todo el cap. 3 afectuosísimamente el haber nacido ó no haber tenido por su cuna el túmulo, y acaba como por causa de esta conmocion diciendo: *Porque el temor que temía llovió sobre mí, y lo que recelaba y temblaba me sucedió. ¿Por ventura no disimulé? ¿Por ventura no callé? ¿Por ventura no me sosegué? Y viene sobre mí la indignacion.*

Todas las pérdidas oyó Job con igual silencio, quietud y paciencia, y en reconocimiento de todas habló con unas mismas palabras á Dios y le dió gracias por ellas, y en eso estuvo la perfeccion de su inocencia. Luego José el Ciego mostró que lo era en distribuir las palabras referidas de este capítulo. A la pérdida de los bueyes y bestias, y á la de las ovejas y camellos, y á la de los hijos, la de la indignacion. Siendo así el corriente de la letra, que su sentir fué este: Cuando perdí ganados y familia é hijos y la salud, disimulé, callé y quietéme con ver era voluntad de Dios; todo esto había pasado. Despues vinieron los tres amigos á consolarle, sentáronse con él y estuvieron viendo su calamidad sin hablarle siete días con sus noches. Esto sintió más que todo: por eso maldijo el día y la

hora en que nació; y por esto dijo: *Y viene sobre mí la indignacion.*

Por qué sintió más esta desazonada visita de sus amigos y este sospechoso cuanto largo silencio, que todo lo que había padecido, no será pequeño logro conjeturarlo del Texto mismo. Para desenvolver estas tinieblas nos encenderá luces la consideracion de las palabras que precedieron á estas referidas: *Porque el temor que temia me sobrevino y me aconteció lo que recelaba.* En todo este suceso no hallo que Job haya temido otro cosa sinó en el capítulo primero: *No acaso hayan pecado mis hijos y hayan alabado á Dios en sus corazones.* Cuán descomedido y grave pecado sea este de pecar y bendecir á Dios en el corazon, ya lo he ponderado, y la solicitud con que Job madrugaba á ofrecer sacrificio á Dios por sus hijos, temiendo hubiesen incurrido en él ó que incurriesen. Pues este temor que tuvo y este recelo que tembló en sus hijos, es el que en este capítulo dice que le sobrevino y le sucedió en sus tres amigos, que es pecar y bendecir á Dios. Que los tres amigos cometieron este pecado á porfía unos con otros y porfiadamente contra Job, á quien leyere este silencio tan demasiado, y todas sus proposiciones, se lo confiesan ellos. Pecan repetida y frecuentemente en llamar á Job temerario, presumido, soberbio, jactancioso, hablador, injusto, blasfemo y maestro de perversos dogmas; y cuando le persiguen sin causa, y le acusan sin culpa, y auxiliares á Satanas contradicen las palabras con que Dios le canonizó dos veces, negando su divina Providencia, siempre están bendiciendo á Dios, y alabándole, y exaltando sus obras, y aclamando su poder, y blasonando que le defienden y que hablan por su justicia, y que son abogados de su omnipotencia y bondad. No es necesario verificarlo con sus palabras, porque en cada argumento y capítulo no se lee otra cosa: ni ponen acusacion que no sea pecando y bendiciendo á Dios en sus corazones; y diéronse tanta prisa á incurrir en esta culpa, que Job la supo de su silencio. Porque callando siete días con sus

noches, sin consolarle en tan nunca padecida miseria, ni socorrerle ó curarle, pecaban mostrándose escandalizados de las culpas con que había merecido tan inmensos castigos; y en romperse las vestiduras, y cubrirse de tierra las cabezas, y gemir, y sentarse junto á él en la tierra, bendecían á Dios. Por eso Job, que en todas sus calamidades había dicho á Dios requiebros, cuando Satanas esperaba blasfemias y maldiciones, aquí rompió la voz en gemidos y maldijo el día y la hora en que nació. Hagamos con estos tres amigos y los que se les parecieren lo que aconseja el gran Tertuliano con la postrera cláusula del libro *de Corona Militis*. Pues Job es el soldado que se debe coronar por haber legítimamente peleado: *Conozcamos los ingenios del diablo, que afecta algunas cosas de las divinas, para confundirnos de la fe de suyos y juzgarnos.*

Que estos tres amigos procuran confundir á Job, él se lo dice en el cap. 29, vers. 3: *Veis que diez veces me confundió, y no tenéis vergüenza oprimiéndome.* Que le juzgan y le condenan, no se lee en ellos otra cosa. En el cap. 15, vers. 3 y 4, Eliphaz Themanites: *Quantum in te est evacuisti timorem, et tulisti preces coram Deo. Docuit enim iniquitas tua os tuum, et imitaris linguam blasphemantium.* Que afectan, no sólo algo, sinó mucho, y siempre de lo divino, se lee en que todo lo achacan á Dios y no le dejan de la boca. Eliphaz Themanites en la respuesta á este capítulo de Job, cap. 5: *Quamobrem ego deprecabor Dominum, et ad Deum ponam eloquium meum.* Luego conocido está en estos tres amigos el ingenio del diablo, pues afectan lo divino para confundir y juzgar. En ninguna cosa se deben ocupar más los ingenios que en conocer estos que en malos amigos andan con buenos nombres, retrayendo á lo sagrado, por delincuente, lo maligno. El facineroso y el devoto no salen de la iglesia. Empero, el templo en aquél cubre á quien asegura sus maldades; en éste al que religioso viene á limpiarse de ellas.

Sintió tanto Job ver que tomaba ocasion con sus calami-

dades y enfermedad estudiada por la envidia de Satanas, la ignorancia de sus amigos, á tantos errores opuestos á la Providencia de Dios, con no ser el escándalo activo de su persona, sinó pasivo en ellos, por recibir escándalo de quien les daba ejemplo y ocasiones de mérito á su caridad, que inflamado de la que ardía en sus entrañas, maldijo el día en que nació, aborreciendo con piadosas hipérboles su vida. Como si hubiera oido é incurrido en aquellas palabras de Cristo Nuestro Señor por San Mateo, cap. 18: *Qui autem scandalizaverit unum depusillis istis, qui in me credunt, expedit ei, ut suspendatur mola asinaria in collo eius, et demergatur in profundum maris. Væ mundo scandalis. Necesse est enim ut veniat scandala: verumtamen væ homini illi per quem scandalum venit.* Consideraba que no era uno de los pequeños, sinó tres reyes, en los que Satanas hacía suerte, sirviéndose de su ignorancia más contra Dios que contra él. No maldice el día en que nació porque ha perdido hacienda, estado, hijos y salud, ni tanto porque pierde tres amigos, como porque ellos se pierden con ofender á Dios y provocar contra sí su ira. Él mismo se lo dijo á Eliphaz en el cap. 42 y último: *Post quam autem locutus est Dominus verba hæc ad Job, dixit ad Eliphaz Themanitem: Iratus est furor meus in te, et in duos amicos tuos, quoniam non estis locuti coram me rectum sicut servus meus Job.* No fué, no, leve su pecado, sinó tan grave que no sólo dice Dios que habían provocado su ira, sinó que su furor se había airado contra ellos. Esto le dijo á Job el silencio injurioso con que le asistieron. Esto llamó venir sobre él la indignacion. Esto sucederle lo que había temido. Por esto con tan elegantes ansias maldice el día de su nacimiento. En tanto estima que sin culpa suya su calamidad sea tropezon donde sus amigos despeñen sus lenguas.

Las hipérboles y encarecimientos de la verdadera y ferviente caridad son tan animosos que dan cuidado á quien no la tiene. Algunos, á quien esta virtud, sobre todas coronada y

coronada de todas, no calienta, han reparado que en los dos días de calamidades dice el Texto: *In homnibus is non peccavit Job labiis sui.* Y coligen erradamente que fué prevenir como que hasta allí no más no excedió en las palabras, empero que aquí se mostraba indignado, y que si no había perdido la paciencia se le había turbado en estas razones. Sin reparar en que en las demas pérdidas dice el Texto que no pecó en cosa alguna que dijo; y en esta persecucion de sus amigos, como acabo de referir, el mismo Dios á los tres amigos dice que su furor está airado con ellos porque no han hablado rectamente como su siervo Job. En Job y en San Pablo respiró á boca llena la caridad rica de sus mayores incendios. En Job lo hemos leido en este capítulo. En San Pablo lo oimos donde dijo: *Desiderabam anathema esse pro fratribus meis*: Deseaba ser anatema por mis hermanos. No excede en lo animoso todo el capítulo en que Job maldice su día á estas dos palabras. ¡ Cuánto sudó en declararlas San Juan Crisóstomo, y en mostrar que el ceño de su sonido era llamarada de aquel volcan de caridad á quien sobre la epístola á los Galatas llama *Cor Mundi!* De estas locuciones, tanto como se tiene de caridad se entiende. San Pablo así lo juzgó; fué el Job del Testamento Nuevo. Derribóle Dios para levantarle, cególe para que viese. Elígele por arma defensiva, eso es, *vas electionis*, y expresamente para que padezca por la gloria de su nombre. Así lo dijo Dios á Ananía: *Ego enim ostendam illi quanta opporteat eum pro nomine meo pati.* Fué el apóstol perseguido de todos los elementos, de propios y de extraños. Él cuenta por blasones cárceles, prisiones, cadenas, destierros, puñadas, azotes, borrascas, hasta ser otro Jonas, de quien el mar todo fué ballena, teniéndole en sus senos. No le faltó el mismo interlocutor que á Job, que él dice que el espíritu de Satanas le atormentaba: *Spiritus Satanæ colaphizans me.* Pues en hablarle con terremoto y espanto Dios áun parece creció las demostraciones en San Pablo. Hasta aquí llega el primer fin. Que Dios de sus siervos es amado por su

infinita bondad, no por las baraterías de los que llaman bienes aquellos que tienen su corazon en su tesoro.

Desde aquí empieza el segundo fin, tocante á la divina Providencia. Vieron los tres amigos á Job, áun para un muladar huésped asqueroso. Oyeron sus primeras palabras en respuesta de su silencio hablador: toma la mano Eliphaz y dase por entendido de que Job había descifrado la iniquidad de su silencio: *Si cœperimus loqui tibi forsitan moleste accipies*, que fué decir: «Haste enojado de vernos callar, y si hablamos acaso lo tendrás por pesadumbre.» Acuérdale que enseñó y fortaleció á muchos, y los socorrió consolándolos; y luégo envenena estas recordaciones, diciendo: *Nunc autem venit super te plaga, et defecisti: tetigit te, et conturbatus es. Ubi est timor tuus, fortitudo tua, patientia tua, et perfectio viorum tuarum? Recordare obsecro te quis unquam innocens periit? Aut quando recti delecti sunt? Quin potius vide eos, qui operantur iniquitatem, et seminant dolores, et metunt eos, stante Deo perisse, et spiritu iræ ejus esse consumptos.*

El hombre en la dicha no se conoce, en la desdicha ninguno le conoce. Peor enfermedad es aquélla que ésta. Disfamada cosa es la calamidad. No hay hombre á quien muchos no se la deseen, y no son ménos los que viéndole en ella no se la crezcan. Raros son los benignos al caido. Del que padece, nadie da causa tan fea que no sea creida. Es colérica la envidia, no aguarda informaciones. La mala intencion más quiere suplir los testigos que examinarlos. El mal ajeno siempre es auténtico. Legaliza la malicia cuanto inventa la venganza, cuanto miente el aborrecimiento. Ninguna solemnidad faltaba á un falso testimonio en los oidos sedientos de calamidades. Si prenden, si destierran á uno y dicen que por ladron, el más benigno dice: Siempre lo temí. Si por homicida, luégo lo sospeché. Si por traidor, juráralo yo, el corazon me lo daba, nunca le pude ver. La persecucion oida no halla palabra en su favor ni conjetura que la disculpe. Vista, no halla quien la

conozca, quien la consuele. El perseguido, áun en sí mismo es otro. El día y la hora infeliz es borron de amistades y parentescos. Cede la naturaleza á la desgracia, pues en ella quien áun es el mismo ya no es alguno. Todos tememos esto y por esto somos temidos todos. Pocos se quejarán de que les ha sucedido con sus amigos, que por lo mismo no tengan quejosos á otros. Más peligro tiene el dichoso que entre su persona y su dicha no sabe quién le ama, que el desventurado que no puede ignorar que todos le aborrecen. Ni la peste, ni el hambre, ni la guerra, saben despoblar en comparacion de la desgracia. Esta hace soledades en los concursos y yermos entre la gente. Con razon echaba Job en tan doloroso estado ménos la muerte, pues ella trae al venturoso lo que más teme y al desventurado lo que más desea. Y lo peor es que contra este género de ruines, que en viendo al amigo en trabajos le crecen el número de ellos, no puede ya ser consuelo, y nunca lo supo ser, lo que dicen que esto es condicion de gente baja. Hoy la oimos, hoy la experimentamos coronada en estos tres reyes que vinieron á consolar á Job, y en llegando le miran de léjos y no le conocen, y oyéndole gemir callan, y oyéndole hablar le acusan y condenan. Con las palabras referidas, que pasaré á nuestra habla con puntualidad: «Ahora vino sobre tí la plaga, y te rendiste. Tocóte, y haste conturbado. ¿A dónde está tu temor, tu fortaleza, tu paciencia y la perfeccion de tus caminos? Yo te ruego encarecidamente que te acuerdes: ¿cuándo algun inocente pereció? ó ¿cuándo los buenos fueron borrados? Mas ántes bien veía aquellos que obran maldad y siembran dolores y los cogen perecer soplando Dios y ser consumidos con el espíritu de su ira.»

En abriendo la boca, su primera proposicion fué que ningun inocente pereció, y que los buenos nunca fueron borrados, y que los que obran maldad son consumidos de la ira de Dios, y que siembran dolores, y que de dolores es su cosecha. Quien acusa se olvida de todo lo que no es calumnia; por esto

no se acuerda Eliphaz de Abel, que siendo justo pereció y fué borrado con su sangre. Confedérase con él en este desacuerdo José Ceco en su Thargum sobre este lugar, como judío confederado con los que crucificaron á Cristo, cuya cruz y pasion Job se anticipó á defender. Tal es el desvariado discurso de este parafraste: *Acuérdate ahora quién es aquel justo como Abrahan que haya perecido; ó á dónde los rectos como Isaac y Jacob han sido borrados.* Y afectadamente tampoco hace mencion del justo y santo Abel. Los dos contra él sustituyen á Caín; como aquél mató su vida, éstos pretenden con el silencio matar su muerte y enmudecer su sangre, cuya voz áun hoy clama. Importóles mucho á Eliphaz y al parafraste olvidar á Caín y á Abel, porque los dos hermanos desmienten sus dos temerarias proposiciones contra la Providencia de Dios. Abel, cuando preguntan que cuándo algun justo pereció y fué borrado, responde que cuando él fué muerto por su hermano. Cuando dicen que los malos son destruidos, dice Caín que nadie fué peor que él, pues fué fratricida, y que no sólo no murió por ello, sinó que Dios le aseguró de que nadie le mataría, y dijo que lo pagaría con las setenas quien lo hiciese, y le puso señal para que ninguno lo intentase. Casóse Caín, tuvo un hijo, edificó una ciudad en que blasonó su nombre, floreció en descendientes, ninguna felicidad del mundo faltó á Caín. Prisa se dió la verdad en desmentir por la justificacion de la Providencia á Eliphaz, pues en la niñez primera del mundo en los dos primeros hijos de Adan lo hizo. Lo mismo hace en el Testamento Nuevo la historia de Lázaro y del rico avariento, que algunos han querido llamar parábola, viendo que calla el nombre del rico, aunque dice el del pobre. Siendo así que el Evangelio en esto nos enseña á callar el nombre del que se refieren afrentas, vicios y condenacion, y á nombrar al virtuoso y al santo.

Allí se ve el justo, el inocente en última miseria, poblado de llagas, desnudo, hambriento, despreciado, echado á los pe-

rros. El avariento ardiendo en púrpura y en oro, con suma riqueza opulento, sirviendo en vajilla á su apetito las minas y joyas del Oriente, y á su gula los elementos que tiene despoblados de su pueblo el desórden de su garganta. A las dos proposiciones de Eliphaz grandes excepciones son éstas, y que afirma San Crisóstomo en la oracion *de Paciencia* que Lázaro fué en la ley de naturaleza. Que puede computarse segun esta opinion en tiempo de Job ó ántes, pues Job fué quinto desde Abrahan y ántes que Moises. Pobreza, persecucion, afrentas, traicion, calumnias, falsos testimonios, tormentos, prision, por sí sabe Dios que las padeció hecho hombre con muerte afrentosa, que no sólo caben en el inocente y santo, sinó en el tres veces santo, que ni pecó ni pudo pecar. Ni les faltó á sus trabajos el desamparo de sus discípulos en viéndole preso y muerto. Crisólogo dice: *Uno le niega, otro le vende, otro le duda y todos huyeron.* Por Dios empezaron las criaturas á ser ingratas. El primer ángel en la dignidad fué inventor de las comunidades y motines en el cielo contra su Criador. La primera mujer contra el precepto divino sigue la interpretacion del demonio. El primer hombre peca para todos y nos deja por patrimonio la culpa. El primer hijo dió muerte á su hermano segundo. Quien en calamidad se queja de que alguno le niegue, de que alguno le venda, de que otro le dude, de que los suyos le dejen, de que muchos se den prisa á serle ingratos, ó loco presume que sus beneficios merecen mejor correspondencia que los de Dios, ó sacrílego se afrenta de parecerse en las persecuciones á Cristo en algo.

Veamos cómo á estas proposiciones responde Job, á quien por el más docto y mejor estudiante encargó Dios que sustentase estas conclusiones por el mérito que á su amor se le debe, en que ya venció; por la honra del Hijo de Dios en la cruz por nosotros; por los mártires en las hogueras, en las cruces, en los cuchillos y en los tormentos por él: lo que ahora empieza á defender.

Dase Job por entendido de su intencion en sus palabras, autorizadas con visiones y sueños. Y responde en el cap 6: *Utinam appenderentur peccata mea, quibus iram merui, et calamitas, quam patior in statera. Quasi arena maris hæc gravior appareret: unde et verba mea dolore sunt plena.* — *Ojalá los pecados por que mereci la ira y la calamidad que padezco se pusieran en un peso; ésta pareciera más pesada que la arena del mar: por lo cual mis palabras están llenas de dolor.* No rehusa el exámen de las balanzas, ántes le desea. Ni le desea porque se vea cuánto es el peso de sus trabajos, y su culpa, á que se atribuyen, cuán ligera; sólo para que sus amigos aprendan á juzgar de la verdad del peso. Ven la inmensa pesadumbre de las calamidades que Job padece; sospechan las culpas que ni tiene ni ven, y sentencian contra su inocencia: este más es frenesí que juicio. Por esto algunas veces tiene el loco nombre de juez. Las malas sospechas son de tan encontrada y desmentida calidad, que cuando son más mentirosas tienen algo bueno, y cuando son verdaderas, mucho malo. Yo sospecho, yo pienso, yo entiendo, yo conjeturo: primero prueban la malicia propia que la culpa ajena. Son los jurisconsultos de la iniquidad; palabras son en que se desaparece todo el derecho; la absolucion no las oye. Son textos de la calumnia, tan cerriles, que ni consienten interpretacion, ni glosa. Ni siguen méritos, ni aguardan respuesta. Job reconoció que contra él gastaban esta municion; por eso empieza su respuesta en este capítulo, dándoles á entender que los entiende. En el vers. 22: *Nunc venistis, et modo videntes plagam meam timetis.*—*Ahora vinisteis, y ahora viendo mi plaga teméis.* Pagnino: *Quia nunc stis similes torrenti prædicto vidistis fractionem et timetis.* Los Setenta: *Nunc autem, et vos in surrexistis in me sine misericordia. Itaque videntes vulnus meum timete.* El Thargum: *Quoniam nunc venistis, quasi non essetis, vidistis interitum, et timuistis.* Las palabras y alguna locucion tienen diferencia, no el sentido, ántes la diversidad sirve de comento.

Claro les dice que vinieron á ver su miseria y á temer, pasos neciamente perdidos. Del afligido no se ha de tener miedo, sinó lástima. Ojos cobardes que temen el mal que ven en otro no son faccion de aspecto real. El ciego que teme lo que no ve es prudente. Ménos mal indiciados fueran aquellos ojos ciegos. Quien va á ver al enfermo y en viendo su enfermedad teme, peor enfermedad trae. ¿Qué temieron estos que vinieron á ver á Job en viendo su plaga? No temieron la plaga, sinó el parecerles que estaban obligados á remediarla. Job se lo dijo consecutivamente: *Numquid dixi afferte mihi, et de substantia vestra donate mihi, vel liberate me de manu hostis, et de mano robustorum eru te me?—¿ Por ventura díjeos traedme socorro, ó dadme de vuestra hacienda, ó libradme de la mano del enemigo, y defendedme de las manos de los valientes?*

Pues ¿por qué teméis lo que no os he pedido, ni por limosna, ni por socorro, ni que como amigos me libréis de mi enemigo, ni como reyes de los poderosos? Dióles á entender que la causa de su temor era de más baja casta que su miedo; y juntamente dice que no se le ha ocasionado con su ruego. La última villanía del ánimo es temer su obligacion.

El miserable que va á visitar al preso no teme la cárcel en que está el amigo, sinó la obligacion que tiene á sacarle de ella.

El cobarde que ve á su amigo acosado de muchos no teme el aprieto que le ve padecer, sinó en el que se halla de socorrerle. Peor es el que va á ver la desdicha para temer la obligacion de socorrerla que quien de miedo no va á verla. Entre ruines hay más y ménos: aquél se precia de ser ruin; éste se avergüenza. Este se queda solamente desconocido; aquél se añade el ser persecucion. Quitóles Job la máscara, y diólos á conocer; desarrebozólos, y quedaron de par en par. Enseñónos las costumbres que tienen los bachilleres que toman el argumento de Satanas, muy presumidos de réplicas porfiadas

y contenciosas ; tambien se lo dijo, y que le arguyesen con verdad, y no con tema litigioso y fraudulento, en el mismo capítulo : *Enseñadme, y yo callaré; y si acaso ignoré algo, advertirme. ¿ Por qué murmuraste de las proposiciones de la verdad, siendo así que ninguno de vosotros puede argüirme ? Sólo para reprenderme componéis sofisterías y habláis al aire.* Job les pide que le enseñen; si ignora quiere aprender. Igualmente es dócil y modesta la inocencia ; empero es animoso. No disimula la culpa ajena, por no hacerla propia consintiéndola. Quien pide la reprension para sí no la niega á quien la merece. Por eso les pregunta que por qué murmuran las proposiciones de la verdad, sin poder ellos argüirle sinó con quimeras fabricadas en el aire.

Y despues que dice lo que él desea y lo que ellos procuran, y con cuáles medios, áun no rehusando sus cavilaciones, les dice : *Sobre el pupilo os precipitáis, y contumaces procuráis arruinar vuestro amigo. Con todo eso, acabad lo que empezasteis : dadme oidos y mirad si miento. Ruégoos que me respondáis sin tema, y hablando lo que es justo haced el juicio de mí.* Veamos para qué los apercibe y pide audiencia, y los ruega que miren si falta á la verdad. Prosigue Job este cap. 6 con el 7, en que dice: *Milicia es la vida del hombre.* Y cuenta su brevedad y miseria, verificándolo en la suya, y acaba : *Pequé: ¿qué podré hacer para aplacarte ? ¡ oh, guarda de los hombres! ¿ Por qué me pusiste contrario á ti, y soy pesada carga á mí propio ? ¿ Por qué no quitas mi pecado, y por qué no apartas mi iniquidad?* Dice que pecó. Pregunta que por qué Dios le puso contrario á sí y no quita su pecado y aparta su iniquidad. Palabras con que, ya que no los enmudeció, los vence. Ellos, en lugar de asirse á su propia confesion, huyendo la dificultad, en el cap. 8 replica Baldad Suhites: *Numquid Deus supplantat judicium aut Omnipotens subvertit quod justum est?* A esta mayor, que llaman los lógicos, sigue esta menor: *Si mundus et rectus incesseris, statim evigilabit ad te, et*

pacatum reddet habitaculum justitiæ tuæ. Cierra el silogismo con esta consecuencia: *Deus non projicit simplem, nec porriget manum malignis.* Y les parece que han concluido lo más recóndito de la Providencia de Dios condenando á Job, que pues Dios le castiga no es simple; y canonizándose ellos con que pues florecen, y el tabernáculo de su justicia está pacífico y Dios les da prosperidad, que no son malignos, sinó santos. Resume Job en dos proposiciones, y confunde su malicia y la previene en el cap. 9, vers. 2: *Verdaderamente sé que es así y que no se justifica el hombre comparado con Dios.*

Estas palabras, que tan encarecidamente confiesa, son las que sus tres amigos olvidan para tener que acusarle, pues siempre le hacen cargo de que se compara é iguala con Dios; y por esto le llaman blasfemo. Quien tiene mala voluntad nunca tiene buena memoria. Nadie olvida peor que quien no quiere acordarse. Memoria obediente á la malicia es potencia del alma, es flaqueza de la conciencia. Remata nuestro Job con la segunda proposicion capital, vers. 22: *Una cosa es la que he dicho; al inocente y al impío él le consume.* En esta cláusula consiste el hecho de este pleito, y el derecho y justicia de la Providencia divina. Da Dios trabajos y persecuciones al inocente, y con ellos le consume la hacienda y la salud para ejercitar sus virtudes, para que adquiera méritos, para que alcance victorias, para que goce triunfos; dalos Dios, ó permítelos al impío, ó para que se acuerde de él, ó para que sea escarmiento á otros, ó para castigarle con las mismas cosas civiles y momentáneas, porque se aparta de él. Por la misma razon da Dios bienes de este mundo á los impíos, ó por premio de alguna virtud que tuvieron, á quien no se debe paga eterna, habiendo por culpas mayores merecido castigo sin fin, ó porque viendo las vanas felicidades del siglo y sus grandezas en poder de hombres detestables, ó los conozcan con desprecio, ó los renuncien con asco, ó los traten con miedo. Dáselas á los inocentes y justos, porque á los que sólo

tienen el nombre de bienes la caridad les dé el ejercicio y obras de tales, para que tengan los necesitados socorro, los méritos premio, los avarientos reprension, los piadosos ejemplo. Pára que el oro sepa desde las entrañas de la tierra subir al cielo su peso con las alas del corazon que no se depositó en él. Para que los metales que tuvieron su cuna en las vecindades del infierno, á intercesion de la limosna y habilitados con el cuño de la caridad, en el cielo hagan oficio de estrellas, y lado á lado con el sol, que los produjo profundos y oscuros, resplandezcan espléndidos y encumbrados.

En el malo y desapiadado se ve que las riquezas son tierra. En el justo y piadoso que pueden ser cielo. En éste la miseria y trabajos muestran que son exámen, prueba y mérito y regalo. En aquél, las desdichas, la pobreza y las afrentas que son castigo. En tanto que Job fué varon grande entre todos los orientales, sus amigos le tuvieron por justo y recto; y para tenerle hoy por pecador la razon que dan es que está sin hacienda y que le ven en un monton de ceniza, monton de gusanos: ¡tanta autoridad tiene la prosperidad con los hombres! Ha sido siempre el escándalo de los filósofos y de los poetas ver en el mundo padecer los buenos y gozar los malos: hacíalos titubear en si había Dios ó no. Con suma elegancia Claudiano en el primer libro contra Rufino declara la borrasca que corría su entendimiento, pues viendo las confederaciones con que el mundo estaba dispuesto, la soberbia del mar encarcelada en las orillas y la sucesion eslabonada del día y la noche, entónces juzgaba que con el consejo de Dios se gobernaba todo. Empero, cuando veía los sucesos de los hombres, revueltos en oscuridad tan tenebrosa, y florecer con larga duracion alegres los malhechores, la religion fallecía en mí desmayada y me parecía que esta distribucion no tenía dueño y que todo era acontecimiento frenético y caso desvariado.

Es tan aborrecible cosa ver al ruin en honra y al bueno en afrenta, que pusieron en Claudiano duda en si había Dios que

gobernase el mundo. Léese un fragmento de Menandro con este arrojamiento: *Oprobio es de Dios cuando los malos son bien afortunados*. Con más palabras, y no mejor reportadas, siguen este sentir los amigos de Job. Veamos aquella tormenta en que vacilaba la mente de Claudiano si amainó, y con qué.

Quietó, dice, al cabo este tumulto el castigo y muerte sangrienta de Rufino y absolvió á los dioses. Ya no me quejo de que los injustos y delincuentes lleguen á la más sublime cumbre de la grandeza. Son levantados á la mayor altura, para que su caida sea mayor. ¡Grave discurso y verdadero! Rastreó Claudiano algun paso de la divina Providencia. Aprendió de verle caer despeñado los fines de su crecimiento, con tal desengaño, que afirma que ya no se quejará de ver en altos lugares á los impíos, porque sabe que cada paso más que se adelantan crece su precipicio, no su felicidad. Esforzada palabra fué, y escrita con meditacion, decir que la ruina total de Rufino absolvió á los dioses. Imputábales culpa en que concediesen prosperidad á hombre tan detestable; acusábalos y titubeaba su entendimiento en razon si los degradaría de dioses, ó si negaría que los hubiese. Más pertinaces están los amigos de Job, que arguyendo contra la parte opuesta á este suceso, que es que los buenos padecen calamidades (lo que Claudiano confiesa y admira), ni absuelven á Job, ni á Dios, que siendo justo y recto, y lleno de su temor, para gloria suya permite sus pérdidas y persecuciones. Llega el furor impío de los hombres á juzgar á Dios. Séneca lo dijo: *Muchos hay propicios á otros hombres, á Dios pocos.*

Más expresamente David en el Salmo 50: *Para que te justifiques en tus palabras y venzas cuando seas juzgado.* Temeridad parece áun pensar que puede haber hombre tan perdido que juzgue á Dios, siendo así que no se oye otra cosa más frecuente. No es juzgarle decir: ¿ Dios ve esto? ¿ cómo consiente Dios esta maldad? Este que merecía estar en la horca

¿ cómo tiene la dignidad que se debe al que yace contra toda razon arrinconado? Dirán que es pregunta. Digo yo que presupone duda, no sólo poco cortés, sinó mal sonante. Aprenda el poco piadoso cristiano del filósofo gentil, y para confusion suya, oigan al estoico Epitecto en el cap. 38: «Sabe que es lo principal cerca de la religion de los dioses inmortales tener de ellos buenas opiniones, como creer que los hay y que todo lo administran bien y justamente; que se les ha de obedecer y conformarse con su voluntad en todo lo que hicieren; y que se ha de seguir lo que ordenaren siempre, como cosas gobernadas por la suma sabiduría. Si lo haces así, nunca los acusarás ni te quejarás de que te desprecian.» Contra los que acusan á Dios y se quejan de Él escribe; y para que no incurran en tan sacrílega soberbia quien no tuviere de Dios buenas opiniones, como creer que le hay y que todo lo administra bien y justamente, no acusará á Dios, ni tendrá queja de Él, ni con ignorancia impaciente preguntará: ¿ Por qué Dios consiente? ¿por qué da? ¿por qué quita? ¿por qué castiga? ó ¿por qué premia? Esta palabra *por qué* en lo que Dios hace y manda fué la primera que habló el diablo, y como la logró no la deja de la boca en los que tienta. Genes., 3: «Empero era la serpiente más astuta que todos los animales de la tierra que había hecho el Señor Dios; la cual dijo á la mujer: ¿ Por qué os mandó á vosotros Dios que no comiésedes de todos los árboles del paraíso?» Toda la astucia de Satanas estudió esta palabra *por qué*, para empezar con ella á pronunciar aquel veneno linajudo que se incorporó en el linaje humano y discurre herencia de padres á hijos, haciendo la muerte patrimonio de todos. Él fué el primero que preguntó: *Por qué Dios;* y fué la primer palabra de su pregunta. Discípulos de la retórica de la serpiente son los que preguntan lo mismo. El mal olor que trajo de aquella boca que la estrenó duraba en la de los escribas y fariseos. Frecuentemente le preguntaban para tentarle, hablaban lazos y no razones: *¿Por qué tus discípulos no se lavan las*

manos? No gastan estos ménos serpiente en el Evangelio, empezando con el mismo *por qué* que Satanas en el Génesis, Matth., 15: *Tunc accesserunt ad eum ab Hierosolymis scribæ et pharisæi dicentes: Quare discipuli tui transgrediuntur traditiones seniorum? non enim lavant manus suas cum panem manducant.* Allá preguntó, para que en el comer no se guardase por Eva y Adan la ley que Dios les puso con el precepto; y aquí pregunta la misma culebra con la misma palabra, para que se guarde la tradicion de los ancianos en el comer. Respondióles Cristo con enojo; reconvínolos con sus enormes pecados; convéncelos de que por su tradicion quebrantan el mandamiento de Dios, de amar y honrar padre y madre, y añade: *Hypocrite bene prophetabit de vobis Isaias dicens: Populus hic labiis me honorat: cor autem eorum longe est a me.* ¿Qué más claro se puede robar que estos mal intencionados que preguntan por qué Dios hace, ó manda, ó consiente que se haga ó deje de hacer algo? Son hipócritas que visten de pregunta la obstinacion afirmativa de su malicia; *¿por qué Dios?* con la intencion de serpiente, inventora de esta locucion hipócrita, es pecado. *Por qué el rey*, que representa á Dios y está en su lugar y reina por Él, es osadía desleal y descomedimiento entremetido. Esta palabra *¿por qué Dios?* escúpanla las bocas cristianas, no la pronuncien. Quitemos la apelacion á los tercos. No faltará quien diga que en el demonio todo es malo y que en escribas y fariseos nada es bueno. Veamos si el *por qué* replicado á Cristo en alguno de sus discípulos tuvo algun desabrimiento. Mostrarélo, no en uno de los doce, sinó en la cabeza del apostolado, San Juan, en el cap. 13: «Pregunta San Pedro á Cristo: Señor, ¿dónde vas? Respóndele que donde va entónces no podía seguirle, que le seguiría despues. Replica fervoroso y alentado San Pedro: ¿Por qué no te puedo seguir ahora? Pondré mi alma por tí. Respondióle Jesus: ¿Tu alma pondrás por mí? De verdad, de verdad te digo no cantará el gallo hasta que me niegues tres veces.» Reconozcamos

que le costó sin duda grande susto á San Pedro el haber replicado el por qué no podía seguir á Cristo entónces, habiéndole dicho Él que no podía. Mucho tuvo de severa reprension la respuesta, repetirle la brabata de que pondría su alma por Él con interrogacion, y repetir de verdad, de verdad te digo, cláusulas fueron congojosas, pues el decirle que le negaría tres veces claro está que dejaría en dolorosas y desconsoladas ansias aquel corazon asistido de la más aventajada y hazañosa fe. ¿ Quién no escarmentará con esto de preguntar, en lo que Dios hace ó deja de hacer, por qué no ha sido ó por qué no será ? Habré sido largo en esta si no he sido provechoso. Mi intento ha sido desacreditar con los fieles esta frase, tantas y tales veces peligrosa, resbaladiza á más culpa que poco respeto á Dios. No faltará quien ladre el haber yo referido en libro sagrado versos de Claudiano, poeta latino: no alego que hay quien dice fué cristiano. No lo conozco en sus obras para afirmarlo; y benigno á tan ilustre ingenio, no quiero contradecirle tanto bien: más quiero suspender el juicio que precipitarle. Cuando hubiese sido gentil hágame tolerable en esto San Agustin en el sermon *de Resurrectione corporum contra infideles.*

Detenerse á allanar el camino, ni es perder tiempo ni dejarle, sinó querer proseguirle sin estorbo. Los tres amigos de Job lo eran sólo de la prosperidad. Quieren que quien padece trabajos sea pecador, y justo, favorecido de Dios, quien goza paz, descanso, salud, riquezas y dignidades. Siendo Celio hombre detestable y blasfemo, siente lo contrario de la felicidad que estos tres arguyentes de Job. Nótalo el aragones Marcial, lib. 4, epígrama 21.

Afirma Celio que no hay dioses, que el cielo está vacío, y lo prueba con que es bienaventurado miéntras niega esto. No sólo da á entender Celio que ser dichoso no es señal de ser bueno y amigo de Dios, sinó que para él por ser bien afortunado es prueba de que no hay Dios y de que el cielo está vacío, pues

miéntras afirma lo uno y lo otro goza de felicidad. Esta á algunos ha persuadido á que no hay Dios. David en el Salm. 13: *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus:* y los insipientes y necios son muchos. Él comenta el primer verso con el 2 y 3: *Dominus de Cœlo prospexit super filios hominum, ut videat si est intelligens, aut requirens Deum. Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.* No son pocos de los que habla el libro de la Sabiduría, c. 2: *Dixerunt ergo cogitantes apud se non recte: Exiguum, et cum tædio est tempus vitæ nostræ, et non est refrigerium in sine hominis, et non est qui agnitus sit reversus ab inferis: quia ex nihilo nati sumus, et post hoc erimus tanquam non fuerimus.* Estos de la misma manera niegan á Dios, al cielo, la inmortalidad; veamos por qué lo niegan. Por la riqueza, por el regalo, por los bienes de este mundo, ellos lo dicen: *Venite ergo, et fruamur bonis quæ sunt, et utamur creatura tanquam in juventute celeriter. Vino precioso, et unguentis nos impleamus, et non prætereat nos flos temporis.* Segun esto no persuaden al conocimiento de Dios por sí las riquezas, el regalo y la felicidad. Riesgo tiene su asistencia. No se dice esto de la miseria y los trabajos en los que los padecen, ni aconseja el Espíritu Santo que quien ve á los perseguidos se espante, ni amedrente, ni haga juicio poco propicio de ellos. Eclesiast., cap. 5, vers. 7: *Si videris calumnias egenorum, et violenta judicia, et subverti justitiam in provincia, non mireris super hoc negotio, quia excelso excelsior est alius, et super hos quoque eminentiores sunt alii.* La voz del susto, y del dolor, y del trabajo, y de las enfermedades, y de la afrenta, es: hay Dios. La de la prosperidad y buena dicha, en Celio oimos que es: no hay Dios; en el Eclesiastes no hay otra vida ni eternidad. No oigamos á estos acomodados la aclamacion de sus gargantas y de la insolencia de su codicia; oigamos el por qué de los lamentos de Job entre ceniza y gusanos, en que desengaña los blasones que sus tres amigos ostentan de su prospe-

ridad, cap. 21, vers. 7. « ¿Por qué, pues, viven los impíos y son sublimados y confortados con riquezas? Su generacion permanece en su presencia y multitud de parientes y nietos delante de ellos. Sus casas están seguras y quietas, y no desciende sobre ellos el castigo de Dios. Sus vacas son fecundas y no abortan, paren y logran las crías. Travesean como en manadas sus hijos pequeños, y sus niños se entretienen jugando. Tocan el tímpano y la cítara, y al son del órgano se alegran. Pasan en deleites los días de su vida, y en un punto descienden al infierno con muerte sosegada, sin ansias y penar. Estos que dijeron á Dios que se apartase de ellos y que no querían la ciencia de sus caminos. ¿Quién es el Omnipotente para que le sirvamos? ¿O qué nos aprovechará si oráremos á Él? Empero, esté léjos de mí el consejo de los impíos, pues sus bienes no están en su mano y poder. Todas las veces que la luz de los impíos fuere apagada y que les sobreviniere el castigo de Dios que los inunde, y su juicio, que se divide en premios, y castigados les diere los que merecieron, serán entónces como aristas arrebatadas de la cólera del viento, y como pavesas que violento esparce el torbellino; guardará Dios el dolor y afrentas del padre á sus hijos, para que atormentándole con él sus herederos le duren verdugos, y cuando lo padezca, para mayor pena lo entenderá tarde. Verá con sus ojos su misma ceguera, que fué causa de toda su desolacion, y beberá en abùndancia el furor del Omnipotente. Esto es lo que le pertenece de su casa, que gobernó mal, de sus hijos, que crió peor, despues de sus días, y que no viva la mitad de ellos. Desengáñense los malos, y crean que á Dios nadie le puede enseñar sabiduría, Él juzga á los que juzgan. Uno muere robusto y sano, y rico y feliz, sus entrañas llenas de sustancia y sus huesos macizados con médulas. Otro muere á poder de ansias y congojas, sin algun alivio, en ultimada pobreza y desamparo; y con ser tanta la diferencia juntos duermen en la sepultura cubiertos de gusanos, y ni la riqueza excusó los gu-

sanos al poderoso ni la miseria quitó que no durmiese al pobre. En esto conoceréis que os he leido los pensamientos y las malas intenciones que contra mí tenéis. Mostráislo preguntándome: ¿A dónde está el palacio del príncipe? ¿Dónde los tabernáculos de los impíos? Por mí lo decís viendo mi casa arruinada y todos mis grandes heredamientos. Si no os responde lo que os he dicho de la felicidad de los malos y de la duracion de su casa y familia, preguntádselo á cualquiera caminante de los que han andado en el camino de vuestra felicidad ó en el de mi desdicha, y veréis que de uno y otro entiende lo mismo, y por esto sé lo que os dirá: Que si dura mucho la felicidad del malo y su vida, es porque es guardado al día de la perdicion, y para ser llevado al del justo juicio. Entónces ¿quién le podrá corregir su mala vida y encaminarle, estando ya en poder de la condenacion, y qué fruto podrá coger de lo que tenía, y cómo cobrará algo de lo que para su descanso hizo? Será llevado al sepulcro y en el confuso monton donde los muertos para descansar duermen; él á poder de tormentos velará; tragarále con ansia y alborozo el hambre del infierno, porque con su mal ejemplo despues de sí traerá muchos, habiendo delante de sí enviado más. ¿Por qué, pues, os cansáis por demas en querer darme á entender que me consoláis persiguiéndome, siendo así que he mostrado que vuestras respuestas son repugnantes y contrarias á la verdad?»

No le quedó que decir á Job para encaminar por la advertencia á sus tres amigos á la verdad. Empero, los que se empeñan en la persecucion de otro no acusan pecados, invéntanlos. De estos habló el Espíritu Santo en los Proverbios, cap. 18, vers. 1: «Quien desea apartarse del amigo busca ocasiones; siempre será digno de condenacion. No admite el necio las palabras de la prudencia, si no dijeres lo que él revuelve en su corazon.»

Eliphaz y sus compañeros no tenían ocasion para apartarse de su amigo Job; y buscáronla, y halláronla, sólo con hallarle

en trabajo. Duran sus réplicas sin admitir desengaño, porque las palabras de Job son contrarias á lo que ellos revuelven en sus corazones. Esta es la causa que da el Espíritu Santo. Había Baldad Suhites, en el cap. 18, esforzando su calumnia, y y azorado con más enojo el estílo, hasta decir lo que deseaba que sucediese á Job: «Sea arrancada de su tabernáculo su confianza, y písele la muerte á manera de rey que triunfa de sus enemigos.»

Job les responde en el cap. 19 consecutivamente, y despues de haberles referido todas sus calamidades y persecuciones y la suma miseria en que se halla, desamparado de todos, dice: «Mis huesos, consumidas mis carnes, se han llegado á mi piel, y solos me han quedado los labios que acompañan á mis dientes. Apiadaos de mí, apiadaos de mí, por lo ménos vosotros que sois mis amigos, porque la mano de Dios me tocó. ¿Por qué me perseguís como Dios y os hartáis de mis carnes?» Nunca los llama enemigos suyos. ¡Oh gran voz de la paciencia del justo! Por amigo suyo tiene al que le persigue y le ejercita el mérito; el enemigo es, empero, de sí propio. La causa que da para que tengan de él piedad no es lo mucho que padece, sinó que lo padece porque Dios lo ordena así.

A Dios le toca castigar ó probar al hombre en aflicciones; á otro hombre socorrer ó consolar al que las padece. Por eso les pregunta: *¿Por qué me perseguís como Dios?* Que fué advertirles el atrevimiento que mostraban en hacerlo. Y se lo reprendía con más particular advertencia en el cap. 26 Baldad Suhites: «¿A quién favoreces para que acabe con un cadáver que está enfadando la ceniza y dando asco á un muladar? Es por dicha algun débil. ¿Y sustentas el brazo de alguno que no puede deshacer una piel que los gusanos han vencido y roto sin dientes? ¿A quién dices lo que debe hacer? Acaso á alguno falto de sabiduría por hacer ostentacion de tu grande ciencia. Quisiste ser maestro y enseñar no ménos que á Dios, cuyo poder ligó la vida en lo líquido de la respiracion fugiti-

va.» Bien se conoce cuán delincuentes y facinerosas son todas estas locuras mal presumidas. Pues todas las comete quien, viendo á otro en trabajos y calamidades, se las agrava y aumenta, como si Dios necesitara para acabarle de arruinar de que le asistiesen auxiliares su envidia ó su odio, y los que, viendo á otro preso, dicen que había de estar en un palo, no exceden en aconsejar á Dios lo que presumen que debe hacer y no hace. Pondere el castigo que merece esta culpa, y comente á Job otro Rey y Profeta. Hable una corona por otra, David por Job, Salm. 68, vers. 16 y 17: «Sea su habitacion desierto y no se halle quien quiera vivir en su tabernáculo. Porque persiguieron al que tú heriste y añadieron dolor al dolor de mis llagas.» Del que Dios castiga ó ejercita con dolores, persecuciones, ántes se debe tener envidia que horror. Si fuera lícito afligir al afligido ningun lugar se dejaba á que la misericordia tuviera obras, pues sus obras sólo en los que padecen y en los afligidos tienen ejercicio. Quien persigue á los que lloran, á los necesitados, á los presos, á los que padecen persecucion, á los bienaventurados persigue. Este nombre les dió el Hijo de Dios. Todas las bienaventuranzas persiguen en Job sus amigos, y por enmendarlos repetidamente los advirtió. Empero, en el mismo cap. 19, por declararles que no defiende la inocencia en los trabajos por sí propio, sinó principalmente por los que había de pasar el Hijo de Dios hecho hombre en verdadera carne humana, les dice:

Scio enim quod Redemptor meus, vivit, et in novissimo die de terræ surrecturus sum, et rursum circundabor, pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum. Quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspecturi sunt, et non alius: reposita est hæc spes mea insinu meo. Sé verdadera y firmemente que vive mi Redentor, que ha de redimir hecho hombre y carne humana todo el género humano, y á mí de estos trabajos y miseria que os sirve de escándalo; y que he de resucitar de la prision del sepulcro el día que Él resucitará del suyo, triun-

fando en sus llagas y heridas gloriosas, que será el día postrero de la jurisdiccion del pecado y de la tiranía del infierno, y entónces otra vez me vestiré esta piel, y en ella las cicatrices con que hoy la rompen los gusanos me serán gala y harán oficio de joyas, para que hasta en la librea acompañe á mi Redentor. Entónces reconoceréis el fin que tiene ahora y no queréis creer en dibujar mi cuerpo de afrentas y úlceras, y entónces veré yo á mi Dios en mi carne, no sólo hombre en verdadera carne humana, sinó tantas veces herida y con tantos golpes, que os convenceréis de que fuí su borrador, en que diseñó parte de sus infinitas afrentas, yo le veré, yo mismo. Y estos ojos, que ahora no ven sinó podredumbre, ceniza y gusanos, con los cuales áun las lágrimas se muestran esquivas, de cuyos párpados el sol recata la luz; estos, pues, le verán, yo le veré con ellos, no vosotros, que no habéis querido ver en mis trabajos las promesas de los suyos, teniendo horror de los rasguños de su pasion en la mía; y no entendáis que esta esperanza me la podréis quitar con vuestros argumentos, que no la guardo en esta piel, por tantas partes rota, que está vertiendo en podre mis carnes; guárdola en el seno de mi alma, retiramiento que no le aportillan ni combaten los gusanos, sin abertura ni resquicio á donde pueda áun asomarse vuestra malicia.

He perifraseado este lugar de Job por ser tan importante como difícil y controvertido. Lo primero, por expresar con tanta energía y afectos la resurreccion de la carne, la de Cristo y la suya con él; opinion muy recibida de los Padres. Lo segundo, por la variedad de la letra en las versiones que siguen el Texto hebreo, que aunque no contradicen la Vulgata, suenan diferentes. Quien leyere los Comentadores y la Cathena y á todos en el muy reverendo y doctísimo Padre Juan de Pineda, verá si merece benigna atencion la novedad que hallare en esta breve paráfrasis mía, en el sentido y en la deduccion causal para la contextura.

Con este lugar pruebo evidentemente que á Job le escogió Dios para que con sus trabajos, padecidos con tanta paciencia, siendo inocente y justo, dejase anticipada doctrina de los secretos de la Providencia de Dios, para el nacimiento, vida, pasion, muerte y resurreccion de su Hijo. Que este fué el fundamento de todos los sucesos suyos y la raíz de sus palabras. El lo dice á sus amigos consecutivamente al Texto que perifraseé, vers. 28: *Quare ergo nunc dicitis; persequamur eum, et radicem vervi, inveniamus contra eum?* Que fué decirles: ¿por qué habiéndoos dicho yo que sé que vive mi Redentor, y que me ha de librar y restituir, resucitándome con su resurreccion, y que le he de ver con mis ojos en mi carne y en carne humana, que es la raíz de mi cierta esperanza y de mis palabras, perseveráis persiguiéndome y buscáis raíz que yo mismo os declaro con mis palabras y obras? Persuadíos que ni hallaréis otra raíz, ni arrancaréis esta que en mi seno se arraiga con mi espíritu y está plantada en la eternidad de mi alma.

No se dieron por entendidos de tan grandes misterios, ni fué capaz de su luz la tiniebla que les anochecía los entendimientos. Enfurecíanse en oyéndole decir que no merecía, por pecados que tuviese, los trabajos que tenía; que era inocente y que Dios no le castigaba como justiciero, sinó que le probaba como clemente; que no era la que en él hacía justicia, sinó misericordia. En Tucydides se leen unas palabras tan singulares como á propósito á lo que Job defiende en su historia, lib. 7, donde consolando Nicias á los griegos en su ruina, les dice: «Yo, pues, de ninguna manera me hallo en mejor estado que vosotros; en las fuerzas, ya lo véis, por mi debilidad y falta de salud. No en las riquezas, con las cuales, como quiera que para el sustento y las demas cosas necesarias á ninguno en ningun tiempo he sido inferior, ahora, en el peligro que igualmente corremos todos, soy contado entre los sumamente miserables. No obstante que con mucha religion he venerado los dioses,

y con mucha justicia y bondad he asistido á los hombres.» No dudó alguno de las palabras de Nicias. Ni se escandalizó de que dijese, refiriendo la falta de salud y de hacienda, y sus desventuras y miserias y peligros, habiendo sido bien afortunado, robusto y muy rico, que le sucedía habiendo venerado con reverencia á los dioses, y con mucha justicia y bondad asistido á los hombres; y estos amigos de Job se enfurecen de que en semejantes pérdidas, si bien mayores, diga Job que las padece sin haber ofendido á Dios ni á los hombres, habiendo adorado á Dios con suma simplicidad y socorrido con bondad grande y con piadosa justicia á los hombres. Empero, hay una diferencia muy digna de consideracion: que Nicias hablaba de sus pérdidas, y pobreza, y miserias, entre los que arruinados padecían las mismas calamidades, y Job se lamentaba á tres reyes que, poderosos y permanecientes en su grandeza, veían su desolacion y abatimiento. De los males se aprende la compasion de los que los padecen. El gran poeta de Mantua lo dijo. Este es el agradecimiento que un afligido hace á otro por la compañía que le hace. La prosperidad pocas veces es propicia á la miseria. El sublimado raras veces atribuye el desamparo del abatido á injusticia que le hacen, y frecuentemente sí á deméritos que tiene. En el que padece, la culpa que no hay no se dice, se presupone. Tomemos esta doctrina de los apóstoles y de Cristo, y sus palabras absuelvan á Job. Joan., cap 9: «Pasando Jesus vió un hombre ciego desde su nacimiento. Y preguntáronle sus discípulos: Maestro, ¿ quién pecó, éste ó sus padres, en cuyo castigo nació ciego? Respondió Jesus: Ni este pecó, ni sus padres; nació ciego para que las obras de Dios se manifestasen en él.» Dichoso hombre, que no buscando él á Cristo, le busca Cristo á él. Este ciego nació sin vista, vivió perpetua tiniebla, no tenía de la luz áun la noticia que tiene una ave nocturna, que pues la huye, la conoce; para él el mundo nunca se desnudó; la noche era racional á tiento; sobrábanle los ojos en el rostro; no le eran sen-

tido, sinó sentimiento; no le cegó enfermedad, acontecimiento, desórden ó herida ; el parto le negó la luz á que le arrojaba, pues los discípulos dijeron que había nacido ciego, ó era conocido por tal, ó lo supieron del clamor de su plegaria, con que pedía limosna ; él no vió á Cristo, mas Cristo le vió á él; ese fué su remedio : no desespere el que con sus ojos no ve á Dios, si Dios le mira con los suyos, cuya eficacia ansioso nos la enseña David, pidiendo tantas veces á Dios que le mire, que ponga en él los ojos ; en éste mirándole fueron colirios de la ceguera del cuerpo ; en San Pedro, cuando negó, en la del alma con mirarle. Aquella que fué enfermedad corporal remitió al agua de Siloe; esta de su apóstol, que fué espiritual, á la de su llanto. De paso que mire Dios al que no le ve, le da vista con que le mire. Luégo que los discípulos vieron que había nacido ciego, lo atribuyeron á castigo de algun pecado suyo ó de sus padres: no dudaron que fuese efecto de culpa, sinó quién era el reo. ¿Con quién tendrán opinion de inocentes las calamidades, si á los apóstoles fué sospechosa de delito ésta? Preguntaron esto los apóstoles, no por serles poco benigno, sinó, como habían oido á Cristo, cuando sanó al paralítico, decirle: «Levántate y no peques más», juzgaron que la ceguera procedía de delito. En estos dos milagros enseñó Cristo que en el padecer no se ha de hacer regla general, pues aquel paralítico lo estaba por haber pecado, y este sin haber pecado él ni sus padres estaba ciego. ¿Este no fué tapaboca á todos los que son espantadizos de los trabajos? Hoy está Cristo con un mismo milagro y unas mismas palabras, abriendo los ojos á este ciego y cerrando los labios á los tres amigos de Job: da vista á uno y enmudece á tres. Y porque se reconozca que en esta maravilla responde por Job, como si le nombrara, despues que dijo que ni sus padres ni él habían pecado, que fué lo que le preguntaron, dijo lo que no le habían preguntado, y fué que nació ciego para que las obras de Dios se manifestasen en él. ¿Quién dudará que fué el mismo fin el que Dios tuvo en per-

mitir y solicitar, digámoslo así, las calamidades de Job, pues todas, él mismo lo dijo así canonizándole, fueron para que sus obras fuesen exaltadas en él con su paciencia? No porque el Texto dice que ni este ciego ni sus padres pecaron se ha de entender que ni él ni ellos pecaron. Pecado habían, mas la ceguera no se la había enviado Dios por sus culpas, sinó para que en este milagro se exaltasen las obras de Dios. ¡Dichosísimo Job, dichoso ciego, que el uno con sus bienes y llagas, y el otro con los ojos, hicisteis á vuestra costa el gasto á las obras de Dios, y fuisteis pobres para ser en cierto modo caudal de la divina Omnipotencia! En este ciego cobró Job, de la boca de Dios-Hombre, la aprobacion que ántes de serlo le había dado, y era deuda á pagar en Cristo, pues Job padeció promesa de lo que había de padecer sin culpa. Y como este milagro del ciego era solucion de los argumentos hechos por estos tres amigos de Job contra la Providencia divina, en que se negaba que podía padecerse sin culpa, fué el más dudado y calumniado de cuanto obró Cristo. Dice el Texto que todos se espantaron; que unos decían, viendo que veía, que era el mismo que había nacido ciego; otros que no, sinó otro que se le parecía; hubo entre ellos cisma; lleváronle á los fariseos; examináronle; contradijéro nle; llamáronle á sus padres; preguntáronles si era su hijo que nació ciego; dijeron que sí; hiciéronles repreguntas que cómo había sanado. Respondieron que él tenía vista; que se lo preguntasen á él, que edad tenía para decirlo. Volvieron otra vez á llamar al ciego; tomáronle larga confesion; siempre contestó con las demas; maldijéronle, y á Cristo; tuvo valor para responderles por él; enfurecidos le arrojaron de sí; súpolo Cristo, llamóle, díjole que si creía en el Hijo de Dios. Preguntóle quién era. Respondióle: Yo que hablo contigo; dijo que sí, arrojóse en tierra y adoróle. Estos mismos fueron los trances de Job, estas estaciones anduvo de una calumnia en otra. Tuvo el fin que Job y el mismo premio. Dióle á Job Dios duplicado lo que había perdido; de la

misma suerte á este ciego, pues le dió la vista del cuerpo y la del alma. Job, en el lugar citado, dijo : «Con mis ojos veré á Dios humanado»; y le vió, como queda dicho; y este ciego le vió con sus ojos en carne humana. Este ciego se llamaba Celidonio, como se lee en la historia de Santa María Magdalena, y vino á Marsella en la nave acompañándola. Era flota de la Providencia de Dios; á ella, que tenía pecados y era pecadora, la sanó de siete demonios y de sus pecados ; á éste, que no los tenía, le dió la vista ; embarcólos juntos, para que se conozca en todas partes que sin pecados hay trabajos, y que aunque haya pecados hay perdon y premio. Vióse entónces otra vez para estos fines, que tanto importan, el espíritu del Señor sobre las aguas navegando.

Veamos si en el exámen de Job para la aprobacion que Dios le dió, pronunciando sentencia en su favor, si los tres amigos y Eliú tienen excepcion que alegar ó nulidad; y mostremos el cuidado con que en todo rigor se procedió para que áun escrúpulo no hubiese.

Acúsanle en competencia acérrimamente á Job los tres amigos suyos hasta el capítulo 25. Respóndeles Job sin dejar su defensa de la mano en los seis capítulos siguientes, y en los tres postreros refiere la felicidad y estimacion que tuvo, las virtudes que ejercitó, el bien que hizo, de los vicios y pecados que se abstuvo y guardó, lo que ha perdido, la miseria en que se halla, las afrentas que padece de todos, el desprecio en que le tienen, los que él sacó de despreciados, la burla que hacen de él los más abatidos; y como uno y otro habían visto y veían sus amigos en el cap. 32, callaron, porque les pareció que Job era justo: *Omisserunt autem tres viri isti, respondere Job, eo quod justus sibi videretur*. Callar el que acusa al justo, porque le parece que no tiene culpa, y no decir que es inocente, es confesar la suya y su malicia. Pues argüir ó colegir Job que porque callaban y no le respondían que ellos no habían tenido razon, era pronunciar en su favor la parte, condenar á

sus enemigos, y padeciera excepcion; pues porque esto se sanee, toma Eliú, que los había oido, y á Job, y era de su faccion, la mano y en el mismo capítulo: «Airóse é indignóse Eliú, hijo de Barrachel Bucites, de la parentela de Ram; empero, enojóse contra Job, porque había dicho que era justo delante de Dios. Demas de esto se indignó contra sus amigos, porque no habiendo hallado á sus razones respuesta razonable, sólo habían tratado de condenarle.» Veis aquí que un hombre, no sólo airado, sinó indignado contra Job y que le acusa con indignacion, condena cuanto han dicho contra Job sus amigos, cuando contra Job toma el argumento de ellos. No puede ser mayor testimonio de inocencia que el que da enojado el enemigo y amigo confederado á los contrarios contra ellos, y se declara contra ellos en favor de Job con tan señaladas palabras: *Empero, segun veo, no hay alguno en vosotros que pueda contestar á Job ni argüirle.* Este Eliú, lleno de aventajada sabiduría á los tres, príncipe de admirable elegancia, despues de haber condenado á los tres empieza á poner su acusacion contra Job, y la prosigue sin dejarla con esforzada energía por seis capítulos consecutivos hasta el treinta y ocho, que parece los opuso contados á los seis, sin interpretacion, con que Job enmudeció á sus amigos. Pues á este, que de nuevo y más apretadamente cuanto con mejor intento acusa á Job, fundándose en celo de asistir á la causa de Dios, y hablar por él á quien sólo Dios podía responder y desengañar; sucede el mismo Dios espantable en tempestades, arguyendo á Job y atemorizándole con estas palabras, no sólo despegadas, sinó amenazantes: *¿Quién es este que rebuja las sentencias con palabras necias?* Y en cuatro capítulos le apura preguntándole lo que él solo pudo saber, y todo lo que él solo puede obrar en sagrados enigmas de su Providencia divina y poder omnipotente, hasta arrinconarle en el último retiramiento de su penitencia, diciendo á Dios en el cap. 42: «Sé que todo lo puedes y que ninguna imaginacion se te esconde. Conozco

que soy el que rebuja y oscurece el consejo por no tener ciencia; el que tú preguntaste quién era, porque sé que preguntas lo que sabes. Por eso he hablado como necio y cosas que infinitamente exceden mi sabiduría. Con el sentido del oido te oí, ves que ahora te ven mis ojos. Por eso yo mismo me reprendo y hago penitencia en pavesa y ceniza.»

Vió Dios que Job con el dolor y el celo había intrincado su verdad y enturbiado la luz de sus proporciones, y que con esto había dado ocasion á los argumentos de Eliú; pues para que Eliú se satisfaga empieza reprendiendo á Job esta leve culpa, y Job la confiesa, como se lee en el Texto referido, y hace penitencia de ella con tan humildes palabras. Absuelve Dios á Job, y para mayor crédito suyo, acabando de ser su más rigoroso fiscal, es su juez, encamina el celo de Eliú y alúmbrale el juicio, autorízale confirmando la sentencia que había dado en favor de Job contra sus tres amigos, y á éstos nombrándolos los condena en su error y les manda ofrezcan sacrificio por su perdon, y les manda que acudan arrepentidos á Job, para que ruegue por ellos, y ofrece que por su intercesion los perdonará. Para que la sentencia no sólo quede legalizada en favor de Job, sinó por su patrocinio en el suyo, y conozcan en sí mismos los efectos de la verdadera santidad, que tanto han combatido con sus temerosas contradicciones. Y séanos enseñanza que á veces se pone Dios de parte de los contrarios del hombre para defenderle de ellos, y que responde por él mismo á quien arguye, y que es traza de su sabiduría ser fiscal rigoroso del que quiere ser juez propicio y que espantoso sabe ser exámen del mismo á quien ha de ser premio.

Estaba Job sentado en un monton de ceniza aclamando su resurreccion, cuando renovado en la salud y restituido en duplicados bienes, se levantó. Esto me acuerda del fénix para hablar de él. Que le hay, escriben Plinio y Solino y Mela: los poetas le celebran. Esto no asegura que hay esta ave, que se

oye y no se ve y de quien no han tenido noticia los escritores en el Oriente que poseemos. Ya hubo quien escribió libro entero probando que no había unicornio, con las condiciones y virtudes que de él se refieren, y no negó á ménos autores la cortesía que negará quien dudase el fénix. Mas en éste hacen fuerza dos cosas: la una, que algunos santos le nombran, y entre ellos San Ambrosio y San Jerónimo dicen vive quinientos años. Entre los Padres, Tertuliano, en el libro *de Resurrectioni carnis*, trae al fénix por hermoso argumento que la prueba. Estas son sus palabras en castellano, que por su grande elegancia y agudeza padecerán algunos agravios en mi version, burlando mi cuidado: «Recibe este firmísimo ejemplo de la esperanza en la resurreccion, pues es cosa animada que vive y muere. Quiero decir aquel pájaro propio del Oriente, famoso por la singularidad, por la posteridad monstruoso, que se renueva sepultándose á sí mismo voluntariamente, que espira con fin nativo; y sucediéndose á sí fénix, cuando ya ninguno, otra vez él mismo: quien ya no es, es otro el mismo ya. ¿Qué cosa más expresa ó más señalada en esta causa? ¿Ó á qué otra cosa se dió tal documento? Tambien Dios en sus Escrituras: El justo florecerá como el fénix.»

Tertuliano le afirma animal que vive y que muere, y le trae documento á materia tan alta, y toca la otra cosa que autoriza esto con decir que Dios en sus Escrituras nombra al fénix, y cita el lugar del Salmo 91. Empero, en él la Vulgata y Pagnino no leen del Texto *fénix*, sinó *palma*, de manera que es el intérprete y no el Texto quien nombra el fénix. En Job, cap. 29, vers. 18, lee la Vulgata: *Y decía: Moriré en mi nido y multiplicaré mis días como la palma.* Algunos despues de Rabbí Salomon, y los antiguos hebreos, han leido fénix en lugar de palma: lo que sigue Cayetano y lo interpreta del fénix Filipo, presbítero, persuadido de la palabra *nido*, que es asiento más de ave que de palma; la consideracion es sutil. Empero,

en el Texto hebreo se lee así : כתל, y como palma. Palma leen aquí los Setenta, y añaden : *Como tronco de palma*. El Thargum caldeo lee *como arena: Et dixit cum fortitudine mea: In nido me deficiam, et sicut arena multiplicabo dies*. Porque esta voz היל se colige del Texto sagrado que tiene estas dos significaciones de palma y arena con la autoridad de la Vulgata, que aquí vuelve la palabra *Hhoi, palma*, y la misma *arena*. Deuteron., 33, 19, y en el Salm. 138, 18. *Super arenam multiplicabuntur*. Y en Oseas, 1, 10: *Filii Israel quasi arenæ maris*. De manera que fénix es interpretacion, no de la palabra del Texto, sinó prestada por la alusion á nido y á la vida larguísima que dan al fénix; y me parece se llegaron mejor á la letra los Setenta, leyendo no sólo palma, sinó como el tronco de la palma, por el verso en que prosigue Job: *Radix mea aperta est secus aquas*, que es propio de tronco de árbol y no de pájaro; que Filipo, por apropiar el nido, leyó fénix, digo, lo interpretó así, lo que en el sentido es lo mismo, y lo alabo. De manera que autorizar que hay fénix con decir que se lee en la Sagrada Escritura no tiene fundamento en el Texto, ni en la Vulgata, ni en los Setenta. Esto he escrito para que se desembarace de que tropieza en religion la duda. Sea así que hay fénix, como lo escriben. Debido respeto es á tan graves autores de la gentilidad por los sagrados, que la pasaron de sus plumas á las suyas. No he de ser yo muerte de quien la muerte es vida. ¿Quién no perdonará á quien perdona el fuego? Digo que hay esta ave, que siendo linaje de sí propia, renace y vuela con todos sus antepasados; despues que nace del vientre de la ceniza que se engendró de la llama, cuya voracidad hace fecunda, en quien la muerte hace oficio de padre y el sepulcro de cuna ; que deja de ser la que es para ser la que fué, y que ya es otra para ser la misma; que compite á las estrellas la hermosura y la duracion; que el sol hace el gasto á su alimento de su resplandor más puro; que la aurora suda para que beba; que digiere tesoros su estómago; que en sus alas

vuelan sin peso el oro y la plata; que su pico está cruento con el rubí; que gasta en su vestido todas sus joyas el Oriente; que cuando despues de haber vivido hermoso protocolo de muchas edades, cansada de repetir siglos, y deseosa por linda de repetirse á sí, junte todos los olores y aromas de Pancaya y Sabeos, y perfumando los aires vuele con ellos, y componiéndolos en su nido la sirvan de mortaja y mantillas; que sobre estos haces funestos y natales, con las alas batiéndolas forme clamor, y con la voz ya agonizante pida al sol disposicion para que recien nacida gorgee; que el sol, desclavándose del rostro, aunque haga falta al día, el rayo más puro, le envíe á encender los perfumes que han de ser hoguera; que viéndola arder la naturaleza se congoge medrosa de perder su maravilla; que sea el difunto comadre de sí mismo y el entierro parto; que abolorio continuado desde el principio del mundo sea sucesor de su descendiente; que confundidas la vida con la muerte en tan breve confin, no diferencie ni la una lo que acaba ni la otra lo que empieza; que empiece á ser otra la que no ha dejado de ser la misma. Todos la dan esto: nadie la da más á esta ave, que oida se propone enigma y viva se muestra tropelía. De mal se le hace al entendimiento conceder á la naturaleza tantos misterios en un pájaro y á la razon tantas contrariedades en paz. Quiero vencer la condicion y contradecirme á mí sólo por no contradecir á tantos, que por lo ménos es ahorro. Con todas estas prerogativas, si la hay, no supo ser fénix, ni prodigiosa, en comparacion de Job. Todas las cosas con que vive son vida, y lo mejor de ella con lo que muere y renace aromas, no sólo médicos, sinó por su fragancia vitales. Rudo discípulo fuera el fénix para aprender de Job á serlo. La maravilla es renacer de un muladar ó estercolero; y de llagas y hediondez, pudricion y gusanos, enjoyar su renovacion y ser otro y el mismo. Esta es habilidad de la gracia, no de la naturaleza. Toca á los santos, no á las aves. Supongo que no hay fénix y que es ficcion moral; pretendo lograrla, mejor negada

que creida. Esto supuesto, digo que los que primero la dieron este nombre, estudiando su composicion en los sucesos de Job, á él mismo le pusieron aquel nombre y le vistieron para disfraz, que no le desconocen las propiedades y la riqueza de las plumas; y que Job es el fénix y quien dió motivo literalmente á su composicion, como se refiere por todos. Acreedor soy á fénix, pues le saco de fábula poética y le hago historia sagrada. Muchos han escrito, con utilidad de los estudiosos, ó la razon de no creer las fábulas, como Palefacio, ó declarado el fundamento que tuvieron en la filosofía ó en la historia para componerlas, añadiendo los ornamentos que las hiciesen sabrosas. Esto hago yo en decir que Job fué el fundamento que hubo de verdad para fabricar los prodigios del fénix, y á él le está mejor que Job sea fénix que ser él pájaro: que pues Dios, en los capítulos en que largamente arguye á Job, donde refiere y pondera cuanto maravilloso obró en aves, peces y animales, no hizo mencion de ella, haciéndola del águila, del gavilan y de otras sabandijas. Sospechosa puede ser su admiracion; y no porque excluyamos el fénix ave descabalaremos el hermoso argumento de Tertuliano, referido arriba para probar la resurreccion de la carne. Que sus razones con su pluma sola, cada una tiene las que ha menester para ser fénix. Fuera de que en Job le doy otro, de quien no se colige por señas y conjeturas la resurreccion, sinó se oye testificada con ponderaciones y palabras que la testifican, como quedan referidas y ponderadas, siendo las primeras y más afirmativas y claras y por su autoridad innegables.

Lo primero, Job y el fénix son de un solar, que es el Oriente: aquél, famoso y más opulento en él: éste tiene la misma fama. El fénix tiene por blason el ser único en boca de los escritores. Job tan único, que no hay varon en la tierra semejante á él en la boca de Dios. Blasonan del fénix que el sol le asiste familiar con su luz. Job, tratando ya de renovarse, secundando de vida la ceniza en que está sentado, acordándose

de la juventud de su felicidad, en el cap. 29 dice: *¿Quién me dará que vuelva á acercarme á los años antiguos, junto á los dias en que me amparaba, cuando su sol resplandecia sobre mi cabeza y á su luz andaba yo en las tinieblas?*

Aquí le vemos coronado de luz de Dios, y que le suplía el sol en las tinieblas. Parece que Claudiano vió estas palabras y las imitó en la imprecacion que pone en la boca del fénix, lamentándose al sol de su vejez en su nido, como aquí Job, vers. 18: *Moriré en mi nido, y como palma multiplicaré mis dias.*

Literalmente trata Job de morir y resucitar en nido para multiplicar los días de la vida con la muerte. Renace Job de ceniza como del fénix cuentan, porque no asista á esta maravilla un rayo escaso del sol como al fénix. Hizo Dios á Job padre del día en una hija; y porque no falten aromas de la cafia en la segunda, y para que sobre todo lo precioso, le da en la tercera la abundancia y el que llaman por eso cuerno de Amalthea, que se pinta brotando perfumes en yerbas, rosas y flores.

La comun y antigua pintura del fénix es un pájaro agonizando sobre un monton de cenizas, y sobre su cabeza todo el sol anegándole en tempestad de luz y rayos. ¿Quién negará que esta pintura es copia, y que Job es el original de ella? En el cap. 40, vers. 1: *Empero, respondiendo Dios á Job desde la tempestad, dijo:* Ya queda dicho que Dios habló á Job desde una nube espantosa en tempestad de relámpagos, y que esta nube y luces estaban sobre su cabeza, cuando él sentado en un monton de ceniza agonizaba para renovarse; pues, como se lee en el capítulo antecedente, que es el 39, ya había puesto silencio á su postrero clamor, vers. 34, penúltimo: *Yo me cerraré la boca con mi mano.*

Que vuelve la misma con todo su adorno el fénix, que es matrimonio sin compañía, que renovándose va á hacer sacrificio al sol, que le dió vida nueva, acompañado de todo su sé-

quito; traslado es del sacrificio que hizo Job á Dios, que le restituyó duplicado todo cuanto había perdido, siéndole acompañamiento, como lo dice el Texto, toda su parentela y familia, amigos y conocidos.

Esto es todo cuanto de la vida y la muerte y nacimiento se cuenta del fénix, de quien podemos decir es viviente sin testigo. Cuyo ser contradicen los más diligentes investigadores, que son los vicios y desórdenes del hombre, que hallaron aquellas cosas, á las cuales, para escondérselas, echó la naturaleza los montes encima, como son los metales y piedras preciosas, y descubrieron las entrañas de la tierra, que yacen retiradas en la noche de su profundidad. Ave, pues, que para engañar la garganta del gloton no han hallado las diligencias de la gula; que no ha desplumado para abultar la fanfarria de los penachos la vanidad pomposa; que la codicia por el oro de su cuello no acrisola, para engarzar con él el rubí de su pico; que no ha servido á ningun espectáculo de aquellos para cuya ostentacion los emperadores escudriñaban el pueblo de la tierra y del aire. Él disculpa que le dudemos pájaro, y debe agradecer que le afirmemos enseñanza y moralidad sagrada.

Digo, pues, que la antigüedad respecto de nosotros, no sólo anciana, sinó decrépita, que en fábulas de animales, aves y peces disfrazó su teología en los dioses, las estrellas y cielos, las causas naturales y los elementos y todo lo recóndito de su doctrina, viendo esta vida y suceso de Job, compuso esta ave para enseñar cuán único y solo y sin semejante es sobre la tierra el varon perfecto, simple, recto y temeroso de Dios y que se aparta de mal; cuán constante hace de las riquezas muladar y del muladar riquezas; cómo su vida la ve reducir á ceniza y edificar su ceniza en vida; cómo por la virtud, sabiendo dejar de ser el que fué, siendo ya otro vuelve á ser el que ha sido; cómo la inocencia es sólo el artífice que sabe fabricar arruinando; cómo la santidad multiplica lo que pierde

por mantener el temor de Dios constante. Por hacer él asco del muladar precioso se hicieron nido de aromas á Job horrible en contagios, pájaro hermosísimo, la sangre rubí, los gusanos plumas, las llagas joyas; acariciando la atencion con la gala y gastando en sus alas y cuello el oro, como la medicina en las píldoras, para que el acíbar con semblante de rico disponga la salud disimulando lo amargo.

Resta averiguar cuánto tiempo duró este combate en una enfermedad tan espantosa que poseía todo el cuerpo de Job, de tal manera horrible, que más parecía muerto ya vencido de la corrupcion que mortal.

Varias son las opiniones. Todas las refiere el doctísimo y eruditísimo Padre Saliano en el primer tomo de sus nunca bastantemente admirados *Anales*. Tres son las que varían este tiempo. La primera dice que fueron muchos meses, de que se colige sería un año; ésta se defiende en las palabras de San Juan Crisóstomo en la Homil. 5, al pueblo antioqueno: *Ipsaque peste erat fœtor ille molestior; idque non duodecim, non viginti, non centum dies, sed multi menses.* De donde infieren que pues nombró días y meses y no años, que cuando más fué uno. Lo mismo siente aquel autor que sobre Job se llama Orígenes supuesto, y fúndase en aquellas palabras de Job: *Habui menses vacuos.* Y esto lo porfía con muchas razones, refutando á los que dijeron que duró tres años y medio, en figura de los que duró la predicacion de Cristo Nuestro Señor, y esta fué la opinion segunda. La tercera asienta que duró siete años la enfermedad de Job. Tiénela Cirilo Alejandrino en el comentario sobre el mismo libro, Olimpiodoro en la Catena, Tornielo en más de un lugar: á la misma se llegan Comitolo y Pineda en el cap. 2, sect. 12, Pererio en el cap. 36 del Genes., Numer. 23. La cual al reverendo Padre Saliano parece más probable, con tal limitacion que no se entienda que todos siete años continuos estuvo Job en el muladar descubierto al sol y á la lluvia y al frío, sinó que el echarle en el

campo en el estercolero fué el séptimo año de su tragedia, habiendo los seis precedentes pasado en su cama y debajo de cubierto la enfermedad y dolores, asistido de médicos y familia. Esfuerza el mismo doctísimo Padre este sentir. Que quiso Dios tapar totalmente á Satanas la boca, porque no pudiese cavilar algo en razon de haber sido de poco tiempo la enfermedad. Palabras son de San Juan Crisóstomo en la epístola 3, á Olimpiades: *Voluit Dominus, ut ne impudentis quidem ullius objectionis, umbram aliquam haberet, quam prætenderet.* Y así juzga que debió ser tan largo el tiempo de esta enfermedad, pues Dios en Job determinó mostrar el mayor ejemplo de la paciencia, y con el mismo estilo alargó cuatro años la ceguera de Tobías, y al inocentísimo José tres años la prision y diez la esclavitud, siete años la esterilidad de Raquel, veinte la de Rebeca y más de sesenta á Sara, y veintiocho años de martirio á Clemente, obispo anciriano, y á sus compañeros. Esto alega por su opinion en confirmar la de los siete años de enfermedad en Job el eruditísimo Padre, gloria de Aviñon.

Lícito es en lo que se conjetura replicar por seguir la parte más probable, y estas instancias suelen ser útiles. Por esto con toda reverencia me llego á la primera opinion, de que duró toda esta tragedia y enfermedad sólo un año, siguiendo lo que se colige de las palabras referidas de San Juan Crisóstomo, y no despreciando las del Orígenes Hypobolimeo, que en esta parte sigue á los hebreos, que tienen duró esta plaga de Job los doce meses que duraron las plagas de Egipto: léese en el *Seder-Holam*, cap. 3, y es sumo encarecimiento que un hombre durase doce meses en una plaga para su vida doce veces mayor que las de Egipto. No carece de misteriosa correspondencia que la emulacion maligna de Satanas, como Dios envió aquéllas para vencer la dureza de Faraon, él introdujese ésta para rendir la paciencia de Job.

La narracion no parece que da lugar á los siete años, ni

áun á uno cabal: sus espacios son estos: Juntar Dios sus hijos ó espíritus, hacer á Satanas memoria de las virtudes de Job, contradecirlas, él pedirle licencia para perseguirle, dársela y partirse: esto es instantáneo. Robarle y quemarle los ganados y hacienda, derribarle la casa y dar muerte á sus hijos: la razon persuade que los sucesos fueron, por la distancia de las posesiones y disposicion de los sabeos y caldeos, que vinieron á robarlas y degollar los criados y pastores en diferentes días. Empero, previniéndolo de tal manera que en un mismo día y en poco espacio de él llegasen los diversos mensajeros que le trajeron las nuevas. Esto es indubitable en el Texto, pues dice en todos: áun estando hablando el uno llegó el otro y dijo; y este mismo día Job rompió sus vestidos, se cubrió de tierra, se arrojó en ello y bendijo á Dios.

Aquí pasaron algunos días, que Satanas dió á Job para que se atormentase con el dolor de lo que le faltaba y de ver los cadáveres de su familia, la ceniza á que estaban reducidos sus ganados y muertos y hechos pedazos todos sus hijos, y la casa del mayor vuelta sepulcro de todos y el día del banquete fraternal noche de lágrimas y sangre. Estos pasos y consideracion de espectáculos tan dolorosos fué maña infernal que le durasen muchos días, porque le fuesen más eficaces verdugos sus ojos con lo que veían que sus oidos con lo que oyeron. Literalmente se colige este espacio del Texto, cuando en la segunda junta que hicieron los espíritus de Dios delante de Él empieza el cap. 2: *Factum est autem cum quadam die.—Sucedió, pues, que como en un dia, etc.* Palabras que muestran diversidad de tiempo, que por las razones dichas no pudo ser corto, y la prudencia le puede contar por algunos meses. Siendo así que la fuerza de aquella persecucion de todos los bienes y los hijos no se mostraba sin dar tiempo en que uno y otro se echase ménos en la comodidad y en la compañía.

Despues de este intervalo, salió Satanas con poder de Dios y le enfermó con plaga horrible desde la planta del pié hasta la

cima de la cabeza, sentado en un muladar, donde se raía con una teja los gusanos: sucedióle consecutiva la tentacion de su propia mujer. Luego damos tiempo para que sus tres amigos supiesen su miseria y sucesos y para que viniesen á consolarle : éste no pudo ser largo, por ser vecinos y venir con ansia de socorrerle. A éste se añaden los siete días que callaron llorando con él. Job dió luégo principio á su lamento: ellos, sin dejar sus réplicas, á su persecucion con argumentos proseguidos por Eliú y fenecidos por Dios, que determinó la causa: esto tuvo algunos días, aunque pocos. Pues no parece posible que hombre en tal calamidad, y sin alguna salud, pudiese mantener acto tan largo y congojoso, sinó repartido en días, ni los amigos sin descansar en sitio semejante. En todo esto repartido un año, y ménos, que yo esto tengo, pues San Juan Crisóstomo no le nombró de día á meses: espacio parece legítimamente contado por la misma letra de la historia. Y para enfermedad estudiada por todo el infierno, ó inventada para esto solo con circunstancias de corrupcion en todo un cuerpo á donde nunca supo llegar la malignidad de la peste, áun un mes parece término que excede la facultad natural y fuerzas humanas, y más cargando sobre un corazon combatido de pérdidas de tan vivo sentimiento. Aforismo es que las enfermedades grandes, ó acaban presto, ó se acaban. En Séneca se lee y en todos se experimenta; y la enfermedad de Job, no sólo fué grande, sinó la mayor, por ser de resolucion del cuerpo y de la piel en gusanos, incapaz de remedios, y sin ellos y en el campo en un estercolero. No son á propósito para fundar la duracion de los siete años en esta enfermedad los empleos referidos, de estar preso José y ciego Tobías, y estériles Raquel, Rebeca y Sara, porque la prision y esclavitud quita la libertad, no la salud. La ceguera la vista, no la vida; y hay quien nace ciego ó cegó en naciendo y vive ciego muchos años, y es defecto y no achaque. La esterilidad en las mujeres, ántes es esfuerzo y remedio que dolencia. Nada las acaba tanto como los

partos: son la vejez de su mocedad y el menoscabo de su hermosura; proverbio suyo es: *¿Cómo no ha de estar buena si no ha parido?* Todas las fecundas echan la culpa de su vejez á los partos y ninguna á los años. No se puede equiparar la tolerancia de estos defectos con una total corrupcion de carne y huesos y piel, que no sólo fué una enfermedad, sinó batallon de todas las enfermedades y dolencias hasta quedar en él solos dientes, que se defienden en las calaveras despues de consumido el cadáver. Job lo dice de sí en el cap. 19, como queda referido: áun no estaba como cuerpo muerto, sinó como esqueleto ya roido de la hambre del sepulcro. Impiedad será pensar que los de Job eran encarecimientos. No los admitían sus males, ni la santidad gasta ese lenguaje. Tan cadáver se vió, que él mismo dijo, capítulo 18, vers. 1: קצר ומלוז, que la Vulgata vuelve: *Sólo me falta el sepulcro.* Y los Setenta: *Áun los sepulcros se me hacen de rogar.* Y la version rigurosa en Pagnino: *Los sepulcros á mí.* Y ponderando San Juan Crisóstomo la corrupcion en que Job veía verter su carne toda y derramar su vida, acudiendo al lugar que dice: *Testa saniem radebat,—raíase la podre con una teja*, dice en la Catena: «¿ Por qué no se raía los gusanos, ni con las manos ni con los dedos ? Conviene á saber, porque la cura no fuese más asquerosa. Él propio era tormento de sí mismo y verdugo, no rompiéndose él el costado, sinó apartando la podre que manaba como de fuente: raía con lodo inanimado el lodo con vida. ¿ Por qué estaba sentado en el estercolero? Para que la podre y gusanos que caían en lluvia de su cuerpo se cubriesen con la tierra. ¿ Por qué en el campo ? Porque el hedor pestilencial no le diese muerte. Lo cual es cierto sucediera á estar en aposento cerrado. Y añade que Satanas no le había dejado casa.» ¿ Qué hombre podrá vivir un mes de esta manera que su duracion no se atribuya á milagro ? Enfermedad que referida se padece, y con estar ponderada tan sutil y científicamente, áun adelantan su horror dos lugares del mismo Job. El pri-

mero, cap. 7: *Induta est caro mea putredine, et cutis mea aruit, et contracta est.* Lo que vuelven los Setenta: *Desmorono y deshago los terrones con la podre.* De que se colige lo viscoso y corrosivo de las materias que manaban, y que como se deshacían limpiándolas los terrones, se tapiaba las llagas, enterrándose vivo con sus manos. El otro lugar excede en el horror á todos y bastaba referirle solo. Cap. 13, vers. 14: *Porque despedazo mis carnes con mis dientes.* De las manos llagadas corría tanta pudricion y gusanos, que ántes los añadieran que los quitaran: el adobe se deshizo, los terrones se desmoronaban, y por eso con sus propios dientes se barría las llagas y apartaba la piel para verter la corrupcion. ¿ Pueden ojos humanos durar, viendo servir una boca en ministerio tan asqueroso, y á un rey en un muladar paciendo en sí mismo gusanos y podre, pues si no los tragaba se los veían mascar con los dientes ? ¿ Quién oirá decir que un hombre vivió de esta manera una semana que no lo atribuya ántes á misterio y milagro que á complexion natural ? Estas razones me han movido á tener por mucho más probable la opinion de que la calamidad duró un año, ántes algo ménos que más, que los siete que tan gravísimos y doctísimos escritores defienden. Para fundar la opinion de los siete años supone el Padre Jacobo Saliano que á Job sus criados y parientes, luégo que enfermó, le pusieron en su casa en la cama y le asistieron con regalos y medicinas. Parece que el Texto no lo admite, pues la enfermedad no la introduce en crecimiento poco á poco, sinó en todo rigor ultimado. Dice que Satanas le enfermó: *Ulcere pessimo a planta pedis, usque ad verticem capitis;* y que desde luégo se raía podre con una teja sentado en un estercolero. Y San Juan Crisóstomo claramente en las palabras referidas afirma que Satanas no le dejó casa; y sigue esta consideracion textual de que su enfermedad entró de una vez con toda su malicia. Y el mismo Job, haciendo ponderacion consecutiva y dolorosa desde sus primeras desdichas en el robo de los ganados, excluye

asistencia de criados, vecinos, conocidos, parientes y amigos, cap. 19, vers. 11: «Enojóse contra mi furor y túvome como á enemigo. Juntamente vinieron sus ladrones y se hicieron camino por mí y sitiaron en torno mi tabernáculo. Apartó de mí mis hermanos muy léjos, y mis conocidos huyeron de mí como de un extraño. Dejáronme mis parientes y olvidáronme los que de mí tenían noticia; los inquilinos de mi casa y mis criados me trataron como á ajeno y fuí como peregrino á sus ojos. Llamé á mi criado y no me respondió: rogábale con mi propia boca. Mi mujer tuvo horror de mi aliento y suplicaba á los hijos míos. Hasta los ignorantes me despreciaban y cuando me apartaba de ellos murmuraban de mí; y los que en un tiempo fueron mis consejeros me abominaron; y aquel á quien más amor tenía me contradijo.» Desde que se dispuso su tragedia en la primera junta y vinieron los ladrones caldeos y sabeos, hasta el estado de este capítulo, excluye el mismo Job asistencia de criado ni criada, huésped ni vecino, conocido, pariente, amigo, hijos ni mujer. Y confirma este desamparo universal, cuando dice á sus tres amigos consecutivamente en este capítulo, vers. 21: *Siquiera vosotros, que sois mis amigos, apiadaos de mí.* Y no dijera esto si alguno se hubiera apiadado de él. Si alguno preguntare qué hacía Dios y qué Satanas, viendo á Job padecer y llevar con paciencia lo mismo con que le perseguía tanta majestad, responderéle con Tertuliano en el libro *de Paciencia*, en que considerando lo mismo se pregunta y se responde: *¿ Qué? reíase Dios. ¿ Qué? atormentase el demonio, cuando Job con grande paciencia limpiaba la inmunda redundancia de sus llagas.*

Halló Tertuliano con su docta atencion fundamento en el Texto sagrado de Job para decir que Dios se reía: acordóse en el cap. 9, vers. 13, de estas palabras: *Si castiga, mate de una vez y no se ría de las penas de los inocentes.* Que segun la Vulgata, parece que cuando Job estaba padeciendo veía que se reía Dios. Es lugar que parece, leido así, que si no toca en

enfado, tiene algun desenfado: por eso haré reparo en él, dándole la luz que pudiere caber en mis ojos, pues todos le reconocen por oscuro. Pagnino lee: *Si el azote es de Dios, dé muerte súbitamente al impío que hace burla de las penas de los inocentes.* Los Setenta: *Quia nequam homines, in magna morte erunt, sed justi deridentur.* En la Regia: *Quoniam mali in morte indecenti, sed justi deridentur.* No me amedrenta que Pagnino y el Texto griego lean este verso en opuesto y contrario sentido á San Jerónimo.

Hízome animoso en estos aprietos Tertuliano, *de Resurrectione*, con esta singular advertencia: *El sentido divino está en la médula, no en la superficie, y muchas veces émulo de lo que manifiesta con las palabras.* Añadía la traduccion palabras, porque eso llamó superficie. Esto se verifica con muchos ejemplos en la Sagrada Escritura: ahorremos con uno millares. Cristo, en las bodas de Canaá, dijo á su Madre: *Quid mihi, et tibi est mulier.* Palabras que en la superficie pronuncian reprension y despego y en la médula son sabor y algo misterioso.

Con esta doctrina he de procurar serenar el semblante de la version del grande doctor y Padre, y descubrir la sustancia de su médula. El de las lenguas que sabía, más parece don que estudio: no se las dió como á los apóstoles el Espíritu Santo, mas asistióle al uso de ellas. Los herejes, con lo que de él muerden, se quiebran ántes los dientes que se los clavan.

El Thargum vuelve: *Si in furore occidit subito, quando tadescent innocentes ridebit.* Que habla Job con Dios es lo más probable: y así lo asienta el Padre Pineda y de todo el capítulo se colige. Filipo, presbítero, nota estas palabras de licenciosas, y dice que en decirlas pecó Job, aunque levemente, y que por esto dijo en el cap. 39, vers. 34: *Qui leviter locutus sum, respondere quid potero.* Y todo el rigor de esta advertencia, y la dificultad grande que en él han reconocido todos, la ocasiona la palabra *non*, la cual no está en el Texto hebreo; y

por eso leen Pagnino, y los Setenta, y el parafraste lo contrario. Pues San Jerónimo, añadiendo el *non*, lee: *Et non de pœnis innocentium rideat.* Y ellos, conformes al Texto, afirmativamente dicen que se reirá: los Setenta, *de las penas de los justos.* Pagnino, *que si el azote es de Dios en breve dará muerte á los impios que se rien de las penas de los justos.* El Thargum: *Si en su furor da muerte brevemente, cuando los justos padezcan se reirá.* Pagnino ántes mostró miedo á la dificultad, huyendo de ella en la paráfrasis, que rigor en la version. Pues dice el Texto: *Si azota, mate de una vez, y de las penas de los inocentes se ria.* Mostraré ahora como sólo San Jerónimo supo reconocer la dificultad, y entenderla, y darla á entender con añadir la palabra *non*, que al parecer la contradice y hace atrevida. No está en lo que el santo dice, sinó en que no lo leemos como él quiso que se leyese. Persuádome que la dificultad que en este lugar, como está en el Texto afirmativo, se ofreció á San Jerónimo, fué el decir que Dios se reía de las penas de los justos, porque se acordaba que David hablando de Dios en el Salm. 2, dice: *Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania, adversus Dominum, et adversus Christum ejus. Dirampamus vincula eorum, et projiciamus, a nobis jugum ipsorum. Qui habitat in Cœlis irridebit eos, et Dominus subsannabit eos.* Y que el mismo Dios en los Proverbios, cap. 1, vers. 26, hablando de los impíos en venganza, y amparo de los inocentes, dice: *Ego in interitu vestro ridebo, et subsannabo.* Reconoció que Dios se ha de entender se ríe de dos maneras. Una de la muerte y trabajos de los impíos, haciendo, digámoslo así, burla de sus vanos intentos, eso es, *subsannare;* y en este sentido dice David que Dios se reirá de los que contra él se amotinan; y Dios dice de sí que se reirá de los malos. La otra manera de reirse Dios es no reirse de las penas de los inocentes, sinó con ellas, y con ellos de ellas. En español es diferencia legítimamente verificada y comun sin excepcion. Reirse de uno es burlarse; reirse con él, ale-

grarse y caricia. Pues viendo el gran Padre que Dios sólo se ríe de las penas y muerte de los malos, y que no sin misterio se añadió por David al reirse el *subsannabit*, que es hacer burla; y que cuando él dice á los malos en vuestra muerte yo me reiré, añadiendo el *subsannabo*, haré burla: hallando á Job santísimo y canonizado por Dios, porque la palabra reíase, que se lee consecutiva á las penas de los inocentes, no se entendiese con burla, como en los malos, añadió el *non*, diciendo: *Et non de pœnis innocentium pœnis rideat.* Empero no se ha de construir: *Et non rideat de innocentium pœnis.—Y no se ría de las penas de los inocentes;* sinó *Rideat, et non de pœnis innocentium.—Ríase, y no de las penas de los inocentes.*

Pues eso él mismo dice que ha de ser de las de los impíos y rebeldes.

De manera que con el *no* que añadió San Jerónimo, leido en su lugar, comenta sutil y eruditamente lo que traduce. Como si dijera, y á mí parecer se lee, aunque no está escrito, reíase, y no de las penas de los inocentes, sinó con ellas, en el sentido dicho; y así lo entendió Tertuliano, cuando dijo: *Quid ridebat Deus.* Holgábase, era risa favorecida; y se prueba, porque preguntado de Satanas qué hacía viendo padecer á Job, responde: *Dissecabatur*, se atormentaba. Adviértase que en los santos, aunque á muchos sentimientos faltan letras para leerlos, sobra voz para oirlos. No es nueva la peticion de pedir Job á Dios que acabe con él. Con ella empezó, y diciendo que este sería su consuelo, cap. 6, vers. 9 y 10. *Et qui cœpit ipse me conteras: solvat manum suam, et succidat me. Et hæc mihi sit consolatio, ut affligens me dolore non parcat.* Y la palabra באתאם, Phithom, aquí se vuelve propiamente á abreviar, eso es, dar muerte de una vez, no dilatar el castigo, el fin ó el intento; y casi en aquel sentido en que Cristo Nuestro Señor dijo por San Juan, cap. 13, vers. 27: *Ex dixit Jesus: quod facis fac citius*, porque áun estas palabras de su pasion se previniesen en esta paciencia.

El reverendo Padre Pineda con feliz curiosidad juntó así en dos estampas á los ojos, como en discurso aparte para la noticia, todas las acciones y palabras en que Job había sido, como dice Filipo, presbítero, la más copiosa y continuada semejanza de las de Jesucristo. No quiero usurpar á los estudiosos algunas que me dejo; y como piadosamente liberal, no las ménos preciosas. Leemos en San Juan, cap. 8, en boca del Hijo de Dios: *Quis ex vobis arguet me de peccato? Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* Job, c. 6, vers. 25: *Quare detraxistis sermonibus veritatis, cum e vobis nullus sit qui possit arguere me.* Y no solamente son las palabras y sentencia las mismas, sinó la ocasion, pues los escribas y fariseos, y los tres amigos de Job, trataban de que había pecado en el uno y en el otro, y que eran pecadores; y lo más misterioso es que sobre esta acusacion se concluyeron los dos procesos con un mismo género de junta. Sea Dios loado, que se sirvió de hacer capaz mi indignidad de estas consideraciones y de las que se siguen á mi ignorancia. San Juan, cap. 21: *Collegerunt Pontifices, et Farisœi Concilium, et dicebant. Quid facimus? quia hic homo multa signa facit? Si dimittimus eum sic, omnes credent in eum, et venient Romani, et tollent nostrum locum, et gentem. Unus autem exiis Cayfas nomine; cum esset Pontifex anni illius, dixit illis. Vos nescitis quicquam.*

Aquí los pontífices y fariseos, que siempre habían perseguido á Cristo, calumniando sus obras y sus palabras, ya convencidos se enmudecen y no saben qué hacer, y lo dicen. ¿Qué hacemos? porque este hombre hace muchas maravillas. Y Caifas, que no se había mezclado con ellos en las persecuciones y calumnias que habían hecho á Cristo para perseguirle, él con último rigor los trata de ignorantes, diciéndoles: *Vos nescitis quicquam.—Vosotros no sabéis nada.* En vosotros no hay sabiduría.

Los tres amigos de Job, que tan injuriosamente le habían tratado de pecador y blasfemo en la primera junta de los tres

solos, en esta postrera, donde se añadió Eliú, que no había con ellos acusado á Job, se hallan de la misma suerte convencidos de las maravillas de Job y de su santidad ; dícelo el cap. 32: *Omisserunt autem tres viri isti respondere Job, eo quod justus sibi videretur.* Y no bien éstos se confiesan convencidos, cuando Eliú les dice, condenando su ignorancia, con más palabras lo mismo, vers. 5: *Cum autem vidisset quod tres respondere non potuissent, iratus est vehementer.* Y en el vers. 12: *Sed ut video non est qui possit arguere Job, et respondere ex vobis sermonibus ejus.* Que fué decirles que no sabían nada para acabar con Job y concluirle. Y esto dijo para argüirle él más acérrimamente, como lo hizo con mayor fuerza. Es tanta la similitud de esta accion de los amigos y los fariseos y escribas, y de Eliú y Caifás, que sólo se diferencian en lo que de Cristo no pudo caber en Job.

Los ladrones que asistieron á la pasion de Cristo no faltaron á la calamidad de Job, cap. 19, vers. 12: *Simul venerunt latrones ejus, et fecerunt sibi viam per me.* Y el decir, hablando de Dios, *sus ladrones*, parece que no puede decirse por otros, y que proféticamente hablaba de los de Cristo, y que se ensayaron en él para asistirle, que sin violencia lo da á entender la cláusula: *Por mí hicieron para sí el camino.*

La palabra *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* En el cap. 30, vers. 20 y 21, la pronunció: *Clamo ad te, et non exaudis me sto, et non respicis me, mutatus es mihi in crudelem.*

La otra : *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen;* que fué rogar por la ignorancia de sus enemigos y por ellos, y alcanzarles perdon ; Job lo hizo, cap. 42, vers. 10 : *Dominus quoque conversus est ad pœnitentiam Job, cum oraret ille pro amicis suis.* Ellos enemigos acérrimos suyos fueron , y de su parte faltó la amistad ; nunca en Job, que por la suya y los méritos de su paciencia, siempre fué su amigo y los llamó así y los tuvo por tales. No repugno que uno sea mi enemigo y

yo amigo suyo : la amistad en uno puede faltar y no en otro. Mas intrínseca cosa es padre é hijo, pues no puede haber uno sin otro; y dice el suavísimo Crisólogo: *Ego perdidi quod erat filii, ille quod patris est, non amisit.* Y esto en boca de un hijo á un padre. Hemos llegado á la cuestion de cuando fué Job restituido á salud; las opiniones son diferentes. Yo, siguiendo al Texto, tengo por más probable que súbitamente se halló bueno y renovado en vigor y fuerzas al fin de este verso décimo, no al principio, pues empieza diciendo : *Dominus quoque conversus est ad pœnitentiam Job, cum oraret ille pro amicis suis.* Y la palabra *pœnitentia* significa toda la calamidad ; y fuéle á Dios tan agradable verle orar y pedir por sus contrarios, que consecutivamente dice el Texto : *Et addidit Dominus omnia, quæ fuerant Job duplicia,* en que forzosamente entra la salud. Y en el principio de este capítulo áun se estaba en el monton de ceniza padeciendo, vers. 6 : *Idcirco ipse me reprehendo, et ago pœnitentiam in favilla, et cinere.*

Y por si algun terco en contradecir porfiare en que mi interpretacion no tiene lugar por llamar Job á estos sus amigos, y por llamarlos Dios amigos de Job, le acuerdo que Cristo llamó á Júdas amigo cuando le iba á prender, diciéndole: *¿A qué veniste, amigo?* Y no habrá quien diga que Júdas traidor, en cuyo corazon se había entrado Satanas, hijo de perdicion, era amigo de Cristo, sinó enemigo. Siendo así que el Hijo de Dios, áun entónces, de parte de su clemencia le era tan amigo, que llamándole nombre tan regalado, solicitaba contra su desesperacion su arrepentimiento; y esto, sabiendo que no había de aprovechar, porque de parte de su misericordia nada quedase por hacer para su remedio.

Prodigioso diseño fué Job de Cristo : mostraré la diferencia. Respecto de Cristo, fué Job un dibujo hecho con carbon, y Cristo la pintura admirable que da sér con hermosísimos colores á lo que confusas y revueltas, ni sé si diré mejor que prometieron, ó amargaron los borrones de las llagas, heridas

y afliccion de Job á las del Hijo de Dios; va lo que diré sin salir del dibujo á lo que se borda despues en él; aquéllas fueron picaduras de alfiler, y éstas, clavos, martillos y lanzadas; aquéllas en un papel; éstas en la tela riquísima de su soberana humanidad.

Diré ahora, en recomendacion del santo Job, la mayor gloria y la más soberana prerogativa. Fuera de la consideracion deudor á mi pluma, si yo no lo fuera á la meditacion de su paciencia.

Digo que la Vírgen María, luégo que concibió al Hijo de Dios, respondió por Job al argumento más ponderado de Eliú, por concluyente contra su inocencia. La novedad es grande, el misterio mayor. Mi alabanza aprenda de Job paciencia, hasta que me lea quien no me conozca: que estimacion y quietud el sepulcro las da y la vida las quita. Job, cap. 36, vers. 4 y 5. Dice Eliú, el más docto y elegante de los amigos de Job: *De verdad en mis palabras no hay mentira, y yo te probaré la ciencia perfecta. Dios á los poderosos no los arroja, porque Él mismo es poderoso.* Que fió la victoria de todos sus argumentos de esta proposicion, se conoce en que la previene, asegurando que verdaderamente en sus palabras no hay mentira; y blasona que con ella le probará la perfecta ciencia. A esto no dió lugar Dios á que Job respondiese. Pues en acabando Eliú el cap. 37, con que prosiguió el 36 referido, el 38 empieza: *Respondens autem Dominus Job deturbine dixit.* Hago reparo en que no habiendo hablado sinó Eliú, no en un capítulo, sinó seis arreo y largos, diga que Dios respondió á Job, que no había hablado, y no á Eliú, que solo acababa de hablar. Y fué la causa esta proposicion tan exagerada por él, de que Dios, por ser él poderoso, no arrojaba y humillaba los poderosos; y por ella misma, habiendo apretado Eliú á Job mucho más que los tres amigos, cuando condena la opinion suya nombrándolos, no hace mencion de Eliú ni le reprueba lo que habló, ni le manda hacer sacrificio por sí,

como á los otros. Mas luégo que Dios mismo, que es el poderoso que dijo Eliú que por serlo no humillaba los poderosos, se humilló y se bajó de tal manera, que se pudo decir de él: *Exinanivit semetipsum formam servi accipiens*, haciéndose hombre. Ordenó que su Madre, luégo que le concibió, respondiese, concluyendo con demostracion, al argumento de Eliú, resumiéndole, como se lee en San Lúcas, cap. 1, en aquel divino cántico: *Magnificat anima mea*. En el vers. 49: *Quia fecit mihi magna qui potens est;* en que resume que Dios es poderoso. Y en el 52: *Deposuit potentes de sede.* De manera que muestra á Eliú que en sus palabras hubo mentira y que no probaron perfecta ciencia en decir que porque Dios es poderoso no humilla y derriba los poderosos, diciendo: «Dios, que es el poderoso, depuso á los poderosos de su silla.» Difirió esta respuesta hasta su encarnacion, la cual Job había profetizado y defendido, para que no sólo se supiese que Dios poderoso humillaba los poderosos, sinó su poder, que era el misterio que Job sustentaba. Puso esta respuesta en la boca de su Madre, por ser ella quien (por haberle concebido) ascendía á la mayor dignidad de todas las criaturas, y quien había bajado á ser criatura al Criador poderoso de todo. Dijo este cántico, y en él estas razones la Vírgen, respondiendo en la visitacion de Santa Isabel al suyo; cuando estaba preñada de San Juan Bautista, vino á honrar, áun ántes de nacer, al precursor de su Hijo en el Testamento Nuevo, y su Hijo por boca suya no aguardó á nacer para defender y honrar á Job, que no aguardó al Testamento Viejo para ser su precursor en la ley de naturaleza. No le tuvo ménos costa el oficio que á San Juan, pues si no murió por él, fué porque Dios no quiso, mandando á Satanas que dejase la vida: *Veruntamen animam illius serva.* Tan admirable fué en Job el no morir, como el morir en Moises: aquél porque mandó Dios que no muriese, éste murió mandándolo Dios. Deuteronomio, cap. 34 y postrero, vers. 5: *Mortuusque est ibi Moises servus Domini, in terra Moab jubente Domino.*

Murió Job el día 10 de Mayo, segun el calendario romano; empero, segun el Monologio de los griegos á seis. Que fué santo, Dios lo dijo; que fué profeta, nadie lo duda; que fué rey, muchos graves autores lo afirman, otros lo niegan. El doctísimo cardenal Cayetano se empeña más en esto que todos, y afirma que de sus palabras se colige cuando dijo de sí, cap. 29, vers 25: *Cum sederem quasi Rex circumstante exercitu.* Colige que si lo fuera no dijera de sí que á la manera de rey se sentaba. Olvidósele lo que dice de sí, cap. 19, vers. 9: *Quitó la corona de mi cabeza.* Si reparara en que el Texto sólo dice que fué varon grande entre los orientales, y que contando su grandeza sólo dice ganados, posesiones y familia, no vasallos, ni ciudades, ni reino; y si trajera á cuestion si el reinar entónces se había introducido, áun diera alguna fatiga á la respuesta; empero, llamándole rey los Setenta y muchos Padres con tan leve fundamento, sobrada solucion tiene.

Conjetura probable y decorosamente el Padre Pineda que su cuerpo está en una pirámide en la tierra de Hus, á los confines de Idumea, por ser costumbre de los de Arabia y Egipto que los sepulcros de sus reyes fuesen suntuosísimas pirámides, segun Plinio, Dionisio Halicarnaseo, Stéfano de Urbibus, Solino y Herodoto, Strabon y otros autores que siguieron á estos. Esto no me persuade, porque fué mucho más antiguo Job que los tiempos en que estos autores dicen se inventó este género de sepulcros piramidales, y áun se contradicen para el fin que se edificaron las pirámides. Unos dicen que para trojes y graneros, y guardar ganados; otros para entierros. Lo que es más á propósito son las palabras de Nicetas *in Protheoria primi capitis: Extare etiam nunc Jobi sepulchrum in Arabia, atque sterquilinii palæstram ubi speciosas coronas adeptus est anniversariisque honoribus illum indigenæ prosequuntur.* Los teatros geográficos lo han seguido de buena gana, y en la tabla de la Tierra Santa, en la tierra de Hus, se ve una pirámide y debajo *Sepulchrum Job.* Si fué rey ó si fué sepultado

en pirámide, no lo afirmo; y por ser cosa decente al santo vivo y muerto, repito las palabras de los que dicen que sí, valiéndome para mi cortesía de su empeño en todo el tratado de la mujer de Job, y su culpa, y que no la repudió, y que tuvo en ella los postreros hijos; constantemente sigo al doctísimo y eruditísimo Padre Saliano en el tomo primero, admirando que en seis hojas comentó la paciencia de Job sin cargarla.

En las demas cuestiones en que solamente la conjetura determina, detengo la pluma en estas preciosas palabras de Tertuliano, libro *de Anima*. Tantas joyas se cuentan en ellas, como letras se leen: *Unde et ignorare tutissimum est: præstat per Deum nescire, quia non revelaverit, quam per hominem scire, quia ipse præsumpserit.* Piguelas son, que si impiden el vuelo, aseguran las alas y en ellas las plumas. El doctísimo Padre Pineda hizo á la pirámide en que está Job sepultado un excelente epitafio con las cláusulas solemnes del Rito Antiquo Funeral. Yo, por imitar esta piedra, quiero que Job con sus palabras sea epitafio de sí mismo, porque áun sepultado hable de sí y áun difunto le podamos oir.

ÍNDICE

Págs.

Advertencia previa y recomendacion de estas obras póstumas de don Francisco de Quevedo. 5
Inmortalidad del alma.—Tratado primero, con que se prueba la Providencia de Dios para consuelo y aliento de los católicos y vergonzosa confusion de los herejes. 11
Tratado segundo.—La incomprensible disposicion de Dios en las felicidades y sucesos prósperos y adversos, que los del mundo llaman bienes de fortuna. . 75
Tratado tercero.—La constancia y paciencia del santo Job en sus pérdidas, enfermedades y persecuciones. 131
Job.—¿Por qué blasonó Dios en la junta de sus hijos, donde se halló Satanas, las virtudes incomparables de su siervo Job ?—¿Qué fin tuvo el Espíritu Santo en permitir á la envidia de Satanas tan ultimada y universal y larga pesecucion contra Job?. 145

ÍNDICE

DE LAS COSAS MÁS NOTABLES CONTENIDAS EN LOS TRES TRATADOS DE LA PROVIDENCIA DIVINA

A

Abrahan, revisabuelo del santo Job, sacrificó un hijo á la voluntad de Dios, pero Job sacrificó muchos, aprobando las muertes de sus hijos, pág. 132.

San Agustin confuta á Ciceron en el libro *de Civitate Dei*, pág. 14. Enseñó á San Gregorio para las alabanzas de Job en sus Morales, pág. 33. Llama á Job en el estiércol Adan reformado y mejorado, pág. 34. Se atreve á afirmar que ni con la palabra ni con el corazon hay hombres que nieguen que hay Dios, sinó con sus malas obras, pág. 76.

Almas, no son más ó ménos entendidas, sinó por la diversidad de los cuerpos y órganos materiales en que residen, pág. 36.

Amigos de Job, Eliphaz Themanites, Baldad Suhites, Sofar y Naamothites, fueron reyes, pág. 175. Supieron todo lo malo que le había sucedido como castigo y no supieron lo bueno, que Dios quiso probar su paciencia, pág. 177. Más sintió Job ver

á sus amigos escandalizados de sus males que padecerlos, página 177. Tuvieron miedo, no lástima de Job sus amigos, y debía ser lo contrario, pág. 187. Siguieron en su reprension las palabras arrojadas de Menandro, pág. 192. Son reprendidos, aunque no desengañados, de que no es señal de amigos de Dios la prosperidad, pág. 195 y siguientes.

Aonio Paleario escribió elegantemente contra Lucrecio, que negaba la inmortalidad del alma, pág. 15.

Argumentos de santos Padres y Sagrada Escritura no admiten los ateistas, porque negando que hay Dios, Providencia y alma inmortal no creen sinó lo que ven, pág. 17.

Aristóteles aprendió la elegancia leyendo los libros de Job, pág. 139.

Padre Atanasio Kirkerio, jesuita, la publicacion del Evangelio en la China y los trabajos de sus operarios, pág. 119.

Avariento cargado de oro y plata es un enigma, pág. 104. Nada posee con el oro y riquezas quien no posee su alma, pág. 106.

Aulo Persio satiriza á los que teniendo el corazon viciado ofrecen sacrificio en lo exterior, pág. 151.

B

Don Bartolomé Santos de Risova, Obispo de Leon, eruditísimo prelado, exhorta á don Francisco de Quevedo á escribir los tratados de la Providencia divina, pág. 5.

Bienes del mundo son de ordinario castigo de su poseedor, pág. 90.

El mayor bien y la triaca más saludable se sacan de los mayores venenos, pág. 93. Los de esta vida no son poseidos del que los tiene ni del que está privado de ellos, pág. 95.

Boecio en el libro 4 *de Consolatione* definió la Providencia divina, pág. 85.

Brutos no pueden salvarse, sinó defenderse por Dios como en el arca de Noé, pág. 62.

C

Calamidades dan mejor cuenta del sexo humano que la prosperidad, pág. 100.

Calvino, hereje depravado, quemó vivo á Juan Servet porque negaba la inmortalidad del alma, pág. 19.

Cardenal Cayetano, dominico, sermon felicísimo que predicó de la inmortalidad de las almas, delante del Pontífice Julio II, pág. 15.

Castigo, el de Adan y el de los ángeles rebeldes hizo confesar á los demonios que había Dios; pero su obstinada voluntad, ya que no podía negar uno, hizo adorarse en muchos, pág. 78.

Cristo nuestro Redentor con su vida, muerte, predicacion, discípulos y doctrina prueba el gobierno de Dios y sus altas providencias más que con cuanto ha obrado, pág. 113.

Cristianos, son castigados por los herejes, como un verdugo que hace mal su oficio es castigado por otro más cruel, pág. 124.

Ciceron en su Retórica definió la Providencia con la prevision de los futuros, pág. 105.

Ciego de su nacimiento, curado por Cristo, es prueba que se padecen trabajos sin pecados propios, pág. 97.

Claudiano *in Rufinum* se convence de la armonía de la naturaleza que la gobernaba mano poderosa y suprema, que es Dios; pero desfallecía viendo padecer á muchos justos y ser triunfantes los malos, pág. 61.

Cleomedes, filósofo, llamaba á Epicuro el Moarrache de los filósofos, porque todo lo juzgaba por la apariencia de los sentidos, pág. 21.

Cobarde, no teme el aprieto del amigo, sinó la obligacion de socorrerle, pág. 187.

Comparacion hermosa de tres faroles ó linternas para declarar la mayor luz y perspicacia de las almas, pág. 187.

Concilio Lateranense *sub Leone X*, define por dogma católico la inmortalidad del alma, pág. 56. El Vienense *sub Clemente V* dice lo mismo, pág. 56. La Clementina 2 *de Trinitate, et fide catholica,* § *Porro*, dice lo mismo, pág. 56. El que se juntó contra Job fué Satanas, los elementos, su mujer y sus amigos, que todos le persiguieron, pág. 166.

Convites, son peligrosos, como el de la serpiente á Eva; ó contagiosos, como el de Eva á Adan; ó sacrílegos, como el de Baltasar; ó crueles, como el de Heródes, pág. 148.

Cuerpo humano, tiene presunciones de inmortal por la compañía del alma, pág. 26 y 29.

Curso filosófico jesuita de los Padres conimbricenses, explica elegantemente la inmortalidad del alma, pág. 56.

D

David hubo menester la firmeza de su fe viendo tan felices á los malos, pág. 199.

De los lamentos de Job hizo sonoras canciones, pág. 170.

Demonio, á su pesar confiesa que hay Dios, cuando le quieren quitar el supremo dominio, pág. 75. No pudo presumir que hombre humano venciese con tanto valor las pérdidas de Job y sólo Dios pudo prometerlo de él, pág. 160.

Descripcion breve de la vida de Cristo Redentor nuestro, pág. 114.

Día en que Dios remite pecados se llama de juicio; y en el que no hace remision de ellos no había de salir el sol, pág. 166.

Dios, declaran que le hay los racionales, los brutos y las criaturas todas, pág. 75. Hizo una semejanza de la pasion de su unigénito Hijo en los trabajos de Job, pág. 153.

Donato y Pagnino llaman á los ateistas neblones y tene-

brones, porque ellos mismos no entienden lo que niegan ni lo que afirman, pág. 76.

E

Eliú persiguió de nuevo á Job, añadiendo nuevas calumnias y argumentos á los que le propusieron los reyes sus amigos, pág. 207.

Envidia de Caín contra su hermano Abel, se refinó en que éste defendía la Providencia divina y aquél la negaba, pág. 166.

Empedocles, bárbaro filósofo, que añadía á Pitágoras, no sólo las transformaciones de las almas de un cuerpo racional, sinó de un racional á un bruto, pág. 70.

Entendimiento, el de algunos consiste en admirar lo mismo que ignoran, como un juego de manos de un charlatan, que dicen es por parte del diablo, pág. 87. Quien le tiene colgado de otra cabeza, tiene por entendimiento la voluntad del otro, y éste tiene el entender en la relacion, no en la potencia, pág. 97.

Epitecto y Séneca, filósofos, vivieron en tiempo de los apóstoles, y aprendieron de los primeros cristianos lo más acendrado de su filosofía, pág. 157.

Etiope, ministro de la reina Candace, aprovechó leyendo el libro que no entendía, pág. 174.

Evangelio, dice que no puede morir el alma, sinó el cuerpo, pág. 56.

F

Fácilmente se dice mal de lo que no se entiende ni se sabe hacer, pág. 86.

Facineroso y devoto no salen de la iglesia, el uno por asegurar sus maldades y el otro por curarse de ellas, pág. 180.

Fantasía, suelen algunos confundirla con el mismo fantasma, otros con la imaginacion, pág. 51.

Fantasmas llaman los filósofos las operaciones del entendimiento. abstraidas de cuerpo y materialidad pág. 47.

Fenicios, en sus tragedias cómicas aprendieron de la elegancia de Job á hablar con sus deidades sin sacarlas al teatro, pág. 139.

Fines de la divina Providencia en los trabajos de Job, fueron exaltar los trabajos y humildad de su unigénito Hijo y dejar un heroico ejemplo en el mundo del amor que se debe á Dios, pág. 145.

Fénix, el ave más semejante al renacer Job en sus cenizas, pág. 208.

Filomeno, filósofo, y Aberoes no dieron perfecta inteligencia á los fantasmas, pág. 54.

Filósofos que negaron la inmortalidad del alma y que en Dios había Providencia : Epicuro, Lucrecio, Demócrito y Heráclito, pág. 14. Los que negaron que había Dios, que son los finos ateistas Diágoras, Milesio, Protágoras, Alderites, Teodoro, Luciano, y algunos dicen que Plinio, pág. 14.

Reverendo Padre fray Francisco Foreiro de Lisboa, de la sagrada y esclarecida órden de Predicadores, en nuestros tiempos, sobre el segundo capítulo de Isaías, declara la Providencia de Dios en la extension de la fe, pág. 119.

Padre Francisco Suárez, eximio doctor de la Compañía de Jesus, explica con gran claridad lo que en las escuelas se lla-

ma fantasma ó fantasía, pág. 51. Interpreta asimismo los dictámenes de los filósofos y del angélico doctor santo Tomás, pags. 51 y 56. Responde á los argumentos contrarios atajados de la mala inteligencia de los textos canónicos, pág. 57.

G

Guerra, es útil, en cuanto quita ociosidades y saca de vicios envejecidos á la república, pág. 127.

H

Herejes, cada uno de ellos, no sólo es ateista, sinó anticristo, porque no quiere á Dios como es en la realidad, sinó como ellos quieren que sea, pág. 78.

Higuera, es símbolo del varon perfecto, que si no da el fruto cuando se lo pide, le maldice Dios, pág. 101.

Hombres, muchos son propicios á sí, á Dios ninguno: fué sentencia de Séneca, sacada del Salmo 52: *Omnes declinaverum*, etc., pág. 86. Los ha habido y hay tan necios, que blasonan de su misma ignorancia, pág. 86. Muchos son buenos hasta que sus felicidades los hacen malos, pág. 87. Los impíos culpan á la divina Providencia, que da felicidades á los malos y desdichas á los buenos, pág. 87. No entienden como en la frase de Dios y en la lengua santa con la misma palabra se explican las felicidades y los trabajos, pág. 87. Los grandes no se miden por la opulencia de posesiones, sinó por la posesion de virtudes, pág. 147. Suelen ser sordos y mudos para lo bueno, y para lo malo no hay quien no tenga len-

gua, pág. 177. En la dicha no se conoce el hombre, pero en la desdicha ninguno le conoce á él, pág. 183.

I

San Ignacio de Loyola, elogiado maravillosamente en los progresos que él y su Compañía han hecho en la Iglesia, pág. 107.

Inmortalidad del alma, es de fe divina, explicada en muchos lugares del Testamento Viejo, pág. 56.

Industria del hombre, dominando los elementos, á los brutos y á la naturaleza, pág. 22.

J

Padre Jacobo Saliano, jesuita, en los *Anales*, desde el principio del mundo hasta la venida de Cristo escribió el comentario y paráfrasis de Job, muy alabado de don Francisco de Quevedo, pág. 149. Elogio del mismo y de la Compañía de Jesus, pág. 143.

Padre Jaquineo, jesuita, natural de Aviñon, *Arte de instruir la vida cristiana y mezclar sabiamente las disposiciones divinas con las humanas*, pág. 113.

Padre Jaquinocio, de la Compañía de Jesus, su libro *Hermes Cristianos* explica elegantemente la diferencia de las almas materiales y espirituales, pág. 39. En sus paradogmas cristianas alienta mucho con doctrina de los santos, y razones, que la suavidad de la ley de Dios y sus medios amorosos han vencido al mundo, pág. 114.

El santo Job es la guía y el texto de don Francisco de Quevedo para tres verdades: que hay Dios, que hay Providencia, y que hay alma inmortal, pág. 32. Dió nuevas luces á la filosofía escolástica y mística, cuando su cuerpo, lleno de calamidades, daba nueva libertad al alma, para discurrir más profundamente, pág. 48. Su nacimiento fué en la tierra de Hus, en los confines de Idumea, por los años 130 de Esaú, pág. 131. Cuatro opiniones célebres de su patria: unos con San Jerónimo le hacen nacorita, otros cananeo, otros israelita, otros idumeo, pág. 131. Su nombre en la prosperidad fué *Jobab*, que significa esclarecido, grande, poderose, etc.; despues se llamó Job, que significa calamidad y miseria, pág. 133. De todos sus bienes no le había quedado sinó su persona, y esa la arroja en tierra; ni le quedaba más que el vestido con que cubrirse, y ese le rasga; ni más adorno que el cabello, y ese le corta; no siente el haberlo perdido todo, sinó que se lo hayan quitado ántes de haberlo ofrecido á Dios, pág. 169. Indignacion que mostró á sus amigos, no por lo que le improperaban, sinó por lo que en eso ofendían á Dios, pág. 182. Dejó anticipada doctrina para los trabajos, vida y pasion de Nuestro Redentor Cristo, pág. 202. Opiniones diversas de la duracion de sus trabajos, en que se resuelve fué un año, pág. 220.

José Ceco, autor del *Thargum*, interpreta mal las palabras de Job hácia alguna impaciencia, pág. 178.

San Juan Crisóstomo explicado con maravillosa doctrina, pág. 104.

San Juan Damasceno pone la Providencia en la voluntad de Dios, y no se opone al angélico doctor santo Tomás, que la pone en el entendimiento, pág. 85.

Juvenal, en la sátira quince. pone la diferencia entre el alma material y espíritu, pág. 38. Tuvo más noticia de los ritos judaicos que todos los antiguos, aunque entre en el número Cornelio Tácito, historiador, pág. 140.

Júdas Iscariote desde el apostolado al infierno, y el ladron desde los delitos al paraíso, pág. 104.

Judíos pudieron conocer, y debieron, en sentir de Tertu-

liano, que Cristo era más que hombre en su paciencia invencible, pág. 32.

Juicios humanos toman su regulacion del fin, pág. 107.

Justiniano, cardenal, prueba que tuvo cumplimiento en los Reyes Católicos la profecía de David, *in omnem terram exivit sonus eorum*, pág. 118.

L

Padre Leonardo Lessio, jesuita, defiende á Ciceron de que no negó á Dios, pág. 14. Trata la hermosa diferencia de las almas materiales y espirituales, y sus operaciones, pág. 39.

Letras, no es indecencia que las humanas sirvan en los ritos, y observaciones á las divinas, pág. 139.

Ley del duelo, introducida en el mundo por el demonio, es tan necia como antigua, y tan injusta como sangrienta, pag. 44.

Libros de filosofía de Aristóteles, son como prólogo á las escuelas católicas, y antídoto á los libros de Platon, con que defienden los herejes sus errores, pág. 45.

Llagas padecidas por Dios hacen carro triunfal de un esqueleto, pág. 169. En Lázaro fueron joyas que guardó Abrahan, pág. 169. En Cristo, gala de su resurreccion, página 169. En San Francisco, blason y retrato de Cristo, página 169. En el rey don Alonso I de Portugal, honor y armas de aquel reino, pág. 169. Su primer solar fué Job, el más ilustre Cristo, pág. 169.

Lucano, insigne español, que tuvo por discípulo á Tácito en el ateismo, y en que el alma racional no era inmortal, no obstante, en el lib. 1 de su *Farsalia* dice que es error feliz el de la contraria opinion, pág. 30. Decía que ninguno había de pretender ser dichoso que primero no tuviese tragada la muerte, pág. 100.

Lucrecio osó probar porfiadamente que el alma del hombre era mortal, pág. 14.

M

Mahoma no quiso confesar la pasion de Cristo nuestro bien, por no darle el trofeo de sus trabajos, pág. 122. Dice en su Alcoran que Adan ántes de Eva tuvo otra mujer, que se llamó Lilith, y que preñada de él parió á los demonios, pág. 160.

Malos reprenden á los buenos con apariencia de santidad, pág. 183. En ellos las riquezas son tierra, en los buenos son cielo, pág. 191.

Padre Marcelo Mastrilli, mártir napolitano, jesuita, fué por Italia y España llamado de San Francisco Javier, publicando el martirio, pág. 67.

Marcial, poeta profano, reprende á Selio, que decía que á Dios le agradaban los delitos porque no los castigaba, y así, que no había Dios, pág. 77.

Marsilio, tirano é insigne médico y filósofo, escribió elegantemente contra Lucrecio, que negaba la inmortalidad del alma, pág. 15.

Padre Mauricio de Arondo, confesor de don Francisco de Quevedo, á quien dedicó estas obras póstumas, y por cuya persuasion las escribió, pág. 11.

Midas, rey avariento á quien mató su codicia, pág. 99.

Mortifica Dios al ascendiente santo con malos nietos; de Abrahan santo, descendió Esaú aborrecido; y de Esaú aborrecido, Job muy amado, pág. 132. Cada uno tenga méritos propios, sin fiar del linaje santo ni de méritos ajenos, sinó en Dios, pág. 132.

Moscas, mosquitos, hormigas, las plantas y la tierra, enseñan á todos lo que niegan los ateistas, pág. 80.

Moises no fué el autor de los libros de Job, sinó traductor, pág. 133.

Mundo, no sabe castigar pecados, sinó pecadores, es sentencia de Séneca, pág. 42. Tiene por pecador á quien ve sin la hacienda que tuvo, pág. 191.

N

Necios, niegan con porfiada obstinacion que hay Dios, y no se atreven á decirlo en público, ni áun á pronunciarlo en lo exterior con sus labios, pág. 76. Miran con asombro de su entendimiento un juego de manos, y no dan crédito á lo que Dios dispone en las cosas humanas, como juegos de su Providencia, pág. 87.

Padre Nicolas Causino, de la Compañía de Jesus, confesor de Luis XIII de Francia, es alabado en su libro de elocuencia sacra y profana, pág. 127.

Ninguna cosa que no se confecciona con el padecer tiene estimacion, pág. 90.

O

Oidores, se llaman los jueces en España y en la curia romana, porque sin oir á las partes podrán hacer justicia, pero no serán justos, pág. 137.

Opinion fabulosa y ridícula de Pitágoras, de la transmigracion de las almas, pág. 67.

Ovidio, profanísimo poeta, confiesa la inmortalidad de las almas, pág. 17.

P

San Pablo es llamado el Job del Testamento Nuevo, pág. 202.

Pecados muy feos, son aprobaciones de la gala, riqueza y hermosura, y semejantes bienes paran en mayores ofensas de Dios, pág. 171.

Pedro Blesense explica tres diferencias de pecar con los labios, no diciendo lo que se debe decir, ó diciendo lo que se debe callar, ó no diciendo lo que se ha de decir como se debe decir, pág. 32.

Piedras preciosas padecen martirios para lograr lucimientos, pág. 90.

Poderosos, ven en los vecinos los trabajos de muy léjos, pág. 178. En ellos se ha de temer la demasiada discordia, como la demasiada union, que suele conjurarse contra el desvalido, pág. 151.

Pregunta de la serpiente á Eva, es: ¿por qué Dios hace esto ó aquello? pág. 193.

Providencia divina, la definen los griegos y hebreos por verbos que significan considerar, mirar con atencion, pág. 192.

Q

Queja es de la calumnia y persecucion el no acabar con todos los bienes del perseguido, aunque haya quitado muchos, pág. 162.

Quien sube á lo alto no sube para estar, sinó para despeñarse, pág. 168.

R

Religiones monacales, fundadas del patrimonio de príncipes, pág. 107. Las mendicantes, á expensas de pobres y ricos, pág. 107.

Reyes en sus amistades son como los elementos, que siempre que se abrazan con una calidad se destruyen con otra, pág. 177. Reproducen pecados, y si no los hallan, los fingen de nuevo, pág. 198. Buscan ocasiones de pretextos frívolos, para romper con el amigo, pág. 198.

Nunca llamó Job enemigos á los reyes que le perseguían, sinó amigos, porque le daban mucha materia de paciencia, pág. 199.

Reino, república, ciudad, ni familia particular, no ha perseverado negando la Divinidad, pág. 34.

Ricos, nunca oyen á los pobres cuando callan, porque no dan voces, y cuando gritan, porque no los quieren oir, página 97. No se contentan con serlo, sinó quieren que ninguno lo sea, pág. 112. Son de casta de cohetes, que suben festivos, para caer en papel quemado, pág. 113.

Riqueza, quien la pierde, se va á desesperar; y quien no la halla, se desespera, pág. 102.

S

Salud demasiada en un rey es conocida enfermedad en los reyes vecinos, pág. 177.

Saphon, embustero, enseñó á los pájaros á decir: adorad á Saphon, que es Dios, pág. 20.

Séneca, excelente filósofo, en su Epístola 30 á Lucilo, da nuevas luces á que cuanto más agravado el cuerpo, está más perspicaz y ligera el alma, pág. 50. Habla con asombro de la Divinidad, pág. 82 y 83. Comunicó con San Pablo, y habla de la predestinacion; defendió el libre albedrío que niega Lutero; le colocó San Jerónimo en el catálogo de los escritores eclesiásticos, San Agustin le cita á cada paso, pág. 84.

Sentidos expuestos al engaño con facilidad, lo que no tiene la razon, pág. 20. El sentido comun es como el depósito de los sentidos eternos, pág. 51.

Soberbia, el más arquitecto pone el oro en la cabeza, y la tierra á los piés, pág. 99.

Sófocles, antiquísimo cómico, orador y filósofo de Fenicia, aprendió de la elegancia y estilo de Job en su historia, pág. 139.

Sospecha sin bastante fundamento, más prueba la malicia propia que la culpa ajena, pág. 187.

T

Temeridad es de los malos juzgar que ellos han de tener todas las dichas y los buenos todas las desgracias, pues Dios reparte como quiere, pág. 193.

Temor de Dios causa alegría y consuelo; y el humano congoja y agonía, pág. 155.

Tertuliano escribió *de Anima*, pero mezcló ménos piedad que ingenio, pág. 15.

Texto sagrado, se ha de interpretar en sentido propio, no en contrario; unos traducen lo que la letra dice: otros lo que quiso decir; algunos lo que pudo; pero los judíos y herejes lo que quieren que diga á su propósito, pág. 137.

Santo Tomás, Doctor angélico, concilió las opiniones de los filósofos antiguos, y más de Aristóteles, en la inteligencia de los fantasmas ó fantasía de las potencias internas, pág. 54.

Torcuato Tasso, filósofo y poeta, escribió más errores que Tertuliano, pág. 15.

Transfiguracion: en la de Cristo nuestro bien se vió la nube; en el bautismo no se hace mencion de nube, porque en él, que significa favor de la ley de gracia, no hay nubes ni sombras; y allá, que estaban Moises y Elías, era menester sombras y nubes, pág. 140.

Trabajos y prisiones de don Francisco de Quevedo, página 173.

U

Uvequere y Artesio, filósofos ateistas, dijeron que tenían secretos y tablas para entender á los animales que tenían las almas como los hombres, pág. 17.

V

Vicioso, lo mismo es quitarle del vicio, que quitarle la vida, pág. 149. Quiere juntar el vicio y pecado con la alabanza exterior en las divinas aras, pág. 150.

Voluntad: quien la tiene mala nunca tiene buena memoria, pág. 190.

Z

Zara, descendiente de Esaú, padre del santo Job, pág. 131.

Zelo de la religion cristiana, es castigado de los herejes y cismáticos con perfidia y con rigor, pág. 119.

LAUS DEO

FE DE ERRATAS

PÁG.	LÍN.	SE LEE.	DEBE LEERSE.
50	30	el cólera	la cólera
67	32	Euforbo	Euforbo,
96	20	Esto	Este
121	19	desperciar	despreciar
127	32	riesgo	riesgo,
194	15	robar	probar

OBRAS PUBLICADAS.

SECCION CASTELLANA.

Los Trabajos de Jesús, por Fray Tomé de Jesús, consta de 3 tomos de 300 páginas cada uno á 15 rs. rústica y 18 media holandesa.

La Conversion de la Magdalena, por Malon de Chaide, consta de 2 tomos de 300 páginas cada uno á 10 rs. en rústica y 12 en media holandesa.

El Príncipe Cristiano, del Padre Rivadeneyra, consta de 1 tomo de 380 páginas á 5 rs. en rústica y 6 en media holandesa.

El Filósofo Rancio, del Padre Alvarado, consta de 6 tomos de 320 páginas cada uno á 30 rs. en rústica y 36 en media holandesa.

Hechos políticos y religiosos del que fué Duque de Gandía San Francisco de Borja, por el Padre Eusebio Nieremberg, consta de 2 tomos de 320 páginas uno á 10 rs. en rústica y 12 en media holandesa.

Obras de San Francisco de Borja publicadas por el Padre Eusebio Nieremberg. Un tomo de 320 páginas á 5 rs. en rústica y 6 en media holandesa.

El Orinoco Ilustrado, por el Padre Gumilla, consta de 2 tomos de 300 páginas á 10 rs. en rústica y 12 en media holandesa.

SECCION LATINA.

In Quatuor Evangelistas Commentarii. (Joan. Maldonati.) Consta de 10 ts. de 300 á 400 pág. cada uno á 95 rs. en rústica y 105 en media holandesa.

Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV. (DD. Paciani et Damasi Opera.) Un tomo á 9'50 rs. en rústica y 10'50 en media holandesa.

Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV. (Faustini, Ossii, Potamii, Severi Majoricensis et Cœlii Sedulii Opera.) Un tomo á 9'50 rs. en rústica y 10'50 en media holandesa.

Patrolog a Hispana. PP. Sæculi IV. (Theodosii, Bachiarii et D. Philastrii Opera.) Un tomo á 9'50 rs. en rústica y 10'50 en media holandesa.

Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV. (Juvenci Opera.) Un tomo á 9'50 rs. en rústica y 10'50 en media holandesa.

Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV. (Gaudenci Opera.) Un tomo á 9'50 rs. en rústica y 10'50 en media holandesa.

Puntos de suscricion.

EN BARCELONA.—ADMINISTRACION: Angeles, 14.
EN PROVINCIAS.—En las principales librerías.

Precios de suscricion.

SECCION CASTELLANA.—Un tomo en rústica 3 rs. y 4 rs. encuadernado á la media holandesa.

SECCION LATINA.—Un tomo en rústica 7 y 1/2 rs. y encuadernado á la media holandesa 8 y 1/2 rs.

El representante único de esta casa editorial para las posesiones españolas y extranjero, es la Viuda é hijos de J. Subirana, editores, calle de la Puerta-Ferrisa, núm. 16, Barcelona, á donde deben dirigirse todos los pedidos.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 079434822